

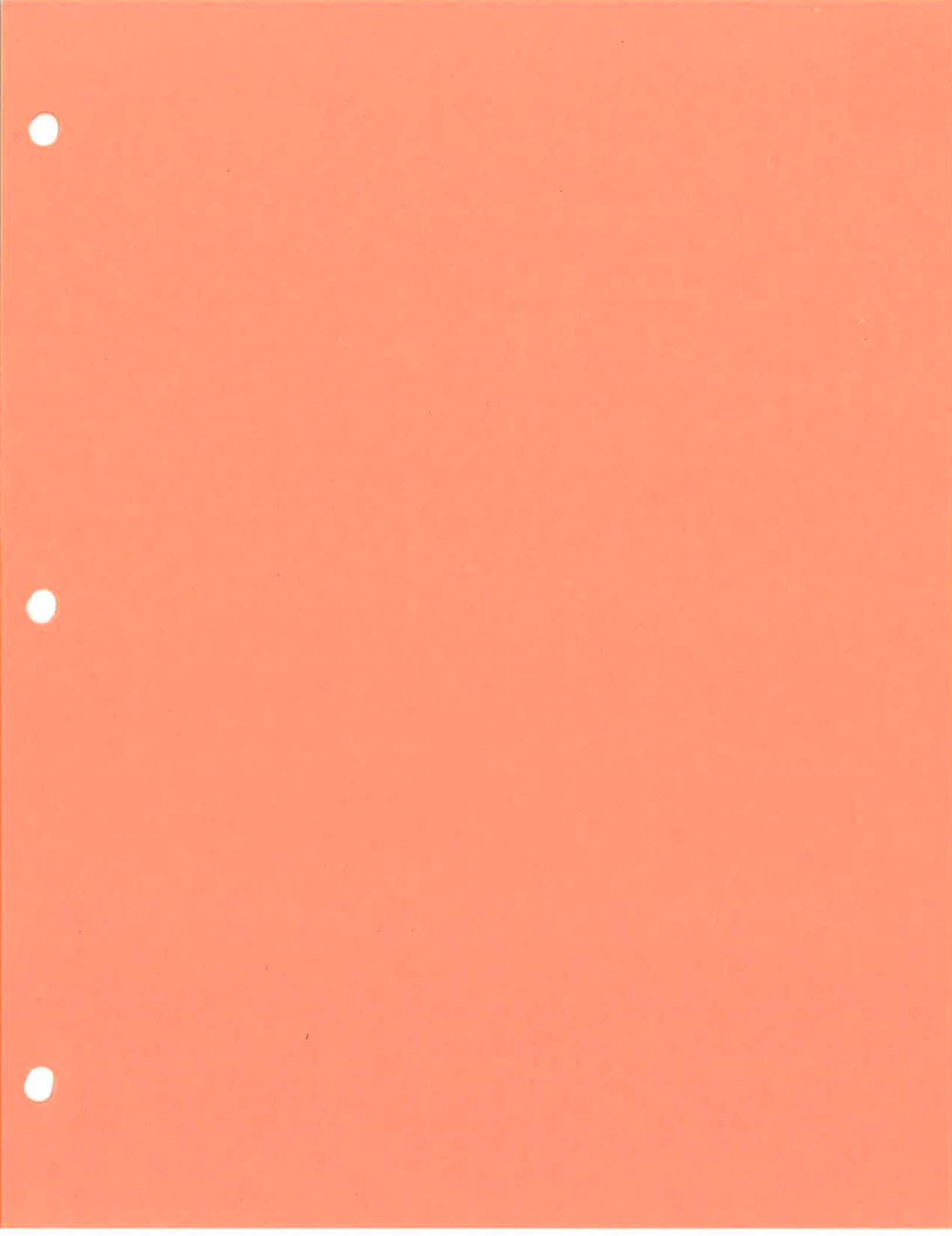
# LAS CUATRO DOCTORAS DE LA IGLESIA:

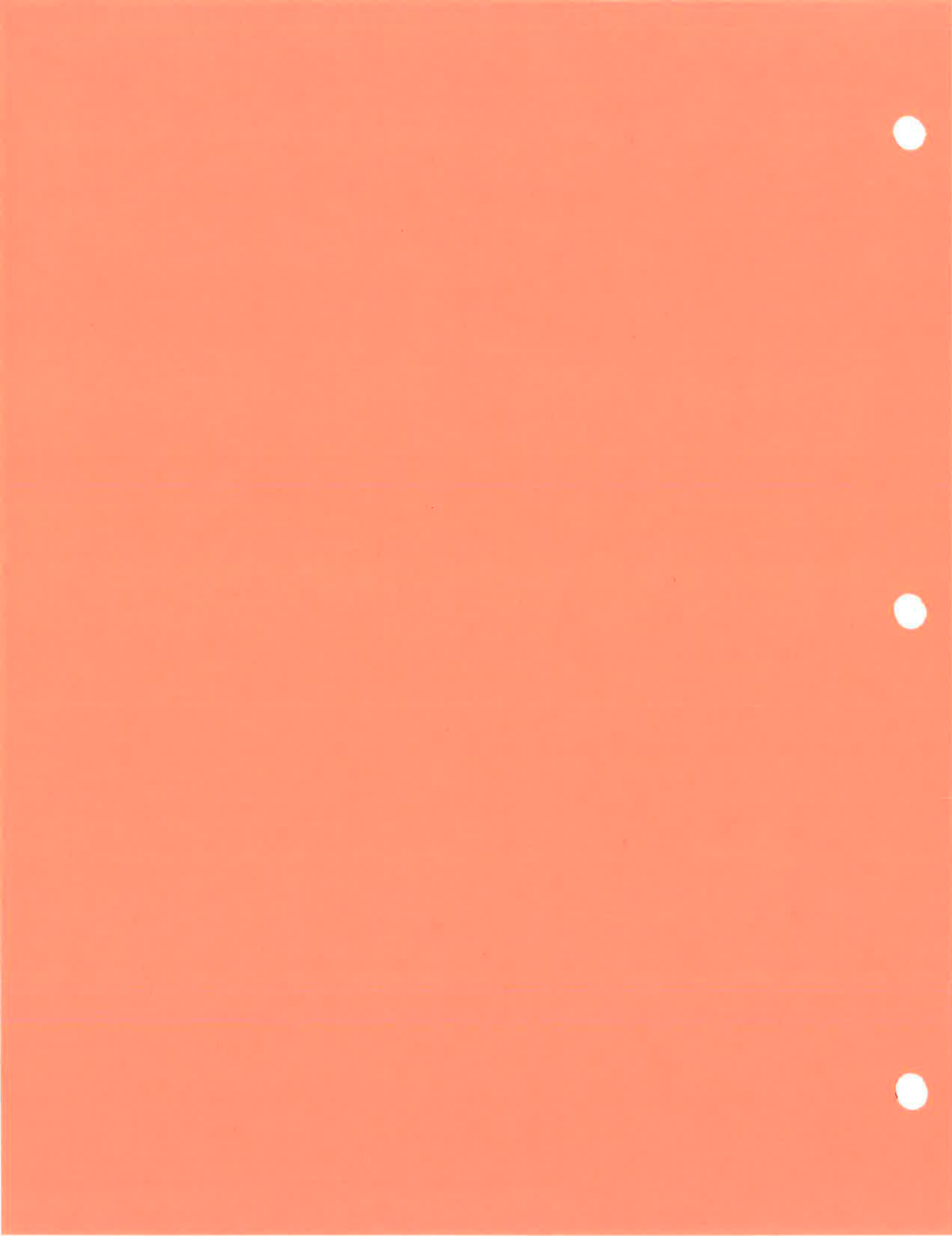
SANTA HILDEGARDA DE BINGEN, SANTA CATALINA DE SIENA,  
SANTA TERESA DE ÁVILA, SANTA TERESITA DE LISIEUX



JULIO 2017







# Indice

## Materia Introdutoria

Discurso del Santo Padre Francisco a las Religiosas Participantes en la Asamblea Plenaria de la Unión Internacional de Superiores Generales (8 de mayo de 2013).....	i
Juan Pablo II , <i>Vita Consecrata</i> (1996), #46, #58.....	iv.
Carlos de la Casa y Elena María de la Casa Martínez, una Selección desde “Teresa de Jesús: Doctora de la Iglesia Universal, Fundadora del Carmen soriano”.....	vii
Giovanni Ricciardi “Los papas y Teresita del Niño Jesús” .....	xiii
Pablo VI, <i>Mensaje A Las Mujeres</i> , Clausura Del Concilio Ecuménico Vaticano II.....	xix
Juan Pablo II en su <i>Carta a las Mujeres</i> (1995), #11.....	xx

## Santa Hildegarda de Bingen (1098-1179)

### Documentos de la Iglesia

“Carta del Santo Padre Juan Pablo II al Obispo de Maguncia con Ocasión del 800 Aniversario de la Muerte de Santa Hildegarda” (1979).....	1
Dos Audiencias Generales de Benedicto XVI sobre la vida y la misión de Santa Hildegarda (1-IX-2010, 8-IX-2010).....	3
Carta Apostolica Nombrando Hildegarda de Bingen una Doctora de la Iglesia (2012).....	9

### Obras de la Santa

Libro de las Obras Divinas ( <i>Liber Divinorum Operum</i> ): Prologo y Primera Visión.....	17
<i>Ordo Virtutum</i> .....	28
Selección de Poesía: <i>Sinfonía de Santa María</i> , “ <i>O Ecclesia</i> ”, “ <i>O Virga ac Diadema</i> ”.....	35
Carta a los Prelados de Maguncia en 1178 (Ep. XXIII).....	39
Explicación del Credo de San Atanasio, que dio Santa Hildegarda a su Congregación de Hermanas.....	42

## Santa Catalina de Siena (1347-1380)

Introducción a la Santa.....	48
------------------------------	----

### Documentos de la Iglesia

<i>Mirabilis ecclesiae Deus</i> (4-X-1970), Santa Catalina [Nombrado por Pablo VI en 1970].....	49
---	----

<i>Amantissima Providentia</i> (1980) del Sumo Pontífice Juan Pablo II , en el VI centenario de la muerte de santa Catalina de Siena.....	55
Audiencia General de Benedicto XVI sobre la vida y misión de “Santa Catalina de Siena” (24 de noviembre de 2010).....	64
<b>Estudios y Recursos</b>	
Royo Marin, Antonio, OP, <i>Las Doctoras de la Iglesia</i> (Madrid: BAC, 1997).....	67
Recursos Catalinianos.....	72
<b>Obras de la Santa</b>	
Selecciones: <i>El Dialogo</i>	

### Santa Teresa de Jesús (1515-1582)

#### Documentos de la Iglesia

Audiencia General de Benedicto XVI sobre la vida y misión de “Santa Teresa de Jesús” (2 de febrero de 2011).....	76
Nombrado por Pablo VI en 1970, <i>Multiformis Sapientia</i> (27-IX-1970).....	81
Mensaje Del Santo Padre Francisco Al Obispo De Ávila Con Motivo De La Apertura Del Año Jubilar Teresiano ( 15 de octubre de 2014).....	87

#### Estudios y Obras de la Santa

Royo Marín, Antonio, OP, *Las Doctoras de la Iglesia* (Madrid: BAC, 1997), pp. 9-30,  
con textos de *Las Moradas*.

### Santa Thérèse del Niño Jesús (1873-1897)

#### Documentos de la Iglesia

Audiencia General de Benedicto XVI sobre la vida y misión de “Santa Teresita del Niño Jesús” (Miércoles 6 de abril de 2011).....	92
Homilía de San Juan Pablo II sobre la proclamación de Santa Teresita como Doctora de la Iglesia (19-X-1997).....	95
<i>Divini Amoris Scientia</i> , Carta Apostolica de la Proclamacion de Santa Teresita como Doctora de la Iglesia (19-X-1997).....	98

#### Estudios y Obras de la Santa

Selecciones de los textos de <i>Historia de un Alma</i> , capítulos VIII-IX.....	109
Royo Marín, Antonio, OP, <i>Las Doctoras de la Iglesia</i> (Madrid: BAC, 1997), pp. 174-198.	

## Discurso del Santo Padre Francisco a las Religiosas Participantes en la Asamblea Plenaria de la Unión Internacional de Superioras Generales

*Aula Pablo VI, Miércoles 8 de mayo de 2013*

Estoy contento de encontraros hoy y deseo saludar a cada una de vosotras, agradeciándoos por lo que hacéis a fin de que la vida consagrada sea siempre una luz en el camino de la Iglesia. Queridas hermanas, ante todo agradezco al querido hermano cardenal João Braz de Aviz, por las palabras que me ha dirigido. Me complace también la presencia del secretario de la Congregación. El tema de vuestra Asamblea me parece especialmente importante para la tarea que se os ha confiado: «El servicio de la autoridad según el Evangelio». A la luz de esta expresión quisiera proponeros tres sencillos pensamientos, que dejo para vuestra profundización personal y comunitaria.

Jesús, en la última Cena, se dirige a los Apóstoles con estas palabras: «No sois vosotros los que me habéis elegido, soy yo quien os he elegido» (Jn 15, 16), que recuerdan a todos, no sólo a nosotros sacerdotes, que la vocación es siempre una iniciativa de Dios. Es Cristo que os ha llamado a seguirlo en la vida consagrada y esto significa realizar continuamente un «éxodo» de vosotras mismas para *centrar vuestra existencia en Cristo y en su Evangelio*, en la voluntad de Dios, despojándoos de vuestros proyectos, para poder decir con san Pablo: «No soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí» (Ga 2, 20). Este «éxodo» de sí mismo es ponerse en un camino de adoración y de servicio. Un éxodo que nos conduce a un camino de adoración al Señor y de servicio a Él en los hermanos y hermanas. **Adorar y servir**: dos actitudes que no se pueden separar, sino que deben ir siempre juntas. Adorar al Señor y servir a los demás, sin guardar nada para sí: esto es el «despojarse» de quien ejerce la autoridad. Vivid y recordad siempre la centralidad de Cristo, la identidad evangélica de la vida consagrada. Ayudad a vuestras comunidades a vivir el «éxodo» de sí en un camino de adoración y de servicio, ante todo a través de los tres pilares de vuestra existencia.

**La obediencia** como escucha de la voluntad de Dios, en la moción interior del Espíritu Santo autenticada por la Iglesia, aceptando que la obediencia pase incluso a través de las mediaciones humanas. Recordad que la relación autoridad-obediencia se ubica en el contexto más amplio del misterio de la Iglesia y constituye en ella una actuación especial de su función mediadora<sup>1</sup>.

**La pobreza** como superación de todo egoísmo en la lógica del Evangelio que enseña a confiar en la Providencia de Dios. Pobreza como indicación a toda la Iglesia que no somos nosotros quienes construimos el reino de Dios, no son los medios humanos los que lo hacen crecer, sino

---

<sup>1</sup> cf. Congregación para los institutos de vida consagrada y las sociedades de vida apostólica, *El servicio de la autoridad y la obediencia*, 12.

que es ante todo la potencia, la gracia del Señor, que obra a través de nuestra debilidad. «Te basta mi gracia: la fuerza se realiza en la debilidad», afirma el apóstol de los gentiles (2 Co 12, 9). Pobreza que enseña la solidaridad, el compartir y la caridad, y que se expresa también en una sobriedad y alegría de lo esencial, para alertar sobre los ídolos materiales que ofuscan el sentido auténtico de la vida. Pobreza que se aprende con los humildes, los pobres, los enfermos y todos aquellos que están en las periferias existenciales de la vida. La pobreza teórica no nos sirve. La pobreza se aprende tocando la carne de Cristo pobre, en los humildes, en los pobres, en los enfermos, en los niños.

Luego, la **castidad** como carisma precioso, que ensancha la libertad de entrega a Dios y a los demás, con la ternura, la misericordia, la cercanía de Cristo. La castidad por el reino de los cielos muestra cómo la afectividad tiene su lugar en la libertad madura y se convierte en un signo del mundo futuro, para hacer resplandecer siempre el primado de Dios. Pero, por favor, una castidad «fecunda», una castidad que genera hijos espirituales en la Iglesia. La consagrada es madre, debe ser madre y no «solterona». Disculpadme si hablo así, pero es importante esta maternidad de la vida consagrada, esta fecundidad. Que esta alegría de la fecundidad espiritual anime vuestra existencia; sed madres, a imagen de María Madre y de la Iglesia Madre. No se puede comprender a María sin su maternidad, no se puede comprender a la Iglesia sin su maternidad, y vosotras sois iconos de María y de la Iglesia.

Un segundo elemento que quisiera poner de relieve en el ejercicio de la autoridad es *el servicio*: no debemos olvidar nunca que el verdadero poder, en cualquier nivel, es el servicio, que tiene su vértice luminoso en la Cruz. Benedicto XVI, con gran sabiduría, ha recordado en más de una ocasión a la Iglesia que si para el hombre, a menudo, la autoridad es sinónimo de posesión, de dominio, de éxito, para Dios la autoridad es siempre sinónimo de servicio, de humildad, de amor; quiere decir entrar en la lógica de Jesús que se abaja a lavar los pies a los Apóstoles<sup>2</sup>, y que dice a sus discípulos: «Sabéis que los jefes de los pueblos los tiranizan... No será así entre vosotros —precisamente el lema de vuestra Asamblea, «entre vosotros no será así»—, el que quiera ser grande entre vosotros, que sea vuestro servidor, y el que quiera ser primero entre vosotros, que sea vuestro esclavo» (Mt 20, 25-27). Pensemos en el daño que causan al pueblo de Dios los hombres y las mujeres de Iglesia con afán de hacer carrera, trepadores, que «usan» al pueblo, a la Iglesia, a los hermanos y hermanas —aquellos a quienes deberían servir—, como trampolín para los propios intereses y ambiciones personales. Éstos hacen un daño grande a la Iglesia.

Sabed ejercer siempre la autoridad acompañando, comprendiendo, ayudando, amando, abrazando a todos y a todas, especialmente a las personas que se sienten solas, excluidas, áridas, las periferias existenciales del corazón humano. Mantengamos la mirada dirigida a la

---

<sup>2</sup> cf. *Ángelus*, 29 de enero de 2012



Cruz: allí se coloca toda autoridad en la Iglesia, donde Aquel que es el Señor se hace siervo hasta la entrega total de sí.

Por último, la *eclesialidad* como una de las dimensiones constitutivas de la vida consagrada, dimensión que se debe considerar y profundizar constantemente en la vida. Vuestra vocación es un carisma fundamental para el camino de la Iglesia, y no es posible que una consagrada y un consagrado no «sientan» con la Iglesia. Un «sentir» con la Iglesia, que nos ha generado en el Bautismo; un «sentir» con la Iglesia que encuentra su expresión filial en la fidelidad al Magisterio, en la comunión con los Pastores y con el Sucesor de Pedro, Obispo de Roma, signo visible de la unidad. El anuncio y el testimonio del Evangelio, para todo cristiano, nunca es un acto aislado. Esto es importante, el anuncio y el testimonio del Evangelio para todo cristiano nunca es un acto aislado o de grupo, y ningún evangelizador obra, como recordaba muy bien Pablo VI, «por inspiración personal, sino en unión con la misión de la Iglesia y en su nombre»<sup>3</sup>. Y proseguía Pablo VI: es una dicotomía absurda pensar en vivir con Jesús sin la Iglesia, en seguir a Jesús sin la Iglesia, en amar a Jesús al margen de la Iglesia, en amar a Jesús sin amar a la Iglesia<sup>4</sup>. Sentid la responsabilidad que tenéis de cuidar la formación de vuestros Institutos en la sana doctrina de la Iglesia, según el amor a la Iglesia y el espíritu eclesial.

En definitiva, centralidad de Cristo y de su Evangelio, autoridad como servicio de amor, «sentir» en y con la Madre Iglesia: tres indicaciones que deseo dejaros, a las cuales uno una vez más mi gratitud por vuestra obra no siempre fácil. ¿Qué sería la Iglesia sin vosotras? Le faltaría la maternidad, el afecto, la ternura, la intuición de madre.

Queridas hermanas, estad seguras que os sigo con afecto. Rezo por vosotras, pero también vosotras rezad por mí. Saludad a vuestras comunidades de mi parte, sobre todo a las hermanas enfermas y a las jóvenes. A todas dirijo mi aliento a seguir con *parresia* y con alegría el Evangelio de Cristo. Sed alegres, porque es bello seguir a Jesús, es bello llegar a ser icono viviente de la Virgen y de nuestra Santa Madre la Iglesia jerárquica. Gracias.

---

<sup>3</sup> Exhort. ap. *Evangelii nuntiandi*, 80.

<sup>4</sup> cf. *ibid.*, 16.

## Selección de *Vita Consecrata* (1996)<sup>5</sup>, Juan Pablo II

### *Sentire cum Ecclesia*

46. A la vida consagrada se le asigna también un papel importante a la luz de la doctrina sobre la Iglesia-comunión, propuesta con tanto énfasis por el Concilio Vaticano II. Se pide a las personas consagradas que sean verdaderamente expertas en comunión, y que vivan la respectiva espiritualidad<sup>6</sup> como «testigos y artífices de aquel "proyecto de comunión" que constituye la cima de la historia del hombre según Dios»<sup>7</sup>. El sentido de la comunión eclesial, al desarrollarse como una *espiritualidad de comunión*, promueve un modo de pensar, decir y obrar, que hace crecer la Iglesia en hondura y en extensión. La vida de comunión «será así un *signo* para el mundo y una *fuerza* atractiva que conduce a creer en Cristo [...]. De este modo la comunión se abre a la *misión*, haciéndose ella misma misión». Más aun, «*la comunión genera comunión* y se configura esencialmente como *comunión misionera*»<sup>8</sup>.

En los fundadores y fundadoras *aparece siempre vivo el sentido de la Iglesia*, que se manifiesta en su plena participación en la vida eclesial en todas sus dimensiones, y en la diligente obediencia a los Pastores, especialmente al Romano Pontífice.

En este contexto de amor a la Santa Iglesia, «columna y fundamento de la verdad» (1 Tm 3, 15), se comprenden bien

la devoción de Francisco de Asís por «el Señor Papa»<sup>9</sup>,

el filial atrevimiento de **Catalina de Siena** hacia quien ella llama «dulce Cristo en la tierra»<sup>10</sup>,

la obediencia apostólica y el *sentire cum Ecclesia*<sup>11</sup> de Ignacio de Loyola,

la gozosa profesión de fe de **Teresa de Jesús**: «Soy hija de la Iglesia»<sup>12</sup>;

como también el anhelo de **Teresa de Lisieux**: «En el corazón de la Iglesia, mi madre, yo seré el amor»<sup>13</sup>.

Semejantes testimonios son representativos de la plena comunión eclesial en la que han participado santos y santas, fundadores y fundadoras, en épocas muy diversas de la historia y en circunstancias a

<sup>5</sup> [http://w2.vatican.va/content/john-paul-ii/es/apost\\_exhortations/documents/hf\\_jp-ii\\_exh\\_25031996\\_vita-consecrata.html](http://w2.vatican.va/content/john-paul-ii/es/apost_exhortations/documents/hf_jp-ii_exh_25031996_vita-consecrata.html)

<sup>6</sup> *Propositio* 28.

<sup>7</sup> Congregación para los institutos de vida consagrada y las sociedades de vida apostólica, Doc. *Vida y misión de los religiosos en la Iglesia, I. Religiosos y promoción humana* (12 de agosto de 1980), II, 24: *Ench. Vat.* 7, 455.

<sup>8</sup> Exhort. ap. postsinodal *Christifideles Laici* (30 de diciembre de 1988), 31-32: AAS 81 (1989), 451-452.

<sup>9</sup> *Regula Bullata*, I, 1.

<sup>10</sup> *Cartas* 109, 171, 196.

<sup>11</sup> Cf. *Ejercicios espirituales*, Reglas para el sentido verdadero que en la Iglesia militante debemos tener, en particular la *Regla* 13.

<sup>12</sup> *Dichos*, n. 217.

<sup>13</sup> *Manuscrits autobiographiques*, B, 3 v.

veces harto difíciles. Son ejemplos en los que deben fijarse de continuo las personas consagradas, para resistir a las fuerzas centrífugas y disgregadoras, particularmente activas en nuestros días.

Un aspecto distintivo de esta comunión eclesial es la adhesión de mente y de corazón al magisterio de los Obispos, que ha de ser vivida con lealtad y testimoniada con nitidez ante el Pueblo de Dios por parte de todas las personas consagradas, especialmente por aquellas comprometidas en la investigación teológica, en la enseñanza, en publicaciones, en la catequesis y en el uso de los medios de comunicación social<sup>14</sup>. Puesto que las personas consagradas ocupan un lugar especial en la Iglesia, su actitud a este respecto adquiere un particular relieve ante todo el Pueblo de Dios. Su testimonio de amor filial confiere fuerza e incisividad a su acción apostólica, la cual, en el marco de la misión profética de todos los bautizados, se caracteriza normalmente por cometidos que implican una especial colaboración con la jerarquía<sup>15</sup>. De este modo, con la riqueza de sus carismas, las personas consagradas brindan una específica aportación a la Iglesia para que ésta profundice cada vez más en su propio ser, como sacramento «de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano»<sup>16</sup>.

### ***Nuevas perspectivas de presencia y de acción***

58. Urge por tanto dar algunos pasos concretos, comenzando por abrir *espacios de participación* a las mujeres en diversos sectores y a todos los niveles, incluidos aquellos procesos en que se elaboran las decisiones, especialmente en los asuntos que las conciernen más directamente.

Es necesario también que la formación de las mujeres consagradas, no menos que la de los hombres, sea adecuada a las nuevas urgencias, y prevea el tiempo suficiente y las oportunidades institucionales necesarias para una educación sistemática, que abarque todos los campos, desde el aspecto teológico-pastoral hasta el profesional. La formación pastoral y catequética, siempre importante, adquiere un interés especial de cara a la nueva evangelización, que exige también de las mujeres nuevas formas de participación.

Se puede pensar que una formación más profunda, a la vez que ayudará a la mujer consagrada a comprender mejor los propios dones, será un estímulo para la necesaria reciprocidad en el seno de la Iglesia. Se espera mucho del genio de la mujer también en el campo de la reflexión teológica, cultural y espiritual, no sólo en lo que se refiere a lo específico de la vida consagrada femenina, sino también en la inteligencia de la fe en todas sus manifestaciones.

A este respecto, ¡cuánto debe la historia de la espiritualidad a santas como **Teresa de Jesús** y **Catalina de Siena**, las dos primeras mujeres honradas con el título de Doctoras de la Iglesia, y a tantas otras místicas, que han sabido sondear el misterio de Dios y analizar su acción en el creyente!

<sup>14</sup> Cf. *Propositio* 30, A.

<sup>15</sup> Cf. Exhort. ap. *Redemptionis Donum* (25 de marzo de 1984), 15: AAS 76 (1984), 541-542.

<sup>16</sup> Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen Gentium*, sobre la Iglesia, 1.

La Iglesia confía mucho en las mujeres consagradas, de las que espera una aportación original para promover la doctrina y las costumbres de la vida familiar y social, especialmente en lo que se refiere a la dignidad de la mujer y al respeto de la vida humana<sup>17</sup>. De hecho, «*las mujeres* tienen un campo de pensamiento y de acción singular y sin duda determinante: les corresponde ser promotoras de un "nuevo feminismo" que, sin caer en la tentación de seguir modelos "machistas", sepa reconocer y expresar el verdadero espíritu femenino en todas las manifestaciones de la convivencia ciudadana, trabajando por la superación de toda forma de discriminación, de violencia y de explotación»<sup>18</sup>.

Hay motivos para esperar que un reconocimiento más hondo de la misión de la mujer provocará cada vez más en la vida consagrada femenina una mayor conciencia del propio papel, y una creciente dedicación a la causa del Reino de Dios. Esto podrá traducirse en numerosas actividades, como el compromiso por la evangelización, la misión educativa, la participación en la formación de los futuros sacerdotes y de las personas consagradas, la animación de las comunidades cristianas, el acompañamiento espiritual y la promoción de los bienes fundamentales de la vida y de la paz. Reitero de nuevo a las mujeres consagradas y a su extraordinaria capacidad de entrega, la admiración y el reconocimiento de toda la Iglesia, que las sostiene para que vivan en plenitud y con alegría su vocación, y se sientan interpeladas por la insigne tarea de ayudar a formar la mujer de hoy.

---

<sup>17</sup> Cf. *Propositio*, 9.

<sup>18</sup> Carta enc. *Evangelium Vitae* (25 de marzo de 1995), 99: AAS 87 (1995), 514.

Una Selección desde "Teresa de Jesús: Doctora de la Iglesia Universal, Fundadora del Carmen soriano"  
Artículo que ha sido publicado en la Revista de Soria nº 91, 2ª época, págs.3-26.<sup>19</sup>

Carlos de la Casa y Elena María de la Casa Martínez

### ¿Qué es un Doctor de la Iglesia?

El título de Doctor de la Iglesia es otorgado oficialmente por el Papa a ciertos santos, con el fin de reconocerles su excelente erudición como maestros de la fe para los fieles de todos los tiempos<sup>20</sup>.

Son santos teólogos sobresalientes cuyo aporte se reconoce cualitativamente decisivo para el desarrollo en la comprensión de la fe o la moral de la Iglesia, por acción de un don particular del Espíritu Santo.

Recordemos a este efecto las palabras de Juan Pablo II: (...) *Cuando el magisterio proclama a alguien Doctor de la Iglesia, desea señalar a todos los fieles (...) que la doctrina profesada y proclamada por una persona puede servir de punto de referencia, no sólo porque es acorde con la verdad revelada, sino también porque aporta nueva luz sobre los misterios de la fe, una comprensión más profunda del Misterio de Cristo*<sup>21</sup>.

En la actualidad han alcanzado esta nominación algo más de una treintena de personas, predominando las procedentes del occidente sobre las de oriente y evidentemente los hombres sobre las mujeres.

No vamos a relacionar aquí a cada uno de ellos, no es nuestro objetivo, pero sí debemos al menos reseñar a los que estimamos más significativos. Tenemos a auténticos genios que han marcado de forma indeleble y radical la comprensión de la fe, como San Agustín o Santo Tomás; teólogos de una erudición y profundidad exquisita como San Roberto Belarmino o maestros de la mística y la vida espiritual como San Juan de la Cruz y San Juan de Ávila.

Arranca esta categoría eclesiástica desde la centuria octava, con un reconocimiento casi espontáneo debido al *sensum fidelium* con cuatro doctores de la iglesia latina: San Ambrosio, San Agustín, San Jerónimo y San Gregorio Magno, a los que no tardando mucho se unieron, procedentes de la iglesia oriental: San Juan Crisóstomo, San Basilio Magno y San Gregorio de Nacianzo. Lista que sería aumentada con los nombramientos otorgados por los Santos Padres Bonifacio VIII y Pío V.

<sup>19</sup> <http://www.docelinajes.org/2016/02/08/>

<sup>20</sup> MARTÍN GAVILLERO, María Carmen. (2012). *Las tres doctoras de la Iglesia. Sororidad. Enero, nº. 203.*

<sup>21</sup> JUAN PABLO II. (1979). *Homilía en la misa de Proclamación de Santa Teresa del Niño Jesús como doctora de la Iglesia Universal*, 19 de octubre de 1997. *L' Osservatore Romano*, 24 de octubre de 1997, pág. 529. Edición semanal en lengua española.

Tras el Concilio de Trento la lista se ampliaría de forma ostensible, desde Santo Tomás de Aquino, en 1556, hasta San Lorenzo de Brindisi en 1959<sup>22</sup>.

Hasta ese momento eran exclusivamente hombres importantes de la Iglesia Católica y grandes hombres de la humanidad los que habían alcanzado tan significativo reconocimiento.

Sin embargo, siguiendo literalmente las palabras de San Pablo, citadas como preámbulo en este texto, las mujeres continuaban vetadas con el alegato ya manifestado por Antonio Royo [Marín].

No vamos a plantearnos la interpretación, realizada por diferentes miembros del papado, del precitado texto de San Pablo. Pero sí, nos gustaría recoger los comentarios al respecto de un gran teólogo, Joseph Ratzinger, Papa Benedicto XVI: *Debemos a San Pablo una documentación más amplia sobre la dignidad y el papel eclesial de la mujer. El Apóstol toma como punto de partida el principio fundamental según el cual para los bautizados "ya no hay judío ni griego; ni esclavo ni libre; ni hombre ni mujer". El motivo es que todos somos un Cristo Jesús (Ga. 3,28). Es decir, todos tenemos la misma dignidad de fondo, aunque cada uno con funciones específicas (cfr. 1 Co. 12, 27-30). El Apóstol admite como algo normal que en la comunidad cristiana la mujer pueda "profetizar" (1 Co 11,5), es decir, hablar abiertamente bajo el influjo del Espíritu, a condición de que sea para la edificación de la comunidad y de modo digno. Por lo tanto hay que relativizar la sucesiva y conocida exhortación: "Las mujeres cállense en las asambleas" (1 Co.14, 34)*<sup>23</sup>.

Pero la realidad nos dice que la mujer no entraría a formar parte de este grado eclesiástico hasta el 27 de septiembre de 1970, bajo el papado de Pablo VI, y esta no podía ser otra que la Santa abulense.

Es más, para evitar que esta situación se pudiese volver a dar con las mujeres o los simples bautizados San Juan Pablo II al conceder el título a Santa Teresa de Lisieux, y partiendo de fundamentos eclesiológicos y pneumatológicos especifica: *El Concilio nos recordó que, con la asistencia del Espíritu Santo, crece continuamente en la Iglesia la comprensión "depositum fidei" y a ese proceso de crecimiento no sólo contribuyen el estudio rico de contemplación a que están llamados los teólogos y el magisterio de los pastores, dotados del "carisma cierto de la verdad", sino también el "profundo conocimiento de las cosas espirituales que se concede por vía de la expiración, con riqueza y diversidad de dones, a quienes se dejan guiar con docilidad por el Espíritu Santo de Dios" (Cf. Dei Verbum 8). La Lumen Gentium, por su parte, enseña que en los santos "nos habla Dios mismo". Por esta razón, con el fin de profundizar en los divinos misterios, que son siempre más grandes que nuestros pensamientos, se atribuye un valor especial a la experiencia espiritual y de los santos, y no es casualidad que la Iglesia escoja únicamente entre ellos a las personas a quienes quiere otorgar el título de doctor*<sup>24</sup>.

---

<sup>22</sup> O' DONNELL, Christopher & PIÉ-NINOT, Salvador. (2011). *Diccionario de Eclesiología*. Madrid, San Pablo. Voz de doctores de la Iglesia, págs. 317-318.

<sup>23</sup> BENEDICTO XVI. (2008). *Las mujeres al servicio del Evangelio. Los orígenes de la Iglesia. Los apóstoles y los primeros discípulos de Cristo*. Madrid, San Pablo, págs. 171-175.

<sup>24</sup> JUAN PABLO II. (1997). Op. cit. Pág. 529.

## Requisitos para la declaración de Doctor de la Iglesia

Sería el canonista Próspero Lambertini, Benedicto XIV, quien en 1738 estableciera los requisitos para ser declarados Doctores de la Iglesia Universal<sup>25</sup>.

El ya mencionado Concilio Vaticano II, ratificaría, mediante la constitución Apostólica *Pastor Bonus*, la citada doctrina. Es más, al establecer la competencia de la congregación para las Causas de los Santos, disponía: *Además, corresponde a la congregación examinar la concesión del título de Doctor a los Santos, después de haber obtenido el parecer de la congregación de la doctrina de la Fe, por lo que se refiere a la doctrina eminente*<sup>26</sup>.

De ahí que la santidad notoria constituya un requisito previo, y la declaración del Papa o del Concilio Ecuménico sea un acto formal de reconocimiento. Por ello, la doctrina eminente es la cualidad específica y determinante para la concesión del título de Doctor o Doctora de la Iglesia Universal<sup>27</sup>.

Es más, el decreto *Gloriosus* de Bonifacio VIII: *Errorum tenebrae fuerint profugatae, obscura fuerint dilucidata, dubia declarata, Scripturarumve aenigmata, reserata*, ya fue recogido, en lo referente a los requisitos para estos nombramientos, por el citado Lambertini<sup>28</sup>.

Es evidente que podemos afirmar que se trata de principios de índole doctrinal, siempre al servicio de la verdad de la Revelación: *es decir, si la doctrina propuesta disipa las tinieblas del error, dilucida las cosas oscuras, aclara las dudas y hace accesibles los misterios de las Escrituras*<sup>29</sup>.

Los criterios fueron ampliados con motivo de la nominación de San Alfonso María de Ligorio, en la segunda mitad del siglo XIX, y el objetivo era incluir el reconocimiento del influjo de una doctrina *in bonum Ecclesia*, no solamente en el ámbito de las verdades reveladas y de la teología, sino también en el campo específico de la moral cristiana.

Pablo VI, en la proclamación tanto de Santa Teresa de Jesús, como posteriormente en la de Santa Catalina de Siena, fundamentó tal decisión en la doctrina del Concilio Vaticano II, sobre los carismas en la Iglesia y el valor de los testimonios de los místicos en la profundización del depósito de la revelación.

Posteriormente, al tratar el nombramiento de Santa Teresa del Niño Jesús, se vio la necesidad de mantener los principios tradicionales y hacerlos compatibles con el ya citado Concilio Vaticano II.

---

<sup>25</sup> LAMBERTINI, Próspero. (1738). *De servorum dei beatificatione et beatorum canonizatione*, Liber IV, Par II. Cap. Nº 13. Bonn. (En *Opera Omnia Editio Novissima*, Prati 1841), pág. 512. Existe una edición de 2014 editada por Congregazione delle Cause dei Santi, Ciudad Vaticano.

<sup>26</sup> JUAN PABLO II. (1989). *Constitución Apostólica Pastor Bonus sobre la Curia Romana*. *L'Ossevatore Romano*, 29 de enero de 1987, artículo 73, págs. 69-82. Edición semanal en lengua española.

<sup>27</sup> CASTELLANO CERVERA, Jesús, OCD. (1997). *La doctrina eminente de San Teresa de Lisieux*. *L'Ossevatore Romano*, 7 de noviembre de 1997, págs. 559-560. Edición semanal en lengua española.

<sup>28</sup> LAMBERTINI, Próspero. (1738). Op. cit. Pág. 513.

<sup>29</sup> FORASTIERI, Ana Laura, OCSO. (2012). *Santa Gertrudis: ¿doctora de la Iglesia? Planteamiento de la cuestión y perspectivas de estudio*. *Cistercium*, nº 258, pág. 42.

Como muy bien ha dicho la cisterciense Forastieri: *La doctrina eminente puede pertenecer tanto al ámbito de la teología como de la vida espiritual*<sup>30</sup>.

En definitiva, y siguiendo la intervención de San Juan Pablo II, en su Carta Apostólica *Divini Amoris Scientia* de 19 de octubre de 1997<sup>31</sup>, se pueden establecer los criterios en relación a cuatro ejes: *contenido, fuentes, universalidad y actualidad de la doctrina:*

**Contenido:**

- Calidad o cantidad de los escritos.
- Altura y profundidad de la doctrina.
- Madurez de la síntesis sapiencial obtenida.
- Coherencia entre las verdades de la fe y la experiencia de la vida.
- Influjo positivo efectivo ejercido sobre el pueblo de Dios.

**Fuentes:**

- La inspiración en la Palabra de Dios, la Tradición y el Magisterio de la Iglesia, ubicándose siempre a continuación de ellos.
- Constitución de un progreso en la comprensión o una incisiva profundización sapiencial de las verdades reveladas, fruto de la acción del Espíritu Santo.
- Presentación de una visión original e inédita de los misterios de la fe, adaptada a la realidad contemporánea del santo y de vigencia permanente.

**Universalidad:**

- Amplia difusión del mensaje doctrinal.
- Influjo benéfico particular en el Pueblo de Dios, confirmado posiblemente por el uso que de ella hubiera hecho el Magisterio, y por la particular atención que le hubiera prestado la teología católica, en el estudio e ilustración de los misterios de la fe.
- El citado influjo debe tener carácter de universalidad, de tal modo que afecte a toda la Iglesia y no sólo a una parte o a un grupo de personas.
- Aceptación positiva por parte la Iglesia.

**Actualidad**

El mensaje doctrinal del candidato debe ser:

- Seguro y duradero.
- Capaz de contribuir a confirmar o profundizar el depósito de la fe.
- Apto para iluminar nuevas perspectivas de doctrina y de vida.
- Con una incidencia y una actualidad particulares para la Iglesia y para el Mundo.

---

<sup>30</sup> FORASTIERI, Ana Laura, OCSO. (2012). Op. cit. Pág. 43.

<sup>31</sup> JUAN PABLO II. (1997). *Carta Apostólica Divini Amoris Scientia, en la Homilía en la Misa de Proclamación de Santa Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz, Doctora de la Iglesia Universal*, 19 de Octubre de 1997. *L'Osservatore Romano*, 24 de octubre de 1997. Edición semanal en lengua española.



## Doctoras de la Iglesia

Se ha puesto de manifiesto, y así lo entendió en su momento (1970) la sociedad, que la concesión del doctorado eclesial a dos mujeres era un hecho de relieve lo suficientemente importante como para interesar tanto a la fe como a la inteligencia cristiana.

Prácticamente dos mil años de historia de la Iglesia y está sólo había recibido en su seno como Doctores de la Iglesia Universal a miembros varones. En 1970, año del reconocimiento a **Santa Teresa de Ávila**, ya habían alcanzado este estadio treinta hombres.

Pero como ya hemos dicho, el Concilio Vaticano II, y su propulsor San Juan XXIII, abrió las ventanas de la Iglesia y las puertas del doctorado a las mujeres y el 27 de septiembre de 1970 “*La Santa*” obtendría el más que merecido grado de doctor.

El cuatro de octubre del mismo año sería la italiana **Santa Catalina de Siena**<sup>32</sup> quien obtendría esa distinción.

Siete años después, la francesa **Santa Teresa de Lisieux** se uniría a ellas de la mano de Juan Pablo II y más recientemente **Santa Hildegarda de Bingen** en 2012 y con esta última finaliza el grupo de damas Doctoras de la Iglesia Universal.

Una serie de fenómenos paralelos y complementarios de la conciencia eclesial había hecho posible este acontecer, la propia Iglesia lo entendió como un gesto sintético: *progreso exegetico, teológico, espiritual; en definitiva un cambio de mentalidad y cultura*<sup>33</sup>.

---

<sup>32</sup> MAIOLI, Graziano, OCD. (1970). *Sancta Catharina Senensis. Doctrinae fama et influxus. Ephemerides Carmeliticae*, XXI, nº 1 y 2, págs. 261-299.

<sup>33</sup> Presentación del número monográfico dedicado a Santa Teresa de *Ephemerides Carmeliticae*, XXI, nº 1 y 2, 1970, pág.1.

Con estos reconocimientos y especialmente con el primero, o quizás deberíamos decir con los dos primeros, se había dado, la Iglesia había dado, un paso de gigante.

Desde aquel lejano año de 1925, cuando el papa Bonifacio VIII reconoció y otorgó los cuatros nombramientos, hasta 1970 sólo los varones eran considerados con méritos y la verdad es que existía una representación de santa mujeres que no sólo por el esplendor de sus virtudes heroicas y el brillo de sus gracias místicas, sino también, como afirma Fray Simeón de la Sagrada Familia<sup>34</sup>, por las riquezas de sus enseñanzas y el valor inmarcesibles de sus escritos que han honrado las letras cristianas, merecieron el reconocimiento.

Cuatro mujeres fuertes que, cada una en su momento y en su espacio, demostraron su gran valentía al enfrentarse, alguien ha dicho al relacionarse, con príncipes ya seculares ya de la Iglesia. Cuatro religiosas cuyos escritos y relaciones con los clérigos y príncipes fueron tan convincentes que lograron, incluso en diferentes ocasiones, hacerles cambiar de opinión y nunca dudaron de utilizar palabras fuertes para ello.

¿No ha habido más mujeres con méritos para ser proclamadas Doctoras de la Iglesia Universal? Evidentemente sí. Pero la realidad ahí está.

Hoy existe lo que podríamos denominar una causa abierta, nos referimos a la petición para que se reconozca con el mencionado privilegio a Santa Gertrudis de Hefta.

Para ello están trabajando una serie de hombres y mujeres, especialmente miembros de la Orden Cisterciense de la Estricta Observancia, con el

---

<sup>34</sup> SAGRADA FAMILIA, Simeón de la, OCD. (1970). Op. cit. Pág. 301.

abad General Dom Mauro-Giuseppe Lepori a la cabeza e íntimamente unido a él personajes como Dom Olivier Quenardel, Abad de Cîteaux y nuestro querido monje de Oseira, Damián Yáñez Neira.

Pero dejemos a Santa Gertrudis para un futuro y centrémonos en las tres religiosas que siguieron a Santa Teresa en la llegada al doctorado.

**Santa Catalina**, natural de Siena, fue una mujer asombrosa del siglo XIV, a decir de sus biógrafos fue una dama iletrada que tuvo que acudir a secretarios y amanuenses para redactar sus obras. Tomó el hábito de la Tercera Orden de Penitencia de Santo Domingo. Su experiencia y especialmente, su contacto con Dios fueron claves para que comenzase a cartearse con primeras figuras de la Iglesia y de la vida civil. A ella se le atribuye el que Gregorio XI abandonara Aviñón y regresase a la residencia de Roma, siendo pieza clave desde entonces en el acontecer, incluido el famoso cisma, del siguiente papado.

Desde un punto de vista histórico sus cartas fueron y son esenciales; pero doctrinalmente su obra es *Diálogo*. No vamos a profundizar en ella, lo importante es introducirse en esta obra y conocer a la religiosa de Siena. Santa que fue ante todo mujer de Iglesia y así lo hizo patente con un desbordante amor hacia ella. Poseía una personalidad humana y sobrenatural que ha recogido perfectamente Ángel Morta<sup>35</sup> y que tan bien ha esquematizado Antonio Royo Marín<sup>36</sup>.

Y ¿qué decir de la francesa nacida en Alençon? **Teresa de Lisieux**, Santa Teresita del Niño Jesús, quien apenas tuvo vida terrenal, falleció a los 24 años.

Esta joven carmelita siguió un perfecto camino de fe, sembrado de duras pruebas, en la gran oscuridad de la pura fe, en el amor a Dios. Llegando a ser un ejemplo del auténtico “pequeño camino” de perfección, como ha escrito el alemán Lehmann<sup>37</sup>.

La benedictina **Santa Hildegarda de Bingen** sería proclamada por el Papa Benedicto XVI, nació a fines del siglo XI, 1098, en la localidad de Bremersheim. Desde su más tierna infancia fue consagrada al servicio de Dios. Creció en un eremo[26] y posteriormente vivió en un pequeño convento de clausura en Disibodenberg, emitiendo votos perpetuos a los dieciséis años. Fundaría dos monasterios en Rupertsberg, ¿1150? y en Eibingen, ¿1165?

Recorrió los territorios de Renania y el sudoeste de la actual Alemania, visitando monasterios y conventos, predicando contra la decadencia, especialmente del clero. Fue una luchadora nata contra la herejía de los cátaros.

Su sabiduría y su capacidad expresiva hacen de ella, a decir de sus biógrafos, un auténtico enigma. Sus 309 cartas son el testimonio de una abundante correspondencia con los grandes de una época de sumo interés. Es igualmente autora de un estudio fundamental sobre la ética, de una gran obra sobre el mundo, e incluso elaboró una cosmología con una importante orientación espiritual, donde se puede apreciar una doctrina sobre el hombre y su salvación. *Scivias*, 1141-1151, *Liber vitae meritorium*, 1158-1163 y *Liber divinorum operum*, 1165-1174, relatan sus visiones y el encargo recibido del Señor de transcribirlas.

Sabiduría y espiritualidad difícilmente explicables y que se pueden seguir de la mano de Pernoud<sup>38</sup>, Lorenzo<sup>39</sup> o de Cirlot<sup>40</sup>.

---

<sup>35</sup> MORTA, Ángel. (1955). *Obra de Santa Catalina de Siena*. Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos.

<sup>36</sup> ROYO MARÍN, Antonio, OP. (1970). Op. cit. Págs. 91-178.

---

<sup>37</sup> LEHMANN, Karl. (2012). Op. cit. Pág. 65.

<sup>38</sup> PERNOU, Régine. (1998). *Hildegarda de Bingen. Una conciencia inspirada del siglo XII*. Barcelona, Ed. Paidós.

<sup>39</sup> LORENZO ARRIBAS, Josemi. (1996). *Hildegarda de Bingen (1098-1179)*. Madrid, Ediciones de Oro, Biblioteca de Mujeres.

<sup>40</sup> CIRLOT, Victoria. (1997). *Vida y visiones de Hildegarda von Bingen*. Madrid, Ed. Siruela.

## Los papas y Teresita del Niño Jesús

*La santa de Lisieux fascinó a todos los pontífices del siglo XX con su fe sencilla, que se basaba en la absoluta necesidad de la gracia*

por Giovanni Ricciardi<sup>41</sup>

El 20 de noviembre de 1887, a la edad de 15 años, santa Teresa del Niño Jesús habló con el papa **León XIII (1878-1903)** durante una peregrinación a Roma organizada por la diócesis de Lisieux. La joven, con ingenua audacia, le pidió permiso para entrar en el Carmelo antes de la edad prescrita. El Papa le respondió sencillamente: «Entrarás, si esa es la voluntad de Dios». El anciano Pontífice no podía imaginar entonces que la historia de esa niña iba a marcar el pontificado de sus sucesores. Todos los papas del siglo XX fueron tocados de algún modo por el "paso" de Teresa. El primero fue **Pío XI**, que la beatificó en 1923, la canonizó dos años después, y en 1927 la proclamó patrona de las misiones. La historia de Teresa se enlaza especialmente con la del papa Montini, que fue bautizado el mismo día de la muerte de la pequeña hermana de Lisieux. Pero la primera intuición de lo extraordinario de Teresa se debe a **Pío X (1903-1914)**, de quien el próximo 4 de agosto se celebra el centenario de su elección.



**Pío X: «La santa más grande de los tiempos modernos»**

Habían pasado sólo diez años desde la muerte de Teresa cuando Pío X recibió el regalo de la edición francesa de la *Histoire d'une âme* y, tres años después, en 1910, la traducción italiana de la autobiografía de la santa. Traducción que había llegado ya a su segunda edición. Pío X no tuvo ninguna duda respecto a Teresa y por ello aceleró la incoación de la causa de beatificación, que se fecha en 1914 y que fue uno de los últimos actos de su pontificado. Pero, ya unos años antes, hablando con un obispo misionero que le había regalado un retrato de Teresa, el Papa había dicho: «Esta es la santa más grande de los tiempos modernos». Una opinión que podía parecer atrevida, porque Teresa no tenía entonces, al igual que hoy, sólo estimadores. La sencillez de su doctrina espiritual, centrada en la absoluta necesidad de la gracia, hacía arrugar el entrecejo a muchos eclesiásticos. En los tiempos de un catolicismo embebido de jansenismo, su espiritualidad centrada en la confianza y en el abandono dócil

<sup>41</sup> "30 Dias" Sacado del n. 05 – 2003;  
[http://www.30giorni.it/articoli\\_id\\_950\\_12.htm?id=950](http://www.30giorni.it/articoli_id_950_12.htm?id=950)

a la misericordia de Dios parecía en contraposición con el rigor de una ascesis basada en la renuncia y en el sacrificio. El eco de esta “sospecha” sobre la doctrina de Teresa llegó a los oídos del Papa, que una vez respondió con decisión a uno de estos detractores: «Su extrema sencillez es lo más extraordinario y digno de atención en este alma. Vuelva a estudiar su teología».

A Pío X le había impresionado, entre otras cosas, una carta que Teresa había escrito el 30 de mayo de 1889 a su prima María Guérin, la cual, por escrúpulos de conciencia, no comulgaba : «Jesús está en el tabernáculo expresamente para ti, para ti sola, y arde en deseos de entrar en tu corazón [...] Comulga a menudo, muy a menudo. Este es el único remedio si te quieres curar». Entonces era una actitud muy difundida el escrúpulo excesivo a comulgar frecuentemente, y la respuesta de Teresa le pareció al Papa una exhortación a combatir esta actitud. Es posible que la lectura de los escritos teresianos influyeran en los dos decretos de Pío X, *Sacra Tridentina Synodus*, sobre la comunión frecuente y *Quam singulari*, sobre la primera comunión de los niños.

**Benedicto XV: «Contra la presunción de alcanzar con medios humanos un fin sobrenatural»**

Pío X no tuvo tiempo de seguir el camino de la causa de beatificación. Su sucesor, Benedicto XV (1914-1922), la aceleró. El 14 de agosto de 1921 publicó el Decreto sobre las virtudes heroicas de la pequeña Teresa y, por primera vez, un papa usó la expresión “infancia

espiritual” para referirse a la “doctrina” de la santa de Lisieux: «La infancia espiritual», dijo el Papa, «está constituida por la confianza en Dios y por el ciego abandono en sus manos [...]. No es difícil notar los méritos de esta infancia espiritual tanto por lo que excluye como por lo que supone. Excluye, en efecto, la soberbia; excluye la presunción de alcanzar con medios humanos un fin sobrenatural; excluye la falacia de bastarse a sí mismo en la hora del peligro y de la tentación. Y, por otra parte, supone fe viva en la existencia de Dios; supone homenaje práctico a la potencia y misericordia de Él; supone confiada invocación a la providencia de Aquel, del que podemos obtener la gracia y evitar todo mal y conseguir todo bien [...] Deseamos que el secreto de la santidad de sor Teresa del Niño Jesús sea conocido por todos».

**Pío XI: «La estrella de mi pontificado»**

Pío XI (1922-1939), más que cualquier otro papa, sintió durante toda su vida, incluso antes de su elección al trono de Pedro, una profunda devoción por Teresa. Cuando era nuncio apostólico en Varsovia, tenía siempre sobre la mesa de su despacho la *Historia de un alma*; y lo mismo hizo como arzobispo de Milán. Durante su pontificado, Teresa fue elevada a los altares con gran rapidez. Fue beatificada el 29 de abril de 1923; canonizada el 17 de mayo de 1925, durante el Año Santo; el 14 de diciembre de 1927 fue proclamada, junto con san Francisco Javier, patrona universal de las misiones católicas. Tanto la beatificación como la canonización fueron las primeras del pontificado de Achille Ratti. El 11 de febrero de 1923, durante su discurso con motivo de la aprobación de los milagros necesarios para la beatificación el Papa dijo: «Milagro de virtud en esta gran alma, que nos hace repetir con el

Divino Poeta: “venida del cielo a la tierra para mostrar el milagro” [...]. La pequeña Teresa se ha hecho también ella una palabra de Dios [...]. La pequeña Teresa del Niño Jesús quiere decirnos que es fácil para nosotros participar en todas las más grandes y heroicas obras del celo apostólico mediante la oración». A los peregrinos franceses presentes en Roma para la beatificación de Teresa les dijo: «Aquí estáis a la luz de esta Estrella —*como nos gusta llamarla*— que la mano de Dios quiso que resplandeciera al comienzo de nuestro pontificado, presagio y promesa de una protección, que nosotros estamos experimentando felizmente». Y la intercesión de Teresa el papa Ratti atribuyó después una protección especial en momentos cruciales de su pontificado. **En 1927, en uno de los momentos más duros de la persecución contra la Iglesia católica en México, consagró el país a la protección de Teresa: «Cuando la práctica religiosa quede restablecida en México», escribía a los obispos, «deseo que santa Teresa del Niño Jesús sea reconocida como la mediadora de la paz religiosa en vuestro país».**

A ella imploró la solución de la dura contraposición entre la Santa Sede y el gobierno fascista italiano en 1931, que llevó a la Acción católica italiana a un paso de la supresión: «Mi pequeña santa, haz que para la fiesta de la Virgen todo se arregle». La controversia se resolvió el 15 de agosto de ese mismo año. Ya a finales del Año Santo de 1925 el papa Ratti había enviado a Lisieux una fotografía suya en la que había escrito esta elocuente leyenda: «Per intercessionem S. Theresiae ab Infante Iesu *protrectricis nostrae singularis* benedicat vos omnipotens et misericors Deus». Y en 1937, al final de la larga enfermedad que padeció en los últimos años de pontificado, dio las gracias públicamente a aquella «que tan válidamente y

de modo tan evidente ha venido en ayuda del sumo Pontífice y aún parece dispuesta a ayudarlo: Santa Teresa de Lisieux». No pudo coronar su deseo de ir personalmente a Lisieux en los últimos meses de su vida. En vísperas de la Segunda Guerra Mundial el pontificado pasaba a Pío XII (1939-1958), que bien conocía y estimaba a la pequeña santa.

#### **Pío XII: «Hacer valer ante Dios la pobreza espiritual de una criatura pecadora»**

«Hija de un cristiano admirable, Teresa aprendió sobre las rodillas de su padre los tesoros de indulgencia y de compasión que se esconden en el corazón del Señor. [...] Dios es un Padre cuyos brazos están constantemente abiertos para sus hijos. ¿Por qué no responder a este gesto? ¿Por qué no gritarle sin descanso nuestra inmensa angustia? Hay que fiarse de las palabras de Teresa, cuando invita, tanto al más miserable como al más perfecto, a hacer valer ante Dios sólo la debilidad radical y la pobreza espiritual de una criatura pecadora». Palabras del radiomensaje del 11 de julio de 1954, con motivo de la consagración de la Basílica de Lisieux, con las que el papa Pacelli expresaba el núcleo del “camino de la infancia espiritual” indicado por Teresa. El Papa mantuvo durante toda su vida relaciones epistolares con el Carmelo de Lisieux. El comienzo de esta correspondencia se remonta a 1929, durante su nunciatura apostólica en Berlín, cuando envió a Lisieux una carta de agradecimiento por haber recibido la primera edición alemana de la *Historia de un alma*. Luego Pío XI le encargó que fuera como su enviado al Carmelo de Teresa para presidir algunas funciones especiales. Cuando fue a Buenos Aires, en 1934, como legado pontificio en el Congreso

eucarístico internacional, llevó consigo una reliquia de santa Teresa a la que había confiado su misión. Durante todo su pontificado se mantuvo en contacto por carta con sor Inés y sor Celina, las hermanas de Teresa que aún vivían en el Carmelo de Lisieux.



**Juan XXIII: «Teresita nos conduce a la orilla»**

«A santa Teresa la Grande (Teresa de Jesús, *n. de la r.*), la quiero mucho... pero la Pequeña: ella nos conduce a la orilla [...] Hay que predicar su doctrina, tan necesaria». Dijo Juan XXIII (1958-1963) a un sacerdote que le había ofrecido una colección de retratos de Teresita. Angelo Roncalli estuvo en Lisieux cinco veces, sobre todo en el periodo de su nunciatura en París, pero también cuando era delegado apostólico en Bulgaria. Como pontífice habló largo sobre Teresa durante la audiencia general del 16 de octubre de 1960. Dijo en esta ocasión: «Grande fue Teresa de Lisieux por haber sabido, en la humildad, en la sencillez, en la abnegación constante, cooperar en las empresas y en el trabajo de la gracia por el bien de innumerables fieles». Al respecto, el Santo Padre, queriendo dar una similitud apropiada, se complacía en recordar lo que muchas veces había visto en el puerto de Constantinopla. «Allí llegaban grandes naves de carga, que no lograban

acercarse a los muelles por las características del fondo del mar. Así que, al lado de cada gran nave, se veía una pequeña barca que iba hacia los muelles. Su presencia podía parecer superflua, a primera vista, pero en cambio era muy útil porque transbordaba las mercancías a tierra.»

**Pablo VI: «Nací para la Iglesia el día en que la santa nació para el cielo»**

Durante una vista *ad limina* del obispo de Sées, la diócesis en la que nació Teresa, el papa Montini (1963-1978) dijo: «Nací para la Iglesia el día en que la santa nació para el cielo. Esto le puede explicar los vínculos especiales que me unen a ella. Mi madre, que la quería mucho, me hizo conocer a santa Teresa del Niño Jesús. He leído muchas veces la *Histoire d'une âme*, la primera vez cuando era joven». En 1938 escribía a las monjas del Carmelo de Lisieux confesando que «seguía desde hacía mucho tiempo y con vivo interés el desarrollo del Carmelo de Lisieux». Y añadía «tengo gran devoción a santa Teresa, de la que conservo una pequeña reliquia sobre mi mesa de trabajo».

Bastan estas menciones para comprender el profundo vínculo entre Pablo VI y Teresita. Varias veces, como papa, intervino sobre la figura y la doctrina de la santa de Lisieux. En 1973, con motivo del centenario del nacimiento de la santa, escribió una carta a monseñor Badré, entonces obispo de Bayeaux y Lisieux, resumiendo en pocas páginas su pensamiento sobre Teresa. Realismo y humildad son los dos conceptos sobre Teresa que el papa Montini subraya expresamente: «Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz nos enseña a no contar sólo con

nuestras fuerzas, *ya se trate de la virtud o de la limitación*, sino con el amor misericordioso de Cristo, que es más grande que nuestro corazón y nos une a la ofrenda de su pasión, al dinamismo de su vida». En lo tocante a la vida de Teresa, que aceptó el límite humano y cultural del claustro, ella nos enseña, según Pablo VI, que «el ingreso realista en la comunidad cristiana, donde estamos llamados a vivir el instante presente, nos parece una gracia sumamente deseable para nuestro tiempo». Teresa vivió su camino personal a la santidad en un ambiente lleno de límites. Sin embargo, «no esperó, para comenzar a actuar, un modo de vida ideal, un ambiente de convivencia más perfecto, digamos más bien que contribuyó a cambiarlos desde dentro. *La humildad es el espacio del amor*. Su búsqueda del Absoluto y la transcendencia de su caridad le permitieron vencer los obstáculos, o mejor, dicho, transfigurar sus límites».

Pablo VI había subrayado también el tema de la humildad de Teresa en una audiencia celebrada el 29 de diciembre de 1971: «Humildad tanto más poderosa cuanto más la criatura es algo, porque todo depende de Dios y porque la comparación entre todas nuestras medidas y el Infinito nos obliga a agachar la frente». En Teresa la humildad no está separada de una «infancia llena de confianza y abandono».

En un discurso pronunciado el 16 de febrero de 1964, en la parroquia de San Pío X, el Papa subraya con claridad lo que había practicado y enseñado santa Teresa del Niño Jesús sobre la confianza que hemos de tener en la bondad de Dios, abandonándonos plenamente a su Providencia misericordiosa: «Un escritor moderno muy conocido termina un libro suyo

afirmando: todo es gracia. Pero ¿de quién es esta frase? No del mencionado escritor porque la ha sacado –y lo dice– de otra fuente. Es de santa Teresa del Niño Jesús. La ha escrito en una página de sus diarios: “*Tout est grâce*”. *Todo puede resolverse en gracia*. Por lo demás, también la santa carmelita no hacía más que recordar una espléndida frase de san Pablo: «*Diligentibus Deum omnia cooperantur in bonum*». Toda nuestra vida *puede resolverse en bien*, si amamos al Señor. Y esto es lo que el Pastor Supremo desea a todos los que le escuchan».

#### **Juan Pablo I: «Con suma sencillez y yendo a lo esencial»**

El papa Luciani no tuvo tiempo, en los 33 días de su pontificado, de hablar de Teresa. Pero lo había hecho en dos importantes ocasiones cuando era patriarca de Venecia: el 10 de octubre de 1973 dio una conferencia con motivo del centenario del nacimiento de Teresa, y sobre todo en la carta dirigida a la santa y contenida en su libro *Ilustrísimos*. Aquí, Albino Luciani narra que había leído por primera vez la *Historia de un alma* cuando tenía diecisiete años: «Para mi fue una fulguración», escribe. Y revela la ayuda que Teresa le dio cuando, siendo un joven sacerdote, había enfermado de tuberculosis y había sido ingresado en un sanatorio: «Me dio vergüenza sentir algo de miedo», recuerda Luciani, «Teresa veinteañera, hasta entonces sana y llena de vitalidad –me decía para mis adentros–, fue inundada de alegría y esperanza cuando sintió subir a su boca la primera hemoptisis. No sólo, sino que, atenuando su mal, consiguió terminar el ayuno con régimen de pan seco y agua, ¿y tú te pones a temblar? Eres sacerdote,

despiértate, no hagas el tonto». En la conferencia de 1973, el futuro Juan Pablo I subrayaba la profundidad de la enseñanza de Teresa: «Ella, al poseer una inteligencia aguda y dones especiales, vio claramente en las cosas de Dios y se expresó también clarísimamente, es decir, con suma sencillez y yendo a lo esencial». Teresa no buscó experiencias distintas de las que le ofrecía el cristianismo de su tiempo. Como escribe el padre Mario Caprioli, no buscó experiencias extraordinarias: «Confesión a los seis años, la preparación para la primera comunión la hizo en familia, la peregrinación –que para Teresa fueron muy instructivos–, el monasterio, es decir, la vida religiosa con los votos, la regla, la austeridad» (M. Caprioli, *I papi del XX secolo e Teresa de Lisieux*, p. 349). «Hoy», comentaba al respeto Luciani, «con la excusa de la renovación, se tiende a veces a vaciar todas estas cosas de su valor. Teresa no estaría de acuerdo, creo yo».

### **Juan Pablo II: Teresa del Niño Jesús doctora de la Iglesia universal**

Al proclamar en 1997 a Teresa de Lisieux doctora de la Iglesia universal, la tercera mujer que obtiene este título después de Teresa de Jesús y Catalina de Siena, Juan Pablo II recogió de hecho la herencia de sus predecesores.

La actualidad de este gesto puede expresarse con las palabras que monseñor Luigi Giussani dirigió al Papa en la plaza de San Pedro durante el encuentro de los movimientos eclesiales que tuvo lugar el 30 de mayo de 1988: «Al grito desesperado del pastor Brand en el homónimo drama de Ibsen (“Oh Dios, respóndeme en esta hora en que la muerte me traga: ¿no es suficiente, pues, toda la voluntad de un hombre para conseguir una sola parte de salvación”) le corresponde la humilde positividad de santa Teresa del Niño Jesús que escribe “Cuando soy caritativa, sólo es Jesús quien actúa en mí” ».



CLAUSURA DEL CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II

**PABLO VI, MENSAJE A LAS MUJERES<sup>42</sup>**

Y ahora es a vosotras a las que nos dirigimos, mujeres de todas las condiciones, hijas, esposas, madres y viudas; a vosotras también, vírgenes consagradas y mujeres solas. Sois la mitad de la inmensa familia humana.

La Iglesia está orgullosa, vosotras lo sabéis, de haber elevado y liberado a la mujer, de haber hecho resplandecer, en el curso de los siglos, dentro de la diversidad de los caracteres, su innata igualdad con el hombre.

Pero llega la hora, ha llegado la hora en que la vocación de la mujer se cumple en plenitud, la hora en que la mujer adquiere en el mundo una influencia, un peso, un poder jamás alcanzado hasta ahora.

Por eso, en este momento en que la humanidad conoce una mutación tan profunda, las mujeres llenas del espíritu del Evangelio pueden ayudar tanto a que la humanidad no decaiga.

Vosotras, las mujeres, tenéis siempre como misión la guarda del hogar, el amor a las fuentes de la vida, el sentido de la cuna. Estáis presentes en el misterio de la vida que comienza. Consoláis en la partida de la muerte. Nuestra técnica corre el riesgo de convertirse en inhumana. Reconciliad a los hombres con la vida. Y, sobre todo, velad, os lo suplicamos, por el porvenir de nuestra especie. Detened la mano del hombre que en un momento de locura intentase destruir la civilización humana.

Esposas, madres de familia, primeras educadores del género humano en el secreto de los hogares, transmitid a vuestros hijos y a vuestras hijas las tradiciones de vuestros padres, al mismo tiempo que los preparáis para el porvenir insondable. Acordaos siempre de que una madre pertenece, por sus hijos, a ese porvenir que ella no verá probablemente.

Y vosotras también, mujeres solitarias, sabed que podéis cumplir toda vuestra vocación de entrega. La sociedad os llama por todas partes. Y las mismas familias no pueden vivir sin la ayuda de aquellas que no tienen familia.

Vosotras, sobre todo, vírgenes consagradas, en un mundo donde el egoísmo y la búsqueda de placeres quisieran hacer la ley, sed guardianes de la pureza, del desinterés, de la piedad. Jesús, que dio al amor conyugal toda su plenitud, exaltó también el renunciamiento a ese amor humano cuando se hace por el Amor infinito y por el servicio a todos.

---

<sup>42</sup> [http://w2.vatican.va/content/paul-vi/es/speeches/1965/documents/hf\\_p-vi\\_spe\\_19651208\\_epilogo-concilio-donne.html](http://w2.vatican.va/content/paul-vi/es/speeches/1965/documents/hf_p-vi_spe_19651208_epilogo-concilio-donne.html)

Mujeres que sufrís, en fin, que os mantenéis firmes bajo la cruz a imagen de María; vosotras, que tan a menudo, en el curso de la historia, habéis dado a los hombres la fuerza para luchar hasta el fin, para dar testimonio hasta el martirio, ayudadlos una vez más a conservar la audacia de las grandes empresas, al mismo tiempo que la paciencia y el sentido de los comienzos humildes.

Mujeres, vosotras, que sabéis hacer la verdad dulce, tierna, accesible, dedicaos a hacer penetrar el espíritu de este Concilio en las instituciones, las escuelas, los hogares, y en la vida de cada día.

Mujeres del universo todo, cristianas o no creyentes, a quienes os está confiada la vida en este momento tan grave de la historia, a vosotras toca salvar la paz del mundo.

8 de diciembre de 1965

### Selección del texto de Juan Pablo II en su *Carta a las Mujeres* (1995), #11<sup>43</sup>

...Por otra parte, precisamente en la línea de esta economía de signos, incluso fuera del ámbito sacramental, hay que tener en cuenta la « **femineidad** » vivida según el modelo sublime de María. En efecto, en la « femineidad » de la mujer creyente, y particularmente en el de la « **consagrada** », se da una especie de « **profecía** » **inmanente** (cf. *Mulieris dignitatem*, 29), un simbolismo muy evocador, podría decirse un fecundo « carácter de icono », que se realiza plenamente en María y expresa muy bien el ser mismo de la Iglesia como comunidad consagrada totalmente con corazón « **virgen** », para ser « **esposa** » de Cristo y « **madre** » de los creyentes. En esta perspectiva de complementariedad « icónica » de los papeles masculino y femenino se ponen mejor de relieve las dos dimensiones imprescindibles de la Iglesia: el principio « mariano » y el « apostólico-petrino » (cf. *ibid.*, 27).

...En este amplio ámbito de servicio, la historia de la Iglesia en estos dos milenios, a pesar de tantos condicionamientos, ha conocido verdaderamente el « **genio de la mujer** », habiendo visto surgir en su seno mujeres de gran talla que han dejado amplia y beneficiosa huella de sí mismas en el tiempo. Pienso en la larga serie de **mártires**, de **santas**, de **místicas insignes**. Pienso de modo especial en **santa Catalina de Siena** y en **santa Teresa de Jesús**, a las que el Papa Pablo VI concedió el título de **Doctoras de la Iglesia**. Y ¿cómo no recordar además a tantas mujeres que, movidas por la fe, han emprendido iniciativas de extraordinaria importancia social especialmente al servicio de los más pobres? En el futuro de la Iglesia en el tercer milenio no dejarán de darse ciertamente **nuevas y admirables manifestaciones del « genio femenino »**.

---

<sup>43</sup> [https://w2.vatican.va/content/john-paul-ii/es/letters/1995/documents/hf\\_jp-ii\\_let\\_29061995\\_women.html](https://w2.vatican.va/content/john-paul-ii/es/letters/1995/documents/hf_jp-ii_let_29061995_women.html)





## Horario Diario de la Primera Semana: Martes Julio 18- Viernes, Julio 21

**7:00** Santa Misa con Laudes (en español)<sup>1</sup>

**8:00** Desayuno

9:00 – 10:15 1<sup>st</sup> AM Sesión  
Recreo

10:45 – 12:00 2<sup>nd</sup> AM Sesión

**12:30** Almuerzo

1:30 Tiempo libre / estudio personal

2:30 – 3:45 Talleres (opcional) / estudio personal

4:00 Oración Personal / estudio / Adoración

**5:00** Vísperas (en español)

**6:00** Cena

7:00 Lectura

8:00 Recreación

9:00 Completas  
Tiempo libre / a dormir



Curso de Verano 2017  
Hopewell Junction, NY  
**CMSWR**

**Sábado, Julio 22** – Salida cultural a New York City

Visitar a la Santa Francisca Javier Cabrini, museo de los Cloisters

**Domingo, Julio 23** –Día de descanso

---

<sup>1</sup> **Viernes 21 de julio:** 6:00am Laudes (en capilla) / 6:45 salir en auto para la Iglesia de San Columba / 7:00 misa en ingles en la parroquia / regresando, seguimos con el horario puesto.



## Horario Litúrgico

Primera Semana: 17 – 21 de julio, 2017

Lunes 17	Martes 18	Miércoles 19	Jueves 20	Viernes 21
	7:00am Misa con Laudes <i>Padre Tom Haggerty</i>	7:00am Misa con Laudes <i>Padre Tom Haggerty</i>	7:00am Misa con Laudes <i>Padre Tom Haggerty</i>	6:00am Laudes en la capilla 6:45am salir a la parroquia 7:00am Misa en San Columba
6pm Misa con Vísperas <i>Padre Tom Haggerty</i>	4:00pm Adoración <i>(padre disponible para las confesiones)</i>  5:00pm Vísperas con Bendición	4:00pm Adoración <i>(padre disponible para las confesiones)</i>  5:00pm Vísperas con Bendición	4:00pm Adoración  5:00pm Vísperas con los amigos del CMSWR	4:00pm Adoración  5:00pm Vísperas
<i>Completas individual</i>	9:00 Completas	9:00 Completas	9:00 Completas	8:30 Completas







## PRIMERA SEMANA: SANTA HILDEGARDA DE BINGEN Y SANTA CATALINA

Lunes 17 de julio	Martes 18 de julio	Miércoles 19 de julio	Jueves 20 de julio	Viernes 21 de julio
<b>Introducción al curso y los profesore, Hna. Ephesus y Hna. Theotokos</b>	<b>AM Sesión 1</b>	<b>AM Sesión 1</b>	<b>AM Sesión 1</b>	<b>AM Sesión 1</b>
	<b>Introducción al curso: ¿Por qué “Doctoras de la Iglesia”?</b> Hna. Theotókos, SSVM	<b>Santa Hildegarda de Bingen</b> Hna. Maria Parousia, SSVM	<b>Catalina de Siena</b> Hna. Mary Johanna, OP	<b>Catalina de Siena</b> Hna. Mary Johanna, OP
	<b>AM Sesión 2</b>	<b>AM Sesión 2</b>	<b>AM Sesión 2</b>	<b>AM Sesión 2</b>
	<b>Santa Hildegarda de Bingen</b> Hna. Maria Parousia, SSVM	<b>Santa Hildegarda de Bingen</b> Hna. Maria Parousia, SSVM	<b>Catalina de Siena</b> Hna. Mary Johanna, OP	<b>Catalina de Siena</b> Hna. Mary Johanna, OP
	<b>En la Tarde</b>			
	<b>Talleres</b> Hna. Maria Parousia, SSVM	<b>Talleres</b> Hna. Maria Parousia, SSVM	<b>Talleres</b> Hna. Mary Johanna, OP	<b>Talleres</b> Hna. Mary Johanna, OP
	<b>Lectura (Santa Hildegarda):</b>	<b>Lectura (Santa Catalina):</b>	<b>Lectura (Santa Catalina):</b>	<b>Lectura: preparativa de la visita cultural—arquitectura gótica</b>



## Santa Hildegarda de Bingen (1098-1179)

### Documentos de la Iglesia

- "Carta del Santo Padre Juan Pablo II al Obispo de Maguncia con Ocasión del 800 Aniversario de la Muerte de Santa Hildegarda" (1979)<sup>1</sup>
- Dos Audiencias Generales de Benedicto XVI sobre la vida y la misión de Santa Hildegarda (1-IX-2010,<sup>2</sup> 8-IX-2010<sup>3</sup>)
- Carta Apostolica Nombrando Hildegarda de Bingen una Doctora de la Iglesia (2012)<sup>4</sup>

### Obras de la Santa

- Libro de las Obras Divinas (*Liber Divinorum Operum*): Prologo y Primera Visión<sup>5</sup>
- *Ordo Virtutum*<sup>6</sup>
- Selección de Poesía: *Sinfonía de Santa María*, "O Ecclesia", "O Virga ac Diadema"
- Carta a los Prelados de Maguncia en 1178 (Ep. XXIII)
- Explicación del Credo de San Atanasio, que dio Santa Hildegarda a su Congregación de Hermanas

---

<sup>1</sup> [https://w2.vatican.va/content/john-paul-ii/es/letters/1979/documents/hf\\_jp-ii\\_let\\_19790908\\_800-ildegarda.html](https://w2.vatican.va/content/john-paul-ii/es/letters/1979/documents/hf_jp-ii_let_19790908_800-ildegarda.html)

<sup>2</sup> [https://w2.vatican.va/content/benedict-xvi/es/audiences/2010/documents/hf\\_ben-xvi\\_aud\\_20100901.html](https://w2.vatican.va/content/benedict-xvi/es/audiences/2010/documents/hf_ben-xvi_aud_20100901.html)

<sup>3</sup> [https://w2.vatican.va/content/benedict-xvi/es/audiences/2010/documents/hf\\_ben-xvi\\_aud\\_20100908.html](https://w2.vatican.va/content/benedict-xvi/es/audiences/2010/documents/hf_ben-xvi_aud_20100908.html)

<sup>4</sup> [https://w2.vatican.va/content/benedict-xvi/es/apost\\_letters/documents/hf\\_ben-xvi\\_apl\\_20121007\\_ildegarda-bingen.html](https://w2.vatican.va/content/benedict-xvi/es/apost_letters/documents/hf_ben-xvi_apl_20121007_ildegarda-bingen.html)

<sup>5</sup> [http://www.hildegardiana.es/5pdf/libro\\_obras\\_divinas.pdf](http://www.hildegardiana.es/5pdf/libro_obras_divinas.pdf)

<sup>6</sup> <http://www.hildegardiana.es/36otrasobras.html#virtudes>

**Documentos de la Iglesia: Santa Hildegarda de Bingen**

**Carta Del Santo Padre Juan Pablo II**

**Al Obispo de Maguncia con Ocasión del 800 Aniversario de la Muerte de Santa Hildegarda**

*A nuestro venerable hermano cardenal de la Santa Iglesia Romana Hermann Volk, obispo de Maguncia.*

Luz de su gente y de su época. Santa Hildegarda, por sobrenombre Bingense, brilla con más fulgor en la actualidad, ya que se celebra el 800 aniversario desde que, con santa muerte, para reinar con Dios en la vida sempiterna, salió de este mundo, de cuya perversidad y malicia estuvo alejada, pero al que reportó innumerables beneficios, apremiada por la caridad de Cristo. Participamos, pues, muy gozosamente en esta conmemoración de su aniversario con cuantos admiran y veneran a esta mujer excepcionalmente ejemplar, y te rogamos, venerable hermano nuestro, en los confines de cuya diócesis ella vivió largo tiempo, y donde se separó de las cosas terrenas, que seas intérprete y mensajero de nuestros sentimientos.

Nadie ignora que la primera alabanza con que está adornada esta flor de Alemania es la santidad de vida: cuando era niña de 8 años, fue encomendada para su instrucción a las monjas, y ella misma comenzó inmediatamente el camino de la vida religiosa que recorrió con celo y fidelidad; reunió compañeras que adoptaron la misma resolución, fundó nuevos monasterios desde

donde se propagó felizmente "el buen olor de Cristo" (cf. 2 Cor 2, 15).

Enriquecida con peculiares dones sobrenaturales desde su tierna edad, Santa Hildegarda profundizó en los secretos de la teología, medicina, música y otras artes, y escribió abundantemente sobre ellas, poniendo de manifiesto la unión entre la redención y el hombre.

Amó exclusivamente a la Iglesia: ardiendo en este amor, no dudó en salir de los claustros del monasterio, para encontrarse, como intrépida defensora de la verdad y de la paz, con prelados, autoridades civiles y con el mismo emperador, e incluso habló a multitudes de hombres.

Ella, que aunque siempre débil de salud, pero muy vigorosa en fuerzas espirituales y verdaderamente "mujer fuerte", fue llamada en otro tiempo "profetisa de Alemania", en la conmemoración de este aniversario parece hablar perentoriamente a los fieles cristianos de su estirpe y a los demás. La vida y la obra de esta Santa esclarecida enseñan que la unión con Dios y el cumplimiento de la voluntad divina son los dones que se deben buscar con mayor cuidado, sobre todo por aquellos que han elegido una vida más exigente en el estado religioso: es conveniente dirigirles las

palabras de Santa Hildegarda: "Mirad y recorred el camino recto" (*Epist. CXL; PL 197, 371*). Los fieles cristianos deben sentirse impulsados a poner en práctica, en esta época, el mensaje del Evangelio. Además, esta maestra, llena de Dios, enseña que el mundo sólo puede ser comprendido y regido rectamente si se lo considera como criatura del Padre amoroso y providente que está en los cielos. Finalmente, el cuidado que ella mostró como sierva infatigable del Salvador para con las almas y cuerpos de sus coetáneos, impulsará a los hombres actuales de buena voluntad a ayudar en la medida de sus fuerzas a los hermanos y hermanas que se encuentran necesitados.

Rogando con gran interés a Dios para que en la solemne conmemoración de Santa Hildegarda se recoja gran abundancia de frutos espirituales, a ti, venerable hermano nuestro, a los demás obispos, sacerdotes y fieles que acudirán para honrar a esta Santa, os impartimos con mucho gusto la bendición apostólica, testimonio de nuestro amor.

*Vaticano, 8 de septiembre del año 1979, I de nuestro pontificado.*

IOANNES PAULUS PP. II

## AUDIENCIA GENERAL

*Palacio Apostólico de Castelgandolfo, Miércoles 1 de septiembre de 2010*  
Benedicto XVI

### ***Santa Hildegarda de Bingen (1)***

*Queridos hermanos y hermanas:*

En 1988, con ocasión del Año mariano, el venerable Juan Pablo II escribió una carta apostólica titulada *Mulieris dignitatem*, en la que trata sobre el valioso papel que las mujeres han desempeñado y desempeñan en la vida de la Iglesia. «La Iglesia —se lee en el documento— expresa su agradecimiento por todas las manifestaciones del "genio" femenino aparecidas a lo largo de la historia, en medio de los pueblos y de las naciones; da gracias por todos los carismas que el Espíritu Santo otorga a las mujeres en la

historia del pueblo de Dios, por todas las victorias que debe a su fe, esperanza y caridad; manifiesta su gratitud por todos los frutos de santidad femenina» (n. 31).

También en aquellos siglos de la historia que habitualmente llamamos Edad Media, muchas figuras femeninas destacaron por su santidad de vida y por la riqueza de su enseñanza. Hoy quiero comenzar a presentaros a una de ellas: santa Hildegarda de Bingen, que vivió en Alemania en el siglo XII. Nació en 1098 en Renania, en Bermersheim, cerca de Alzey, y murió en

1179, a la edad de 81 años, pese a la continua fragilidad de su salud. Hildegarda pertenecía a una familia noble y numerosa; y desde su nacimiento sus padres la dedicaron al servicio de Dios. A los ocho años, a fin de que recibiera una adecuada formación humana y cristiana, fue encomendada a los cuidados de la maestra Judith de Spanheim, que se había retirado en clausura al monasterio benedictino de san Disibodo. Se fue formando un pequeño monasterio femenino de clausura, que seguía la regla de san Benito. Hildegarda recibió el velo de manos del obispo Otón de Bamberg y, en 1136, cuando murió la madre Judith, que era la superiora de la comunidad, las hermanas la llamaron a sucederla. Desempeñó esta tarea sacando fruto de sus dotes de mujer culta, espiritualmente elevada y capaz de afrontar con competencia los aspectos organizativos de la vida claustral. Algunos años más tarde, también a causa del número creciente de las jóvenes que llamaban a las puertas del monasterio, Hildegarda fundó otra comunidad en Bingen, dedicada a san Ruperto, donde pasó el resto de su vida. Su manera de ejercer el ministerio de la autoridad es ejemplar para toda comunidad religiosa: suscitaba una santa emulación en la práctica del bien, tanto que, como muestran algunos testimonios de la época, la madre y las hijas competían en amarse y en servirse mutuamente.

Ya en los años en que era superiora del monasterio de san Disibodo, Hildegarda

había comenzado a dictar las visiones místicas, que recibía desde hacía tiempo, a su consejero espiritual, el monje Volmar, y a su secretaria, una hermana a la que quería mucho, Richardis de Strade. Como sucede siempre en la vida de los verdaderos místicos, también Hildegarda quiso someterse a la autoridad de personas sabias para discernir el origen de sus visiones, temiendo que fueran fruto de imaginaciones y que no vinieran de Dios. Por eso se dirigió a la persona que en su tiempo gozaba de la máxima estima en la Iglesia: san Bernardo de Claraval, del cual ya hablé en algunas catequesis. Este tranquilizó y alentó a Hildegarda. Y en 1147 recibió otra aprobación importantísima. El Papa Eugenio III, que presidía un sínodo en Tréveris, leyó un texto dictado por Hildegarda, que le había presentado el arzobispo Enrique de Maguncia. El Papa autorizó a la mística a escribir sus visiones y a hablar en público. Desde aquel momento el prestigio espiritual de Hildegarda creció cada vez más, tanto es así que sus contemporáneos le atribuyeron el título de «profetisa teutónica». Este, queridos amigos, es el sello de una experiencia auténtica del Espíritu Santo, fuente de todo carisma: la persona depositaria de dones sobrenaturales nunca presume de ellos, no los ostenta y, sobre todo, muestra una obediencia total a la autoridad eclesial. En efecto, todo don que distribuye el Espíritu Santo está destinado a la edificación de la Iglesia, y la Iglesia, a

través de sus pastores, reconoce su autenticidad.

El próximo miércoles volveré a hablar de esta gran mujer «profetisa», que también hoy nos habla con gran actualidad, con su valiente capacidad de discernir los signos de los tiempos, con su amor por la creación, su medicina, su poesía, su música —que hoy se reconstruye—, su amor a Cristo y a su Iglesia,

## **AUDIENCIA GENERAL**

*Sala Pablo VI, Miércoles 8 de septiembre de 2010*  
Benedicto XVI

### ***Santa Hildegarda de Bingen (2)***

*Queridos hermanos y hermanas:*

Hoy quiero retomar y continuar la reflexión sobre santa Hildegarda de Bingen, importante figura femenina de la Edad Media, que se distinguió por sabiduría espiritual y santidad de vida. Las visiones místicas de Hildegarda se parecen a las de los profetas del Antiguo Testamento: expresándose con las categorías culturales y religiosas de su tiempo, interpretaba las Sagradas Escrituras a la luz de Dios, aplicándolas a las distintas circunstancias de la vida. Así, todos los que la escuchaban se sentían exhortados a practicar un estilo de vida cristiana coherente y comprometido. En una carta a san Bernardo, la mística renana

que sufría también en aquel tiempo, herida también en aquel tiempo por los pecados de los sacerdotes y de los laicos, y mucho más amada como cuerpo de Cristo. Así santa Hildegarda nos habla a nosotros; lo comentaremos de nuevo el próximo miércoles. Gracias por vuestra atención.

© Copyright 2010 - Libreria Editrice Vaticana

confiesa: «La visión impregna todo mi ser: no veo con los ojos del cuerpo, sino que se me aparece en el espíritu de los misterios... Conozco el significado profundo de lo que está expuesto en el Salterio, en los Evangelios y en otros libros, que se me muestran en la visión. Esta arde como una llama en mi pecho y en mi alma, y me enseña a comprender profundamente el texto» (*Epistolarium pars prima I-XC : CCCM 91*).

Las visiones místicas de Hildegarda son ricas en contenidos teológicos. Hacen referencia a los principales acontecimientos de la historia de la salvación, y usan un lenguaje principalmente poético y simbólico. Por ejemplo, en su obra más famosa, titulada *Scivias*, es decir, «Conoce los caminos», resume en treinta y cinco visiones

los acontecimientos de la historia de la salvación, desde la creación del mundo hasta el fin de los tiempos. Con los rasgos característicos de la sensibilidad femenina, Hildegarda, precisamente en la sección central de su obra, desarrolla el tema del matrimonio místico entre Dios y la humanidad realizado en la Encarnación. En el árbol de la cruz se llevan a cabo las nupcias del Hijo de Dios con la Iglesia, su esposa, colmada de gracias y capaz de dar a Dios nuevos hijos, en el amor del Espíritu Santo (cf. *Visio tertia*: PL 197, 453c).

Ya por estas breves alusiones vemos cómo también la teología puede recibir una contribución peculiar de las mujeres, porque son capaces de hablar de Dios y de los misterios de la fe con su peculiar inteligencia y sensibilidad. Por eso, aliento a todas aquellas que desempeñan este servicio a llevarlo a cabo con un profundo espíritu eclesial, alimentando su reflexión con la oración y mirando a la gran riqueza, todavía en parte inexplorada, de la tradición mística medieval, sobre todo a la representada por modelos luminosos, como Hildegarda de Bingen.

La mística renana también es autora de otros escritos, dos de los cuales particularmente importantes porque refieren, como el *Scivias*, sus visiones místicas: son el *Liber vitae meritorum* (Libro de los méritos de la vida) y el *Liber divinorum operum* (Libro de las obras divinas), también denominado *De operatione Dei*. En el primero se describe

una única y poderosa visión de Dios que vivifica el cosmos con su fuerza y con su luz. Hildegarda subraya la profunda relación entre el hombre y Dios, y nos recuerda que toda la creación, cuyo vértice es el hombre, recibe vida de la Trinidad. El escrito se centra en la relación entre virtudes y vicios, por lo que el ser humano debe afrontar diariamente el desafío de los vicios, que lo alejan en el camino hacia Dios, y las virtudes, que lo favorecen. La invitación es a alejarse del mal para glorificar a Dios y para entrar, después de una existencia virtuosa, en una vida «toda llena de alegría». En la segunda obra, que muchos consideran su obra maestra, describe también la creación en su relación con Dios y la centralidad del hombre, manifestando un fuerte cristocentrismo de sabor bíblico-patrístico. La santa, que presenta cinco visiones inspiradas en el prólogo del *Evangelio de san Juan*, refiere las palabras que el Hijo dirige al Padre: «Toda la obra que tú has querido y que me has confiado, yo la he llevado a buen fin; yo estoy en ti, y tú en mí, y somos uno» (*Pars III, Visio X*: PL 197, 1025a).

En otros escritos, por último, Hildegarda manifiesta la versatilidad de intereses y la vivacidad cultural de los monasterios femeninos de la Edad Media, contrariamente a los prejuicios que todavía pesan sobre aquella época. Hildegarda se ocupó de medicina y de ciencias naturales, así como de música, al estar dotada de talento artístico. Compuso también himnos, antifonas y cantos, recogidos bajo el



título *Symphonia Harmoniae Caelestium Revelationum* (Sinfonía de la armonía de las revelaciones celestiales), que se ejecutaban con gran alegría en sus monasterios, difundiendo un clima de serenidad, y que han llegado hasta nosotros. Para ella, toda la creación es una sinfonía del Espíritu Santo, que en sí mismo es alegría y júbilo.

La popularidad que rodeaba a Hildegarda impulsaba a muchas personas a interpelarla. Por este motivo, disponemos de numerosas cartas suyas. A ella se dirigían comunidades monásticas masculinas y femeninas, obispos y abades. Muchas respuestas siguen siendo válidas también para nosotros. Por ejemplo, a una comunidad religiosa femenina Hildegarda escribía así: «La vida espiritual debe cuidarse con gran esmero. Al inicio implica duro esfuerzo, pues exige la renuncia a los caprichos, al placer de la carne y a otras cosas semejantes. Pero si se deja fascinar por la santidad, un alma santa encontrará dulce y amoroso incluso el desprecio del mundo. Sólo es preciso prestar inteligentemente atención a que el alma no se marchite» (E. Gronau, *Hildegard. Vita di una donna profetica alle origini dell'età moderna*, Milán 1996, p. 402). Y cuando el emperador Federico Barbarroja causó un cisma eclesial oponiendo nada menos que tres antipapas al Papa legítimo Alejandro III, Hildegarda, inspirada en sus visiones, no dudó en recordarle que también él, el emperador, estaba sujeto al juicio de Dios. Con la audacia que caracteriza a todo profeta, ella escribió al emperador estas

palabras de parte de Dios: «¡Ay de esta malvada conducta de los impíos que me desprecian! ¡Escucha, oh rey, si quieres vivir! De lo contrario, mi espada te traspasará» (*ib.*, p. 412).

Con su autoridad espiritual, en los últimos años de su vida Hildegarda viajó, pese a su avanzada edad y a las condiciones difíciles de los desplazamientos, para hablar de Dios a la gente. Todos la escuchaban de buen grado, incluso cuando usaba un tono severo: la consideraban una mensajera enviada por Dios. Exhortaba sobre todo a las comunidades monásticas y al clero a una vida conforme a su vocación. En particular, Hildegarda contrastó el movimiento de los *cátaros* alemanes. Estos —cátaros literalmente significa «puros»— propugnaban una reforma radical de la Iglesia, sobre todo para combatir los abusos del clero. Ella les reprochó duramente que quisieran subvertir la naturaleza misma de la Iglesia, recordándoles que una verdadera renovación de la comunidad eclesial no se obtiene con el cambio de las estructuras, sino con un sincero espíritu de penitencia y un camino activo de conversión. Este es un mensaje que no deberíamos olvidar nunca. Invoquemos siempre al Espíritu Santo, a fin de que suscite en la Iglesia mujeres santas y valientes, como santa Hildegarda de Bingen, que, valorizando los dones recibidos de Dios, den su valiosa y peculiar contribución al crecimiento espiritual de nuestras comunidades y de la Iglesia en nuestro tiempo.



## CARTA APOSTÓLICA

***Santa Hildegarda de Bingen, Monja Profesa de la Orden de San Benito, es proclamada Doctora de la Iglesia universal***

**Benedicto PP. XVI**

***Ad perpetuam rei memoriam***

1. «Luz de su pueblo y de su tiempo»: con estas palabras el beato Juan Pablo II, nuestro venerado predecesor, definió a santa Hildegarda de Bingen en 1979, con ocasión del 800º aniversario de la muerte de la mística alemana. Y verdaderamente, en el horizonte de la historia, esta gran figura de mujer se perfila con límpida claridad por santidad de vida y originalidad de doctrina. Es más, como para toda auténtica experiencia humana y teologal, su autoridad supera decididamente los confines de una época y de una sociedad y, a pesar de la distancia cronológica y cultural, su pensamiento se manifiesta de perenne actualidad.

En santa Hildegarda de Bingen se advierte una extraordinaria armonía entre la doctrina y la vida cotidiana. En ella la búsqueda de la voluntad de Dios en la imitación de Cristo se expresa como una constante práctica de las virtudes, que ella ejercita con suma generosidad y que alimenta en las raíces bíblicas, litúrgicas y patrísticas a la luz de la *Regla* de San Benito: resplandece en ella de modo particular la práctica perseverante de la obediencia, de la sencillez, de la caridad y de la hospitalidad. En esta voluntad de total pertenencia al Señor, la abadesa benedictina sabe involucrar sus no comunes dotes humanas, su aguda inteligencia y su capacidad de penetración de las realidades celestes.

2. Hildegarda nació en 1089 en Bermersheim, en Alzey, de padres de noble linaje y ricos terratenientes. A la edad de ocho años fue aceptada como oblata en la abadía benedictina de Disibodenberg, donde en 1115 emitió la profesión religiosa. A la muerte de Jutta de Sponheim, hacia 1136, Hildegarda fue llamada a sucederla en calidad de *magistra*. Delicada en la salud física, pero vigorosa en el espíritu, se empleó a fondo por una adecuada renovación de la vida religiosa. Fundamento de su espiritualidad fue la regla benedictina, que plantea el equilibrio espiritual y la moderación ascética como caminos a la santidad. Tras el aumento numérico de las religiosas, debido sobre todo a la gran consideración de su persona, en torno a 1150 fundó un monasterio en la colina llamada Rupertsberg, en Bingen, adonde se trasladó junto a veinte hermanas. En 1165 estableció otro en Eibingen, en la orilla opuesta del Rin. Fue abadesa de ambos.

Dentro de los muros claustrales atendió el bien espiritual y material de sus hermanas, favoreciendo de manera particular la vida comunitaria, la cultura y la liturgia. Fuera se empeñó activamente en vigorizar la fe cristiana y reforzar la práctica religiosa, contrarrestando las

tendencias heréticas de los cátaros, promoviendo la reforma de la Iglesia con los escritos y la predicación, contribuyendo a mejorar la disciplina y la vida del clero. Por invitación primero de Adriano IV y después de Alejandro III, Hildegarda ejerció un fecundo apostolado —entonces no muy frecuente para una mujer— realizando algunos viajes no carentes de malestares y dificultades, a fin de predicar hasta en las plazas públicas y en varias iglesias catedrales, como ocurrió, entre otros lugares, en Colonia, Tréveris, Lieja, Maguncia, Metz, Bamberg y Würzburg. La profunda espiritualidad presente en sus escritos ejerce una relevante influencia tanto en los fieles como en las grandes personalidades de su tiempo, involucrando en una incisiva renovación la teología, la liturgia, las ciencias naturales y la música.

Habiendo enfermado el verano de 1179, Hildegarda, rodeada de sus hermanas, falleció con fama de santidad en el monasterio de Rupertsberg, en Bingen, el 17 de septiembre de 1179.

3. En sus numerosos escritos Hildegarda se dedicó exclusivamente a exponer la divina revelación y hacer conocer a Dios en la claridad de su amor. La doctrina hildegardiana se considera eminente tanto por la profundidad y la corrección de sus interpretaciones como por la originalidad de sus visiones. Los textos por ella compuestos aparecen animados por una auténtica «caridad intelectual» y evidencian densidad y frescura en la contemplación del misterio de la Santísima Trinidad, de la Encarnación, de la Iglesia, de la humanidad, de la naturaleza como criatura de Dios que hay que apreciar y respetar.

Estas obras nacen de una experiencia mística íntima y proponen una incisiva reflexión sobre el misterio de Dios. El Señor le había hecho partícipe, desde niña, de una serie de visiones cuyo contenido ella dictó al monje Volmar, su secretario y consejero espiritual, y a Richardis de Strade, una hermana monja. Pero es particularmente iluminador el juicio dado por san Bernardo de Claraval, que la alentó, y sobre todo por el Papa Eugenio III, quien en 1147 la autorizó a escribir y a hablar en público. La reflexión teológica permite a Hildegarda tematizar y comprender, al menos en parte, el contenido de sus visiones. Además de libros de teología y de mística, compuso también obras de medicina y de ciencias naturales. Numerosas son igualmente las cartas —cerca de cuatrocientas— que dirigió a personas sencillas, a comunidades religiosas, a papas, obispos y autoridades civiles de su tiempo. Fue también compositora de música sacra. El *corpus* de sus escritos, por cantidad, calidad y variedad de intereses, no tiene comparación con ninguna otra autora del medioevo.

Las obras principales son el *Scivias*, el *Liber vitae meritorum* y el *Liber divinatorum operum*. Todas relatan sus visiones y el encargo recibido del Señor de transcribirlas. Las *Cartas*, lo sabe la propia autora, no revisten una importancia menor y testimonian la atención de Hildegarda a los acontecimientos de su tiempo, que ella interpreta a la luz del misterio de Dios. A éstas hay que

añadir 58 sermones, dirigidos exclusivamente a sus hermanas. Se trata de las *Expositiones evangeliorum*, que contienen un comentario literal y moral de pasajes evangélicos vinculados a las principales celebraciones del año litúrgico. Los trabajos de carácter artístico y científico se concentran de modo específico en la música con la *Symphonia armoniae caelestium revelationum*; en la medicina con el *Liber subtilitatum diversarum naturarum creaturarum* y el *Causae et curae*; y sobre las ciencias naturales con la *Physica*. Y finalmente se observan también escritos de carácter lingüístico, como *Lingua ignota* y las *Litterae ignotae*, en las que aparecen palabras en una lengua desconocida de su invención, pero compuesta predominantemente de fonemas presentes en la lengua alemana.

El lenguaje de Hildegarda, caracterizado por un estilo original y eficaz, recurre gustosamente a expresiones poéticas de fuerte carga simbólica, con fulgurantes intuiciones, incisivas analogías y sugestivas metáforas.

4. Con aguda sensibilidad sapiencial y profética, Hildegarda fija la mirada en el acontecimiento de la revelación. Su investigación se desarrolla a partir de la página bíblica, a la que, en sucesivas fases, permanece sólidamente anclada. La mirada de la mística de Bingen no se limita a afrontar cuestiones individuales, sino que quiere ofrecer una síntesis de toda la fe cristiana. En sus visiones y en la sucesiva reflexión, por lo tanto, ella compendia la historia de la salvación, desde el comienzo del universo a la consumación escatológica. La decisión de Dios de llevar a cabo la obra de la creación es la primera etapa de este inmenso itinerario que, a la luz de la Sagrada Escritura, se desenvuelve desde la constitución de la jerarquía celeste hasta la caída de los ángeles rebeldes y el pecado de los primeros padres. A este marco inicial le sigue la encarnación redentora del Hijo de Dios, la acción de la Iglesia que continúa en el tiempo el misterio de la encarnación y la lucha contra satanás. La venida definitiva del reino de Dios y el juicio universal serán la coronación de esta obra.

Hildegarda se plantea y nos plantea la cuestión fundamental de que es posible conocer a Dios: es ésta la tarea fundamental de la teología. Su respuesta es plenamente positiva: mediante la fe, como a través de una puerta, el hombre es capaz de acercarse a este conocimiento. Sin embargo Dios conserva siempre su halo de misterio y de incomprendibilidad. Él se hace inteligible en la creación; pero esto, a su vez, no se comprende plenamente si se separa de Dios. En efecto, la naturaleza considerada en sí misma proporciona sólo informaciones parciales que no raramente se convierten en ocasiones de errores y abusos. Por ello también en la dinámica cognoscitiva natural se necesita la fe; si no, el conocimiento es limitado, insatisfactorio y desviante.

La creación es un acto de amor gracias al cual el mundo puede emerger de la nada: por lo tanto la caridad divina atraviesa toda la escala de las criaturas, como la corriente de un río. Entre todas

las criaturas, Dios ama de modo particular al hombre y le confiere una extraordinaria dignidad, donándole esa gloria que los ángeles rebeldes perdieron. La humanidad, así, puede considerarse como el décimo coro de la jerarquía angélica. Pues bien: el hombre es capaz de conocer a Dios en Él mismo, es decir, su naturaleza individua en la trinidad de las personas. Hildegarda se acerca así al misterio de la Santísima Trinidad en la línea ya propuesta por san Agustín: por analogía con la propia estructura de ser racional, el hombre es capaz de tener al menos una imagen de la íntima realidad de Dios. Pero es sólo en la economía de la Encarnación y del acontecer humano del Hijo de Dios que este misterio se hace accesible a la fe y a la conciencia del hombre. La santa e inefable Trinidad en la suma unidad estaba escondida para los servidores de la ley antigua. Pero en la nueva gracia se revelaba a los liberados de la servidumbre. La Trinidad se ha revelado de modo particular en la cruz del Hijo.

Un segundo «lugar» en el que Dios se hace cognoscible es su palabra contenida en los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento. Precisamente porque Dios «habla», el hombre está llamado a la escucha. Este concepto ofrece a Hildegarda la ocasión de exponer su doctrina sobre el canto, de manera especial el litúrgico. El sonido de la Palabra de Dios crea vida y se manifiesta en las criaturas. También los seres privados de racionalidad, gracias a la palabra creadora, son involucrados en el dinamismo creatural. Pero, naturalmente, es el hombre la criatura cuya voz puede responder a la voz del Creador. Y puede hacerlo de dos modos principales: *in voce oris*, es decir, en la celebración de la liturgia, e *in voce cordis*, o bien con una vida virtuosa y santa. Toda la vida humana, por lo tanto, puede interpretarse como una armonía y una sinfonía.

5. La antropología de Hildegarda parte de la página bíblica de la creación del hombre (*Gn 1, 26*), hecho a imagen y semejanza de Dios. El hombre, según la cosmología hildegardiana fundada en la Biblia, encierra todos los elementos del mundo porque el universo entero se resume en él, que está formado de la materia misma de la creación. Por ello él puede conscientemente entrar en relación con Dios. Esto sucede no por una visión directa, sino, siguiendo la célebre expresión paulina, «como en un espejo» (*1 Co 13, 12*). La imagen divina en el hombre consiste en su racionalidad, estructurada en intelecto y voluntad. Gracias al intelecto el hombre es capaz de distinguir el bien y el mal; gracias a la voluntad está impulsado a la acción.

El hombre es visto como unidad de cuerpo y alma. Se percibe en la mística alemana un aprecio positivo de la corporeidad y, también en los aspectos de fragilidad que el cuerpo manifiesta, ella es capaz de captar un valor providencial: el cuerpo no es un peso del que liberarse y, hasta cuando es débil y frágil, «educa» al hombre en el sentido de la creaturalidad y de la humildad, protegiéndole de la soberbia y de la arrogancia. En una visión Hildegarda contempla las almas de los santos del paraíso que están a la espera de reunirse con sus cuerpos. En efecto, como para el

cuerpo de Cristo, también nuestros cuerpos están orientados hacia la resurrección gloriosa para una profunda transformación para la vida eterna. La misma visión de Dios, en la que consiste la vida eterna, no se puede conseguir definitivamente sin el cuerpo.

El hombre existe en la forma masculina y femenina. Hildegarda reconoce que en esta estructura ontológica de la condición humana reside una relación de reciprocidad y una sustancial igualdad entre hombre y mujer. En la humanidad, sin embargo, habita también el misterio del pecado y éste se manifiesta por primera vez en la historia precisamente en esta relación entre Adán y Eva. A diferencia de otros autores medievales, que veían la causa de la caída en la debilidad de Eva, Hildegarda la percibe sobre todo en la inmoderada pasión de Adán hacia aquella.

Asimismo, en su condición de pecador, el hombre continúa siendo destinatario del amor de Dios, pues este amor es incondicional, y tras la caída asume el rostro de la misericordia. Incluso el castigo que Dios inflige al hombre y a la mujer hace surgir el amor misericordioso del Creador. En este sentido la descripción más precisa de la criatura humana es la de un ser en camino, *homo viator*. En esta peregrinación hacia la patria, el hombre está llamado a una lucha para poder elegir constantemente el bien y evitar el mal.

La elección constante del bien produce una existencia virtuosa. El Hijo de Dios hecho hombre es el sujeto de todas las virtudes; por ello la imitación de Cristo consiste justamente en una existencia virtuosa en la comunión con Cristo. La fuerza de las virtudes deriva del Espíritu Santo, infundido en los corazones de los creyentes, que hace posible un comportamiento constantemente virtuoso: tal es el objetivo de la existencia humana. El hombre, de este modo, experimenta su perfección cristiforme.

6. Para poder alcanzar este objetivo, el Señor ha dado los sacramentos a su Iglesia. La salvación y la perfección del hombre, de hecho, no se realizan sólo mediante un esfuerzo de la voluntad, sino a través de los dones de la gracia que Dios concede en la Iglesia.

La Iglesia misma es el primer sacramento que Dios sitúa en el mundo para que comunique a los hombres la salvación. Ella, que es la «construcción de las almas vivientes», puede ser justamente considerada como virgen, esposa y madre, y así está estrechamente asimilada a la figura histórica y mística de la Madre de Dios. La Iglesia comunica la salvación ante todo custodiando y anunciando los dos grandes misterios de la Trinidad y de la Encarnación, que son como los dos «sacramentos primarios»; después mediante la administración de los otros sacramentos. El vértice de la sacramentalidad de la Iglesia es la Eucaristía. Los sacramentos producen la santificación de los creyentes, la salvación y la purificación de los pecados, la redención, la caridad y todas las demás virtudes. Pero, de nuevo, la Iglesia vive porque Dios en ella manifiesta su amor

intratrinitario, que se ha revelado en Cristo. El Señor Jesús es el mediador por excelencia. Del seno trinitario él va al encuentro del hombre y del seno de María él va al encuentro con Dios: como Hijo de Dios es el amor encarnado; como Hijo de María es el representante de la humanidad ante el trono de Dios.

El hombre puede llegar incluso a experimentar a Dios. La relación con Él, de hecho, no se consuma en la única esfera de la racionalidad, sino que involucra de modo total a la persona. Todos los sentidos externos e internos del hombre se implican en la experiencia de Dios: «*Homo autem ad imaginem et similitudinem Dei factus est, ut quinque sensibus corporis sui operetur; per quos etiam divisus non est, sed per eos est sapiens et sciens et intellegens opera sua adimplere. [...] Sed et per hoc, quod homo sapiens, sciens et intellegens est, creaturas conosci; itaque per creaturas et per magna opera sua, quae etiam quinque sensibus suis vix comprehendit, Deum cognoscit, quem nisi in fide videre non valet*» [«El hombre de hecho ha sido creado a imagen y semejanza de Dios, para que actúe mediante los cinco sentidos de su cuerpo; gracias a estos no está separado y es capaz de conocer, entender y realizar lo que debe hacer (...) y precisamente por esto, por el hecho de que el hombre es inteligente, conoce las criaturas, y así a través de las criaturas y de las grandes obras, que a tientas logra comprender con sus cinco sentidos, conoce a Dios, aquél Dios que no puede ser visto más que con los ojos de la fe»] (*Explanatio Symboli Sancti Athanasii: PL 197, 1073*). Esta vía experiencial, una vez más, halla su plenitud en la participación en los sacramentos.

Hildegarda ve también las contradicciones presentes en la vida de los fieles y denuncia las situaciones más deplorables. De forma particular subraya cómo el individualismo en la doctrina y en la praxis, tanto por parte de los laicos como de los ministros ordenados, es una expresión de soberbia y constituye el principal obstáculo a la misión evangelizadora de la Iglesia respecto a los no cristianos.

Una de las cumbres del magisterio de Hildegarda es la pesarosa exhortación a una vida virtuosa que ella dirige a quien se compromete en un estado de consagración. Su comprensión de la vida consagrada es una verdadera «metafísica teológica», porque está firmemente enraizada en la virtud teologal de la fe, que es la fuente y la constante motivación para comprometerse a fondo en la obediencia, en la pobreza y en la castidad. En la realización de los consejos evangélicos, la persona consagrada comparte la experiencia de Cristo pobre, casto y obediente y sigue sus huellas en la existencia cotidiana. Esto es lo esencial de la vida consagrada.

7. La eminente doctrina de Hildegarda recuerda la enseñanza de los apóstoles, la literatura patristica y los autores contemporáneos, mientras encuentra en la *Regla* de San Benito de Nursia un constante punto de referencia. La liturgia monástica y la interiorización de la Sagrada Escritura



constituyen las directrices de su pensamiento, que, concentrándose en el misterio de la Encarnación, se expresa en una profunda unidad de estilo y contenido que recorre íntimamente todos sus escritos.

La enseñanza de la santa monja benedictina se plantea como una guía para el *homo viator*. Su mensaje se presenta extraordinariamente actual en el mundo contemporáneo, particularmente sensible al conjunto de valores propuestos y vividos por ella. Pensemos, por ejemplo, en la capacidad carismática y especulativa de Hildegarda, que se muestra como un vivaz incentivo a la investigación teológica; en su reflexión sobre el misterio de Cristo, considerado en su belleza; en el diálogo de la Iglesia y de la teología con la cultura, la ciencia y el arte contemporáneo; en el ideal de vida consagrada, como posibilidad de humana realización; en la valorización de la liturgia, como celebración de la vida; en la idea de reforma de la Iglesia, no como estéril modificación de las estructuras, sino como conversión del corazón; en su sensibilidad por la naturaleza, cuyas leyes hay que tutelar y no violar.

Por ello la atribución del título de Doctor de la Iglesia universal a Hildegarda de Bingen tiene un gran significado para el mundo de hoy y una extraordinaria importancia para las mujeres. En Hildegarda se expresan los más nobles valores de la feminidad: por ello también la presencia de la mujer en la Iglesia y en la sociedad se ilumina con su figura, tanto en la perspectiva de la investigación científica como en la de la acción pastoral. Su capacidad de hablar a quienes están lejos de la fe y de la Iglesia hacen de Hildegarda un testigo creíble de la nueva evangelización.

En virtud de la fama de santidad y de su eminente doctrina, el 6 de marzo de 1979 el señor cardenal Joseph Höffner, arzobispo de Colonia y presidente de la Conferencia episcopal alemana, junto a los cardenales, arzobispos y obispos de esta Conferencia, entre quienes nos contábamos también Nosotros como cardenal arzobispo de Munich, sometió al beato Juan Pablo II la súplica, a fin de que Hildegarda de Bingen fuera declarada Doctor de la Iglesia universal. En la súplica el eminentísimo purpurado ponía en evidencia la ortodoxia de la doctrina de Hildegarda, reconocida en el siglo XII por el Papa Eugenio III, su santidad constantemente advertida y celebrada por el pueblo, la autoridad de sus tratados. A tal súplica de la Conferencia episcopal alemana, en los años se añadieron otras, primera entre todas la de las monjas del monasterio de Eibingen, a ella dedicado. Al deseo común del Pueblo de Dios para que Hildegarda fuera oficialmente proclamada santa, por lo tanto, se añadió la petición de que fuera también declarada «Doctor de la Iglesia universal».

Con nuestro asentimiento, así, la Congregación para las Causas de los Santos diligentemente preparó una *Positio super canonizatione et concessione tituli Doctoris Ecclesiae universalis* para la Mística de Bingen. Tratándose de una renombrada maestra de teología, que ha sido objeto de

muchos y autorizados estudios, concedimos la dispensa de lo dispuesto en el art. 73 de la Constitución Apostólica *Pastor bonus*. El caso fue examinado con resultado unánimemente positivo por los Padres Cardenales y Obispos reunidos en la Sesión Plenaria del 20 de marzo de 2012, siendo ponente de la causa el eminentísimo cardenal Angelo Amato, prefecto de la Congregación para las Causas de los Santos.

En la audiencia del 10 de mayo de 2012 el propio cardenal Amato nos informó detalladamente sobre el *status quaestiones* y sobre los votos concordados de los Padres de la citada Sesión Plenaria de la Congregación para las Causas de los Santos. El 27 de mayo de 2012, domingo de Pentecostés, tuvimos la alegría de comunicar en la plaza de San Pedro a la multitud de peregrinos llegados de todo el mundo la noticia de la atribución del título de Doctor de la Iglesia universal a santa Hildegarda de Bingen y san Juan de Ávila al inicio de la Asamblea del Sínodo de los Obispos y en vísperas del Año de la Fe.

Por lo tanto hoy, con la ayuda de Dios y la aprobación de toda la Iglesia, esto se ha realizado. En la plaza de San Pedro, en presencia de muchos cardenales y prelados de la Curia romana y de la Iglesia católica, confirmando lo que se ha realizado y satisfaciendo con gran gusto los deseos de los suplicantes, durante el sacrificio Eucarístico hemos pronunciado estas palabras:

«Nosotros, acogiendo el deseo de muchos hermanos en el episcopado y de muchos fieles del mundo entero, tras haber tenido el parecer de la Congregación para las Causas de los Santos, tras haber reflexionado largamente y habiendo llegado a un pleno y seguro convencimiento, con la plenitud de la autoridad apostólica declaramos a san Juan de Ávila, sacerdote diocesano, y santa Hildegarda de Bingen, monja profesa de la Orden de San Benito, Doctores de la Iglesia universal, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo».

Esto decretamos y ordenamos, estableciendo que esta carta sea y permanezca siempre cierta, válida y eficaz, y que surta y obtenga sus efectos plenos e íntegros; y así convenientemente se juzgue y se defina; y sea vano y sin fundamento cuanto al respecto diversamente intente nadie con cualquier autoridad, conscientemente o por ignorancia.

*Dado en Roma, en San Pedro, con el sello del Pescador, el 7 de octubre de 2012, año octavo de Nuestro Pontificado. BENEDICTO PP. XVI*

**Obras de la Santa: Hildegarda de Bingen**

**Libro de las Obras Divinas (*Liber Divinorum Operum*): Prologo y Primera Visión**

Comienza el Libro de un Simple Mortal Sobre Las Obras Divinas (*Incipit Liber Divinorum Operum Simplicis Hominis*)

**PRÓLOGO**

Transcurría el sexto año, durante cinco me había agotado con auténticas y maravillosas visiones, cuando la verdadera visión del resplandor eterno me enseñó a mí, completa ignorante, la diversidad de los caracteres humanos. En el primer año en que tuvieron principio estas visiones de ahora, cuando tenía sesenta y cinco años, tuve una visión tan misteriosa y poderosa que me eché a temblar completamente y luego, por la fragilidad de mi cuerpo, caí enferma. Ésta es por fin aquella visión. He tardado siete años en escribirla y al fin la he concluido.

Así pues, en el año 1163 de la Encarnación del Señor, bajo el reinado del emperador Federico, no reducida todavía la opresión ejercida sobre la sede apostólica romana, una voz del cielo se dirigió a mí con estas palabras diciendo:

“Oh pobre criatura, hija de tantos sufrimientos, purificada por tantas y tan graves enfermedades del cuerpo y sin embargo repleta de los profundos misterios de Dios. Aquello que ves con tus ojos interiores y percibes en los oídos interiores del alma, confíalo a un libro inmortal al servicio de los hombres, a fin de que también ellos comprendan por tus escritos a su Creador y no rehuyan adorarlo con el honor debido. Escribe pues estas cosas, no según tu corazón, sino como lo quiere mi testimonio, de Mí, que soy vida sin principio ni fin, ya que no son cosas imaginadas por tí, ni ningún otro hombre lo ha imaginado, sino son como Yo las he establecido antes del principio del mundo. Porque, tal y como determiné todo antes de crear el hombre, así también he previsto todo lo que le faltaba.”

Yo, pues, pobre criatura falta de fuerzas, en la presencia de aquel hombre que, como he dicho en las visiones anteriores, busqué y he encontrado en secreto, y de la otra testigo, aquella joven de que he dado señas en aquellas visiones mencionadas<sup>7</sup>, aunque debilitada por las muchas enfermedades, por fin estuve en disposición de escribir con mano temblorosa. Para hacer esto he dirigido hacia arriba la mirada para aprender del auténtico y viviente resplandor lo que tuve que escribir, ya que todas las cosas que escribí desde el principio de mis visiones, o que vine aprendiendo sucesivamente, las he visto con los ojos interiores del espíritu y las he escuchado con los oídos interiores, mientras, absorta en los misterios celestes, velaba con la mente y con el cuerpo, no en sueños ni en éxtasis, como he dicho en mis visiones anteriores. No he expuesto nada que haya aprendido con el sentido humano, sino sólo lo que he percibido

---

<sup>7</sup> Se refiere al monje Volmar, secretario y copista, y otra monja, probablemente Richardis von Stade, quienes la ayudaron a escribir el Scivias, y a quienes también alude en el Prólogo de dicha obra.

en los secretos celestes. Y de nuevo oí la voz del cielo que me instruía. Y ella dijo: "Escribe lo que te digo de la manera siguiente".

## **PRIMERA PARTE**

### **PRIMERA VISIÓN DE LA PRIMERA PARTE**

***Situación de la maravillosa visión de qué trata la obra siguiente, descripción detallada de cierta imagen divina que aparece en forma de hombre y descripción de su vestido y de todo lo que hay a su alrededor.***

I. Y vi como en el centro del cielo austral surgía la imagen de Dios, con apariencia humana, bella y magnífica en su misterio. La belleza y el esplendor de su rostro eran tales que mirar al sol hubiera sido más fácil que mirar aquella imagen. Un ancho círculo dorado ceñía su cabeza. En el mismo círculo, sobre la cabeza, apareció otro rostro, el de un anciano, cuyo mentón y barba rozaban la coronilla del cráneo de la imagen. A cada lado del cuello de esta imagen brotó un ala, y ambas alas se irguieron por encima del mencionado círculo dorado y allí se unieron la una a la otra. El punto extremo de la curvatura del ala derecha llevaba una cabeza de águila, sus ojos de fuego irradiaban el esplendor de los ángeles como en un espejo. En el punto extremo de la curvatura del ala izquierda había algo como un rostro humano que brillaba como relumbran las estrellas. Y estos dos rostros miraban hacia oriente. Además, desde cada hombro de la imagen bajaba otra ala hasta sus rodillas.

La imagen estaba revestida por una túnica tan resplandeciente como el sol y en las manos tenía un cordero que brillaba como la deslumbrante luz del día. Bajo los pies aplastaba un monstruo de forma horrible, venenoso y de color negro, y una serpiente. La serpiente hincó su boca en la oreja derecha del monstruo, su cuerpo se enrolló alrededor de la cabeza del monstruo, y llegaba con la cola hasta sus pies por el lado izquierdo de la figura. Y la mencionada imagen decía:

***Palabras pronunciadas por la imagen por las cuales se entiende el amor, que se denomina vida ígnea de la substancia de Dios, y explicación de los múltiples efectos de su potencia en las diversas naturalezas o cualidades de la creación.***

II. Esta imagen dijo: "Yo soy la energía suprema y abrasadora, Yo soy quien ha encendido la chispa de todos los seres vivientes, nada mortal mana de Mí, y juzgo todas las cosas. Con mis alas superiores vuelo sobre el círculo de la tierra y al cubrirlo con mi sabiduría lo ordeno rectamente. También la vida abrasadora de la sustancia divina, arde sobre la belleza de los campos, reluce en las aguas y arde en el sol, en la luna y en las estrellas, y con el hálito celestial suscito la vida en todos los seres, vivificándolos con la vida invisible que todo lo sustenta. En efecto, el hálito vive en el verde del bosque y en las flores, las aguas fluyen como si estuvieran vivas, y también el sol vive por su luz y, cuando la luna declina, resurge la luz del sol a una nueva vida, y también las estrellas resplandecen con su claridad como si estuvieran vivas.

También he colocado las columnas que aguantan todo el globo terráqueo. Igualmente he creado a los vientos que tienen a su servicio las alas de los vientos más débiles, estos vientos suaves sujetan a los vientos más fuertes que ellos, a pesar de su debilidad, para que no se manifiesten peligrosamente, tal como el cuerpo protege y contiene el alma para que no se disuelva. Y como la respiración del alma rehace el cuerpo y lo fortalece para que no muera, así los vientos más fuertes animan a los vientos a ellos sometidos para que desarrollen de manera adecuada su tarea. Por lo tanto, al ser Yo energía de fuego que está en ellos de manera invisible, ellos se encienden gracias a Mí, como la respiración es la causa por la cual el hombre se mantiene constantemente en movimiento y como la llama vive en el viento abrasador.

Todas las cosas en su esencia están vivas y no han sido creadas en la muerte, porque Yo soy vida. También soy la capacidad de razonar, por cuanto tengo el hábito de la palabra sonora, por la cual toda criatura ha sido engendrada. Y en la creación de todas las cosas he introducido mi soplo de tal forma que ningún ser de la creación es efímero en su especie, porque Yo soy la vida. Soy vida íntegra y perfecta, que no ha nacido de las piedras, ni florece de las ramas ni tiene origen gracias a la semilla de un macho, sino que todo lo que es vital ha brotado de Mí. La capacidad de razonar es una raíz que, sonando, hace florecer en ella misma la palabra. Y puesto que Dios es racional, y ya que toda su obra llega a floración perfecta en el hombre creado a su imagen y semejanza, ¿cómo podría ser que no se aplicara a inscribir en el hombre a todas las especies siguiendo un orden? El deseo de Dios desde la eternidad fue que su obra, es decir el hombre, fuera hecho, y cuando hubo cumplido esta obra suya, le confió a todas las criaturas para que el hombre pudiera trabajar sirviéndose de ellas. De esta manera Dios hizo su obra, es decir, el hombre.

Yo soy el sostén de todo, porque todas las cosas vitales reciben su ardor de Mí. Mi vida es la misma en la eternidad, vida que no ha tenido principio y no tendrá fin. Cuando se pone en movimiento y actúa es Dios, y, aun así, esta única vida se divide en tres energías vitales. La eternidad es el Padre, el Verbo el Hijo, el aliento que los conecta se denomina Espíritu Santo. Igualmente, Dios quiso representar esto en el hombre con tres elementos: cuerpo, alma y razón. Mis llamas dominan sobre la belleza de los campos, es decir la tierra, la materia con la cual Dios formó al hombre. Tal como penetro en las aguas con mi luz, el alma penetra el cuerpo entero, y tal y como el agua riega toda la tierra, así el alma fluye por todo el cuerpo. Si digo que estoy ardiendo en el sol y la luna, es una alusión a la inteligencia: ¿no son las estrellas las innumerables palabras de la inteligencia? Y si mi soplo, invisible vida, mantenedor universal, despierta el universo a la vida, significa que las cosas que viven y crecen deben al aire y al viento su subsistencia según los dones de su naturaleza, alejados de la nada.

***Dios ha representado en el hombre, hecho a su imagen y semejanza, a todas las criaturas. Tras la caída del hombre, Dios lo restableció únicamente por la benevolencia de su amor a través de su Encarnación y lo colocó en la felicidad que el ángel caído había perdido. Esto se muestra en el significado alegórico de la visión.***

III. Oí de nuevo la misma voz del cielo, se dirigió a mí en estos términos: "Dios, que lo creó todo, formó al hombre a su imagen y semejanza. En él representó a todas las criaturas superiores e inferiores. Lo quiso

con un amor tal que le reservó el sitio del que fue expulsado el ángel caído, y le reservó toda la gloria y todo el honor que el susodicho ángel había perdido. La visión que contemplas muestra este hecho. Pues esa imagen que ves como en el centro del aire austral, una imagen bella y maravillosa en el misterio de Dios, parecida a una figura humana, es la que, con la fuerza de la eterna divinidad, bella en su elección y admirable en los dones secretos del Padre Supremo, se denomina amor. Amor que se muestra al hombre, porque cuando el Hijo de Dios se encarnó, redimió al hombre perdido con el servicio del amor.

Por esta razón este rostro es de tal belleza, de tal claridad, que sería mas fácil contemplar al sol que contemplar este rostro, porque la generosidad del amor del Hijo se encuentra en tanta excelencia y brillantez de sus dones, que traspasa cualquier inteligencia del saber humano mediante el cual entiende el alma la variedad de las cosas, de forma que el hombre no es capaz de abarcar en todo su sentido esta generosidad. Y sin embargo aquí se muestra por señales, para que a través de ellas se pueda conocer en la fe lo que no puede ser visto claramente por la vista más despierta.

***La fe devota abraza la excelencia de la divina caridad, y por su medio Dios se reconoce Uno en la Trinidad. Cómo Dios mismo custodia a los hombres con el mérito de la fe y los reconduce al cielo.***

IV. El ancho círculo dorado que rodea completamente la cabeza de la misma faz, quiere decir que la fe católica, difundida por toda la tierra, surge con el extraordinario resplandor de la primera aurora. Esta fe abraza con toda su devoción la excelencia de esta generosidad del amor verdadero, cuando Dios redimió el hombre por la vía de la Encarnación de su Hijo, y lo confirmó con la infusión del Espíritu Santo. Así, el único Dios se reconoce en su Trinidad. Él, el Dios sin principio en el tiempo, Él, el Dios que, desde toda la eternidad, estaba incluido en su deidad.

En el mismo círculo, más arriba de la primera cabeza, se ve otro rostro, el de un anciano. Significa que la excelsa benevolencia de la divinidad, sin origen ni término, viene en socorro de los creyentes. El mentón y la barba rozan el cráneo del primer rostro, ya que la divinidad, al disponer y proteger todas las cosas, alcanza la cumbre de la suprema caridad, al determinar que el Hijo de Dios, en su Encarnación, recondujera al hombre perdido a su hogar, al Reino de los cielos.

***El amor a Dios y al prójimo no pueden separarse de la virtud fortalecida por la fe.***

V. De cada lado del cuello de la figura brota un ala. Ambas se levantan por encima del círculo del cual se ha hablado, y ahí se unen la una a la otra. Esto quiere decir que no es posible separar el amor de Dios y el del prójimo, cuando se expresan dentro la unidad de la fe por la energía divina del amor y cuando abrazan la fe en un supremo deseo. Cuando, despojados al mismo tiempo que Adán del vestido celestial, estos dos amores pasan una temporada en las sombras de la muerte, la santa divinidad oculta a los hombres el fulgor inconmensurable de su gloria.

***Cualquier persona sometida a Dios con humilde devoción, inflamada con la ayuda del Espíritu Santo, aunque sea pecador se supera a sí misma, supera al diablo y es como los ángeles, que exultantes por la bondad de los justos alaban juntos la omnipotencia de Dios.***

VI. En el punto extremo de la curvatura del ala derecha, ves una cabeza parecida a la de un águila con los ojos de fuego. En ellos se reflejan como en un espejo las cohortes de los ángeles. Cuando un hombre se pone al servicio de Dios en lo más hondo de una sumisión gloriosa, cuando domina a Satán, se eleva y goza de la felicidad de la protección divina. Cuando su corazón se exalta con el ardor que lo lleva hacia el Espíritu Santo, cuando vuelve hacia Dios su mirada, los santos espíritus se revelan con claridad luminosa, para ofrecerle a Dios el regalo de su corazón.

El águila representa a los hombres de fe que con toda la devoción del corazón dirigen su mirada a la contemplación de Dios con la misma frecuencia que los ángeles. Así los espíritus bienaventurados que dirigen constantemente su mirada a Dios disfrutan de las buenas obras de los justos y las muestran en ellos mismos, perseverando de este modo en la alabanza a Dios, sin cansarse nunca, ya que nunca pueden agotar su plenitud. ¿Quién podría contar nunca las inconmensurables obras maravillosas que Dios obra con la energía de su omnipotencia? ¡Nadie! El fulgor de los ángeles es como una múltiple combinación de reflejos vistos como en un espejo, porque nadie es capaz de obrar como Dios ni tiene tanto poder como Dios. Nadie se le asemeja, porque además no está en el tiempo.

***Desde la eternidad todas las cosas estaban en Dios, pero no como en un lugar, y cuando las creó se fueron diferenciando las unas de las otras según su número, orden, espacio y tiempo.***

VII. Todas las cosas que Dios ha obrado las ha tenido en su presencia antes del principio de los tiempos. Ya que, en la pura y santa divinidad, todas las cosas visibles e invisibles aparecieron sin instante y sin tiempo antes de todos los tiempos, tal como los árboles o cualquier otra criatura cercana a las aguas es visible en ellas, y aunque no esté en ellas con el cuerpo, sin embargo en el agua aparecen cada uno de ellos con forma corpórea.

Cuando Dios dijo: ¡Hágase!, todas las cosas se revistieron enseguida de su forma, aquella forma en que la presciencia divina las contempló en su incorporeidad antes de los tiempos. En efecto, igual que todos los objetos situados delante de un espejo se reflejan en él, así en la santa divinidad aparecen todas sus obras sin edad y sin tiempo. Y del mismo modo en que por el obrar de su presciencia divina Dios se quedaría vacío, al dar cuerpo a toda su obra, cuando ejerciera plenamente cuanto corresponde a su potencia divina, todo lo previó sabiendo, conociendo y proveyendo que todo eso siempre estuviera ante Sí.<sup>8</sup>

---

<sup>8</sup> Se está hablando de cómo actúa Dios cuando da existencia a su creación tratando de explicar qué es la "presciencia" divina. Se dice (como imaginando un supuesto absurdo) que Dios quedaría vacío dentro de sí de las cosas que ha pensado cuando éstas han pasado a la existencia, porque entonces éstas tienen consistencia real fuera de Él y, en cierto modo, son algo más que su pensamiento. Pero a continuación se subraya que eso sólo se da porque Dios lo sabe, lo conoce, y Él mismo es quien ha provisto que las cosas sean así y, por tanto, éstas siempre

De la misma forma que un rayo luminoso revela la forma de una criatura por la sombra que proyecta, así la pura presciencia de Dios contemplaba cada una de las formas de todas las criaturas antes de que tomaran cuerpo, porque la obra que Dios se disponía a realizar, antes de que la misma obra tomara cuerpo, resplandecía en el seno de su presciencia y en su semejanza. De la misma forma el hombre percibe el resplandor del sol antes de poder contemplar el sol mismo. Y como el resplandor indica el sol, así los ángeles manifiestan a Dios con su celebración de alabanza, pues como que es imposible que el sol se aleje de su luz, asimismo la divinidad nunca carece de la alabanza de los ángeles. El hombre contiene en sí mismo al mismo tiempo, la presciencia y el trabajo divino.

***El diablo y los ángeles desertores de la justicia, que anteriormente tenían gran poder, fueron reducidos por su ingratitud y soberbia hasta el punto de no tener ningún poder sobre ninguna criatura, si no en cuánto les es permitido por la voluntad del cielo.***

VIII. Entonces, una innumerable cohorte de ángeles quisieron existir por ellos mismos, ya que en cuanto vieron la claridad de su gloria magnífica, su resplandeciente belleza y su plenitud centelleante, se olvidaron de su Creador. Y todavía antes de empezar la alabanza divina, creyeron en sí mismos, en que el fulgor de su gloria era tan grande que sería irresistible. Intentaron así oscurecer el fulgor de Dios. Sin embargo, cuando se dieron cuenta que nunca podrían limitar a Dios en los milagros que obraba, horrorizados, se desviaron de él.

Y esos mismos que deberían haberlo glorificado, a causa de su equivocada opinión sobre su propio su resplandor, afirmaron que deseaban elegirse otro Dios. Así se sumergieron en las tinieblas, reducidos a una impotencia tal que ya no podían actuar sobre ninguna criatura, más que con el permiso del Creador. Dios había dotado al primero de todos los ángeles, Lucifer, con toda la plenitud de la belleza que había dado a la creación y de la cual también resplandecía toda su cohorte. Cuando Lucifer eligió el camino del error, se puso más horrible que todos los seres horribles, y la santa divinidad, con el poder de su cólera, lo precipitó al lugar que esta privado de cualquier luz.

***El hombre que se dispone a imitar la justicia de su Creador, cuando se aparta de la irracionalidad propia de las bestias, empieza a brillar con el resplandor de la naturaleza racional.***

IX. El rostro humano que aparece en el punto extremo de la curvatura del ala izquierda brilla como refulgen las estrellas. He aquí el significado: cuando, llegados a la cima de la humildad victoriosa nos consagramos a la defensa de nuestro Creador, cuando rechazamos todos los ataques que embisten el flanco izquierdo, entonces adoptamos el rostro humano. Nos apartamos de la existencia bestial, para vivir conforme a la dignidad que nos enseña la naturaleza del hombre. Revelamos así nuestras buenas intenciones en las obras justas y buenas, y brillamos como lo hace un extraordinario manantial luminoso.

---

están en su presencia. Luego: Dios nunca queda vacío de lo que es objeto de su presciencia, tampoco cuando crea, y tampoco cuando crea sujetos que actuarán libremente.



***Por la Palabra de Dios que dijo "Hágase la luz", fue creada la luz racional, es decir los ángeles y, ya que algunos de ellos cayeron de la santidad, el Señor hizo otra vida racional, que se cubriría de carne, el hombre, destinado a ocupar el lugar y la gloria de los ángeles caídos.***

X. Cuando Dios dijo "Hágase la luz", nació, en aquel momento, la luz de la razón, es decir, los ángeles, tanto aquellos que se mantuvieron con Dios en la plenitud de la verdad, como los que cayeron en las tinieblas exteriores vacías de toda luz, rechazando que Dios fuera el verdadero manantial de luz que persiste desde toda la eternidad en una gloria anterior a cualquier origen. Por esto deseaban crear una obra parecida, lo cual es absolutamente imposible. Entonces Dios hizo surgir otra vida, que revistió de un cuerpo, el hombre. Al hombre, Dios le otorgó el lugar y la gloria del ángel caído y le encargó completar la gloria de Dios, cosa a la cual el ángel se había negado. Indicamos así con ese rostro humano a todos los que, aunque entregados al mundo con el cuerpo, sin embargo en espíritu están constantemente al servicio de Dios y, a los que, a pesar de la suma de sus obligaciones profanas, no olvidan el servicio de Dios, el patrimonio del espíritu. Si los rostros mencionados miran hacia levante es porque, tanto los religiosos como los laicos que anhelan ser siervos de Dios y conservar con vida sus almas, tienen que volverse hacia el origen de la vida santa y hacia el manantial de la salud.

***Dios, al acoger en la fuerza de su amor a los predestinados, los nutre mediante la infusión de los dones del Espíritu Santo con todo aquello que necesitan.***

XI. Además, de cada hombro de la imagen arranca otro ala que baja hasta las rodillas, porque con la fuerza de la caridad el Hijo de Dios recogió en torno a sí tanto a los justos como a los pecadores. A los que vivieron rectamente según el derecho, los lleva sobre los hombros, y a los otros, sobre las rodillas porque su llamada los ha desviado de la vía de la injusticia. Por eso a veces de la misma forma llevamos nuestras cargas en los hombros y a veces en las rodillas. Efectivamente, la ciencia de la caridad conduce al hombre a la plenitud de la perfección en el alma y en el cuerpo, aunque en muchas ocasiones no logre mantener la estabilidad que se basa en la rectitud.

Cuando los dones del Espíritu Santo recaen sobre el hombre, empapados de pura y santa generosidad, le enseñan el saber espiritual y celestial en cantidad suficiente, y también lo instruyen en las cosas terrenales para satisfacer las necesidades del cuerpo. Pero aun así y a pesar del consuelo de tantos dones espirituales el hombre se siente débil, caduco, mortal.

***El Hijo de Dios, al asumir la naturaleza de la humanidad sin contagio de pecado, y adoptar la carne, exhortó a la penitencia a publicanos y pecadores y los salvó en virtud de su fe en él.***

XII. El vestido que lleva nuestra imagen tiene el fulgor del sol porque es una alusión al Hijo del hombre que por amor se revistió un cuerpo de hombre, parecido a la belleza del sol pero sin la suciedad del

pecado. El sol domina todas las criaturas y resplandece en lugares tan altos que ningún hombre puede alcanzarlos. Igualmente, sin la fe, no comprenderemos nunca, en su ser, la Encarnación del Hijo de Dios.

La imagen de la que hablamos lleva en sus manos un cordero resplandeciente como la luz del día, ya que, en las obras del Hijo de Dios, el amor manifestó la mansedumbre de la verdadera fe que resplandece por encima de todo, cuando eligió entre los publicanos y los pecadores a sus mártires, confesores y penitentes. Él ha convertido en justos a los sin-Dios, como convirtió a Saulo en Pablo, de modo que, sobre las alas de los vientos, todos fuéramos exaltados a lo más profundo de la armonía de los cielos. Así pues, el amor completó su obra, progresivamente, cierto, pero con toda claridad y con precisión para evitar todo punto débil y también para que reinara en este lugar una plenitud absoluta. No es, pues, trabajo humano, ya que el hombre, cuando tiene una pequeña posibilidad de hacer algo, mantiene su propósito con dificultad, y cuando consigue el resultado, está impaciente por mostrarlo a los demás.

Que el hombre reflexione sobre el pájaro, cuando sale del huevo y todavía no tiene alas, no se apresura a volar, espera a fortalecer las alas, pero en cuanto las plumas han brotado, vuela donde le parece.

***La imitación del amor del Hijo de Dios, que destruyó al diablo con su cruz, también anula ahora la discordia y el resto de vicios entre los creyentes y reduce a la nada al antiguo seductor del género humano.***

XIII. La imagen pisa con los pies un monstruo horrible, de color negro y venenoso, y también aplasta una serpiente. Significa que el amor verdadero deshace el daño de la discordia acentuada por sus múltiples vicios, horrible por las muchas perversidades, venenosa por el engaño y negra por la perdición que acarrea. También destruye a la vieja serpiente que acecha al creyente, siguiendo las huellas del Hijo de Dios, puesto que el mismo Hijo de Dios lo ha destruido sobre la cruz. Si la serpiente tiene entre los dientes la oreja derecha del monstruo, si se le enrosca por todo el cuerpo pasándole por el encima de la cabeza, si le pasa la cola por el lado izquierdo hasta los pies, es porque el diablo simula a veces su engaño con disfraz de benefactor. El diablo inculca la discordia e, inculcando suavemente todo tipo de vicios aquí y allá, al fin demuestra que es el amo de la perversidad, de la consumación más execrable, de la discordia. Ciertamente, la serpiente muestra ser más astuta en maquinaciones que el resto de los otros monstruos. Con su astucia destruye todo lo que puede, y se transforma en cuanto haya de peor. Los diversos colores de sus escamas designan sus males.

Así hizo Satanás, ya que cuando se percató de su belleza quiso asemejarse al Creador, y esto es lo que la cabeza de la serpiente insinúa en el oído del hombre. Y no dejará de hacerlo hasta el día del juicio final, tal y como indica su cola. El amor, por consiguiente, persiste en los círculos eternos, no tiene tiempo, como la brasa en el fuego. En su eternidad, Dios previó todas las criaturas, El las creó en la plenitud del amor para que el hombre, en su compañía, no careciera ni de consuelo ni de ayuda, y las ató al hombre como la llama está ligada al fuego. Dios creó el primer ángel, como ya se ha dicho, engalanado con múltiples adornos, pero cuando este ángel se vio a si mismo, concibió gran odio contra su Señor y quiso

ser él Señor. Dios lo precipitó en la profundidad del abismo. Desde entonces, todos los transgresores susurran su mal consejo al oído de los hombres. Y el hombre consiente.

***Adán y Eva se dejaron persuadir por el diablo que los envidiaba, y perdieron la gloria del vestido celestial, es decir la inmortalidad.***

XIV. Cuándo Dios creó al hombre, lo revistió de un vestido celestial que resplandecía con gran gloria. Pero Satanás vio a la mujer y reconoció en ella a la madre en cuyo seno se alojaría un gran mundo posible. Entonces trató de vencer a Dios en su misma obra con la misma perversidad con que se revolvió contra Dios, haciendo de modo que la misma obra de Dios, el hombre, se aliase con el diablo. Fue entonces cuando, una vez comida la manzana, la mujer se sintió otra, dio la manzana al hombre, y ambos perdieron su vestido celestial.

***Dios tuvo piedad de ellos, y para castigar la culpa de la transgresión los expulsó del paraíso y los envió a esta tierra de destierro. Quien viole la fidelidad del matrimonio instituido por Dios debe sufrir su dura venganza, a menos que se arrepienta.***

XV. Sin embargo, después Dios dijo: ¡Adán!, ¿dónde estás? Estas palabras significan que Dios tenía siempre presente que había creado al hombre a su imagen y semejanza y que deseaba atraerlo de nuevo a su lado. Adán revistió él mismo su desnudez con el producto de su trabajo servil y se fue al destierro. Se cubrió con una piel de oveja en lugar del vestido de luz, lo mismo que había cambiado el paraíso por el destierro.

Luego Dios unió a la mujer con el hombre con un juramento de fidelidad, para que esta fidelidad recíproca no sea nunca destruida. Así, la mujer y el hombre que Dios unió, forman una armonía semejante a la unión del cuerpo y el alma. Quienquiera que rompa el juramento de fidelidad y persista en su error, encontrará el exilio de Babilonia, es decir, una tierra caótica y baldía, en perpetua aridez, alejada del verdor de los prados fecundos. Es decir, carente de la bendición de Dios. Y la venganza de Dios recaerá sobre él hasta la última línea de la descendencia que la sangre recalentada de este hombre genere, porque un pecado de esta clase afecta hasta a los descendientes.

***En la predicación del Hijo de Dios encarnado, que da origen al pueblo espiritual, se ejecuta la promesa que Dios dio a Abraham diciéndole que su descendencia se multiplicaría como el número de las estrellas del cielo.***

XVI. Tal y como Adán es el padre de todo el género humano, así el pueblo de los hombres de fe brota del Hijo de Dios hecho carne en la virginidad de su naturaleza. Este pueblo fructificará conforme a los términos de la promesa que Dios hizo a Abraham por el ángel, y su descendencia será tan numerosa como las estrellas del cielo. Está escrito: "Mira hacia el cielo, y cuenta las estrellas, si es que puedes contarlas. Pues así será tu descendencia. Abraham creyó en Dios y éste se lo computó en justicia" (Gén 15, 5-6). Esto se

interpreta así: tú que adoras y que veneras a Dios con buena voluntad, observa los misterios de Dios y valora el pago de los méritos de los que día y noche resplandecen frente a Dios, en la medida en qué tú puedas, hombre abrumado por el fardo del cuerpo. Mientras el hombre saboree toda la vida las cosas de la carne, será incapaz de comprender completamente las cosas del espíritu. Esta certeza se muestra al hombre que, con fatiga, se afana para devolver honor a Dios con rectitud y con suspiros del corazón. De este modo la semilla de tu corazón se multiplica y se dirige a la luz, porque has sembrado en un campo fértil, regado por la gracia del Espíritu Santo, y florecerá y resplandecerá frente a la suprema majestad de Dios y lucirá una infinidad de santas virtudes como las estrellas que brillan en el firmamento. Por esta razón, quien tiene fe confiada en la promesa divina, quien tiene a Dios en la cima de la fe verdadera, quien desprecia lo terrenal y aspira a lo que es celeste, será contado como justo entre los hijos de Dios, porque ha querido la verdad y no ha cultivado el engaño en su corazón.

***Dios escogió a la Virgen María, de la estirpe de Abraham, que creía en Él y le obedecía. De ella nacería como hombre, Cristo, fundador y rector de la nueva generación espiritual.***

XVII. Dios conocía que el corazón de Abraham era inmune a la astucia de la serpiente porque sabía que sus actos no hacían daño a nadie. De este justo, de su descendencia, eligió una tierra durmiente, completamente ignorante del gusto de aquel fruto que había permitido a la antigua serpiente engañar a la primera mujer. Esta tierra, prefigurada por la vara de Aarón, es la Virgen María. En su gran humildad, ella es la cámara nupcial del rey, la habitación sellada. Una vez recibido el mensaje que le anunció el deseo del rey de residir en los pliegues de su seno, miró la tierra de la que estaba hecha y se llamó sierva de Dios. La mujer engañada no actúa así, solo desea poseer aquello a lo que no tiene ningún derecho. Así la obediencia de Abraham, durante la prueba a la que Dios le sometió cuando le enseñó un carnero enganchado en un espino, prefigura la de la Virgen bienaventurada. Ella también creyó en la palabra del mensajero del Dios, y deseó que fuera hecho en ella lo que la anunciaron. Y por esto el Hijo de Dios, prefigurado por el carnero en la mata, se revistió de carne.

Cuándo Dios prometió a Abraham una posteridad tan numerosa como las estrellas del cielo, fue una previsión de que su descendencia se acrecentaría hasta alcanzar la plenitud del número de los astros del firmamento. Y Dios lo llamó padre de todos los herederos del reino de los cielos porque Abraham creyó fervientemente en Dios.

Que todo hombre que tema y que ame a Dios abra su corazón a estas palabras y sepa que no es un hombre quien las pronuncia para la salvación del cuerpo y el alma de los hombres, sino Yo, el que soy.



**El coro de las Virtudes (Ordo virtutum) (Auto sacramental, compuesto hacia 1151)<sup>9</sup>**

Este auto sacramental, compuesto hacia 1151, es una representación teatral de carácter sacro, compuesta por 82 melodías que describen la lucha entre diecisiete Virtudes y el Diablo por la conquista de un alma. Parece posible que lo interpretaran sus monjas en 1152 con ocasión de la dedicación de la iglesia del monasterio de Rupertsberg, en presencia del arzobispo de Maguncia, el clero y sus familias. Tanto el elogio de la castidad como los reproches del Diablo a las Virtudes de que ignoran las alegrías de la maternidad y la unión física, inducen a pensar que la obra estaba pensada para el momento de los votos de las jóvenes monjas.

**El título latino** *Ordo Virtutum* se traduce en diversos idiomas como "Drama de las Virtudes" atendiendo a que es una representación teatral, y alguno la llama "ópera" puesto que es una obra para ser cantada. Sin embargo, como la traducción literal de la palabra *Ordo* es "Orden" con el sentido de "orden militar u orden de caballería", teniendo en cuenta su carácter musical hemos preferido traducirlo por "Coro", en analogía con la acepción 15ª del Diccionario de la Real Academia Española.

**Manuscritos:** El drama está incluido en el manuscrito de Wiesbaden (Hessische Landesbibliothek, MS 2, *Riesenkodex*, "el código gigante" folios 478 vuelto a 481 vuelto, (página con la que termina el código), terminado en la década de 1180, a continuación de la *Symphonia*.

**El Coro de las Virtudes (*Ordo virtutum*)**

**Comienza el Coro de las Virtudes**

**[Prólogo]**

**Patriarcas y Profetas:** ¿Quiénes son éstos que parecen nubes?

<sup>9</sup><http://www.hildegardiana.es/36otrasobras.html#virtudes>

**Primera publicación** en: *Analecta Sanctae Hildegardis*, editado por Pitra, volumen 8 (Monte Cassino, 1882), pp. 457-465

**Ediciones críticas:**

- Dronke, Peter (ed.). *The Text of the "Ordo virtutum"*. En: *Poetic Individuality in the Middle Ages* (Oxford 1970) páginas 180-192.
- The "*Ordo virtutum*" of Hildegard of Bingen, edited by Audrey Davidson (Kalamazoo, 1985).
- Edición crítica en latín: *Hildegardis Bingensis: Opera Minore* volumen 226 del *Corpus Christianorum Continuatio Mediaevalis (CCCM)*, Brepols, 2007.

**Traducciones:**

Al inglés:

- *Ordo virtutum*, por Peter Dronke, en: *Nine Medieval Latin Plays* (Cambridge 1994) páginas 147-184
- *Hildegardis Bingensis: Ordo Virtutum*. Ed. Audrey Ekdahl Davidson. Transl. Bruce William Hozeski y Gunilla Iversen. Kalamazoo, Mich.: Medieval Institute Publications, Western Michigan University 1984. 38 páginas.

Al español:

- *El coro de las Virtudes (Ordo virtutum)* Traducción de Rafael Renedo. (Feb 2013)

Sigue la traducción al español realizada por Rafael Renedo a partir de texto de la Patrología Latina de Migne. Obra sujeta a Copyright que se puede reproducir en los términos que se detallan en la página de Presentación.

**Virtudes:** Oh, santos antiguos, ¿que admiráis en nosotras? El Verbo de Dios brilla en la forma de hombre, por eso nosotras resplandecemos con Él, constituyendo los miembros de su hermoso cuerpo.

**Patriarcas y Profetas:** Nosotros somos las raíces y vosotros las ramas, frutos del ojo viviente, y nosotros fuimos en Él la sombra.

**[Escena I]**

**Lamento de las Almas que tienen cuerpo:** ¡Oh, nosotras, que somos peregrinas! ¿Qué hicimos, desviándonos al pecado? Debemos ser Hijas del Rey pero caímos en la sombra del pecado. ¡Oh, Sol Viviente, llévanos en hombros a la justísima herencia que perdimos con Adán! Oh, Rey de reyes, combatimos tu batalla.

**Alma Feliz:** Oh dulce divinidad, Oh suave vida en la que llevaré un vestido resplandeciente, y recibiré lo que perdí en mi primera comparecencia [con Adán], por ti suspiro y a todas las Virtudes invoco.

**Virtudes:** Oh Alma feliz, oh dulce criatura de Dios, que has sido edificada en la profunda altura de la sabiduría de Dios, tu amas mucho.

**Alma Feliz:** Oh, con gusto iré hacia vosotras para que me deis el abrazo del corazón.

**Virtudes:** Nosotras debemos combatir contigo, oh hija del rey.

**Pero el Alma, afligida, se queja:** ¡Oh dura fatiga, oh pesado fardo que tengo que soportar en esta vida! ¡Que penoso es para mí combatir contra mi carne!

**Las Virtudes a este Alma:** ¡Oh Alma formada por la voluntad de Dios! ¡Oh feliz instrumento! ¿Por qué eres tan débil contra aquello que Dios derrotó en una naturaleza virginal? Tú debes vencer con nosotras al diablo.

**Aquella Alma:** ¡Socorredme, ayudadme para que siga en pie!

**Conocimiento de Dios:** Mira con qué vestido estás revestida, hija de la salvación, y permanece firme y nunca caerás.

**Alma infeliz:** ¡Ah, no sé qué hacer ni adónde huir! ¡Ay de mí, no puedo perfeccionar el vestido que llevo! ¡Ciertamente quiero rechazarlo!

**Virtudes:** Oh conciencia infeliz, oh pobre alma, ¿por qué escondes tu rostro ante tu Creador?

**Conocimiento de Dios:** ¡Ni conoces, ni ves, ni gustas a Aquel que te creó!

**Aquella Alma:** Dios creó el mundo y no lo ofendo si quiero disfrutarlo.

**Estrépito del Diablo hacia aquella Alma:** Tonta, tonta. ¿De qué te sirve esforzarte? Dirígete al mundo que te abrazará con gran honor.

**Virtudes:** ¡Oh, voz que llora, éste es el máximo dolor! ¡Ah, ah, que maravillosa victoria surgió del deseo admirable de Dios!, pero en ella estaba latente la delectación de la carne. ¡Ay, ay! Donde la voluntad ignoró los crímenes, y donde el deseo del hombre huyó de la lascivia. Lloro, lloro con esas cosas, Inocencia, que con buen pudor no rechazaste la integridad y así no devoraste la avaricia voraz de la antigua serpiente.

**Diablo:** ¿Qué potestad es ésta de que nada sea excepto Dios? Yo digo: Daré todo al que me quiera seguir y hacer mi voluntad. Tu [Humildad] nada tienes que puedas dar a tus seguidores, porque ninguna de vosotras sabéis quienes sois.

**Humildad:** Yo con mis compañeras bien sabemos que tu eres aquel antiguo dragón que quisiste volar por encima de lo más alto, pero el mismo Dios te arrojó al abismo.

**Virtudes:** Todas nosotras habitamos en los cielos.

## [Escena II]

**Humildad:** Yo, la Humildad, reina de las Virtudes, digo: ¡Venid a mí, Virtudes, y os alimentaré para encontrar el dracma perdido, y para coronarla con feliz perseverancia!

**Virtudes:** Oh gloriosa reina, oh suavísima mediadora, venimos gustosas.

**Humildad:** Por lo tanto, queridísimas hijas, he reservado un sitio en el tálamo real.

**Caridad:** Yo soy la Caridad, flor amable. Venid a mí, Virtudes, que os conduciré a la cándida luz del retoño en flor.

**Virtudes:** Oh amadísima flor, corremos hacia ti con deseo ardiente.

**Temor de Dios:** Yo, el Temor de Dios, os preparo a vosotras, hijas felicísimas, para que investiguéis dentro del Dios vivo y no perezcaís.

**Virtudes:** Oh, Temor, nos eres muy útil, estamos totalmente decididas a no separarnos nunca de ti.

**Diablo:** ¡Eh, Eh! ¿A que tanto temor? ¿Y de que tanto amor? ¿Dónde está el combatiente y donde el que remunera? Vosotras no sabéis a quién adoráis.

**Virtudes:** Tú estás aterrado por el juicio del Juez supremo, porque inflado de soberbia has sido arrojado a la Gehena.

**Obediencia:** Yo soy la resplandeciente Obediencia. Venid conmigo, hermosísimas hijas, y os conduciré a la patria y al beso del Rey.



**Virtudes:** O dulcísima invocante, nos conviene llegar a ti con gran empeño.

**Fe:** Yo soy la Fe, espejo de la vida, venid a mí, venerables hijas, y os muestro la fuente que brota.

**Virtudes:** Oh serena observadora, estamos seguras de llegar a través de ti a la verdadera fuente.

**Esperanza:** Yo soy la dulce indagadora del ojo viviente, a quien no engaña el sopor mendaz, y donde vosotras, oh tinieblas, no podéis obcecarme.

**Virtudes:** Oh vida viviente, oh suave consoladora, tú vences los dardos de la muerte y abres la puerta cerrada del cielo al ojo que mira.

**Castidad:** ¡Oh Virginitad! tú estás en el tálamo real. ¡Oh, qué dulcemente ardes en los abrazos del Rey! Cuando te ilumina el Sol, sucede de tal modo que nunca decae la nobleza de tu florecer. Oh virgen noble, nunca te alcanzará la sombra por decaer tu florecer.

**Virtudes:** La flor del campo cae por el viento, la lluvia las desparrama. Oh Virginitad, tu permaneces en la sinfonía de los habitantes del cielo, tu eres la suave flor que no se marchita nunca.

**Inocencia:** Ovejas, huid de las inmundicias del Diablo.

**Virtudes:** Con tu ayuda huiremos de ellas.

**Desprecio del Mundo:** Yo, Desprecio del Mundo, soy la candidez de la vida. ¡Oh, mísera peregrinación en la tierra, en medio de muchos trabajos! Te dejo. Oh virtudes, venid a mí y ascendamos a la fuente de la vida.

**Virtudes:** Oh! Gloriosa señora, tú siempre mantienes los combates de Cristo. Oh gran virtud, que desprecias al mundo y por ello habitas victoriosa en el cielo.

**Amor Celestial:** Yo soy la puerta dorada fija en el cielo; quien pasa por mí nunca gustará en su corazón la amarga petulancia.

**Virtudes:** Oh hija del Rey, tú siempre estás en el abrazo que huye del mundo. ¡Cuán suave es tu amor al Dios Altísimo!

**[Disciplina]<sup>10</sup>:** Yo soy amadora de las costumbres sencillas que no conoce las obras torpes, sino que siempre miro al Rey en su reino, y le abrazo con altísima reverencia.

**Virtudes:** Oh angélica compañera, en las nupcias reales has sido completamente adornada.

**Modestia:** Yo escondo y rechazo y pisoteo todas las inmundicias del Diablo.

**Virtudes:** Tú tienes parte en la edificación de la Jerusalén celestial, floreciendo entre candidos lirios.

---

<sup>10</sup> [¿Disciplina?] (el nombre está tachado en el manuscrito)

**Misericordia:** ¡Oh, que amarga es la dureza del corazón humano, que no endulza ni alivia las penas con misericordia! Quiero tender la mano a todos los que sufren.

**Virtudes:** ¡Oh madre de los peregrinos, digna de alabanza! Tú siempre los levantas, y unges a los pobres y a los débiles.

**Victoria:** Yo soy la Victoria, el luchador más fuerte y más rápido. Lucho con la piedra y pisoteo a la antigua serpiente.

**Virtudes:** Oh dulcísima guerrera, en la fuente abrasadora que absorbió al lobo rapaz. Oh gloriosa coronada, nosotros combatiremos a gusto contigo contra este engañador.

**Discernimiento:** Yo soy la luz del Discernimiento, dispensada por Dios a todas las criaturas según sus diferentes naturalezas, que huyó de Adán por la lascivia de sus costumbres.

**Virtudes:** ¡Oh hermosísima madre! Cuán dulce y suave eres porque contigo nadie puede confundirse.

**Paciencia:** Yo soy la columna que no puede derribarse porque mis fundamentos están en Dios.

**Virtudes:** ¡Oh tú que permaneces firme en la caverna de piedra, oh gloriosa combatiente que todo lo soportas!

**Humildad:** Oh hijas de Israel, a vosotras os suscitó Dios bajo el árbol, por lo que en este tiempo se recuerda su plantación. Alegraos pues, hijas de Sión.

### [Escena III]

**Virtudes:** ¡Ay, ay! nosotras, Virtudes, gemimos y lloramos, porque la oveja del Señor se aparta de la vida.

**Lamento del Alma penitente que llama a las Virtudes:** Oh vosotras, Virtudes reales que brillantes y resplandecientes estáis en el Sol más alto, que dulce es vuestra morada, y por eso, ¡ay de mí! lamento que huí de vosotras.

**Virtudes:** Oh fugitiva, ven, ven a nosotras, y Dios te aceptará.

**Aquella Alma:** ¡Ay de mí! La ferviente delectación me absorbió en el pecado y por eso no me atreví a entrar.

**Virtudes:** No temas ni huyas porque el Buen Pastor busca en ti a su oveja perdida

**Aquella Alma:** Ahora me es necesario que me recibáis porque hieden las heridas con las que la antigua serpiente me contaminó.

**Virtudes:** Corre hacia nosotras y sigue las huellas, en las que en nuestra compañía nunca caerás, y Dios te curará.

**Alma penitente, a las Virtudes:** Yo soy el pecador que ha huido de la vida, lleno de heridas vengo a vosotras para que me ofrezcáis el escudo de la redención. Oh reina de toda la milicia de las virtudes, y oh vosotras candidos lirios suyos, cuando la rosa se vuelva púrpura inclinaos hacia mí, porque me alejé peregrina de vosotras, y ayudadme para que pueda levantarme con la sangre del Hijo de Dios.

**Virtudes:** Oh alma fugitiva, se fuerte y vístete de la armadura de la luz.

**Aquella Alma:** Y tú humildad, verdadera medicina, ofrécame tu ayuda porque la soberbia con muchos vicios me ha herido causándome muchas cicatrices. Ahora yo huyo hacia ti, así que recíbeme.

**Humildad:** Oh vosotras, Virtudes todas, por las llagas de Cristo recibid a esta deplorable pecadora con sus cicatrices, y traédmela.

**Virtudes:** Queremos hacerte regresar y no te abandonaremos, y toda la milicia celestial se alegra por tí. Conviene que suene nuestra sinfonía.

**Humildad:** ¡Pobre hija! Quiero abrazarte, porque el gran médico sufrió por tí duras y amargas heridas.

**Virtudes:** ¡Oh fuente vivificante! Cuán grande es tu suavidad, que en Tí no rechazaste el rostro de aquellos sino que agudamente lo previste para evitar que cayeran como los ángeles que creyeron tener un poder que no puede mantenerse por sí mismo. Así que alégrate, hija de Sión, porque Dios devolverá a muchos que la serpiente quería separar de Tí y ahora resplandecen con más luz que la que hubo antes de su caída.

#### [Escena IV]

**Diablo:** ¿Quién eres, y de dónde vienes? Tú te abrazaste a mí y te he llevado fuera. Pero ahora tu conversión me desconcierta. Pero yo te combatiré y te venceré.

**Alma, penitente:** He reconocido que todos tus caminos eran malos, por eso he huido de ti. Por lo que ahora peleo contra ti, mentiroso. Por eso, tú, reina de la humildad, ayúdame con tu medicina.

**Humildad, a la Victoria:** ¡Oh Victoria, que en el cielo ya lo superaste una vez, corre con tus compañeros y entre todos ataremos ahora al Diablo!

**Victoria, a las Virtudes:** Fortísimos y gloriosísimos combatientes: Venid y ayudarme a vencer a este mentiroso.

**Virtudes:** Oh dulcísima guerrera en la fuente abrasadora que absorbió al lobo rapaz. ¡Oh coronada gloriosa, gustosas combatimos a tu lado contra el engañador de las almas.

**Humildad:** ¡Atarlo así, oh preclaras Virtudes!

**Virtudes:** ¡Oh Reina nuestra! Te obedecemos y tus preceptos cumplimos en todo.

**Victoria:** Alegraos, compañeras, porque la serpiente antigua ya está atada.

**Virtudes:** Alabanza a ti, oh Cristo, Rey de los Ángeles.

**Castidad:** En forma de una Virgen hice un dulce milagro cuando el Hijo de Dios vino a este mundo que con el Espíritu del Altísimo, Satanás, aplastará tu cabeza. Por eso tú serás despeñado con todas tus presas y todos en el cielo se regocijan ahora porque tu ambición ha sido confundida.

**Diablo:** Tú no sabes lo que adoras, porque tu vacua ambición es la forma hermosa tomada de un varón, de donde trasgredes el precepto que Dios ordenó para la cópula agradable, por lo que no sabes quien eres.

**Castidad:** ¿De qué manera puede tocarme lo que tu sugestión mancha con la inmundicia de la impureza?. Fue entregado un único hombre que con su nacimiento congrega en sí todo el género humano contra ti.

**Virtudes:** Oh Dios, ¿Quién eres Tú, que en ti mismo tuviste el consejo excelso que destruyó el soplo infernal en los pecadores y publicanos que ahora lucen en la suprema bondad? Alabado seas, oh Rey, por ello. Oh Padre omnipotente, de ti fluye una fuente de amor ardiente, lleva con buen viento a tus hijos en las naves de las aguas, y llévanos así también a la Jerusalén celestial.

### [Epílogo]

**Virtudes y almas:** En principio, todas las criaturas tenían vida y en su centro florecieron las flores, pero después disminuyó la fuerza de la vida, y el varón combatiente que lo vió, dijo: "Lo veo pero todavía no está completo el número áureo". Por tanto Tú, espejo del Padre, mira, soporto en mi cuerpo la fatiga, mis pequeños también desfallecen. Ahora recuerda que la plenitud que se hizo en el principio no debía secarse, por lo cual decidiste que tu ojo no cedería nunca hasta que vieras mi cuerpo completamente adornado de piedras preciosas. En efecto, me fatiga que todos mis miembros sean expuestos a la irrisión. Mira Padre las heridas que te muestro. Y ahora, hombres todos, doblad vuestras rodillas ante vuestro Padre para que ponga su mano sobre vosotros.

**Poesía de Santa Hildegarda de Bingen: Cantos de la Visión 13 desde "Las Scivias"**

***Sinfonía de Santa María*<sup>11</sup>**

Oh gema esplendorosa, sereno despuntar del Sol  
que ha colmado tu regazo cual manantial  
del corazón del Padre dimanado:  
su Palabra Única  
por ella creó la materia primera de este mundo  
que Eva llenó de sombras.  
El Padre hizo esta Palabra hombre en tu seno  
así que tú eres la luminosa materia  
por la que exhaló la Palabra todas las virtudes  
como de la primera materia forjó  
la creación toda.

Suavísima rama frondosa  
surgida del tronco de Jesé  
Oh maravilla es que el Señor te mirara  
bellísima hija, como mira el ojo del águila el sol  
cuando el Padre celestial descubrió  
el diáfano fulgor de una virgen  
donde quiso que se hiciera carne su Palabra.

Mira que por místico secreto del Señor se iluminó  
la mente de la virgen  
y una flor de luz brotó, oh maravilla,  
de sus entrañas.

---

<sup>11</sup> <http://www.hildegardiana.es/31scivias/index.html>

**O Ecclesia<sup>12</sup>**

*O Ecclesia,  
oculi tui similes saphyro sunt,  
et aures tue monti Bethel,  
et nasus tuus est  
sicut mons mirre et thuris.  
et os tuum quasi sonus  
aquarum multarum.*

*Dixerunt:  
Wach! rubicundus sanguis  
innocentis agni  
in desponsatione sua  
effusus est.  
Hoc audiant omnes caeli!  
et in summa symphonia  
laudent agnum Dei!  
quia guttur serpentis antiqui  
in istis margaritis  
materie verbi Dei suffocatum est*

Oh Iglesia,  
tus ojos son como el zafiro,  
tus oídos como la montaña de Betel,  
y tu nariz es  
como una montaña de mirra e incienso,  
y tu boca como el sonido  
de muchas aguas.

Dijeron:  
¡Ay! La roja sangre  
del Cordero inocente  
en sus bodas  
ha sido derramada.  
Que lo oigan todos los cielos,  
y en suprema sinfonía  
alaben al Cordero de Dios,  
pues la garganta de la serpiente antigua,  
en estas perlas  
de la materia del Verbo de Dios,  
ha sido sofocada.

---

<sup>12</sup> <http://lamanoblancadelaluna.blogspot.ca/2010/08/hildegarda-de-bingen.html>

**O Virga ac Diadema<sup>13</sup>**

1a. *O virga ac diadema  
purpurae regis,  
quae es in clausura tua sicut lorica.*

1a. ¡Oh vástago y corona  
de púrpura real,  
que estás en tu ciudadela como en una coraza!

1b. *Tu frondens floruisti  
in alia vicissitudine  
quam Adam omne genus humanum  
produceret.*

1b. Tú resplandeciente floreciste,  
en otra condición,  
no como Adán cuando a todo el género humano  
engendró.

1a. *Ave, ave,  
de tuo ventre alia vita processit  
qua Adam filios suos  
denudaverat.*

2a. ¡Salve, Salve!  
De tu vientre surgió otra vida,  
de la cual Adán a sus hijos  
había privado.

2b. *O flos, tu non germinasti de rore,  
nec de guttis pluviae,  
nec aer desuper te volavit,  
sed divina claritas  
in nobilissima virga te produxit.*

2b. ¡Oh flor! Tú no germinaste del rocío,  
ni de las gotas de lluvia,  
ni el aire por sobre ti tendió su vuelo,  
sino que la divina claridad  
en un nobilísimo vástago te dio origen.

3a. *O virga, floriditatem tuam  
Deus in prima die  
creaturae suae  
praeviderat.*

3a. ¡Oh vástago! tu florecimiento  
Dios en el primer día  
para su creatura  
había previsto.

3b. *Et te Verbo suo  
auream materiam,  
o laudabilis virgo, fecit.*

3b. Y de su Palabra,  
El hizo la materia áurea,  
¡oh Virgen laudable!

4a. *O quam magnum est  
in viribus suis  
latus viri,  
de quo deus formam mulieris produxit,  
quam fecit speculum  
omnis ornamenti sui  
et amplexionem omnis creaturae suae.*

4a. ¡Oh cuán grande es  
en sus fuerzas  
el costado del varón,  
del cual Dios produjo la forma de la mujer,  
a la que hizo espejo  
de todo su esplendor  
y ampliación de toda creatura suya!

---

<sup>13</sup> "Symphonia", *Riesenkodex (Wiesbaden, Landesbibliothek, Hs.2, n.54)*  
<https://web.uchile.cl/publicaciones/cyber/02/textos/HBingen.html>

*4b. Inde concinunt caelestia organa  
et miratur omnis terra,  
o laudabilis Maria,  
quia Deus te valde amavit.*

4b. De allí las arpas celestiales cantan  
y toda la tierra se admira,  
¡ oh laudable María!  
porque Dios mucho te amó.

*5a. O quam valde plangendum et lugendum est  
quod tristitia in crimine  
per consilium serpentis in mulierem flexit.*

5a. ¡Oh, cuánto hay que lamentarse y dolerse,  
porque la tristeza en el pecado  
por consejo de la serpiente hacia la mujer fluyó!

*5b. Nam ipsa mulier  
quam Deus matrem omnium posuit  
viscera sua cum vulneribus ignorantiae decerpit  
et plenum dolorem generi suo protulit.*

5b. Pues la mujer,  
a quien Dios puso como madre de todos,  
arrancó sus entrañas marcadas con las heridas de  
la ignorancia  
y produjo un pesado dolor para su raza.

*6a. Sed, o aurora,  
de ventre tuo  
novus sol processit,  
qui omnia crimina Evae  
abstersit  
et maiorem benedictionem  
per te protulit  
quam Eva hominibus nocuisset.*

6a. Pero ¡oh aurora!  
de tu vientre  
un nuevo sol apareció  
que todos los pecados de Eva  
limpió  
y una bendición mayor  
para ti produjo,  
(mayor) que el daño que Eva había causado a los  
hombres.

*6b. Unde, o Salvatrix,  
quae novum lumen  
humano generi protulisti,  
collige membra Filii tui  
ad caelestem harmoniam.*

6b. Por ello, ¡oh tú Salvadora!,  
que una nueva luz  
para el género humano produjiste,  
reúne a los seguidores de tu Hijo  
en la armonía celestial.



**Carta a los Prelados de Maguncia en 1178 (Ep. XXIII)**

Epistola XXIII ad Praelatos Moguntinenses

Traducción al español del texto de la edición de Van Acker

Me he visto obligada a escribir esta carta por una visión que Dios, el Artesano, fijó en mi alma antes de que yo naciera, debido al interdicto por el cual estamos obligadas por nuestros superiores, por causa de un hombre muerto, enterrado en nuestro cementerio sin oposición y con su propio sacerdote presente.

Pocos días después de su entierro, cuando nuestros superiores nos ordenaron quitarlo de nuestro cementerio, sacudida por no poco terror, miré, como de costumbre, a la Verdadera Luz, y vi en mi alma, con ojos atentos, que, si de acuerdo con el mandato de ellos, el cuerpo de aquel hombre tuviera que ser desenterrado y arrojado fuera de esa manera, un enorme y negro peligro nos amenazaría y nos rodearía como las nubes negras que aparecen antes de una tormenta.

Por lo tanto, no hemos intentado desenterrar el cuerpo de ese hombre, ya que se había confesado, recibido la Unción y la comunión, y había sido enterrado sin objeciones; ni hemos cedido al consejo o al mandato de los que nos sugerían y mandaban, no porque seamos totalmente indiferentes a los consejos de hombres buenos o de nuestros superiores, sino por temor a que los sacramentos de Cristo, con los que ese hombre ha sido fortalecido en vida, sufrieran injuria a causa de la dureza femenina. Pero para que no seamos desobedientes en todo, hemos puesto fin al canto de la alabanza divina según su interdicto y nos hemos abstenido de la comunión del Cuerpo del Señor, que tenemos la costumbre de recibir todos los meses.

Estando mis hermanas y yo afligidas con una gran amargura y paralizadas por una profunda tristeza a causa de esto, aplastada por un peso grande, al fin oí estas palabras en una visión: "No es adecuado que vosotras, a causa de las palabras humanas, abandonéis los sacramentos de las vestiduras de mi Verbo, que es vuestra salvación y que en su naturaleza virginal nació de María Virgen. Al contrario, debéis pedir licencia a vuestros prelados que os lo han prohibido. Porque desde que Adán fue empujado de las regiones luminosas del paraíso al exilio de este mundo, la concepción de todos los hombres está justamente corrompida por la primera transgresión, y por lo tanto, era necesario que, por el plan impenetrable de Dios, naciera de la naturaleza humana un hombre sin corrupción, por el cual todos los predestinados a la vida serían limpiados y santificados mediante la comunicación de su propio Cuerpo, para que Él pudiera permanecer siempre en ellos y ellos en Él para su fortificación. Por lo tanto, el que como Adam demuestra ser desobediente a los mandamientos de Dios y está completamente olvidado de Él, debe ser separado del Cuerpo de Cristo, ya que por la desobediencia se ha alejado de Dios, hasta que haya sido limpiado por la penitencia y una vez más le permitan sus superiores participar en el Cuerpo del Señor. Sin embargo, el que sabe que ha incurrido en tal falta sin consciencia ni deliberación, puede estar presente en el Sacramento que da vida con el fin de ser limpiado con la Sangre del Cordero Inmaculado, quien a través de su propia obediencia al Padre, permite que a todos les sea devuelta la salud al ser inmolado en el altar de la cruz".

En la misma visión también he oído que yo tengo culpa, porque no he venido a la presencia de mis superiores con toda humildad y devoción para solicitar de ellos permiso para recibir los sacramentos,

sobre todo porque no somos culpables en cuanto a este hombre, que fue enterrado en nuestro monasterio en toda rectitud cristiana, confortado por su sacerdote y sepultado según el apropiado procedimiento cristiano, con todos los habitantes de Bingen en la procesión y sin objeciones por parte de nadie. Y así, me ha mandado Dios informar a vosotros de estas cosas, nuestros señores y preladados.

También vi que obedeciéndole así hasta ahora dejando de cantar el Oficio Divino, y sólo recitándolo, lo estamos celebrando incorrectamente, y oí una voz proveniente de la Luz Viviente que hablaba de los diferentes tipos de alabanza, de las cuales dijo David en el salmo: Alabadlo con el sonido de la trompeta, alabadle con el salterio y la cítara. Y de nuevo, dijo: Todo espíritu alabe al Señor. Con estas palabras, se nos instruye en las cosas interiores a través de las cosas exteriores, por lo que de acuerdo a la composición del material o cualidad de los instrumentos, debemos dar forma a los deberes de nuestro hombre interior y devolver grandes alabanzas al Creador. Cuando consideramos diligentemente estas cosas, recordamos cuánto el hombre necesitaba la voz del Espíritu viviente, que Adán perdió por la desobediencia; Adán, todavía inocente antes de su transgresión, no tenía poca sociedad con la alabanza de las voces angelicales, que los ángeles, llamados espíritus por el Espíritu que es Dios, poseen por su naturaleza espiritual. Adán perdió, por lo tanto, la semejanza con las voces angelicales que tenía en el paraíso. Él se quedó dormido al conocimiento que se le había dado antes de pecar; y al igual que un hombre al despertar del sueño está confuso e incierto de las cosas que vio en sueños, así Adán, cuando él fue engañado por los artificios del diablo y rechazó la Voluntad de su Creador, estaba envuelto en la oscuridad de la ignorancia interior a través su iniquidad.

Sin embargo, Dios, que restaura las almas de los elegidos a la felicidad primera infundiéndoles la luz de la verdad, ideó un plan por el cual, cuando Él renueva el corazón de muchos por la infusión del espíritu profético, por Su iluminación interior podrían recuperar parte del conocimiento que Adán poseía antes del castigo por su pecado.

Dado que en este exilio Adán no podía recordar la dulzura divina y las alabanzas que había disfrutado con los ángeles de Dios antes de caer, los santos profetas, enseñados por el mismo Espíritu que habían recibido, compusieron no sólo salmos y cánticos, que fueron cantados para que al oírlos creciera la devoción, sino que también hicieron instrumentos musicales de diferentes artes, con los que se producían diversos sonidos. Y así, tanto a través de la forma y la cualidad de estos instrumentos como a través del significado de las palabras que se recitaban, como se ha dicho, los que escuchaban, así amonestados y aleccionados por las cosas exteriores, eran instruidos en las cosas interiores.

Hombres celosos y sabios imitaron a los santos profetas en la invención de muchas clases de instrumentos musicales con su propio arte humano, para poder cantar para el deleite de sus almas acompañando su canto con instrumentos tocados por la flexión de los dedos, recordando de esta manera a Adam, formado por el dedo de Dios (el Espíritu Santo), en cuya voz el sonido de toda armonía y de todas las artes musicales eran dulces antes de pecar. Y si él hubiera permanecido en su estado original, la debilidad del hombre mortal no habría sido capaz de soportar la potencia y el sonido de su voz.

Sin embargo, cuando el demonio, el seductor del hombre, supo que éste había comenzado a cantar por inspiración de Dios, y que por medio de su canto recordaría la dulzura de los cánticos de su patria celestial, viendo que el éxito de su ardid iba a ser frustrado, se aterrorizó y comenzó a dar vueltas de un lado a otro. Con el fin de perturbar o detener las acciones de gracias y la belleza de la alabanza divina e himnos espirituales, comenzó a inventar y ejecutar una sucesión de sus males y falsedades, no sólo en el corazón del hombre a través de las sugerencias del mal, pensamientos impuros y sus otras diversas distracciones,

sino también en el corazón de la Iglesia, siempre que puede, a través de la división, los escándalos, o la opresión injusta.

Por lo tanto, vosotros y todos los prelados debéis tomar todas las precauciones para limpiar el aire en primer lugar discutiendo con diligencia las razones, antes de cerrar, por vuestra sentencia, la boca de una iglesia que canta las alabanzas de Dios o impedirle la administración o la recepción de los divinos sacramentos. Y debéis discernir con cuidado si estáis movidos a hacer esto por el celo de la justicia de Dios, y no por la ira, por sentimientos injustos, o por el deseo de venganza. También debéis tener cuidado de que en vuestros juicios no sois engañados por Satanás, que arrancó al hombre de la armonía celestial y de las delicias del paraíso.

Considerad el hecho de que, así como el cuerpo de Jesucristo nació de la integridad inmaculada de la Virgen María por el Espíritu Santo, el canto de alabanza según la celestial armonía tiene sus raíces en la Iglesia por el Espíritu Santo. El cuerpo, sin embargo, es la vestidura del alma, que tiene una voz viva, y por lo tanto es adecuado para el cuerpo, junto con el alma, cantar alabanzas a Dios con su voz. Es por esto que el espíritu profético, metafóricamente, nos manda alabar a Dios con címbalos armoniosos y címbalos de júbilo, y otros instrumentos musicales que los hombres sabios y celosos han inventado: porque todas las artes que son necesarias y útiles para el hombre han sido inventadas por el aliento que Dios envió al cuerpo del hombre, y por lo tanto es justo que Dios sea alabado en todas las cosas.

Y porque, a veces, al escuchar cantos, la gente empieza a suspirar y gemir, recordando la naturaleza de la armonía celestial, el profeta, teniendo en cuenta la naturaleza profunda del espíritu y sabiendo que el alma es armónica, exhorta en los salmos a que aclamemos a Dios con la cítara y a cantarle con el salterio de diez cuerdas; la cítara, que suena desde abajo, representa la disciplina del cuerpo, mientras que el salterio, que suena desde arriba, representa los deseos del espíritu, haciendo referencia con las diez cuerdas al cumplimiento de la ley.

Por lo tanto, los que imponen silencio a una iglesia que está cantando alabanzas a Dios sin el peso de certeza y los que injustamente roban a Dios su honor y gloria en la tierra perderán su comunión con la alabanza de los ángeles en el Cielo, a menos que hagan reparación a través de la verdadera penitencia y humilde restitución. Por eso, que aquellos que tienen las llaves de los Cielos se mantengan en cuidadosa vigilancia, para que no abran lo que ha de ser cerrado y cierren lo que ha de ser abierto, porque un juicio muy duro vendrá a las autoridades, a menos que, como el Apóstol dice, gobiernen con la debida diligencia.

Y oí una voz que hablaba así: ¿Quién creó el Cielo? Dios. ¿Quién abrió el Cielo a sus fieles? Dios. ¿Quién como Dios? Nadie. Y por lo tanto, oh fieles, que ninguno de vosotros lo resista, para que no caiga sobre vosotros su fuerza y entonces no haya nadie que os ayude en el juicio. Esta época es un tiempo femenino, porque la justicia de Dios es débil. Pero la fuerza de la justicia de Dios está emergiendo y una mujer guerrera está de pie contra la injusticia, hasta que, derrotada, caiga.

**Explicación del Credo de San Atanasio, que dio Santa Hildegarda a su Congregación de Hermanas<sup>14</sup>**

[PRIMERA CARTA, en la que Hildegarda, que ve próxima su muerte, explica a sus monjas el origen del monasterio de San Ruperto y sus esfuerzos para reconciliarse con la comunidad de San Disidobo, y las exhorta a mantener la caridad y la fortaleza en la fe]

Oh hijas, que con amor de castidad habéis seguido las huellas de Cristo, y que me elegisteis, pobrecita de mí, como vuestra madre para vivir en humilde obediencia como modo de exaltación vuestra, con corazón de madre y no por mi cuenta sino porque así lo muestra Dios, os digo:

Este lugar, es decir, el lugar de descanso de las reliquias del confesor San Ruperto a cuyo patrocinio habeis acudido, lo encontré por voluntad de Dios con milagros patentes, dando gracias a Dios en reparación. Y con el permiso de mis maestros, vine aquí y con ayuda divina traje conmigo a todas las que me han seguido libremente.

Después, sin embargo, por aviso de Dios, fui a la montaña del bienaventurado Disidobo de la que con permiso me había separado, y formulé ante todos los que viven allí esta petición: Que ni este lugar nuestro ni las tierras que se nos han dado de limosna deberían estar sujetas a ellos sino independientes, buscando también una ocasión que nos sirva para salvar nuestras almas y celo por la disciplina de la regla. Y le dije al Padre, es decir al abad de aquel lugar, lo que percibí en una visión auténtica:

"La Luz Serena dice: Padre, se el superior y la salud de las almas del místico plantío de mis hijas. Su limosna no te pertenece ni a ti ni a tus hermanos, al contrario, este lugar debería ser su refugio. Pero si os empeñáis en ir contra estas palabras, perseverando en vuestros propósitos contra ellas, sereis semejantes a los Amalecitas y Antíoco, de quien está escrito que despojó el templo del Señor<sup>15</sup>. Y si alguno de vosotros dijera en su indignación: "Queremos disminuir el patrimonio de estas", entonces Yo, que Soy El Que Soy, digo que sois el peor de los ladrones, y si intentara quitarles el pastor de la medicina espiritual, entonces digo otra vez que son como hijos de Belial, y que en esto no mirais la justicia del Señor, por lo que la justicia de Dios os destruirá."

Y cuando yo, forma paupérrima<sup>16</sup>, suplique con estas palabras al abad antes mencionado y a sus hermanos por la libertad antes mencionada del lugar y de las fincas de mis hijas, todos ellos me lo concedieron con un permiso por escrito. Todos los que vieron, oyeron y percibieron estas cosas, tanto los más importantes como los menores, tuvieron la mayor buena voluntad para hacerlo, así que lo ratificaron por escrito como señal de la voluntad de Dios. Por tanto, los fieles deben saber, afirmar, actuar y defender estas cosas, para que puedan recibir la bendición que Dios dio a Jacob e Israel.

Pero, ¡qué gran lamento tendrán estas hijas mías después de la muerte de su madre!, Porque ya no brotarán más palabras de su madre, y dirán con gemidos y lamentos, y muchas veces con lágrimas: "¡Ay,

<sup>14</sup> [http://www.hildegardiana.es/5pdf/credo\\_atanasio.pdf](http://www.hildegardiana.es/5pdf/credo_atanasio.pdf)

<sup>15</sup> 1 Mac.1

<sup>16</sup> "Forma pauperrima" era como llamaba la Luz Indeficiente a Santa Hildegarda en los prefacios de sus obras.

ay! De buen grado nos aferráramos a los pechos de nuestra madre, si la tuviéramos presente ahora con nosotras".

Por lo cual, hijas de Dios, os amonesto que conservéis caridad entre vosotras, como yo, vuestra madre, os amonesté desde mi infancia, de modo que, por vuestra benevolencia, estéis en la luz más clara con los ángeles y seáis fortísimas en vuestra fortaleza como os enseñó vuestro Padre San Benito.

Que el Espíritu Santo os de dones, porque después de mi fin ya no se oirá más mi voz. Pero que entre vosotras mi voz no vaya nunca al olvido y resuene frecuentemente con caridad entre vosotras. Ahora mis hijas brillan en sus corazones, jadeando y suspirando por las cosas celestiales, a causa de la tristeza que tienen por su madre. Después, por la gracia de Dios brillarán con la luz más clara y rutilante y serán los soldados más fuertes de la casa [de Dios]. Por tanto, si alguien quisiere mover discordia y disensiones en la casa y en la disciplina espiritual de este puñado de hijas mías, que el don del Espíritu Santo se aparte de su corazón.

Sin embargo, si, sintiendo desprecio de Dios, así lo hiciere, que la mano del Señor lo mate ante todo el pueblo, porque es digno de ser confundido. Por eso, oh hijas, habitad con toda estabilidad y devoción en este lugar que elegisteis para militar por Dios, aspirando a los premios supremos.

Porque dice la Caridad en [el Libro de] la Sabiduría: "Fui ordenada desde el principio, y estuve en la formación del primer hombre, cuando Dios lo plasmó". Porque Dios creó sabiamente el cielo, la tierra y el resto de las criaturas por causa del hombre, para que las apacentara y le nutrieran<sup>17</sup>. Por lo cual, la Sabiduría puede justamente llamarse "constructora", ya que circundó el cielo y la tierra y los pesó con un peso justo.

La carne del hombre está totalmente permeada por el alma en las venas y nervios, por lo que siempre está sustentada por el alma, y por ello también el hombre conoce a las criaturas a través del alma y en ellas encuentra alegría y gozo. Así, del mismo modo que la sabiduría y la caridad son una misma cosa, el hombre es grato en cuerpo y alma como la caridad y misericordia.

Por estas dos virtudes, sabiduría y caridad, los ángeles y los hombres se someten humildemente a Dios, ya que la humildad se inclina con frecuencia al honor de Dios y con ello aglutina en sí todas las virtudes.

Y así Dios moldeó al hombre con estas virtudes para que todos no perezcan, como tampoco cayeron todos los ángeles, ya que muchos permanecieron con Dios; aunque otros es cierto que cayeron junto con la antigua serpiente. Dios creó al hombre con sabiduría, lo vivificó con caridad y lo rigió con humildad y obediencia para que entendiera de qué modo debe vivir.

Pero el Ángel principal no quiso entender que no podía ser por sí mismo, ya que sólo hay Una Vida que es por sí misma, de la cual son todos los seres vivos. Por esta razón el [Ángel Principal] se cayó de la vida y

---

<sup>17</sup> Ecl. 24

se secó, al igual que pasa con las criaturas como por ejemplo árboles, hierbas y otras criaturas, que cuando algo cae de ellos se seca porque ya no puede tomar savia.

Porque en efecto, el Ángel vive de Dios. El hombre es obra plena de Dios porque Dios siempre está obrando en él, en lo que el hombre puede entender por sí mismo, porque mientras vive en esta vida no deja de pensar y hacer algo dondequiera que esté; pero cuando termina en esta vida, vive infinitamente otra vida.

Pues cuando el hombre hace cosas buenas, obra como los ángeles buenos. Sin embargo, cuando no reconoce el gran honor con que Dios lo formó, y huye de la obediencia debida y no obra con humildad, sino que quiere ser por sí mismo, como los peores ángeles, se cae de la vida y se seca como Satanás.

Tu, sin embargo, oh hombre, pretendes que Dios es culpable de esto, y por eso Él te contestó: "¿Te has creado a ti mismo? No. ¿Es mejor, pues, que te sirvas a tí mismo más que a Aquel que te creó? ¿Y qué precio podrías pagar por tí mismo, ya que tú no te hiciste? ¡Ninguno, salvo la pena del fuego!"

Así, los ángeles, los hombres y el resto de las criaturas de Dios están divididas en dos partes, como pasó también cuando Dios marcó al hombre con la circuncisión. Puesto que el primer engañador engañó al primer hombre falazmente, el que se hace desobediente a Dios consiente en sus palabras y actúa con desobediencia como le aconsejó el maligno. Esta desobediencia fue rota por la circuncisión, precepto de Dios que Abraham obedeció a Dios de buena gana haciendo lo que le había mandado<sup>18</sup>. Entonces, el engañador murmuró en su interior con disimulo, soltando este mal a través de ciertos hombres malvados para que les fuera imposible reconocer un Dios a quien no podían ver, oír ni tocar.

Y así el pueblo que estaba marcado por su obediencia, se embriagó, aunque recuerde que engañó al primer hombre cuando dijo: "Seréis como dioses, conocedores del bien y del mal"<sup>19</sup>. Y les inspiró este pésimo pensamiento diciendo que no podrían conocer a Dios de ningún modo sino por fornicación, pues si el hombre es forma y si Dios ha creado al hombre, ¿por qué se esconde de modo que no pueda verle, oírle ni comprenderle?.

Pero toda la Ley Vieja y el verdadero pueblo marcado no pudieron aplastar a este engañador ni a estos hombres errados, ni podrá aún, sino que Dios los aplastará antes del Último Día y los vencerá delante de todo pueblo; de esta manera la Ley Vieja y todos éstos, es decir, los que observaban la circuncisión, incluso con los que estaban en el error antes mencionado, duraron hasta el Nacimiento de Cristo, cuando verdaderamente apareció el Sol de Justicia.

Y este Sol dio gran esplendor con su doctrina y su humanidad se vio y se oyó. Los profetas le precedieron del mismo modo que encima del Sol están ciertos planetas que Dios previó cuando fijó el firmamento con todos sus adornos. Al sol, la luna y las estrellas Dios añadió el agua, y puso allí nubes con tempestad, a las que atraviesan los rayos y a las que a veces divide el sonido del trueno para que así se muevan.

---

<sup>18</sup> Gen. 17.

<sup>19</sup> Gen. 3.

Así pues, lo mismo que Dios constituyó estas criaturas al servicio del hombre, con ellas dió también señales de su Hijo como predijeron los profetas que aludieron a su humanidad en su tarea profética, lo mismo que los planetas sostienen al sol sirviéndolo. Porque la profecía que dijo: "He aquí que la virgen concebirá"<sup>20</sup> aludía a su humanidad, ya que la integridad de la Virgen concebió por el calor del Espíritu Santo y no por el calor de la carne, del mismo modo que el sol calienta una cosa con sus rayos y la calienta toda con su ardor, y sin embargo no se consume. Y así como el sol ilumina al mundo entero a través del firmamento y no obstante se mantiene intacto, el Sol de Justicia que provino de la Virgen intacta ilumina el mundo entero.

Así la Virgen parió un Hijo, cuyo nombre es Emmanuel, que procede de ella con la misma integridad que el sol brilla en el firmamento sin dividirse. Y así está Dios con nosotros, pues en la Encarnación que surgió en el seno de la Virgen de la sombra del Espíritu Santo estuvo integra la santa Divinidad en su totalidad como el sol en el firmamento, y la fuerza de la Divinidad trascendió los cielos, la profundidad y todas las criaturas, y también el Hijo de Dios estaba con nosotros, a través de su humanidad santa.

Y Él está ahora con nosotros por su doctrina y por la oblación de su cuerpo, y lo seguirá estando hasta que lo veamos claramente. Y las aguas con la luna y las estrellas también están presentes en el Sol de Justicia, porque enviará a sus discípulos por todo el mundo a predicar el evangelio a toda criatura<sup>21</sup>. Pues cumplió en sí mismo lo que los profetas anunciaron de Él igual que Dios descansó de toda su obra el séptimo día de la Creación<sup>22</sup>.

Y lo mismo que entonces Dios sometió al hombre toda criatura para que le sirva, así también el Hijo de Dios, después de su Ascensión, reunió a los discípulos para la obra de su Encarnación, dándoles el precepto de predicar el Evangelio a toda criatura. Ellos revelaron a los hombres la fe recta en el Hijo de Dios, de modo que permaneciendo con Él vieran y conocieran sus milagros, igual que el sol luce en el firmamento.

Así pues, la Iglesia y la innumerable multitud de pueblos que recibieron la fe está ordenada como la luna en el firmamento de estrellas. Estos pueblos, inspirados por el Espíritu Santo, establecieron entre sí diversos maestros y prelados que sostienen toda la Iglesia, lo mismo que el firmamento está adornado de sol, luna y estrellas. Finalmente, hombres infieles y tiranos crueles levantaron truenos y relámpagos que invadieron casi como lobos a los fieles del Señor que ardían en la fe como el sol cuando luce con fuerza, y derramaron su sangre de modo que no quedaba nadie para sepultarlos.

También los truenos que sonaron por primera vez cuando Satanás fue arrojado al infierno, sonarán de nuevo por los enemigos de Dios que no han dejado de pecar, y el relámpago aparecerá a muchos cristianos que dividieron la fe en infidelidad y quemaron a muchos Católicos, como hizo Arrio, a quien Atanasio aplastó completamente, fortalecido por Juan Evangelista que aprendió la verdad del pecho del Jesús, por lo cual se elevó a lo más alto cuando con místico aliento escribió el Evangelio de la Divinidad.

---

<sup>20</sup> Is. 7.

<sup>21</sup> Mc. 16.

<sup>22</sup> Gen. 2.

De modo semejante, este Atanasio escribió después sobre la Unidad de la Divinidad para servir a la Iglesia a fin de que todo hombre que quiera salvarse tenga la fe íntegra e inviolada, creyendo perfectamente en Dios, y no se haga infernal y caiga en la Gehenna.



## Santa Catalina de Siena (1347-1380)

- Introducción a la Santa<sup>23</sup>

### Documentos de la Iglesia

- *Mirabilis ecclesiae Deus* (4-X-1970), Santa Catalina [Nombrado por Pablo VI en 1970]<sup>24</sup>
- Carta Apostólica *Amantissima Providentia*  
Del Sumo Pontífice Juan Pablo II a los obispos, sacerdotes y fieles de la Iglesia en Italia, al cumplirse el VI centenario de la muerte de santa Catalina de Siena, virgen y doctora de la Iglesia<sup>25</sup>
- Audiencia General de Benedicto XVI sobre la vida y misión de "Santa Catalina de Siena" (24 de noviembre de 2010)<sup>26</sup>

### Estudios y Recursos

- Selecciones de Royo Marin, Antonio, OP, *Las Doctoras de la Iglesia* (Madrid: BAC, 1997).
- Recursos Catalinianos

### Obras de la Santa

- Selecciones: *El Dialogo*

---

<sup>23</sup> [http://www.ewtn.com/spanish/saints/catalina\\_de\\_siena.htm](http://www.ewtn.com/spanish/saints/catalina_de_siena.htm) bajado el 15 de junio, 2017

<sup>24</sup> <http://www.feyrazon.org/Catalina.htm> bajado el 14 de junio, 2017

<sup>25</sup> [https://w2.vatican.va/content/john-paul-ii/es/apost\\_letters/1980/documents/hf\\_jp-ii\\_apl\\_29041980\\_amantissima-providentia.html](https://w2.vatican.va/content/john-paul-ii/es/apost_letters/1980/documents/hf_jp-ii_apl_29041980_amantissima-providentia.html) bajado el 14 de junio, 2017

<sup>26</sup> [https://w2.vatican.va/content/benedict-xvi/es/audiencias/2010/documents/hf\\_ben-xvi\\_aud\\_20101124.html](https://w2.vatican.va/content/benedict-xvi/es/audiencias/2010/documents/hf_ben-xvi_aud_20101124.html)

**Santa Catalina de Siena, Virgen y doctora de la Iglesia<sup>27</sup>**

Nacida en 1347, Catalina (nombre que significa "Pura") era la menor del prolífico hogar de Diego Benincasa. Allí crecía la niña en entendimiento, virtud y santidad. A la edad de cinco o seis años tuvo la primera visión, que la inclinó definitivamente a la vida virtuosa. Cruzaba una calle con su hermano Esteban, cuando vio al Señor rodeado de ángeles, que le sonreía, impartándole la bendición.

Su padre, tintorero de pieles, pensó casarla con un hombre rico. La joven manifestó que se había prometido a Dios. Entonces, para hacerla desistir de su propósito, se la sometió a los servicios más humildes de la casa. Pero ella caía frecuentemente en éxtasis y todo le era fácil de sobrellevar.

Finalmente, derrotados por su paciencia, cedieron sus padres y se la admitió en la tercera orden de Santo Domingo y siguió, por tanto, siendo laica. Tenía dieciséis años. Sabía ayudar, curar, dar su tiempo y su bondad a los huérfanos, a los menesterosos y a los enfermos a quienes cuidó en las epidemias de la peste. En la terrible peste negra, conocida en la historia con el nombre de "la gran mortandad", pereció más de la tercera parte de la población de Siena.

A su alrededor muchas personas se agrupaban para escucharla. Ya a los veinticinco años de edad comienza su vida pública, como conciliadora de la paz entre los soberanos y aconsejando a los príncipes. Por su influjo, el papa Gregorio XI dejó la sede de Aviñón para retornar a Roma. Este pontífice y Urbano VI se sirvieron de ella como embajadora en cuestiones gravísimas; Catalina supo hacer las cosas con prudencia, inteligencia y eficacia.

Aunque analfabeta, como gran parte de las mujeres y muchos hombres de su tiempo, dictó un maravilloso libro titulado *Diálogo de la divina providencia*, donde recoge las experiencias místicas por ella vividas y donde se enseñan los caminos para hallar la salvación. Sus trescientas setenta y cinco cartas son consideradas una obra clásica, de gran profundidad teológica. Expresa los pensamientos con vigorosas y originales imágenes. Se la considera una de las mujeres más ilustres de la edad media, maestra también en el uso de la lengua Italiana.

Santa Catalina de Siena, quien murió a consecuencia de un ataque de apoplejía, a la temprana edad de treinta y tres años, el 29 de abril de 1380, fue la gran mística del siglo XIV. El papa Pío II la canonizó en 1461. Sus restos reposan en la Iglesia de Santa María sopra Minerva en Roma, donde se la venera como patrona de la ciudad; es además, patrona de Italia y protectora del pontificado.

El papa Pablo VI, en 1970, la proclamó doctora de la Iglesia.

---

<sup>27</sup> [http://www.ewtn.com/spanish/saints/catalina\\_de\\_siena.htm](http://www.ewtn.com/spanish/saints/catalina_de_siena.htm) bajado el 15 de junio, 2017

### **Santa Catalina de Siena: Doctora de Iglesia Universal**

*He aquí el texto íntegro de la preciosa homilía pronunciada por Su Santidad el papa Pablo VI en la basílica de San Pedro el domingo 4 de octubre de 1970 en el acto de la proclamación de Santa Catalina de Siena como doctora de la Iglesia Universal<sup>28</sup>.*

La alegría espiritual que ha inundado nuestra alma al proclamar doctora de la Iglesia a la humilde y sabia virgen dominica Catalina de Siena, encuentra su explicación más profunda, y hasta podíamos decir su justificación, en la alegría purísima experimentada por el Señor Jesús cuando, como nos narra el evangelista San Lucas, *"se sintió inundado de gozo en el Espíritu Santo y dijo: Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios y prudentes y las revelaste a los pequeños. Sí, Padre, porque tal ha sido tu beneplácito"* (Lc 10,21; cfr. Mt 11,25-26).

### **El Señor elige a los humildes y sencillos**

En realidad, cuando daba gracias al Padre por haber revelado los secretos de su divina sabiduría a los humildes, Jesús no tenía presentes en su espíritu solamente a los doce, que él mismo había elegido de entre el pueblo inculto, y que habría de mandar un día, en calidad de apóstoles suyos, a instruir a todas las gentes y a enseñarles todo lo que les había encomendado (cfr. Mt 28,19-20), sino que tenía también presentes a todos los que habían de creer en él, muchos de los cuales se contarían entre los menos dotados de los ojos del mundo.

El Apóstol de las Gentes se complacía en observar precisamente este hecho cuando escribía a la comunidad de la griega Corinto, ciudad en la que pululaba gente inflada de humana sabiduría:

*"Y si no, mirad, hermanos, vuestra vocación; pues no hay entre vosotros muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles. Antes eligió Dios la necedad del mundo para confundir a los sabios y eligió Dios la flaqueza del mundo para confundir a los fuertes; y lo plebeyo, el desecho del mundo, lo que no es nada, lo eligió Dios para destruir lo que es, para que nadie pueda gloriarse ante Dios" (1 Cor 1,26-29).*

Esta elección de Dios, que prefiere lo que es irrelevante e incluso despreciable a los ojos del mundo, había sido ya preanunciada por el Maestro cuando - en clara antítesis con las valoraciones terrenas- había llamado bienaventurados y predestinados a su reino a los pobres, a los que sufren, a los mansos, a los que padecen hambre y sed de justicia, a los puros de corazón, a los constructores de la paz (cfr. Mt 5,3-10).

---

<sup>28</sup> Texto de *L' Osservatore Romano* del 11 de octubre de 1970.

### **Testimonio de la bienaventuranzas evangélicas**

Queremos poner inmediatamente de relieve cómo en la vida y en la actividad externa de Catalina las bienaventuranzas evangélicas han tenido un modelo de extraordinaria verdad y belleza. Por otra parte, todos vosotros sabéis hasta que punto estuvo su espíritu libre de toda codicia terrena; cómo amó la virginidad consagrada al esposo celeste, Cristo Jesús; cómo sintió el hambre de justicia y qué entrañas de misericordia demostró al tratar de restablecer la paz en las familias y en las ciudades, desgarradas por la rivalidad y por odios atroces; cómo se prodigó para reconciliar la República de Florencia con el Sumo Pontífice Gregorio X, hasta el punto de exponer la vida a la venganza de los rebeldes. Tampoco nos detendremos a admirar las excepcionales gracias místicas con que quiso regalarla el Señor, entre las que se cuentan el místico matrimonio y los sagrados estigmas. Tampoco creemos oportuno en la presente circunstancia evocar la historia de sus generosos esfuerzos para convencer al Papa a volver a Roma, su sede legítima. El éxito con que vio coronados sus esfuerzos fue realmente la obra maestra de su actividad, y eso permanecerá a través de los siglos como su gloria más grande y será un título del todo especial para que la Iglesia le esté eternamente agradecida.

Creemos, en cambio, oportuno en este momento sacar a luz, aunque sea brevemente, el segundo de los títulos que justifican, según el juicio de la Iglesia, la concesión del doctorado a la hija de la ilustre ciudad de Siena. Se trata de la peculiar excelencia de su doctrina.

Por lo que se refiere al primer título, es decir, a su santidad, el reconocimiento solemne se debe al Pontífice Pio II su paisano, por medio de la bula de canonización *Misericordias Domini*, de la que él mismo fue autor, con su estilo inconfundible de humanista<sup>29</sup>. La solemne ceremonia litúrgica tuvo lugar en la basílica de San Pedro el 29 de junio de 1461.

### **Los carismas de Santa Catalina**

¿Qué diremos, por tanto, de la eminencia de la doctrina de Santa Catalina? Nosotros ciertamente no encontramos en los escritos de la Santa, es decir, en sus *Cartas*, conservadas en gran número; en el *Diálogo de la Divina Providencia* o *Libro de la divina doctrina* y en sus *Oraciones* el valor apologético y la audacia teológica que caracterizan las obras de las grandes lumbreras de la Iglesia antigua, tanto en Oriente como en Occidente; ni podemos pretender de la virgen de Fontebranda, que no poseía cultura especial, las altas especulaciones propias de la Teología sistemática que han inmortalizado a los doctores del medioevo escolástico. Y si es cierto que en sus escritos se refleja de una manera sorprendente la teología del Doctor Angélico, en cambio, se nos presente carente de toda referencia científica. Pero lo que más sorprende en la Santa es la sabiduría infusa, es decir, la luminosa, profunda y extraña asimilación de las verdades divinas y de los misterios de la fe contenidos en los Libros Sagrados del Antiguo y Nuevo Testamento. Es una asimilación que se ve ciertamente favorecida por dotes naturales del todo singulares,

---

<sup>29</sup> Cf. M.-H. LAURENT, *OP, Proc. Castel.*, p.521-530; trad. Ital. de I. TAURISANO, *OP, S. Caterina da Siena* (Roma 1948) 665-673.

pero que es evidentemente prodigiosa, causada por el carisma de sabiduría del Espíritu Santo, un carisma místico.

Santa Catalina de Siena ofrece en sus escritos uno de los más luminosos modelos de los carismas de *consejo*, de *palabra de sabiduría* y de *palabra de ciencia*, que San Pablo testimonia que actuaron en algunos fieles de las comunidades cristianas primitivas y cuyo uso se esforzó por disciplinar convenientemente, advirtiendo que tales dones no son tanto para provecho de los que los poseen, sino más bien para provecho de todo el Cuerpo de la Iglesia. En efecto - explica el apóstol-, "*todas las cosas las obra el único y mismo Espíritu, que distribuye a cada uno según quiere*" (1 Cor 12,11), de forma que sobre todos los miembros del místico organismo de Cristo debe redundar el beneficio de los tesoros espirituales que su Espíritu distribuye (cfr. 1 Cor 11,5; Rom 12,8; 1 Tim 6,2; Tit 2,15).

"Su doctrina no fue adquirida; hay que considerarla como maestra antes que como discípula"<sup>30</sup>; así declaró el mismo Pío II en la bula de canonización. Y, ciertamente, ¡cuántos rayos de sabiduría sobrehumana, cuántas urgentes llamadas a la imitación de Cristo en todos los misterios de su vida y de su Pasión, cuántos eficaces consejos para el ejercicio de la virtudes propias para los diversos estados de vida se encuentran esparcidos en las obras de la Santa! Sus *Cartas* son otras tantas chispas de un fuego misterioso, encendido en su corazón ardiente por el Amor infinito que es el Espíritu Santo.

¿Cuáles son las líneas características y los temas dominantes de su magisterio ascético y místico? Nos parece que, a imitación del "glorioso Pablo"<sup>31</sup>, del que toma incluso el estilo robusto e impetuoso, catalina es la mística del Verbo Encarnado y, sobre todo, de Cristo crucificado. Catalina de Siena fue la pregonera de la virtud redentora de la sangre adorable del Hijo de Dios, derramada sobre el leño de la cruz con amor desbordante para la salvación de todas las generaciones humanas<sup>32</sup>. La Santa veía fluir continuamente esta sangre del Salvador en el sacrificio de la Misa y en los Sacramentos, por medio de la acción ministerial de los ministros sagrados, para purificación y embellecimiento de todo el Cuerpo Místico de Cristo. Por lo cual podemos llamar a Catalina *la mística del cuerpo místico* de Cristo, es decir, de la Iglesia.

Por otra parte, la Iglesia es para ella una auténtica *madre*, a la que uno debe someterse, reverenciar y prestar asistencia. "*La Iglesia no es otra cosa que el mismo Cristo*"<sup>33</sup>, se atreve a decir la santa.

¡Qué respeto y apasionado amor nutrió santa Catalina hacia el Romano Pontífice! Nosotros personalmente, el más pequeño siervo de los siervos de Dios, nos sentimos hoy muy agradecidos a Santa Catalina, no precisamente por el honor que pueda redundar en nuestra humilde persona, sino por la mística apología que ella hizo de la misión apostólica del sucesor de Pedro.

---

<sup>30</sup> *Proc. Cast.* 1.c.

<sup>31</sup> *Diálogo* c.11; ed. G. Cavallini (1968), p.27.

<sup>32</sup> Cf. *Diálogo* c. 127; ed. cit., p.325.

<sup>33</sup> *Carta 171*; ed. cit., III 89.

### **El amor al Papa y a la Iglesia**

Todos lo saben. Ella contemplaba en el Papa al "dulce Cristo en la tierra"<sup>34</sup>, a quien se debe afecto filial y obediencia, porque *"quien se muestre desobediente a Cristo en la tierra, que haces las veces de Cristo que está en el cielo, no participa del fruto de la sangre del Hijo de Dios"*<sup>35</sup>.

Y, como, anticipándose no sólo a la doctrina, sino incluso al lenguaje del concilio Vaticano II<sup>36</sup>, la santa escribe al Papa Urbano VI: *"Santísimo Padre...: Tened presente la gran urgencia, que os corresponde a vos y a la santa Iglesia, de conservar este pueblo (Florencia) en la obediencia y en la reverencia a Vuestra Santidad, dado que sois para nosotros el jefe y el principio de nuestra fe"*<sup>37</sup>.

Se dirige, además, a cardenales y a muchos obispos y sacerdotes con insistentes exhortaciones, y no escatima fuertes reproches, haciéndolo siempre con perfecta humildad y con el respeto debido a su dignidad de ministros de la sangre de Cristo.

Tampoco olvidaba Catalina que era hija de una Orden religiosa de las más gloriosas y activas de la Iglesia. Así, pues, ella nutre una estima singular por las que llama las "santas religiones", a las cuales considera como vínculos de unión en el cuerpo místico, constituido por los representantes de Cristo (según una concepción suya propia) y el cuerpo universal de la religión cristiana, es decir, los simples fieles. Exige de los religiosos fidelidad a su excelsa vocación por medio del ejercicio generoso de las virtudes y de la observancia de las reglas respectivas. Tampoco olvida, en su maternal solicitud, a los laicos, a quienes dirige encendidas y numerosas cartas, pidiéndoles prontitud en la práctica de las virtudes cristianas y de los deberes del propio estado y una ardiente caridad para con Dios y para con el prójimo, porque también ellos son miembros vivos del Cuerpo místico; ahora bien, dice la santa *"la Iglesia está fundada en el amor y ella misma es amor"*<sup>38</sup>.

### **Espíritu renovador y servicio al bien común**

¿Cómo no recordar, además, la actividad desarrollada por la Santa a favor de la reforma de la Iglesia? Dirige sus exhortaciones principalmente a los sagrados pastores, indignada con santo enojo por la pereza de no pocos de ellos, preocupada por su silencio, mientras que la grey a ellos confiada andaba dispersa y sin dirección. *"Ay de mí no puedo callar. Gritemos con cien mil lenguas - escribe a un alto prelado -. Creo que, por callar, el mundo está corrompido, la esposa de Cristo ha empalidecido, ha perdido el color, porque le están chupando la propia sangre, es decir, la sangre de Cristo"*<sup>39</sup>.

---

<sup>34</sup> Carta 196; ed. cit., iii 211.

<sup>35</sup> Carta 207; ed. cit., III 270.

<sup>36</sup> Const. dog. *Lumen gentium* n.23.

<sup>37</sup> Carta 170; ed. cit., III 75.

<sup>38</sup> Carta 103; ed. Gigli.

<sup>39</sup> Carta 16, *ad card. de Ostia*; ed. L. Ferretti, I 85.

¿Qué entendía ella por renovación y reforma de la Iglesia? No ciertamente la subversión de las estructuras esenciales, la rebelión contra los pastores, la vía libre a los carismas personales, las arbitrarias innovaciones del culto y de la disciplina, como algunos querían en nuestros días. Por el contrario, Catalina afirma repetidamente que le será devuelta la belleza a la Esposa de Cristo y se deberá hacer la reforma "no con guerra, sino con paz y tranquilidad, con humildes y continuas oraciones, sudores y lagrimas de los siervos de Dios"<sup>40</sup>. Se trata, por tanto, para la Santa, de una reforma ante todo interior y después externa, pero siempre en la comunión y en la obediencia filial a los legítimos representantes de Cristo.

¿Fue también política nuestra devotísima virgen? Ciertamente lo fue, y de una manera excepcional, pero en el sentido espiritual de la palabra. Santa Catalina rechaza indignada la acusación de politizante que le lanzan algunos de sus contemporáneos, escribiendo a uno de ellos: "... *Mis paisanos creen que, gracias a mí y a las personas que me rodean, se hacen tratados; dicen la verdad, pero no saben de qué se trata, y, sin embargo, aciertan en sus juicios, porque no pretendo otra cosa ni quiero que los que me rodean se ocupen si no es de vencer al demonio y arrebatarle el señorío que ha adquirido sobre el hombre por medio del pecado mortal, en extraer el odio del corazón del hombre y en pacificarlo con Cristo crucificado y con su prójimo*"<sup>41</sup>.

Por tanto, la lección de esta mujer política *sui generis* conserva todavía su significado y valor, aunque hoy se siente la necesidad de hacer la debida distinción, entre las cosas del Cesar y las de Dios, entre la Iglesia y el Estado. El magisterio político de la Santa encuentra la más genuina y perfecta expresión en esta sentencia lapidaria debida a su pluma: "*Ningún Estado puede observar la ley civil y la ley divinas en estado de gracia si no observa la santa justicia*"<sup>42</sup>.

### Entrega total a Cristo

No contenta con haber desarrollado un intenso y vastísimo magisterio de verdad y bondad con su palabra y sus escritos, Catalina, quiso sellarlos con la ofrenda final de su vida al Cuerpo místico de Cristo, que es la Iglesia, en la edad todavía joven de treinta y tres años. Desde su lecho de muerte, rodeada de sus fieles discípulos en una celda junto a la Iglesia de Santa María sopra Minerva, en Roma, dirigió al Señor esta conmovedora oración, verdadero testamento de fe y de agradecido y ardiente amor:

"*Dios eterno, recibe el sacrificio de mi vida a favor del Cuerpo místico de la santa Iglesia. No tengo otra cosa que darte si no es lo que tú me has dado a mí. Toma mi corazón y estrújalo sobre la faz de esta esposa*"<sup>43</sup>.

El mensaje que nos trasmite es, por tanto, de una fe purísima, de un amor ardiente, de una entrega humilde y generosa a la Iglesia católica. Cuerpo místico y Esposa del divino Redentor. Este es el mensaje

---

<sup>40</sup> Cf. *Diálogo* c.15,86; ed. cit. p.44,197.

<sup>41</sup> *Carta* 122; ed. cit., II 253.

<sup>42</sup> *Diálogo* c. 119; ed. cit. p.291.

<sup>43</sup> *Carta* 371; ed. L. Ferretti, V p.301-302.

específico de la nueva doctora de la Iglesia, Catalina de Siena, para que sea luz y ejemplo de cuantos se glorían de pertenecer a ella. Acojámoslo con ánimo agradecido y generoso, para que sea luz de nuestra vida terrena y prenda segura de la definitiva pertenencia a la Iglesia triunfante del cielo.

Pablo VI



<http://www.christophersanter.com/commissions-figure/saintcatherineofsiena>



**Carta Apostólica Amantissima Providentia**

**Del Sumo Pontífice Juan Pablo II a los obispos, sacerdotes y fieles de la Iglesia en Italia,  
al cumplirse el VI centenario de la muerte de santa Catalina de Siena,  
virgen y doctora de la Iglesia**

*Venerables hermanos y amados hijos: salud y bendición apostólica:*

**Introducción**

La amantísima Providencia de Dios manifiesta claramente que el Señor es al mismo tiempo autor y protagonista de la historia y que suscita constantemente nuevas luces en el camino de los hombres. Por otra parte, al elegir a veces para esto a personas aparentemente inadecuadas, eleva de tal manera su ingenio, que las hace aptas para superar completamente las propias facultades naturales. Y esto lo hace Dios no tanto para confundir la competencia de los sabios <sup>[1]</sup>, cuanto más bien para poner de relieve su propia obra, la cual, al no tener necesidad de soportes humanos, demuestra al mismo tiempo a los hombres la dignidad a que les eleva su gracia y la grandeza a que puede y quiere llevarles bajo su guía.

Esto se manifiesta de modo evidente en la vida y en las obras de Santa Catalina de Siena, de cuya piadosísima muerte estamos celebrando el VI centenario. Con tal motivo, me complazco en proponerla como ejemplo a los fieles no sólo de Italia, sino del mundo entero. En Santa Catalina, efectivamente, el Divino Espíritu hizo resplandecer maravillosas riquezas de gracia y de humanidad, por medio de los dones de sabiduría, inteligencia y ciencia, con los cuales la mente humana se hace admirablemente sensible a las divinas inspiraciones "en el conocimiento de las cosas divinas y humanas" <sup>[2]</sup>.

A Santa Catalina, pues, se le pueden aplicar muy bien las palabras del salmista: "Abriste el camino

a mis pasos y no vacilaron mis pies" <sup>[3]</sup>. O aquellas otras: "Corro por el camino de tus mandamientos, porque dilataste mi corazón" <sup>[4]</sup>.

**I. Trayectoria humana y divina**

Ciertamente, cuando Catalina vio la luz el año 1347, las condiciones de Italia y de Europa eran muy angustiosas; ya se perfilaba en el horizonte la tristemente famosa "peste negra", que el año siguiente se extendería por doquier sembrando la desolación y la muerte en todas las poblaciones y casi en todas las familias. Además, otros males perturbaban la sociedad civil de aquel tiempo, como las guerras, especialmente la de "los cien años", que ardió cruel e insistentemente entre Francia e Inglaterra, con incursiones de ejércitos mercenarios. En el mundo religioso, el principal acontecimiento de aquel siglo fue la larga permanencia de los Papas en Aviñón y después el cisma de Occidente, que se prolongó hasta 1417. La historia de la virgen de Siena se inserta en esas situaciones y en algunas de ellas Catalina juega un papel de gran importancia.

Hija de un tintorero, penúltima de 25 hermanos, muy pronto tomó conciencia de las necesidades de aquel tiempo. De ahí que, atraída por el ideal apostólico dominicano, pidió entrar en las filas de la Orden Tercera, entre las piadosas mujeres denominadas las "mantellate"; las cuales, aunque no eran propiamente religiosas ni vivían en comunidad, vestían el hábito blanco y el manto negro de la Orden de Predicadores.

Siendo todavía una adolescente, ardía en caridad hacia los pobres y enfermos; brillaba por su paciencia en soportar la maledicencia de los hombres y las luchas interiores con el demonio; sobresalía por la prudencia y humildad en su modo de actuar y pensar. Al mismo tiempo, se ejercitaba en aquella forma de vida ascética basada en criterios eficaces, que más tarde inculcaría a sus discípulos; a saber: "no dejar pasar los movimientos de la naturaleza desordenada, sino corregirlos" <sup>[5]</sup>.

Porque en torno a Catalina se agruparía luego una variada representación de discípulos, procedentes de diversos sectores y condición, a los que atraían, tanto su fe pura, como su sencilla aceptación de la Palabra de Dios, sin términos medios y sin prejuicios. Eran legos, "mantellate" y religiosos de diversas Órdenes, atraídos a veces por hechos prodigiosos. Todos ellos recibían de Catalina la promesa de que les asistiría donde estuvieren e incluso respondería de sus errores. Incluso lo no prometido lo cumplía <sup>[6]</sup>.

El Señor la instruía como a una alumna y poco a poco le iba descubriendo "lo que sería útil a su alma" <sup>[7]</sup>.

Los progresos de su virtud adquirieron su culminación con las bodas espirituales hechas en la fe; lo que parecía como el sello de una vida que iba a dedicarse totalmente al aislamiento y a la contemplación. En cambio, el Señor, al darle el anillo invisible, la acercaba con ello más hacia Él, para participar con Él en las empresas de su reino <sup>[8]</sup>. Ella creyó entender que tendría que separarse de su Esposo celestial; pero Cristo le aseguró que pretendía unirla más a Sí, mediante "la caridad para con el prójimo" <sup>[9]</sup>; es decir, tanto por la unión interior, como por las acciones externas, o por la mística social, como alguien ha dicho <sup>[10]</sup>.

Esto fue como un impulso hacia más altos espacios, que se abrían a su mente y a sus iniciativas. Pasó de la conversión individual de los pecadores a la reconciliación entre personas y familias adversarias y a la pacificación entre ciudades y repúblicas. No tuvo miedo de pasar entre las facciones en armas ni la contuvo la amplitud cada vez mayor de los acontecimientos, que al principio la habían asustado hasta hacerla llorar. El impulso interior del Maestro divino despertó en ella una especie de humanidad creciente. Por lo cual, aunque era hija de artesanos y analfabeta por no haber tenido estudios ni instrucción, comprendió, sin embargo, las necesidades del mundo de su tiempo con tal inteligencia que superó con mucho los límites del lugar donde vivía, hasta el punto de extender su acción hacia toda la sociedad de los hombres; no había ya modo de detener su valentía, ni su ansia por la salvación de las almas. Ella misma cuenta que un día el Señor le "puso una cruz al cuello y un ramo de olivo en la mano", para que los llevara a uno y otro pueblo, el cristiano y el infiel, como si Cristo la transportase a sus propias dimensiones universales de la salvación <sup>[11]</sup>.

Para hacerla más conforme a su misterio de redención y prepararla a su incansable apostolado, el Señor concedió a Catalina el don de las llagas, lo cual sucedió en la Iglesia de Santa Cristina, de Pisa, el 1 de abril de 1375.

No puedo por tanto extrañar que teniendo apenas 29 años comprendiera plenamente la grandeza de su misión que consistía en "reconstruir el equilibrio de la cristiandad" <sup>[12]</sup>. Por lo demás, desde hacia años venía propugnando el "santo paso"; es decir, la cruzada para la liberación de los Santos Lugares, tanto para apartar a las armas cristianas de las

guerras fratricidas <sup>[13]</sup>, como para dar a los infieles el "condimento de la fe" <sup>[14]</sup>.

Con el mismo ardor, e incluso podría decirse que más apasionadamente, exhortaba al Papa a la reforma moral de la Iglesia, comenzando por la designación de buenos Pastores; en este punto, encontraba las palabras más ardientes, porque para ella "la Iglesia no es otra cosa que el mismo Cristo" <sup>[15]</sup>. Reprocha y denuncia los desórdenes, pero con espíritu angustiado, manifestando por la Iglesia una ternura maternal, unida a la valentía de sus propuestas, cuando escribe a Gregorio XI: "Id rápidamente hacia vuestra esposa, que os espera pálida, y restitúidle el color <sup>[16]</sup>; devolvedle la ardentísima caridad que ha perdido en su corazón, pues le han sacado tanta sangre los inicuos devoradores que ha quedado toda pálida" <sup>[17]</sup>.

Y llega ya el momento de su empresa más gloriosa. En junio de 1376 se dirige a Aviñón como mediadora de paz entre la Santa Sede y la ciudad de Florencia; se trataba de una cuestión difícil, que se resolvería dos años más tarde, no sin una nueva mediación. Pero Catalina se preocupaba mientras tanto de otras más grandes todavía. Había encomendado a su confesor, fray Raimundo de Capua, que entregara al Papa la carta aludida, en la que le expone "de parte de Cristo crucificado" las tres principales cosas que debe hacer para tener paz en toda dirección: nombrar dignos Pastores, alzar la bandera de la cruz para rescatar Tierra Santa y llevar de nuevo la sede papal a Roma.

Sus palabras resuenan con un fuerte eco profético, especialmente cuando toca el tema de la pobreza de la Iglesia y del daño que le acarrea el cuidado de los bienes temporales. Sobre el regreso del Vicario de Cristo a su sede, dice sin titubeos: "Responded al Espíritu Santo que os

llama. Yo os digo: venid, venid, venid". Y, tras haberle exhortado a volver "como manso cordero", para dar nueva fuerza a su mensaje, añade con respetuosa franqueza: "Séame hombre viril y no titubeante" <sup>[18]</sup>. La pena por la larga espera y por la ruina de las almas, le arranca del corazón este grito: "Ay de mí, Santo Padre, que muero de dolor y no puedo morir" <sup>[19]</sup>.

Tras llegar a Aviñón el 18 de junio, logró, incluso en coloquios directos con el Papa, hacer prevalecer sin dilaciones el sentido de su deber, hablándole sin presunción ni timidez. Y así, el piadoso Pontífice, que tardaba en tomar la última decisión, hubo de convencerse de que, por boca de Catalina, hablaba realmente el Señor expresándole así ciertamente su voluntad.

Gregorio XI dejó definitivamente Aviñón el 13 de septiembre de 1376 y entró en Roma, entre el delirio del pueblo en fiesta, el 17 de enero de 1377.

Más tarde, Catalina, tras una larga misión en Valdorcia, volvió a tomar en su mano la cuestión de la paz con los florentinos y llegó a correr peligro de resultar muerta en uno de los episodios tumultuosos del verano de 1378. De ahí que, habiéndose visto cercana al martirio, se quejase después amablemente, escribiendo, un poco desilusionada, que "el Esposo Eterno casi se había burlado de ella" <sup>[20]</sup>.

Por desgracia, aquel año, tras la muerte de Gregorio XI y elegido, entre borrascosos incidentes, Urbano VI, hombre inclinado a la austeridad de costumbres y a la reforma moral, estalló el gran cisma que, durante casi cuarenta años, turbaría la unidad de la Iglesia. Catalina, aunque lo había previsto, sintió penetrar en su carne esa herida mortífera. Y, abandonando

cualquier otro pensamiento, se dedicó con todas sus fuerzas a luchar por la unidad del Cuerpo místico de Cristo y por el único verdadero Papa. De allí en adelante, sus cartas enfervorizadas pueden perfectamente definirse como "mensajes de la unidad cristiana", por la cual ardía su alma en amor a la Iglesia y al Papa.

De ahí que, invitada por Urbano VI, acudiera a Roma con ágil prontitud para actuar en el centro mismo de la Iglesia. Sugirió y estimuló la idea de que se unieran en torno al "dulce Cristo en la tierra" hombres de vida íntegra para asistirlo con su consejo, oraciones y santidad. Su misma casa, radicada en vía "del Papa" (detalle muy significativo), se convirtió en centro de actividad diplomática y de allí partían cartas y mensajeros hacia los hombres poderosos de Italia, los Soberanos de Europa, los cardenales rebeldes y los siervos de Dios a quienes había que estimular. Además, la santa virgen animaba a los soldados que combatían por Urbano, aplacaba al tumultuoso pueblo de Roma, frenaba los ímpetus del Pontífice, iba fatigosamente a rezar ante la tumba de San Pedro.

Así pasó año y medio de actividad agotadora y de oraciones llenas de amor: "Oh Dios eterno, - decía frecuentemente- recibe esta vida mía como sacrificio, en este Cuerpo místico de tu Santa Iglesia" <sup>[21]</sup>.

De este modo, entre invocaciones y vehementes deseos de su alma, expiró en Roma el domingo 29 de abril de 1380 a los 33 años de edad, como su Esposo crucificado.

Su cuerpo fue sepultado en la iglesia de Santa María sopra Minerva, en Roma, donde se venera bajo el altar mayor. Su cabeza fue enviada a Siena, donde fue acogida triunfalmente por el clero y el pueblo, con la presencia también de

Lapa, madre de Catalina. En dicha ciudad se conserva, dentro del templo de Santo Domingo.

Catalina fue canonizada por el Sumo Pontífice Pío II, con la Bula "Misericordias Domini", el 29 de junio de 1461; fue así solemnemente propuesta a la Iglesia universal como modelo de santidad. Además, Catalina puede ser tomada como ejemplo de esa sublime grandeza, a la que una mujer sencilla del pueblo puede llegar, impulsada por la gracia de Dios Omnipotente.

## II. Los escritos

Si consideramos a Catalina desde el punto de vista literario, hay que decir que es una mujer singular. Porque, sin haber ido nunca a la escuela ni aprendido a leer y escribir (quizá sólo muy tarde e imperfectamente), dictó un número tal de textos que la hacen figurar entre los mejores autores italianos del siglo XIV y entre los más importantes escritores místicos; hasta el punto de merecer el título de Doctora de la Iglesia, que le confirió Pablo VI el 4 de octubre de 1970.

Nos han quedado de ella 381 *Cartas* <sup>[22]</sup>, dirigidas a toda clase de personas, humildes e importantes. Reflejan estas cartas una insigne y alta espiritualidad, claro espejo de un alma que vive intensamente lo que expresa con acentos sencillos no exentos de impresionante elocuencia y a veces sumamente poéticos. Arde en sus cartas una constante pasión por el hombre imagen de Dios y, al mismo tiempo, pecador; por Cristo redentor y por su Iglesia, que es el campo donde el Salvador hace fructificar el tesoro de su sangre por la salvación del hombre. Se percibe también en ellas un espíritu sensible a todas las penas de la humanidad; una fe que le hace arder como fuego cuando denuncia los vicios, pero endulza su palabra hasta la ternura cuando amonesta a los tibios o anima a los

afligidos. En este modo de obrar no hay nada de falso ni de convencional, sino una sólida fuerza incluso en la misma piedad.

Además de las cartas, Catalina dictó, entre los años 1377 y 1378, con intervalos de tiempo y ocupaciones, un libro que ordinariamente se conoce con el título de *Diálogo de la Divina Providencia o de la Divina Doctrina* <sup>[23]</sup>, en el cual su alma entabla un coloquio extasiado con el Señor y refiere todo cuanto la Eterna Verdad le dice respondiendo a sus preguntas respecto al bien de la Iglesia, de sus hijos y del mundo entero. Sobresale en esta obra un sentido profético, un equilibrio de pensamiento y una gran lucidez de expresión, siendo así que aborda, junto con los misterios más augustos de nuestra religión, las cuestiones más arduas de la ascética y de la mística. Su pensamiento vigilante e implorante se dirige a los hermanos de cualquier parte del mundo, a quienes ve perderse en el mal y trata de despertarlos de su mortal sopor. Al mismo tiempo, como perspicaz conocedora del alma humana, lanza rayos de luz sobre el camino de la perfección y exalta la elevación del hombre, el cual, si sigue a Cristo obediente, encontrará el camino seguro hacia la beatísima Trinidad. La amplitud de perspectivas, la verdad de las cosas que Catalina trata como gran experta, así como el vigor y brillantez de palabras y conceptos hacen que esta obra "sea considerada como una joya de la literatura religiosa italiana" <sup>[24]</sup>.

Están, por fin, las *Oraciones* <sup>[25]</sup> o plegarias, salidas de sus propios labios en los últimos años de su vida, cuando la virgen de Siena derramaba su alma y sus ansias en coloquios directos con Dios. Se trata de auténticas improvisaciones, que surgen espontáneas de su mente inmersa en la luz divina y de su corazón dolorido por las miserias de los hombres; que no se reducen a

conceptos banales o a meras peticiones, sino que son vivas, confidentes y, aunque expresadas a veces con palabras audaces, resultan totalmente sinceras y ortodoxas.

### III. El mensaje

La imagen más expresiva y amplia de esta maestra de verdad y de amor es la del puente, una construcción simbólica que anticipa, en cierto modo, la obra de San Juan de la Cruz, titulada *Subida al Monte Carmelo*. La alegoría describe, en conciso y fino análisis psicológico, el camino del hombre desde el pecado hasta el vértice de la perfección. La característica cualidad de esa alegoría es que acentúa el "Cristocentrismo" en que se apoya toda la estructura: el puente, en efecto, es Jesucristo, tanto con la figura de su Cuerpo alzada sobre la cruz, como con su doctrina y con su gracia.

Ese puente fue alzado sobre el inmenso abismo abierto por el pecado y surcado por el río cenagoso de la corrupción mundana, para unir las orillas del cielo y de la tierra, cuando el Hijo de Dios se encarnó uniendo en sí la naturaleza divina con la humana <sup>[26]</sup>; y ese es el único camino para quienes desean realmente alcanzar la vida eterna. Pues todo hombre, siguiendo la atracción de la gracia de Cristo (*Jn 12, 32; "y yo, ... atraeré a todos a mí"*) y, rompiendo poco a poco los lazos del pecado, se libera del temor imperfecto, o servil; e incluso abandona el amor propio, tanto sensible como espiritual, hasta quedar despojado de toda imperfección.

Contemporáneamente se realiza la subida, toda ella en el signo del amor; pues Catalina, al igual que Santo Tomás y los mejores teólogos, piensa que la perfección está en la "virtud de la caridad" <sup>[27]</sup>, y concuerda también con el Concilio

Vaticano II <sup>[28]</sup>, tanto en esto como en la universalidad de la llamada a la santidad <sup>[29]</sup>. Y señala tres grados en Cristo-puente (ella los llama "escalones" en lenguaje popular), por los que sube el alma, los cuales significan tanto las tres potencias del alma elevadas por el amor, como los tres estados progresivos de la propia alma: imperfectos, perfectos, perfectísimos <sup>[30]</sup>.

Así, pues, en ese puente, a modo de escalera, el primer grado consiste en el amor de los siervos, el segundo en el amor de los amigos y el tercero en el amor de los hijos <sup>[31]</sup>. La división ternaria no es simplemente esquemática y tradicional, sino que va acompañada didácticamente con anotaciones particulares, que caracterizan los grados de esa subida y el modo de superar, por así decirlo, las etapas inferiores del camino; todo ello, con profundas observaciones que Catalina extrae de la cotidiana experiencia espiritual.

También los siguientes capítulos del *Diálogo* <sup>[32]</sup> que suele llamarse *Tratado de las lágrimas*, siguen el mismo camino ascendente, pero en modo completamente nuevo; lo que demuestra que Catalina es no solamente una maestra de fecundo y singular ingenio, sino también de una didáctica madura y precisa, pese a la improvisación de sus dictados.

Sin embargo, el progreso espiritual no está limitado al ámbito de cada persona. Santa Catalina sabe muy bien, como todos los santos, que existen los demás y que el prójimo tiene una gran importancia; y se da perfecta cuenta de que el amor del prójimo está íntimamente ligado al amor de Dios, como también ha puesto de relieve el sacrosanto Concilio Vaticano II <sup>[33]</sup>. Suya es la sorprendente afirmación, puesta en boca de Cristo: "Te haré saber que toda virtud se hace por medio del prójimo, así como todo defecto" <sup>[34]</sup>. Lo que quiere decir Catalina es que,

por la comunión de la caridad y de la gracia, el prójimo queda siempre envuelto en el bien y en el mal que hacemos <sup>[35]</sup>; pero su pensamiento va más allá de las palabras; el prójimo es el "instrumento" por excelencia para la actuación de la caridad, el lugar donde toda virtud se ejercita necesariamente, cuando no exclusivamente.

En boca del mismo Eterno Padre pone estas palabras: "El alma que realmente me ama, es útil de ese modo a su prójimo; ...y cuanto me ama a mí tanto ama a él, porque el amor al prójimo procede de Mí. Ese es el medio que Yo os he proporcionado para que ejercitéis y probéis la virtud en vosotros; ya que no pudiendo ser útiles a Mí, lo seáis para con el prójimo" <sup>[36]</sup>.

De este principio, repetido innumerables veces, se deduce que el prójimo es el terreno en el que principalmente se expresan, se ejercitan, se prueban y se miden la caridad fraterna, la paciencia, la justicia social. Porque en el trato cotidiano con los demás, los mismos contrastes pueden ser ocasión para ejercer la virtud <sup>[37]</sup> y, permaneciendo firme la comparación existencial con el amor de Dios, "con la misma perfección con que amamos a Dios, amamos también a la criatura racional" <sup>[38]</sup>.

La insistencia de Catalina en el tema de la necesidad de solidaridad humana, la lleva también a demostrar la raíz profunda de la fraternidad humana enseñada por Cristo. Viviendo en esta realidad, cada hombre es como un complemento de los demás. La divina Providencia les dotó de cualidades físicas y morales diferenciadas, para que cada uno tenga necesidad de los demás, "de modo que, forzosamente, tengan materia para usar la caridad mutuamente" <sup>[39]</sup> y todos estén ligados

por la necesidad de la ayuda recíproca, "como los miembros del cuerpo"<sup>[40]</sup>.

Del mismo modo en la Iglesia universal hay solidaridad entre los diversos sectores; lo cual se explica con la alegoría de las tres viñas: la propia o personal, la del prójimo y la universal del Pueblo de Dios. Las dos primeras están tan unidas que "nadie puede hacer bien a si mismo, sin hacerlo simultáneamente al prójimo, ni puede hacer mal sin hacerlo también al otro" <sup>[41]</sup>.

Pero donde aparece más evidente el sentido del equilibrio y del orden de Catalina es al delinear la conexión con la tercera viña. Porque en esa viña universal está plantada la única y verdadera vida, Jesucristo, en la cual ha de injertarse cada una de las otras para recibir la vida <sup>[42]</sup>. En esa viña el más importante de cuantos trabajan en ella es el Papa, "Cristo en la tierra, el cual tiene que administrarnos su sangre" <sup>[43]</sup>; es claro que de él depende cualquier otro obrero de la viña, tanto por la debida obediencia, cuanto porque él "tiene las llaves de la sangre del manso Cordero" <sup>[44]</sup>. Con estas afirmaciones se expresa clarísimamente el primado de Pedro, tanto de magisterio como de gobierno, "establecido por la primera dulce Verdad" <sup>[45]</sup>, primado por el cual la institución y el carisma se juntan en Cristo, que es su única fuente.

En esa lógica se inspira toda la acción, en pro del pontificado romano, de ese ángel tutelar de la Iglesia, que es Catalina.

### **Conclusión**

La función excepcional que ejerció Catalina de Siena, según los planes misteriosos de la Providencia divina, en la historia de la salvación, no se concluyó con su feliz tránsito a la patria celestial. Ella, en efecto, ha continuado influyendo provechosamente en la Iglesia, tanto

con sus excelsos ejemplos de virtud como con sus admirables escritos.

Por eso, los Sumos Pontífices, mis predecesores, han puesto de relieve su perenne actualidad, proponiéndola, en el transcurso de los siglos, a la admiración e imitación de los fieles cristianos. Entre esos Pontífices, por recordar algunos datos, Pío II, en la *Bula* de canonización, la definió, casi con palabras proféticas, "virgen de ilustre e indeleble memoria" <sup>[46]</sup>; Pío IX en el año 1866, la declaró segunda patrona de Roma; Pío X la propuso como modelo de las mujeres de Acción Católica y la nombró también su patrona; Pío XII proclamó a San Francisco de Asís y a Santa Catalina de Siena patronos principales de Italia, con la Carta Apostólica "*Licet commissa*", el 18 de junio de 1939; y el mismo Papa, en el memorable discurso que pronunció, en honor de los dos santos, el 15 de mayo de 1940 en la Iglesia de Santa María sopra Minerva, tributó a la Santa de Siena el siguiente elogio: "En este servicio a la Iglesia, comprendéis bien, queridos hijos, que Catalina se adelantó a nuestros tiempos, con una acción que eleva el alma de la gente católica y la coloca al lado de los ministros de la fe, súbdita y cooperadora en la difusión y defensa de la verdad y de la restauración moral y social de la vida civil" <sup>[47]</sup>.

No son menos palpantes de actualidad las alabanzas que a la figura y actividades de Catalina tributaba el Sumo Pontífice Pablo VI, de feliz memoria, en ocasión de la festividad anual de la Santa. Quiero recordar, por considerarlas muy adecuadas a nuestro tiempo, las siguientes palabras de ese nuestro venerable predecesor: "Santa Catalina (decía Pablo VI el 30 de abril de 1969) amó a la Iglesia en el doble aspecto de su naturaleza; a saber, el místico, espiritual, invisible, esencial, fundido con Cristo redentor

glorioso, que no cesa de derramar su sangre, (¿quién habló de la Sangre de Cristo tanto como Catalina?), sobre el mundo, a través de la Iglesia; y el otro aspecto humano, histórico, jerárquico, que es el que vemos, pero que jamás se separa del otro. Convendría preguntarse si nuestros modernos críticos del aspecto institucional de la Iglesia, se han dado cuenta de esta identidad" <sup>[48]</sup>.

Pero Pablo VI testimonió con mayor autoridad aún su estima por el perenne valor de la doctrina ascética y mística de Santa Catalina, cuando le confirió, al mismo tiempo que a Santa Teresa de Ávila, el título de Doctora de la Iglesia; y con tal motivo, recordó su soberana sabiduría en el discurso pronunciado en la basílica vaticana de San Pedro el 4 de octubre de 1970 <sup>[49]</sup>.

Verdaderamente, en la vida de Santa Catalina y en su obra, tanto literaria como apostólica, aparece claro que Dios realizó con ella cuanto, en cierta ocasión, recordé yo a un grupo de obispos que hacían su visita "ad Limina"; a saber: que el Espíritu Santo se muestra muy activo para iluminar las mentes de los fieles con su verdad e inflamarles los corazones con su amor. Pero esas percepciones de la fe y ese *sentido de los fieles* no son independientes del Magisterio de la Iglesia, que es un instrumento del mismo Espíritu Santo y que está asistido por Él. Solamente cuando los fieles cristianos han sido alimentados con la Palabra de Dios, fielmente transmitida en su pureza e integridad, sus carismas propios son plenamente operativos y fecundos <sup>[50]</sup>.

Que pueda, queridísimos hermanos e hijos, el ejemplo de Santa Catalina -cuya vida fue tan admirablemente activa y fecunda, tanto para su patria como la Iglesia, porque fue dócil a la inspiración del Espíritu Santo y guiada por el Magisterio de la Iglesia- que pueda, repito,

suscitar en muchas almas una mayor admiración y deseo de imitar sus excelsas virtudes; con lo que tendremos una nueva confirmación de que su muerte fue y sigue siendo preciosa a los ojos de Dios, como suele ser la "muerte de sus santos" <sup>[51]</sup>.

Manifestados así mis sentimientos, a vosotros, venerables hermanos y queridos hijos de Italia, así como a cuantos en todas partes del mundo conmemoran con mente devota el sexto centenario de la muerte de Santa Catalina, especialmente a la Orden de Predicadores y a las monjas, de clausura o no, que han consagrado su vida a Dios siguiendo las reglas de esa familia religiosa, imparto afectuosamente la bendición apostólica.

*Dado en Roma, junto a San Pedro, el día 29 de abril, festividad de Santa Catalina de Siena, virgen y Doctora de la Iglesia, del año 1980, II de nuestro Pontificado. JOANNES PAULUS PP. II*



- [1] 1 Cor 1, 19.
- [2] *Sum. Th.* I<sup>a</sup> IIae, q. 68, a. 5 ad 1.
- [3] *Sal* 17 (18), 37.
- [4] *Sal* 118 (119), 32.
- [5] *Diál.*, c. 73 (ed. Cavallini, pág. 161, cf. c. 60) y *Cartas passim*.
- [6] Cf. *Carta* 99 en ed. Tommaseo, en Ed. Dupré-Theseider, VII.
- [7] Raimundus Capuanus, *Legenda maior*, (en *Acta Sanctorum*, abril. Trad. Ital. Tinagli, ed. 3 y 4; 1969-1978), parágrafo 84.
- [8] *Legenda maior*, 115.
- [9] *Legenda maior*, 115.
- [10] J. Leclercq, *La mystique de l'apostolat*, 1922-1947.
- [11] *Carta* 219 o LXV.
- [12] G. La Pira en *Comentarios Vita cristiana*, 1940, pág. 206.
- [13] Cf. *Carta* 206 o LXIII.
- [14] *Carta* 218 o LXXIV.
- [15] *Carta* 171 o LX.
- [16] *Carta* 231 o LXXVII.
- [17] *Carta* 206 o LXIII.
- [18] *Carta* 206 o LXIII.
- [19] *Carta* 196 o LXIV.
- [20] *Carta* 295.
- [21] *Carta* 371.
- [22] Son varias las ediciones más recientes (cf. Tommaseo, Misciatelli, Ferretti, Meattini), que siguen todas la numeración de Tommaseo. Está también la que contiene 88 Cartas con numeración romana, que hicieron Dupré-Theseider en 1940.
- [23] Edición de Cavallini, Roma 1968.
- [24] E. Underhill, *Mysticism.*, ed. Meridian Book, 1955, pág. 467.
- [25] Edición crítica de Cavallini Roma 1978.
- [26] *Diálogo* capítulos 21-22; *Carta* 272.
- [27] *Diálogo* cap. 11.
- [28] *Lumen gentium*, 5.
- [29] *Diálogo* cap. 53.
- [30] *Diálogo* cap. 26.
- [31] *Diálogo* capítulos 56-57.
- [32] *Diálogo* capítulos 87-96.
- [33] *Lumen gentium*, 5.
- [34] *Diálogo* cap. 6.
- [35] Cf. T. Deman, *La parte del prossimo nella vita spirituale secondo il Dialogo*, en *Vita cristiana*, 1947, núm. 3, págs. 250-258.
- [36] *Diálogo* cap. 7.
- [37] *Diálogo* capítulos 7-8.
- [38] *Carta* 263. Cf. *Diálogo* capítulos 7 y 64.
- [39] *Diálogo* cap. 7.
- [40] *Diálogo* cap. 148.
- [41] *Diálogo* cap. 24.
- [42] *Diálogo* cap. 24.
- [43] *Carta* 313 y 321.
- [44] *Carta* 339; cf. 309 y 305.
- [45] *Carta* 24 o X.
- [46] Bula *Misericordias Domini*, Bullar. Roman., V, año 1860, pág. 165.
- [47] *Discursos*, II, pág. 100.
- [48] *Enseñanzas de Pablo VI*, I, 1969, pág. 66.
- [49] Cf. AAS 62, 1970, págs. 673-678.
- [50] Cf. *Alocución a un grupo de obispos de India*. *L'Osservatore Romano*, Edición en Lengua Española, 19 de agosto de 1979, pág. 2.
- [51] *Sal*. 116, 15.

## AUDIENCIA GENERAL

Benedicto XVI

Sala Pablo VI, Miércoles 24 de noviembre de 2010

### **Santa Catalina de Siena**

*Queridos hermanos y hermanas:*

Hoy quiero hablaros de una mujer que tuvo un papel eminente en la historia de la Iglesia. Se trata de santa Catalina de Siena. El siglo en el que vivió —siglo XIV— fue una época tormentosa para la vida de la Iglesia y de todo el tejido social en Italia y en Europa. Sin embargo, incluso en los momentos de mayor dificultad, el Señor no cesa de bendecir a su pueblo, suscitando santos y santas que sacudan las mentes y los corazones provocando conversión y renovación. Catalina es una de estas personas y también hoy nos habla y nos impulsa a caminar con valentía hacia la santidad para que seamos discípulos del Señor de un modo cada vez más pleno.

Nació en Siena, en 1347, en el seno de una familia muy numerosa, y murió en Roma, en 1380. A la edad de 16 años, impulsada por una visión de santo Domingo, entró en la Tercera Orden Dominicana, en la rama femenina llamada de las *Mantellate*. Permaneciendo en su familia, confirmó el voto de virginidad que había hecho privadamente cuando todavía era una adolescente, se dedicó a la oración, a la penitencia y a las obras de caridad, sobre todo en beneficio de los enfermos.

Cuando se difundió la fama de su santidad, fue protagonista de una intensa actividad de consejo espiritual respecto a todo tipo de personas: nobles y hombres políticos, artistas y gente del pueblo, personas consagradas, eclesiásticos, incluido el Papa Gregorio XI que en aquel período residía en Aviñón y a quien Catalina

exhortó energica y eficazmente a regresar a Roma. Viajó mucho para solicitar la reforma interior de la Iglesia y para favorecer la paz entre los Estados: también por este motivo el venerable Juan Pablo II quiso declararla copatrona de Europa: que el viejo continente no olvide nunca las raíces cristianas que están en la base de su camino y siga tomando del Evangelio los valores fundamentales que aseguran la justicia y la concordia.

Catalina sufrió mucho, como tantos santos. Alguien incluso pensó que había que desconfiar de ella hasta el punto de que, en 1374, seis años antes de su muerte, el capítulo general de los Dominicos la convocó a Florencia para interrogarla. Pusieron a su lado a un fraile erudito y humilde, Raimundo de Capua, futuro Maestro general de la Orden, el cual se convirtió en su confesor y también en su «hijo espiritual», y escribió una primera biografía completa de la santa. Fue canonizada en 1461.

La doctrina de Catalina, que aprendió a leer con dificultad y aprendió a escribir cuando ya era adulta, está contenida en *El Diálogo de la Divina Providencia* o *Libro de la Divina Doctrina*, una obra maestra de la literatura espiritual, en su *Epistolario* y en la colección de las *Oraciones*. Su enseñanza está dotada de una riqueza tal que el siervo de Dios Pablo VI, en 1970, la declaró doctora de la Iglesia, título que se añadía al de copatrona de la ciudad de Roma, por voluntad del beato Pío IX, y de patrona de Italia, según la decisión del venerable Pío XII.

En una visión que nunca se borró del corazón y de la mente de Catalina, la Virgen la presentó a Jesús que le dio un espléndido anillo, diciéndole: «Yo, tu Creador y Salvador, me caso contigo en la fe, que conservarás siempre pura hasta que celebres conmigo en el cielo tus nupcias eternas» (Raimundo de Capua, *Santa Caterina da Siena, Legenda maior*, n. 115, Siena 1998). Ese anillo sólo era visible para ella. En este episodio extraordinario reconocemos el centro vital de la religiosidad de Catalina y de toda auténtica espiritualidad: el cristocentrismo. Cristo es para ella como el esposo, con quien vive una relación de intimidad, de comunión y de fidelidad. Él es el bien amado sobre todo bien.

Ilustra esta unión profunda con el Señor otro episodio de la vida de esta insigne mística: el intercambio del corazón. Según Raimundo de Capua, que transmite las confidencias que recibió de Catalina, el Señor Jesús se le apareció con un corazón humano rojo esplendoroso en la mano, le abrió el pecho, se lo introdujo y dijo: «Amada hija mía, así como el otro día tomé tu corazón, que tú me ofrecías, ahora te doy el mío, y de ahora en adelante estará en el lugar que ocupaba el tuyo» (*ib.*). Catalina vivió verdaderamente las palabras de san Pablo, «ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí» (*Ga 2, 20*).

Como la santa de Siena, todo creyente siente la necesidad de uniformarse a los sentimientos del corazón de Cristo para amar a Dios y al prójimo como Cristo mismo ama. Y todos nosotros podemos dejarnos transformar el corazón y aprender a amar como Cristo, en una familiaridad con él alimentada con la oración, con la meditación sobre la Palabra de Dios y con los sacramentos, sobre todo recibiendo frecuentemente y con devoción la sagrada

Comunión. También Catalina pertenece a la legión de santos eucarísticos con los cuales quise concluir mi exhortación apostólica *Sacramentum caritatis* (cf. n. 94). Queridos hermanos y hermanas, la Eucaristía es un extraordinario don de amor que Dios nos renueva continuamente para alimentar nuestro camino de fe, fortalecer nuestra esperanza, inflamar nuestra caridad, para hacernos cada vez más semejantes a él.

En torno a una personalidad tan fuerte y auténtica se fue constituyendo una verdadera familia espiritual. Se trataba de personas fascinadas por la autoridad moral de esta joven de elevadísimo nivel de vida, y a veces impresionadas también por los fenómenos místicos a los que asistían, como los frecuentes éxtasis. Muchos se pusieron a su servicio y sobre todo consideraron un privilegio ser dirigidos espiritualmente por Catalina. La llamaban «mamá» pues como hijos espirituales obtenían de ella el alimento del espíritu.

También hoy la Iglesia recibe un gran beneficio del ejercicio de la maternidad espiritual de numerosas mujeres, consagradas y laicas, que alimentan en las almas el pensamiento de Dios, fortalecen la fe de la gente y orientan la vida cristiana hacia cumbres cada vez más elevadas. «Hijo os declaro y os llamo —escribe Catalina dirigiéndose a uno de sus hijos espirituales, el cartujo Giovanni Sabbatini—, en cuanto yo os doy a luz mediante continuas oraciones y deseo en presencia de Dios, como una madre da a luz a su hijo» (Epistolario, *carta n. 141*: A don Giovanni de' Sabbatini). Al fraile dominico Bartolomeo de Dominici solía dirigirse con estas palabras: «Amadísimo y queridísimo hermano e hijo en Cristo dulce Jesús».

Otro rasgo de la espiritualidad de Catalina está vinculado al don de lágrimas. Estas expresan una sensibilidad exquisita y profunda, capacidad de conmoción y de ternura. No pocos santos han tenido el don de lágrimas, renovando la emoción de Jesús mismo, que no retuvo ni escondió su llanto ante el sepulcro del amigo Lázaro y ante el dolor de María y de Marta, y a la vista de Jerusalén, en sus últimos días terrenos. Según Catalina, las lágrimas de los santos se mezclan con la sangre de Cristo, de la cual ella habló con tonos vibrantes e imágenes simbólicas muy eficaces: «Haced memoria de Cristo crucificado, Dios y hombre (...). Poneos como objetivo a Cristo crucificado, escondiéndoo en las llagas de Cristo crucificado; sumergíos en la sangre de Cristo crucificado» (Epistolario, *carta n. 21: A uno cuyo nombre se calla*).

Aquí podemos comprender por qué Catalina, aun consciente de las faltas humanas de los sacerdotes, siempre tuvo una grandísima reverencia por ellos, pues dispensan, mediante los sacramentos y la Palabra, la fuerza salvífica de la sangre de Cristo. La santa de Siena siempre invitó a los ministros sagrados, incluso al Papa, a quien llamaba «dulce Cristo en la tierra», a ser fieles a sus responsabilidades, impulsada siempre y solamente por su amor profundo y constante a la Iglesia. Antes de morir dijo: «Al separarme de mi cuerpo yo, en verdad, he consumido y dado la vida en la Iglesia y por la

Iglesia santa, lo cual es una singularísima gracia» (Raimundo de Capua, *Santa Caterina da Siena, Legenda maior*, n. 363).

De santa Catalina, por tanto, aprendemos la ciencia más sublime: conocer y amar a Jesucristo y a su Iglesia. En *El Diálogo de la Divina Providencia*, ella, con una imagen singular, describe a Cristo como un puente tendido entre el cielo y la tierra. Está formado por tres escalones constituidos por los pies, el costado y la boca de Jesús. Elevándose a través de estos escalones, el alma pasa por las tres etapas de todo camino de santificación: el alejamiento del pecado, la práctica de la virtud y del amor, y la unión dulce y afectuosa con Dios.

Queridos hermanos y hermanas, aprendamos de santa Catalina a amar con valentía, de modo intenso y sincero, a Cristo y a la Iglesia. Por esto, hagamos nuestras las palabras de santa Catalina que leemos en *El Diálogo de la Divina Providencia*, como conclusión del capítulo que habla de Cristo-puente: «Por misericordia nos has lavado en la sangre, por misericordia quisiste conversar con las criaturas. ¡Oh loco de amor! ¡No te bastó encarnarte, sino que quisiste también morir! (...) ¡Oh misericordia! El corazón se me ahoga al pensar en ti, porque adondequiera que dirija mi pensamiento, no encuentro sino misericordia» (cap. 30, pp. 79-

© Copyright 2010 - Libreria Editrice Vaticana

Antonio Royo Marín, OP

# DOCTORAS DE LA IGLESIA

*Santa Teresa de Jesús, Santa Catalina  
de Siena y Santa Teresa de Lisieux*

(Reimpresión)

Primera edición: marzo de 2002  
— segunda impresión: noviembre de 2007  
— tercera impresión: junio de 2012  
— cuarta impresión: octubre de 2015

© Biblioteca de Autores Cristianos, 2015  
Añastro, I. 28033 Madrid  
Tel. 91 343 97 71  
www.bac-editorial.com

Depósito legal: M-10922-2002  
ISBN: 978-84-7914-535-4

Impresión: Industrias Gráficas y Manipulados Añastro, Aeronáuticas, 15. Polígono Urtinsa,  
Alcorcón (Madrid)

Impreso en España. Printed in Spain

Diseño de cubiertas: BAC

¿Necesita utilizar un fragmento  
de alguna de nuestras obras?  
Diríjase a:

**CEDRO**

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

## II. PRINCIPIOS FUNDAMENTALES DE SU DOCTRINA ESPIRITUAL

[...] aun a sabiendas de la dificultad de la empresa, ofrecemos al lector a continuación —siguiendo a uno de los mejores especialistas en la vida y obras de Santa Catalina<sup>10</sup>— los hitos más importantes que señalan la dirección de su pensamiento.

<sup>10</sup> Cf. MORTA, o.c., 128s, cuyas principales ideas recogemos aquí, a veces textualmente.

### 1. Conocimiento de sí mismo y de Dios

Al hablar del «conocimiento de sí mismo», no se refiere Santa Catalina al resultado de una mera introspección psicológica para conocer el propio carácter o temperamento. Se refiere a un conocimiento trascendente, a la luz del cual el alma advierte claramente que *no es*, frente a la grandeza e inmensidad de Dios, que es *el que es*. Esta verdad, que tiene sus raíces en la más honda metafísica del ser, la cinceló a fuego el mismo Dios en el alma de Catalina de Siena:

«¿Sabes, hija mía, quién eres tú y quién soy yo? Si sabes estas cosas, serás feliz. Tú eres *la que no es*; yo, por el contrario, *el que soy*. Si hay en tu alma este conocimiento, el enemigo no te podrá engañar, te librará de todas sus insidias, jamás consentirás en cosa contraria a mis mandamientos y sin dificultad conseguirás toda gracia, toda verdad y toda luz»<sup>11</sup>.

Asimilando bien este principio, se comprende sin esfuerzo que la actitud fundamental de la criatura ante el Creador ha de ser la más profunda y entrañable *humildad*, y que el hombre, al humillarse, *no se rebaja* de un plano a otro inferior al que le corresponde, sino que se limita a ocupar exactamente el suyo propio. Por eso, este conocimiento, bien asimilado, destruye por completo el *amor propio*, causa de todo mal, y crea el *sentido del pecado*, el odio y aborrecimiento de sí mismo. ¿Cómo podría amarse desordenadamente a sí mismo, preferir sus propios gustos y caprichos a la voluntad de Dios, el que sabe y se ve claramente a la luz de Dios como el *no-ser*? ¿Cómo puede no odiar el pecado quien a la luz de este conocimiento ha visto que el pecado es la *nada*, como obra exclusiva del que *no es*, y por qué el pecado no existe ni puede existir en Dios, que es el mismo *ser*, la plenitud infinita del *ser*?

Sólo una luz estrictamente sobrenatural puede iluminar el alma hasta estas profundidades del propio conocimiento. Y, por una consecuencia inevitable, este conocimiento de sí mismo va unido al conocimiento verdadero de Dios. Porque conocerse a sí mismo como *no-ser* es conocer a Dios como fuente y origen del *ser* que se tiene, ya que la fórmula *no-ser* no significa la negación de la propia existencia —lo que sería absurdo e imposible—, sino la afirmación de *ser participado, recibido de y por*

<sup>11</sup> BEATO RAIMUNDO DE CAPUA, *Biografía de Santa Catalina de Siena* (Vergara<sup>3</sup>1926) I c.10 p.61.

otro; de Dios, que nos lo da, único que posee por sí mismo el ser. Todo lo que hay de positivo, de bueno, de *ser*, en el hombre —tanto en el orden natural como en el sobrenatural—, lo ha recibido de Dios (cf. 1 Cor 4,7). De sí mismo, el hombre no tiene más que la nada, el pecado, el *no-ser*. Ahora se comprende la fórmula maravillosa: «*Yo soy el que soy; tú eres la que no eres*».

Por eso, los santos son tanto más humildes cuanto más grandes sean las luces y gracias que han recibido de Dios. Y por eso la criatura humana más iluminada por Dios —la Santísima Virgen María— era un abismo de humildad, hasta el punto de considerarse una pobre «esclava del Señor» en el momento mismo en que el ángel de la anunciación le comunicaba su elevación a la sublime dignidad de Madre de Dios (cf. Lc 1,48-49).

Este conocimiento profundo de Dios y de sí mismo engendra en el alma de tal manera iluminada, además de una profunda humildad, un amor intensísimo a Dios, fuente de todo cuanto tiene de bueno y positivo. Lo dice hermosamente la propia Santa Catalina de Siena<sup>12</sup>:

«Cuando el alma abre los ojos del conocimiento y ve que por sí misma *no es*, puesto que todo ser procede de Dios, encuentra su inestimable caridad, que por amor y no por deber la ha creado a imagen y semejanza suya para que goce y participe de la suma y eterna belleza de Dios, que no la ha creado para otro fin»...

El alma situada en este sublime conocimiento ora continuamente. Es la plegaria incesante del amor, del deseo, de la absoluta rectitud de intención, que busca únicamente la gloria de Dios en todas las cosas.

## 2. La «celdilla interior»

Es muy famosa y conocida la «celdilla interior» del corazón, donde se encerró Santa Catalina desde que, en plena juventud, sus padres le prohibieron ir a la iglesia y la obligaron a estar siempre ocupada para apartarla de su continua oración y penitencias.

Pero hay que entender el verdadero sentido y alcance de esta «celdilla interior». No se trata de un simple recogerse en el interior de sí mismo para hacer vivir al alma frente a sí misma, sino cara a la bondad de

<sup>12</sup> Carta 5, a *Miser Francisco de Montalino* t.1 p.30.

Dios, que habita dentro de ella. Consiste en encerrarse en la celda interior del propio conocimiento para ver todas las cosas y a sí mismo a la luz de Dios; sólo a la luz de Dios, sin desplazarse jamás de este punto de vista de la Verdad.

Por consiguiente, es algo más, mucho más que «andar recogido». Es vivir de modo habitual la profunda convicción del propio *no-ser*; y, por lo mismo, la necesidad imprescindible de apoyarse siempre y en todo momento en el ser y el obrar de Dios. Y, como consecuencia normal, vivir en tensión de respuesta —en el afecto y en el efecto, en el amor interno y en las obras externas— a la incomprensible bondad de Dios, volcada sobre la pobre criatura.

## 3. La «verdad de Dios»

Santa Catalina insiste repetidas veces, a todo lo largo de sus obras, en la necesidad de realizar en nosotros la «verdad de Dios», desbaratada por el pecado. Esta «verdad» es que Dios creó al hombre a imagen y semejanza suya para que tuviera vida eterna y participase de Él, gustando y saboreando su infinita dulzura y eterna bondad. Esta «verdad de Dios», perdida por el pecado, la recuperamos por la sangre redentora de Cristo crucificado. Todo lo que nos aparte de esta «verdad» es error y mentira. El hombre, bañado en la sangre de Cristo, vuelve a realizar esta «verdad de Dios» viviendo exclusivamente para Él. Sólo Dios puede llenar el corazón del hombre, hecho a su medida. El hombre es superior a todas las demás cosas creadas; por esto sólo puede ser feliz en Dios realizando en sí mismo y en los demás la «verdad de Dios».

## 4. Odio al pecado y compunción del corazón

El alma, iluminada por la luz del conocimiento de sí misma y de la bondad infinita de Dios, siente nacer en sí un odio irreconciliable contra la ofensa de Dios, procedente del amor propio, con la misma intensidad y fuerza de su amor a Dios. Son dos exigencias imperiosas de una misma luz, o, como dice la santa, «dos filos de un mismo cuchillo».

«El alma unida a Dios —decía Santa Catalina—, tanto como ama a Dios, otro tanto aborrece la propia parte sensible. El amor a Dios engendra naturalmente el odio al pecado; y, cuando el alma ve que el género del pecado está en la parte sensitiva y allí echa raíces, no puede menos de aborrecerla y esforzarse, no en destruirla, pero sí en aniquilar el desorden que en ella reside, lo cual no puede lograr sin grandes trabajos y mortificaciones... Este santo odio comienza en el alma con un cierto desprecio de sí misma, y este desprecio la defiende de las seducciones del demonio y de los hombres»<sup>13</sup>.

Del odio contra el amor propio desordenado, del que procede la ofensa de Dios, nace en el alma la *compunción del corazón*, o profundo arrepentimiento del pecado. ¡Qué riqueza espiritual y psicológica en su explicación de las «lágrimas de fuego», o sea, las que no lloran los ojos corporales, sino que brotan hacia dentro del propio corazón!

Éste es el punto de vista del que nunca se desplaza Catalina, porque vive en él. Es su propia atmósfera, su clima espiritual. La idea del pecado en sus escritos está siempre transida del pasmo que le produce la visión de la Majestad, del Amor y de la Bondad divina ofendidos por el pecado. Es la ingratitud y rebeldía del que *no es* contra el que *es*.

### 5. Jesucristo, puente y camino hacia el Padre

La santa dedica casi toda la segunda parte de su *Diálogo* a Jesucristo, como *puente* entre el cielo y la tierra y *camino* para ir al Padre. Es, sin duda alguna, la parte más bella del famoso libro y la que dictó la santa a sus amanuenses con mayor vehemencia y apasionado amor.

Hemos recogido en el capítulo anterior una brevisísima síntesis del pensamiento cristológico de Santa Catalina al exponer esa segunda parte de su *Diálogo*. Sería interesantísima una sistematización completa de su doctrina sobre Jesucristo a base del mismo *Diálogo*, de las *Cartas* y de las *Oraciones*, pero no es posible intentarlo aquí. Baste decir que, para Santa Catalina, Jesucristo lo es todo. Dios la hizo penetrar, como pocos lo han logrado, en las insondables riquezas del *misterio de Cristo*, que tenía obsesionado a San Pablo (cf. Ef 3,8-13).

<sup>13</sup> Cf. BEATO RAIMUNDO DE CAPUA, o.c., I c.10 p.68.

La gran santa de Siena se configuró de tal manera con Cristo crucificado, que hasta los rasgos de su fisonomía externa —como es sabido— se trasmutaron un día en los rasgos de Jesucristo, con estupor y pasmo de su confesor, el Beato Raimundo de Capua, que tuvo la dicha de contemplar el asombroso fenómeno.

### 6. Itinerario del amor

Toda la doctrina ascético-mística de Santa Catalina tiene por objeto la ordenación total del amor que el hombre debe a Dios, y que el pecado desvía hacia sí mismo. Arrancando del principio básico del *no-ter* de la criatura y del amor infinito con que Dios le comunica su propio ser, pasando por Jesucristo —camino y puente—, la misión del alma en esta vida se cifra en enderezar hacia Dios y depositar en Él toda la capacidad de su querer, traducida en la realidad concreta de su existencia al servicio de la gloria de Dios.

Como vimos al exponer el *Diálogo*, la santa distingue tres grados principales en este progresivo ascender hacia la perfección; el de los *siervos merenarios*, que besan los pies de Cristo llevados del temor servil al castigo; el de los *siervos fieles*, que besan el costado de Cristo impulsados por el santo temor de no disgustar a Dios, y el de los *hijos o amigos*, que llegan hasta la boca de Cristo movidos únicamente por el amor y el deseo de agradar y glorificar a Dios. En la exposición de este último grado dictó Santa Catalina a sus amanuenses páginas de sublime inspiración mística, que pueden ponerse al lado de las mejores de Santa Teresa de Jesús o de San Juan de la Cruz.

Hablando un día con su confesor del estado en que se encuentra el alma que ha llegado a la suprema unión con Dios, le decía que «esta alma no se ve ni se ama a sí misma ni a ningún otro; se olvida de sí y de toda otra criatura». Y, al suplicarle el Beato Raimundo que fuera más explícita, añadió:

«El alma que ve su nada y sabe que todo su bien está en el Creador, se abandona tan perfectamente y se sumerge de tal modo en Dios, que toda su actividad a Él se dirige y en Él se ejercita. Ya no quiere salir más del centro donde ha hallado la perfección de la felicidad; y esta unión de amor, que cada día aumenta en ella, la transforma en Dios, por decirlo así, de tal modo, que no puede tener otros pensamientos, ni otros deseos, ni otro amor que Él; pierde todos los recuerdos; nada ve sino en

Dios y no se acuerda de sí ni de las criaturas sino en Él. Está como sumergida en un océano, cuyas profundas aguas la cercan. Nada percibe sino lo que hay en esas aguas. Puede ver los objetos exteriores que allí se reflejan; pero los ve en el agua solamente y tales como están en el agua. Éste es el verdadero y legítimo amor de nosotros mismos y de las criaturas; es el amor que no puede perderlos, porque el alma sigue entonces la voluntad divina: *nada desea y nada hace fuera de Dios*<sup>14</sup>.

«No ames a la criatura *fuera de mí* —le había dicho el mismo Dios en otra ocasión—, como el que bebe el agua sacando el vaso fuera de la fuente y se le queda vacío sin percatarse. Bebe sin sacar la criatura de la fuente que soy yo, fuente de agua viva»<sup>15</sup>.

## 7. «¡Sangre, sangre!»

Con estas palabras en los labios moría Santa Catalina de Siena. La *Sangre* —se refiere, naturalmente, a la de Jesucristo— tiene una importancia capital en la vida y en la doctrina de la gran santa.

Su fe en el «dogma de la Sangre» tiene la firmeza de las convicciones inmovibles, la claridad de las cosas vistas con los propios ojos:

«*Dios nos ama inefablemente: lo he visto en la Sangre*. Si no fuera verdad que Dios nos ama hasta el punto de no poder querer para su criatura, en todo lo que para ella dispone, otra cosa que el bien, no habría derramado con tanto fuego de amor la sangre de su Hijo».

Ésta es toda su argumentación.

Santa Catalina apela constante e incansablemente a su «dogma». Dios nos ama inefablemente, y no puede desmentir lo que revela el clamor de la sangre de Cristo por algo adverso que pueda acaecer a la criatura. Es Él quien dispone todas las cosas, y todas las ordena o permite sólo por amor a las criaturas, a las que, por amor y antes de que pudiera ser amado, les dio el ser y las ha *retreado* por medio de la sangre de Jesucristo. Ante esta luz suprema pierden importancia todos los elementos terrenos, que desempeñan el papel accidentalísimo, meramente anecdótico, de las causas secundarias en todo lo que, en definitiva, está ordenado y decidido por el amor inefable de Dios; ¡lo demuestra la sangre de Jesu

<sup>14</sup> BEATO RAIMUNDO, o.c., 67.

Esta doctrina tiene una importancia trascendental en la vida cristiana. Es una lección definitiva del *espíritu de fe*, que transforma todas las cosas. La misma santa, en el *Diálogo* y en las *Cartas*, se encarga de hacer estas aplicaciones prácticas. No escandalizarse jamás de los designios de Dios; no murmurar de ellos interpretándolos torcidamente; recibir *con amor* lo que *por amor* nos envía o permite Dios, aunque se trate de una enfermedad o de una desgracia familiar; alegrarse de que Dios nos ame, sea cual fuere la manifestación extrema que nos revele este amor; fe en que, por querer únicamente nuestro bien, todo contribuye o puede contribuir a nuestra santificación, tanto lo próspero como lo adverso...

La *Sangre* en el lenguaje de Santa Catalina es la síntesis de los designios providentes de Dios sobre la criatura racional y abarca todo lo que estos designios encierran en sí.

Se comprende mejor lo que de sí misma dijo: «Mi naturaleza es fuego», cuando se le ha oído decir que «el fuego que nos purifica está amado con sangre. El fuego del amor fue la mano que hirió al Cordero de Dios y le hizo derramar su sangre; se unieron tan estrechamente ambos, que ya no podemos tener fuego sin sangre, ni sangre sin fuego»<sup>16</sup>.

Escribiendo a su confesor, el Beato Raimundo de Capua, entona la santa un himno triunfal a la Sangre<sup>17</sup>:

«*Anegaos*, pues, en la sangre de Cristo crucificado, *bañaos* en la Sangre, *embriagaos* con la Sangre, *saciaos* de la Sangre y *vestíos* con la Sangre. Y, si hubieseis sido infiel, *rebautizaos* en la Sangre; si el demonio os hubiese ofuscado los ojos de la inteligencia, *lavaoslos* con la Sangre; si hubieseis caído en la ingratitud por los dones recibidos, *agradacedlos* en la Sangre; si fuisteis pastor vil y sin el cayo de la justicia, temperada con la prudencia y la misericordia, *sacado* de la Sangre... *Dilucid* en la Sangre la tibiaza y caigan las triebias en la luz de la Sangre, para que seáis esposo de la verdad y verdadero pastor y gobernante de las ovejas que se os han confiado»...

Y al recomendarle que se despoje de toda criatura y que no ame a ninguna sino por amor a Dios, exclama en un arranque sublime:

«Así como os lo aconsejo, lo haré yo en la medida en que me lo conceda la gracia divina. Y de nuevo quiero vestirme con la Sangre y despojarme de toda otra vestidura que me hubiera propuesto como fin hasta

<sup>16</sup> *Carta 109* t.3 p.178.

<sup>17</sup> *Carta 102* t.2 p.181s.



ahora. *Yo quiero Sangre*; y en la Sangre satisfaceré y satisfaré a mi alma. Estaba engañada cuando buscaba la satisfacción en las criaturas... Quiero acompañarme con la Sangre, y así encontraré la Sangre y las criaturas, y beberé su afecto y su amor en la Sangre».

¡Éste es el camino que señala y siguió Catalina para llegar al ordenamiento perfecto del amor en el corazón alborotado y egoísta del hombre!

## 8. Amar a Dios en el prójimo

No podía faltar esta faceta importantísima en la doctrina espiritual de Santa Catalina, del más puro corte evangélico. Son innumerables los textos maravillosos que podríamos citar, y hemos recogido algunos en el resumen esquemático de la doctrina del *Diálogo*. Vamos a trasladar aquí únicamente un extracto de una preciosa carta que escribió al secretario de Gregorio XI y de Urbano VI, Nicolás de Onésimo <sup>18</sup>:

«Tenía una vez, entre muchas, esta sierva de Dios... (habla de sí misma) grandísimo deseo de dar la sangre y la vida y de destruir y consumir todas sus entrañas en la Esposa de Cristo, es decir, la santa Iglesia. Levantada la mirada de su inteligencia para conocer que ella por sí misma *no era*, y al conocimiento de la bondad de Dios en sí, es decir, para ver cómo Dios por amor le había dado el ser y todas las gracias y dones recibidos además del ser; sumergida en la visión y el goce de tanto amor y de tal abismo de caridad, *no veía cómo podía corresponder a Dios más que con amor*. Pero como a Él ningún provecho o utilidad podía proporcionarle, andaba inquiriendo qué medio podría encontrar para amarle por Él y que a través suyo le manifestase el amor que le tenía. Ella vio entonces que Dios amaba ilimitadamente a su criatura racional y que el mismo amor de Dios que ella encontraba en sí misma (por el conocimiento propio) lo encontraba en todos, porque a todos nos ama Dios. Y éste es el medio que ella halló para que su amor tuviese una utilidad y le manifestase a Dios si le quería o no le quería. Con todo esto, se alzaba ella tan artísticamente en la caridad del prójimo y era tanto el amor que en sí concebía de su salvación, que *gustosa habría dado la vida por ellos*. De manera que el provecho que no podía rendir a Dios deseaba prestarlo a su prójimo. Había visto y gustado cómo por medio del prójimo podía pagar amor con amor, al modo como el Padre nos lo había manifestado por medio del Verbo, su Hijo unigénito»...

La ecuación: Dios igual al prójimo, es en la santa de Siena algo más que una simple consideración piadosa. Dios considera hecho a sí mismo lo que se hace al prójimo. El mismo Cristo proclamó esta identificación cuando dirigió a Saulo, camino de Damasco, la siguiente interrogación: *Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?* (Hch 9,4). Debemos querer al prójimo —concluye Catalina— con el mismo amor con que queremos a Dios <sup>19</sup>.

<sup>19</sup> *Diálogo* c.64 (BAC, Madrid 1955) 302.



Domenico Beccafumi, "St. Catherine of Siena Receiving the Stigmata," circa 1513-1515



## RECURSOS CATALINIANOS

### Estudios y escritos para leer y descargar:

#### El Centro Internazionale di Studi Cateriniani (CISC): Sitios Catalinianos

<http://www.centrostudicateriniani.it/es/>

#### Santa Catalina de Siena: dominica, vírgen, laica, mística, doctora de la Iglesia

<https://www.dominicos.org/quienes-somos/grandes-figuras/santos/santa-catalina-de-siena/>

- Introducción
- Fuentes para su conocimiento
- Esbozo biográfico
- Itinerario y rasgos de su espiritualidad
- Contexto histórico-cultural
- Doctrina y lenguaje
- Catalina de Siena hoy

### Textos para leer y descargar:

<https://misticavita.wordpress.com/2012/10/16/santa-catalina-de-siena-textos-para-leer-y-descargar/>

- «Diálogos» – en Castellano antiguo. Edición de 1797 –
- «El Dialogo» – Resumen adaptado al lenguaje moderno.
- «Vida de Santa Catalina de Siena» – de Raimundo de Capua –
- «Admirable y prodigiosa vida de la seráfica y esclarecida virgen santa» (1729) – Fr. Santiago García
- «Vida portentosa de la seráfica y cándida virgen Santa Catalina de Sena» Fr. Lorenzo Gisbert

*El Diálogo*: TEXTOS en la pagina del Vaticano desde El Diálogo

[http://www.vatican.va/spirit/documents/spirit\\_20010126\\_caterina\\_sp.html](http://www.vatican.va/spirit/documents/spirit_20010126_caterina_sp.html)

[http://www.vatican.va/spirit/documents/spirit\\_20001020\\_caterina\\_sp.html](http://www.vatican.va/spirit/documents/spirit_20001020_caterina_sp.html)

**Videos disponibles en el Internet:**

Roma forma expertos en la santa rebelde, Santa Catalina de Siena  
*ROME REPORTS en Español; subido el Jun 19, 2009*  
<https://www.youtube.com/watch?v=KtzVC-XAE6o>

Un nombre un santo - Santa Catalina - Historia de santos - En castellano - Español 4:36 minutos  
<https://www.youtube.com/watch?v=bj7AZukqLkl>

Santa Catalina de Siena – Doctora de la Iglesia 7:53 minutos  
José Omar Tinajero Morales  
<https://www.youtube.com/watch?v=kMDYbbz6wLl>

Película Santa Catalina de Siena que narra la historia de su vida.  
1 hora 49 minutos en italiano con subtítulos en español; Subido el 4 de febrero, 2015  
[https://www.youtube.com/watch?v=YvF\\_V9jGRUw](https://www.youtube.com/watch?v=YvF_V9jGRUw)

Santa Catalina de Siena y la Eucaristía 2:28 minutos  
Subido el 29 de abril, 2010  
<https://www.youtube.com/watch?v=efbPGx5kn-A>

Sábado 29 de abril de 2017 Santa Catalina de Siena 3:39 minutos  
<https://www.youtube.com/watch?v=D4RU5Fjqcic>

Santa de la Paz – Santa Catalina de Siena – himno 4:43 minutos  
Subido el 27 de abril, 2015  
<https://www.youtube.com/watch?v=07aVi8aTANc>

**Recursos catequéticos:**

<http://aprendemosencatequesis.blogspot.com/2014/04/recursos-catequesis-santa-catalina-de.html>

<http://www.catholicplayground.com/coloring-page-for-april-25th-saint-catherine-of-siena/>





# EL DIÁLOGO

Santa Catalina de Siena

Introducción, traducción y notas de  
Angel Morta

Resumen adaptado al lenguaje moderno por  
Alberto Z. Croxatto

# EL DIÁLOGO

Santa Catalina de Siena

Lima, Febrero 2002  
Edición electrónica gratuita

# ÍNDICE

ÍNDICE.....	3
ADVERTENCIA.....	5
INTRODUCCIÓN.....	7
EL DIÁLOGO.....	41
INTRODUCCIÓN.....	41
PARTE I.....	43
CÓMO SER ÚTIL EN LA SALVACIÓN DEL MUNDO Y LA REFORMA LA IGLESIA.....	43
CAPÍTULO I.....	43
LA EXPIACIÓN DE LOS PECADOS PROPIOS Y AJENOS.....	43
CAPÍTULO II.....	47
EL PECADO Y LA VIRTUD REPERCUTEN EN EL PRÓJIMO.....	47
CAPÍTULO III.....	51
CONDICIONES DE LAS VIRTUDES Y SACRIFICIOS PARA QUE PUEDAN SER ACEPTABLES A DIOS.....	51
PARTE II.....	59
RESPUESTA A LA SEGUNDA PETICIÓN. LA SALVACIÓN DEL MUNDO.....	59
CAPÍTULO I.....	59
ESTADO DEL MUNDO Y OBLIGACIÓN DE ORAR POR LA SALVACIÓN DEL MISMO.....	59
CAPÍTULO II.....	63
JESUCRISTO-PUENTE.....	63
CAPÍTULO III.....	72
DEGRACIA Y ENGAÑOS DE LOS QUE REHÚSAN PASAR POR JESUCRISTO-PUENTE.....	72
ARTÍCULO 1.....	72
ARTÍCULO 2.....	83
ENGAÑOS Y MALES QUE SUFREN EN ESTA VIDA LOS QUE NO VAN POR JESUCRISTO-PUENTE.....	83
CAPÍTULO IV.....	98
LOS TRES ESCALONES DEL PUENTE.....	98
CAPÍTULO V.....	121
CLASES Y FRUTO DE LAS LÁGRIMAS.....	121
CAPÍTULO VI.....	133
ILUSTRACIÓN COMPLEMENTARIA.....	133
PARTE III.....	147
RESPUESTA A LA TERCERA PETICIÓN. REFORMA DE LA SANTA IGLESIA.....	147
EXCELENCIA Y DIGNIDAD DE LOS SACERDOTES.....	147
PARTE IV.....	156
RESPUESTA A LA CUARTA PETICIÓN. PROVIDENCIA DE DIOS PARA CON EL HOMBRE.....	156
PARTE V.....	186
SOBRE LA OBEDIENCIA.....	186
CAPÍTULO I.....	186
EL ORIGEN DE LA VIRTUD DE LA OBEDIENCIA ESTÁ EN JESUCRISTO.....	186
CAPÍTULO II.....	188
DE LA OBEDIENCIA COMÚN DE LOS MANDAMIENTOS.....	188
CAPÍTULO III.....	191
OBEDIENCIA ESPECIAL A LA QUE POR AMOR A DIOS SE LIGAN LOS QUE QUIEREN SERVIRLE MEJOR.....	191

CAPÍTULO IV.....	195
LOS RELIGIOSOS FRENTE A LA OBEDIENCIA.....	195
CAPÍTULO V.....	202
HIMNO A LA VIRTUD DE LA OBEDIENCIA Y EXHORTACIÓN A PRACTICARLA.....	202
CAPÍTULO VI.....	203
LA PRÁCTICA DE LA OBEDIENCIA TUBERA DE LA VIDA RELIGIOSA.....	203
CAPÍTULO VII.....	206
CONCLUSIÓN.....	206
APÉNDICE.....	209
ORACIONES Y ELEVACIONES DE SANTA CATALINA DE SIENA.....	209
ORACIONES.....	209
ELEVACIONES.....	211

## ADVERTENCIA

Estimado lector, la obra que tienes entre manos es un resumen adaptado del libro *El Diálogo* de Santa Catalina de Siena. No se trata, por tanto, de una copia fiel del original. Con la pretensión de divulgar la figura y doctrina espiritual de la Santa, he recortado el texto, he suprimido las partes más reiterativas y he adaptado el lenguaje a la época actual, procurando mantener su pleno sentido. A este fin obedece también el que haya suprimido la mayor parte de las citas y anotaciones que resultan muy útiles para los investigadores, pero superfluas para los que sólo desean conocer por primera vez los escritos de la Santa.

He intercalado en el texto bajo los enlaces [ ] las aclaraciones o explicaciones que me han parecido más útiles y orientativas, así como retazos de las Cartas de la Santa que se refieren al mismo tema. Invito al lector estudioso a que acuda al texto original para que conozca íntegramente los escritos de la Santa.

Alberto Z. Croxatto

# EL DIÁLOGO

## INTRODUCCIÓN

En el nombre de Cristo crucificado y de la dulce Virgen María  
 [«Al nome di Cristo Crocefisso e di Maria dolce». Esta es la invocación, llena de ternura, con que siempre empieza Santa Catalina sus cartas y este libro del Diálogo, fiel a la enseñanza de San Pablo: «... y todo cuanto hacéis de palabra o de obra, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús» (Col. 3,17)]

### **Cuatro peticiones nacidas del deseo ardiente de la gloria de Dios y de la salvación de las almas**

La persona que desea ardientemente la gloria de Dios y la salvación de las almas, procura ejercitarse en la virtud y en el conocimiento de sí misma para así conocer mejor la bondad de Dios.

[Pues, «viendo el hombre que de por sí nada es, queda todo humillado al reconocer el don de su bienhechor; crece tanto en el amor cuando comprende que obra en él la gran bondad de Dios, que preferiría la muerte antes que quebrantar un mandamiento de su dulcísimo Creador» (Carta 60)]

Porque nadie puede aprovechar al prójimo si antes no se conoce a sí mismo, reconociendo su maldad y la bondad de Dios. De este conocimiento surge el amor, y el que ama, procura seguir la verdad y revestirse de ella.

Por ningún otro camino gusta tanto el alma de esta verdad como por medio de la oración humilde y continua, por la que se conoce a sí misma y a Dios. Esta oración entonces une al alma con Jesucristo crucificado, le hace seguir sus huellas y le convierte en otro Cristo por el deseo y la unión de amor.

[«La criatura se convierte en lo que ama» (Carta 29). «Cuando el alma fija su mirada en el Creador y considera tanta bondad infinita como en El encuentra, no puede menos de amar... E inmediatamente ama lo que El ama y odia lo que El odia, ya que por amor ha sido hecho otro El.» (Carta 72)]

Por eso, a un alma [ella misma] arrebatada en altísima oración, Dios le decía:

«Abre los ojos de tu entendimiento y fija tu mirada en mí, y verás la dignidad y belleza de mi criatura racional.

[«Cuando el alma fija su mirada en el Creador y considera tanta bondad infinita como en El encuentra, no puede menos de amar... E inmediatamente ama lo que El ama, y odia lo que El odia, ya que por amor ha sido hecho otro El» (Carta 72).]

Y entre tanta belleza como he dado al alma, creándola a imagen y semejanza mía, mira a los que van vestidos con el vestido nupcial de la caridad, adornados de virtudes verdaderas y unidos conmigo por el amor. Y si me preguntas ¿quiénes son estos?, te respondo: Son otro yo, ya que han perdido y negado su propia voluntad y se han vestido y unido a Mí por el amor.»

Pues bien, un alma que deseaba ardientemente la gloria de Dios y la salvación de las almas, queriendo conocer mejor y seguir la verdad, dirigía al Eterno Padre cuatro peticiones:

La primera, por ella misma.

La segunda, por la reforma de la santa Iglesia.

La tercera, para obtener la paz de los cristianos, que con tanta irreverencia se rebelan contra la santa Iglesia.

En la cuarta pedía a la divina Providencia por el mundo.

Este deseo de Su gloria le creció más todavía al mostrarle Dios las grandes ofensas que se cometen contra Él.

Y puesto que en la comunión parece que el alma se une más dulcemente con Dios y conoce mejor su verdad (porque el alma está entonces en Dios, y Dios en el alma), estaba ansiosa porque llegase la mañana siguiente para asistir a la misa. Ese día era [sábado], el día de María.

Llegada la mañana y la hora de la misa, sentía grandes deseos de que Dios fuese glorificado y de que las almas se salvaran, y con gran conocimiento de sí misma, se avergonzaba de sus pecados, pareciéndole que ella era la causa de los males que aquejaban al mundo. Y por eso decía: *¡Oh Padre!, castiga mis ofensas en esta vida, puesto que soy causa de las penas que debe sufrir mi prójimo.*

## PARTE II

### Respuesta a la segunda petición. La salvación del mundo

#### Capítulo I

#### Estado del mundo y obligación de orar por la salvación del mismo

#### Oración de la Santa: «Por tu gloria, ten misericordia de tu Iglesia»

Purificada esta alma en el fuego de la divina Caridad, que encontró en el conocimiento de sí misma y de Dios, y animada por la esperanza de la salvación del mundo y de la reforma de la santa Iglesia, se dirigió al Eterno Padre, mostrándole la lepra de la santa Iglesia y la miseria del mundo casi con las mismas palabras de Moisés, diciendo: *Vuelve, Señor, los ojos de tu misericordia sobre el pueblo y sobre el Cuerpo místico de la santa Iglesia. Más glorificado serás perdonando a tantas criaturas y dándoles luz de conocimiento, que si me perdonas a mí sola, criatura que tanto te ha ofendido y que es la causa de tantos males. Por esto te pido, divina y eterna Caridad que tengas misericordia de tu pueblo.*

¿Qué me importaría a mí tener vida eterna, si tu pueblo tiene la muerte? Ten misericordia de tus criaturas. Nosotros somos imagen tuya. ¿Cuál fue la causa de ello? El amor. Tú, ¡oh Dios!, te hiciste hombre... Por esto, Amor inefable, te apremio para que tengas misericordia de tus criaturas.

#### Respuesta de Dios

Volviendo Dios entonces hacia ella con misericordia, dejándose violentar por sus lágrimas y por su santo deseo, se lamentaba:

«Hija dulcísima, tus lágrimas me fuerzan, porque van unidas con mi caridad y son derramadas por amor mío. Pero mira y fijate cuán sucia está la cara de mi Esposa. Cómo está leprosa por la inmundicia y el amor propio y entumecida por la soberbia y la avaricia.

Mira con cuánta presunción e irreverencia se recibe el glorioso alimento y sangre de esta Esposa. Sin embargo, esta preciosa sangre de mi unigénito Hijo es la que da vida y la que quita la muerte y las tinieblas, la que da luz y verdad y confunde la mentira. Todo nos lo dio esta sangre y consiguió cuanto era necesario para que pudiera conseguir la salvación y la perfección quienquiera que se disponga a recibirla. Da vida y enriquece al alma de toda gracia en mayor o menor grado según la disposición de quien la recibe. Causa la muerte al que vive en la iniquidad y la recibe indignamente en pecado mortal, no por culpa de la Sangre, sino por su mala disposición y su propio pecado, que con tanta inmundicia ha ensuciado su mente y su cuerpo, y por haber tenido tanta crueldad contra sí mismo y contra su prójimo. El pecador ha sido cruel consigo mismo, privándose de la gracia, pisoteando el fruto de la Sangre que recibió en el santo bautismo, por cuya virtud se le quitó la mancha del pecado original contraída al ser concebido por sus padres. A este fin, os di yo el Verbo de mi unigénito Hijo, puesto que la generación humana estaba corrompida por el pecado de Adán y erais incapaces de recibir vida eterna.

Después del pecado de Adán, el gran Médico, mi Hijo, vino y curó al enfermo, bebiendo Él mismo la amarga medicina que el hombre no podía beber por su misma debilidad. Así hizo Él, soportando, con la grandeza y fortaleza de la Divinidad unida con vuestra naturaleza, la amarga medicina de la penosa muerte de cruz, para curaros y daros vida a vosotros, débiles niños a causa del pecado.

#### La deuda del hombre es mucho mayor que antes de la redención

Muy obligado estaba conmigo el hombre por el ser que le había dado, al crearle a imagen y semejanza mía. Obligado estaba a darme gloria; mas él me la arrebató para dársela a sí mismo. De este modo quebrantó la obediencia que le había impuesto y se hizo enemigo mío. Yo con mi humildad he destruido su soberbia, humillándome y tomando vuestra humanidad, arrancándoos de la esclavitud del demonio y haciéndoos libres.

Y no me he contentado con daros la libertad, sino que, si bien lo consideras, verás que el hombre ha sido hecho Dios y Dios ha sido hecho hombre por la unión de la naturaleza divina con la naturaleza humana.



Esta es la deuda que el hombre ha contraído; ha recibido el tesoro de la Sangre, por la cual son creados de nuevo a la vida de la gracia.

[La redención del hombre y la justificación son una nueva creación; más todavía: una obra mayor que la misma creación]

Por esto están más obligados a darme gloria después de la redención que antes de ella. Más obligados a darme gloria, siguiendo las huellas de mi unigénito Hijo con virtudes verdaderas. Al no hacerlo, puesto que tanto amor me deben, caen en una ofensa mayor, y por esto yo, en mi divina justicia, les reservo mayor pena en su eterna condenación. Por esta misma razón será mucho más castigado un mal cristiano que un pagano.

Un remedio hay para aplacar mi ira: son mis siervos, si éstos fueren solícitos en obligarme con las lágrimas y el amor. Por esto doy a mis siervos hambre y deseo de mi honra y de la salvación de las almas, para que, constreñido por sus lágrimas, mitigue el furor de mi divina justicia.

### **Lava con el sudor y las lágrimas la cara de mi Esposa**

Lavad con estas lágrimas la cara de mi Esposa. Yo te prometo que por este medio le será restituida su belleza; no por la espada, ni por guerras recobrará su hermosura, sino por la humilde y continua oración, por los sudores y las lágrimas de mis siervos.

[Es el Cristo entero, Cabeza y miembros, el que en una misteriosa unidad vital colabora y satisface por la salvación del mundo y de las almas]

De este modo daré satisfacción a tu deseo de sufrir, iluminando con tu paciencia las tinieblas de los hombres perversos. No temáis que el mundo os persiga. Yo estoy con vosotros y en nada os faltará mi providencia.

### **Dios tiene sobrados motivos de queja respecto del hombre**

Dios entonces, como ebrio de amor por nuestra salvación, le daba a entender a aquella alma con cuánto amor había creado al hombre y le decía:

«¿No ves cómo todos me maltratan, habiéndolos creado yo con tanto amor, dotándolos de tanta gracia y dones, por pura bondad mía?

Mira, hija, con cuántos y diversos pecados me hieren, y especialmente con el abominable amor propio, del que provienen todos los males.

[En el amor propio está la raíz y el origen de todos los males. «Así que el hombre empieza a amarse con este amor (desordenado), presume de sí mismo, y todos sus frutos engendran la muerte, quitando la vida de la gracia en el alma que la posee... ¡Oh cuán peligroso es! ¿Sabéis cuánto? Impide en el hombre el conocimiento de sí mismo, con el que conquistaría la virtud de la humildad, y en esta humildad el afecto del alma sobrenada en la caridad. Le priva del conocimiento de Dios, del que sacaría este dulce fuego de la caridad divina... Sin este conocimiento se convierte en algo semejante al animal!» (Carta 11)]

Mucho me puedo quejar del hombre, que de mí no recibe más que bien, y él me devuelve odio, obrando todo el mal que puede.

Debes saber que ninguno puede salir de mis manos, porque yo soy el que soy, y vosotros, por vosotros mismos, no sois, sino en cuanto habéis sido creados por mí.

La criatura me ofende porque ama lo que no debe, al amar el pecado, y me odia a mí, a quien está obligado a querer por ser yo sumamente bueno y haberle dado el ser con tanto amor.

Por eso, a pesar de sus iniquidades, yo tendré con ellos misericordia por medio de mis siervos y cumpliré la petición que con tanto amor y dolor me has presentado.»

### **Efectos de la comunicación divina en la Santa**

Esta alma entonces se sentía a un mismo tiempo llena de felicidad y afligida. Se sentía como bienaventurada por la unión que tenía con Dios, saboreando su generosidad y su bondad, totalmente anegada en su misericordia. Y sufría viendo cómo se ofendía a tan gran bondad.

Respondiendo Dios a su deseo, le decía:

«Hija, quiero que busques con toda diligencia agradarme a mí, que soy la Verdad, buscando la salvación de las almas. Mas esto, ni tú, ni nadie podrá realizarlo sin muchas persecuciones. Si deseáis ver restablecido mi honor en la santa Iglesia, debéis concebir gran amor y deseo de padecer con verdadera paciencia. Y en esto comprobare que buscáis de verdad mi gloria. Entonces reposaréis sobre mi Hijo unigénito, al que he constituido puente para que todos podáis llegar a

vuestro fin y recibir el fruto de vuestros trabajos sufridos por amor mío. Sufrid, pues, varonilmente.

## Capítulo II Jesucristo-Puente

### El pecado de Adán, como río impetuoso, cortaba el camino hacia Dios

Quiero que sepáis que el camino hacia mí quedó cortado por el pecado y la desobediencia de Adán, hasta tal punto que nadie podía llegar a la vida eterna. Ninguno me daba gloria como debía, puesto que el pecado había cerrado el cielo y la puerta de mi misericordia. Esta culpa hizo germinar espinas y tribulaciones y muchas contrariedades. La criatura entró en rebelión consigo misma. Al rebelarse contra mí, fue rebelde contra sí misma.

La carne se rebeló inmediatamente contra el espíritu, perdiendo el estado de la inocencia, y vino a parar la criatura en animal inmundo. Se le rebelaron todas las cosas creadas, las cuales le habrían permanecido obedientes si se hubiese conservado en el estado en que le puse. Al no conservarse en él, transgredió mi obediencia y mereció la muerte eterna.

Y empezó a correr, en cuanto hubo pecado, un río tempestuoso que le combata de continuo con sus olas, acarreándole fatigas y pesares, que provienen de parte de él mismo, de parte del demonio y del mundo. Todos os ahogabais en este río, porque ninguno, a pesar de todas sus obras justas podía llegar a la vida eterna.

### Dios tiende con su Hijo un puente, que une entre sí tierra y cielo

Mas, queriendo yo remediar tantos males vuestros, os he dado el puente de mi Hijo, para que no os ahoguéis al pasar el río, que es el mar tempestuoso de esta vida tenebrosa.

Considera cuánto me debe la criatura y cuán ignorante es cuando, a pesar de todo, quiere ahogarse y no aprovechar el remedio que le he dado.

Mira la grandeza de este puente, mi unigénito Hijo, que llega del cielo a la tierra. Mediante Él se ha rehecho el camino interrumpido, a fin de que lleguéis a la vida y atraveséis la amargura del mundo. Partiendo de la tierra solamente, no se podía hacer este puente con la dimensión suficiente para pasar el río y daros la vida eterna. Porque la naturaleza del hombre no es suficiente para satisfacer la culpa y quitar el pecado de Adán. Convenía, pues, unirla con la excelstuid de mi naturaleza, Eterna Divinidad, para que pudiese satisfacer por todo el género humano, y así la naturaleza humana sufriese la pena, y la naturaleza divina, unida con la humana, aceptase el sacrificio de mi Hijo, ofrecido a mí por vosotros, para quitaros la muerte y daros la vida.

De esta suerte, la Alteza se humilló hasta la tierra de vuestra humanidad, y, unida la una a la otra, se hizo el puente y se recompuso el camino.

### No basta que haya sido tendido el puente; hay que pasar por él

No basta, sin embargo, para conseguir la vida el que mi Hijo haya hecho el puente, si vosotros no pasáis por él.

Es necesario que todos paséis por este puente buscando la gloria y la alabanza de mi Nombre en la salvación de las almas, soportando múltiples adversidades y siguiendo las huellas de este dulce y amoroso Verbo. Sólo de esta manera podréis llegar a mí.

Vosotros sois trabajadores míos, a los que he puesto a trabajar en la viña de la santa Iglesia mediante el bautismo. Sois mis trabajadores en la viña de vuestras almas, unidos a la viña de la santa Iglesia.

Toda criatura dotada de razón posee en sí misma una viña, su propia alma, cuyo trabajador es su libre voluntad durante el tiempo de toda su vida. Pero, en cuanto termina el tiempo, ya ningún trabajo le es posible, ni bueno ni malo. Sólo mientras vive puede trabajar su viña, en la que yo le puse. Y es tan grande la fortaleza que ha recibido este trabajador del alma, que ni el demonio ni otra criatura pueden arrebatársela si él no quiere. El santo bautismo le fortaleció así. En él se le dio un cuchillo de amor a la virtud y odio del pecado. Este amor y este odio los encuentra en la sangre de mi Hijo, puesto que por amor a vosotros murió. Por esta sangre recibis la vida en el santo bautismo.

Debeis usar este cuchillo mientras disponéis de tiempo, para arrancar las espinas de los pecados mortales y plantar las virtudes.

[«Os escribo con el deseo de veros verdaderos labradores en la viña de vuestras almas para que en el tiempo de la cosecha deis mucho fruto. Sabed que la Verdad Eterna... hizo de nosotros una viña, en la que quiso y quiere habitar por la gracia, siempre que el labrador de esta viña quiera cultivarla recta y honradamente.» (Carta 3219 )]

### **Sólo unidos con Jesucristo, Vid verdadera, se puede dar fruto**

No fructificaréis si no os disponéis a ser sarmientos unidos a la vid de mi Hijo unigénito, tal como dijo: *Yo soy la Vid verdadera, mi Padre es el Labrador y vosotros sois mis sarmientos*. Así es en verdad, yo soy el Labrador, porque de mí procede todo lo que tiene ser. Yo soy el Labrador que planté la vid verdadera de mi unigénito Hijo en la tierra de vuestra humanidad para que vosotros, sarmientos unidos con la Vid, dieseis fruto. Quien no dé fruto de santas y buenas obras, será cortado de esta Vid y se secará, perderá la vida de la gracia y será echado al fuego eterno, porque no sirve para otra cosa. Así ocurrirá al que muera en pecado mortal. Estos tales no sólo no han trabajado la propia viña, sino que han destruido también la ajena. No sólo no han plantado en ella ninguna virtud, sino que de ella han arrancado la semilla de la gracia que habían recibido en el bautismo, dándola a comer a los animales, es decir, a muchos y diversos pecados, y la han pisoteado con los pies del afecto desordenado, con el cual me han ofendido a mí y se han dañado a sí mismos y al prójimo.

Mis siervos, por el contrario, no obran así, y como ellos debéis obrar vosotros; permaneced unidos e injertados en esta vid y daréis mucho fruto porque participaréis de su savia. Permaneciendo en el Verbo de mi Hijo, permanecéis en mí, porque yo soy una cosa con Él, y Él conmigo. Permaneciendo en Él, seguiréis su doctrina; siguiéndola, participaréis de la divinidad de este Verbo, hasta embriagaros en el amor divino.

### **Cómo prueba Dios a sus servidores**

¿Sabes cómo procedo con mis siervos en cuanto se disponen a seguir la doctrina del dulce y amoroso Verbo? Los podo, a fin de que den mucho fruto y este fruto sea dulce, y no vengan a parar en vid silvestre. Yo podo a mis siervos unidos a mí con muchas tribulaciones para que den más y mejor fruto y sea probada en ellos la virtud. Mas aquellos que no dan fruto son cortados y echados al fuego. Verdaderos trabajadores son los que trabajan bien su alma, arrancando de ella todo

amor propio y volviendo hacia mí su corazón. Hacen germinar y crecer la semilla de la gracia que recibieron en el santo bautismo.

### **Cómo los siervos fieles trabajan la viña de su propia alma**

El que trabaja su propia viña, trabaja también la del prójimo; no se puede trabajar la una sin la otra. Ya sabes cómo te dije que todo mal, lo mismo que todo bien, se hacía por medio del prójimo.

De todos vosotros he constituido una viña universal, la viña del Cuerpo místico de la santa Iglesia, de la que recibís la vida. En esta viña está plantada la cepa de mi unigénito Hijo mío, en la que debéis permanecer injertados. Si no estáis injertados en ella, sois como miembros separados del cuerpo, que al instante se pudren.

Es el lazo de la caridad y de la humildad verdadera, el que se adquiere por el conocimiento de sí y de mí, el que une los sarmientos a la Vid. Quitero, pues, que seáis verdaderos trabajadores que con mucha solicitud ayudéis a cultivar las almas en el Cuerpo místico de la santa Iglesia. Para esto os elijo, porque quiero tener misericordia con el mundo, a favor del cual me ruegas con tanta insistencia.»

### **Alabanza ardiente de Catalina ante la misericordia de Dios para con el mundo**

El alma, entonces, llena de amor angustioso, decía: ¡Oh dulcísima Caridad! Parece como que enloquecéis por tus criaturas, como si no pudieras vivir sin ellas, siendo así que tú eres nuestro Dios, que nada necesita de nosotros. Nuestro bien nada añade a tu grandeza, porque eres inmutable. Ningún daño puede acarrearle nuestro mal, porque tú eres suma y eterna bondad. ¿Quién te mueve a tener tanta misericordia? Sólo el amor, y no porque nos debas algo o tengas necesidad de nosotros, pues nosotros somos reos y malvados deudores.

Yo soy el ladrón y tú eres el que está ajusticiado por mí, porque veo al Verbo, tu Hijo, cosido y clavado en la cruz, del que hiciste puente para mí.

### **Características de este puente**

Dios entonces, para enamorar más aquella alma, le respondió:

«En cuanto el alma pone los ojos en el corazón abierto de mi Hijo, allí encuentra el amor perfecto e inefable. El alma entonces se llena de amor al verse amada hasta ese punto.

[Porque «el amor no se adquiere más que con el amor. Quien quiera ser amado, primero tiene que amar, tener voluntad de amar... Esta es la condición del amor: cuando la criatura se ve amada, en seguida ama»(Carta 29)]

Poniendo el afecto en este Puente, Cristo clavado en el madero de la santa cruz, el alma se levanta de la tierra desnudándose de los vicios, se reviste de amor por el ejercicio de la virtud y finalmente encuentra la paz después de la gran guerra que había sufrido a causa de sus pecados.

El Puente está levantado en alto, de suerte que la corriente del agua no pueda inquietarle.

Levantado en alto para atraerlo todo hacia sí

¿Sabes cuando fue levantado este puente? Cuando fue alzado sobre el leño de la cruz. Viendo mi Bondad que no podiais ser atraídos de otra manera, le envié para que fuese levantado sobre el leño de la cruz, haciendo de Él un yunque en el que se forjase el hijo de la humana generación para quitarle la muerte y restituirle la vida de la gracia.

[Los golpes sobre el cuerpo de Cristo son la forja del amor: «¡Oh amor inestimable! Para forjar vuestras almas hiciste yunque de tu mismo cuerpo» (Carta 77). Quiso «hacer justicia y venganza sobre su cuerpo. Hizo de sí mismo un yunque forjando sobre él vuestras iniquidades» (Carta 29)]

De este modo, todo lo atrajo hacia sí, para demostrar el amor que os tenía, ya que el corazón del hombre es siempre atraído por el amor. ¿Podía demostrarnos amor mayor que dando la vida por vosotros? No puede por menos, por tanto, el hombre, que dejarse arrastrar por el amor, a menos que oponga resistencia. Por esto dijo mi Hijo: *Cuando fuere levantado en alto, todo lo atraeré hacia mí.* Atraído el corazón del hombre por el amor, son arrastradas todas las potencias del alma (memoria, entendimiento y voluntad) y sus actos. Y además, al ser atraído el hombre, son atraídas todo las cosas creadas, porque todas han sido hechas para que le sirvan. Ciertamente,

## Construido con las virtudes

Está construido este Puente con piedras. ¿Sabes cuáles son estas piedras? Son las piedras de las virtudes verdaderas y operantes, las cuales, por mi poder, son edificadas sobre Él mismo, ya que ninguna virtud existe que no sea probada en Él y que no reciba de Él la vida. Nadie puede tener ninguna virtud que dé vida de gracia sino por Él, es decir, siguiendo sus huellas y su doctrina. El ha edificado las virtudes y las ha puesto como piedras vivas ajustadas con la cal de su propia sangre, para que todo fiel pueda caminar sin tropiezo protegido por mi misericordia.

Así puedes ver que este Puente está cubierto por la misericordia. Sobre él está también la tienda de la santa Iglesia, que posee y administra el pan de la vida y da a beber la Sangre, para que mis criaturas, que son los caminantes y los peregrinos cansados del camino, no sucumban. A este fin ordené que en ella fuese administrada la Sangre, el cuerpo de mi unigénito Hijo, verdadero Dios y verdadero hombre.

Pasado el puente, se llega a la puerta, parte del Puente mismo, por la que todos tenéis que entrar. Por esto Él dijo: *Yo soy Camino, Verdad y Vida. Quien camina por mí, no anda en tinieblas, sino por la luz.* Y en otra parte dice mi Verdad: *Nadie puede venir a mí si no es por Él.* Y así es ciertamente.

## Quienes van por él, andan en la verdad

Mi unigénito Hijo es el *Camino* a modo de puente. Es *Verdad* porque esta unido conmigo que soy la suma Verdad; quien le sigue, anda en la verdad. Y también es *Vida*, pues quien sigue esta Verdad, recibe la vida de la gracia y no puede perecer de hambre, porque la Verdad se ha hecho alimento para vosotros. Ni puede caer en tinieblas, porque es la *Luz* y en Él no hay mentira. Precisamente con la verdad confundió y destruyó la mentira con que el demonio sedujo a Eva. Esta mentira fue la que interrumpió el camino del cielo, que la Verdad ha reparado con su sangre.

Quienes siguen este camino son hijos de la Verdad, porque siguen la verdad y pasan por la puerta de la verdad.

Te he dicho que éstos se vuelven atrás según los impulsos que experimentan; o bien en sí mismos, por la lucha de la propia sensualidad contra el espíritu; o bien, por la atracción de las criaturas, que aman desordenadamente fuera de mí, o bien por la impaciencia de las injurias recibidas, o bien por el demonio, que los combate de distintas maneras.

Alguna vez el demonio los tienta con el desprecio, diciéndoles: «De nada te servirá esta obra buena que has empezado, pues grandes son tus pecados y de tus defectos»; y hace esto para hacerlos retroceder y obligarlos a dejar el ejercicio de virtud que acaban de comenzar. Otras veces los tienta con una vana presunción de mi misericordia, diciéndoles: «¿A qué afligirte tanto? Goza de esta vida, y ya tendrás tiempo en la hora de la muerte de reconocer tus pecados para salvarte». De este modo, el demonio les hace perder el santo temor que habían empezado a sentir.

Por todas estas y otras muchas causas vuelven atrás y no son constantes ni perseverantes. Todo esto acaece porque no han arrancado de sí la raíz del amor propio, y esto les impide perseverar. Con gran presunción confían en mi misericordia indebidamente, a la vez que no cesan de ofenderme. Yo jamás les he dado mi misericordia para que con ella me ofendan, sino para que puedan defenderse de la malicia del demonio. Ellos, sin embargo, no han continuado aquella primera transformación que empezaron cuando se levantaron de la miseria del pecado mortal. Como ellos no cambian, no llegan a amar la virtud y no perseveran. Por esto, como no adelantan, vuelven atrás. Al no adelantar en la virtud, pasando por la imperfección del temor al amor, necesariamente retroceden.»

### **Amargura de la Santa ante la perdición y engaño de los que se condenan**

Entonces aquella alma se sentía atormentada al oír y ver tanta ceguera en las criaturas. Había visto la grandeza de la bondad de Dios, que nada había puesto en este mundo que pudiese ser impedimento para la salud del hombre en cualquier estado que estuviese, sino todo para ayudarle a ejercitarse y probarse en la virtud, y, no obstante esto, por el amor propio y su desordenado afecto, se precipitaban en el río. Como no se corregían, los veía caer en la eterna condenación, y muchos de los que habían subido volvían atrás. Sumida en tanta amargura, decía al Eterno Padre: «¡Oh Amor inconmensurable! ¡Qué

grande es el engaño de tus criaturas! Quisiera que me explicaras más extensamente qué deben hacer los hombres para salir totalmente del abismo y andar por el camino de tu verdad».

## **Capítulo IV**

### **Los tres escalones del puente**

#### **Para no ser arrastrados por la corriente del mal, las tres potencias del alma deben ser convocadas por la libre voluntad para que Jesucristo esté presente en el alma**

Fijando entonces su misericordia sobre aquella alma, decía la divina Bondad:

«Me ruegas que te explique cómo pueden salir del río para llegar al puente. Tú sabes que todo mal está fundado en el amor propio, que es una nube que obscurece la luz de la razón y de la fe. Yo creé el alma a mi imagen y semejanza, dándole la inteligencia, la memoria y la voluntad.

[Todas ellas —por la íntima unión que entre ellas hay— tienen que participar en la decisión de servir y trabajar por Dios. No se puede poner al servicio de Dios una facultad y dejar a su antojo a las otras. Esto es, hay que reunir las a todas en nombre de Jesucristo. Este paso previo, para que la libre voluntad no se deje guiar por la sensualidad, sino por la razón iluminada por la fe, es el paso previo para llegar al estado de gracia.]

El alma no puede vivir sin amor. Siempre desea amar alguna cosa, puesto que está hecha de amor y por amor fue creada.

La inteligencia es movida por el amor. El amor es el que llena la memoria de todos los beneficios que ha recibido de mí, y este recuerdo es el que hace al alma solícita y agradecida.

Si, por el contrario, la voluntad se pone a amar las cosas sensibles, la inteligencia sólo se fijará en las cosas transitorias, y el amor propio no encontrará más que disgusto en la virtud y placer en el vicio. La memoria entonces no se llenará más que de lo que le ofrece la voluntad sensual. Todo ello suscita la soberbia y la impaciencia. El amor ha cegado sus ojos de tal manera, que no ve más que estas falsas claridades, por lo que en ella aprecia de bien y de placer.

alegría; está lleno de mí, que soy todo bien. El alma me ama y se siente acompañada por mí, que soy su fortaleza y su seguridad.

En este estado camina el alma, sedienta de seguir el camino de la verdad, que lleva a la fuente del agua viva. Por esta sed que ella tiene de mi honra y de la salvación del prójimo, sigue este camino. Camina entonces llevando el corazón vacío de todo afecto desordenado. Al tenerlo vacío de lo material se llena enseguida de lo espiritual, porque ninguna cosa puede permanecer vacía. Ningún corazón puede quedar vacío. Cuando se desprende de las cosas transitorias que lo llenaban, se llena del celestial y dulce amor divino, con que el que pasa por la puerta de Cristo crucificado y gusta el agua viva, hallándose en mí, que soy océano de paz.

### **Nadie puede excusarse de recorrer este camino**

Nadie, sea el estado en que encuentre, puede excusarse de seguir este camino, diciendo: «Tengo hijos y otros impedimentos, y por esto me retraigo de seguir este camino». Nadie tampoco puede excusarse de seguirlo por las dificultades que encuentre. Cosa fácil es en verdad este camino, porque nada es tan llevadero ni tan delicioso como el amor. Y lo que os pido no es más que amor hacia mí y hacia el prójimo. Esto se puede practicar en todo tiempo y lugar.

### **Tres estados o grados del alma: siervo mercenario, siervo fiel, amigo e hijo**

Quiero hablarte ahora de los que han empezado a observar los mandamientos y los consejos evangélicos, y de los tres estados o grados en que el alma se puede hallar. El primer estado es imperfecto, el segundo es más perfecto y el tercero, perfectísimo. El primero se comporta con respecto a mí como un siervo mercenario; el segundo, como un siervo fiel, y el tercero como el hijo que me ama desinteresadamente.

«Es cierto que Dios ama a uno como a hijo; a otro, como a amigo; a otro, como a siervo; y a otro, como a alguien que se ha alejado y desea que vuelva: éstos son los inicuos pecadores, privados de la gracia. Amor de hijos tiene a aquellos que le sirven en verdad sin ningún temor servil. Estos no hace como los otros: amigo o siervo, cuyo servicio es con frecuencia interesado.» (Carta 94 )]

Estos tres estados se dan en diferentes personas, e incluso en una misma persona, según el estadio en que se encuentre, ya en estado de siervo, en estado libre, y en estado de hijo.

Mira los peregrinos que pasan por la vida. Unos caminan *imperfectamente*, otros *perfectamente*, por el camino de los mandamientos, y otros *con gran perfección*, siguiendo el camino de los consejos. La imperfección de unos y la perfección de otros depende del grado en que el alma ha arrancado de sí misma la raíz de su amor propio.

De esta forma, esta alma veía cómo las criaturas pasaban la vida. Veía a muchos que se encaminaban a su fin aguijoneados por el temor servil, por temor del castigo. Otros muchos, pasaban al segundo estado. Mas eran pocos los que llegaban a una gran perfección.

### **Primer estado: los que sirven a Dios con temor servil, insuficiente para perseverar**

Los del primer estado son los que se han alejado, por temor servil, del pecado mortal; mas, si no aman a la virtud, este temor servil no les bastará para alcanzar la vida eterna.

La ley del temor es la ley antigua que yo di a Moisés. Estaba fundada únicamente en el temor, porque, una vez cometida la culpa, se debía sufrir el castigo.

La ley del amor es la nueva ley, dada por el Verbo de Hijo unigénito, fundada en la caridad. La ley nueva no anula a la antigua, al contrario, viene a darle cumplimiento. Así lo dijo mi Verdad: *No he venido a destruir la ley, sino a cumplirla*. El ha unido la ley del temor con la del amor. Por el amor, el hombre ha sido liberado de esta imperfección que es el temor del castigo, y le queda de él la perfección que lleva consigo, que consiste en temer ofenderme, no por el castigo, sino porque soy la suma bondad. De esta forma, la ley imperfecta fue llevada a su perfección por la ley del amor.

Después que vino mi unigénito Hijo y trajo el fuego de mi caridad con abundancia de misericordia, no hay lugar para el temor servil, y no porque no sea castigada la culpa, sino porque se guarda el castigo para la otra vida, cuando el alma esté separada del cuerpo, a menos que se haya satisfecho en ésta con una perfecta contrición.

Mientras vive el alma en esta vida, su tiempo es tiempo de misericordia; cuando muera, será el tiempo de la justicia. Debe el

alma, pues, abandonar el temor servil y llegar al amor y santo temor de mí. Este el único remedio para no volver a caer en el río cuando llegue la hora de la tribulación o la hora del bienestar.

### **Convienes superar este temor servil**

El temor servil recuerda al alma las propias faltas, el castigo que debía sufrir, y le hace detestar el pecado cometido. Pero el alma no debe quedarse con el castigo, sino que debe también considerar el fruto de la virtud y mi amor hacia ella. De esta forma el alma ascenderá por el amor y será despojada de todo temor servil, pasando a ser siervo fiel, que me sirve por amor.

Sin embargo, muchos de los emprenden esta subida, lo hacen tan lentamente, y pagan la deuda que tienen conmigo tan poco a poco y con tanta negligencia, que enseguida desmayan. Cualquiera vienteillo los arrastra y les hace dejar el camino empezado; por haber subido imperfectamente el primer estado, no llegan al segundo.

### **Segundo estado: los que sirven a Dios con amor imperfecto**

Hay algunos que han llegado a ser siervos fieles, que me sirven fielmente sin temor del castigo y sí por amor. Pero este amor es un amor imperfecto, pues me sirven por propio interés, por la satisfacción o gusto que encuentran en mí. ¿Sabes como se manifiesta claramente lo imperfecto de su amor? Cuando se ven privados del consuelo que en mí hallan. Con este mismo amor imperfecto aman a su prójimo. Este amor no es suficiente ni es amor que dura, sino que decae y muchas veces desaparece. Aflojan en mi servicio cuando alguna vez, por ejercitarlos en la virtud y para sacarlos de la imperfección, retiro mis consuelos y permito en ellos combates y trabajos. Obro así para que se conozcan a sí mismos, lo poco que pueden por sí mismos si no reciben mi gracia. En el tiempo del combate corren hacia mí, me buscan y me reconocen como su bienhechor, buscándose con verdadera humildad, pues, aunque les doy y les quito los consuelos, no los privo de la gracia.

Los que me aman con amor imperfecto, se entibian y retroceden con cierta impaciencia espiritual. Abandonan con frecuencia y de muchas maneras sus prácticas. Muchas veces, con pretexto de virtud, diciéndose a sí mismos: «Esto que haces no te sirve para nada». Y todo por verse privados de la consolación que en su espíritu habían saboreado.

Obran como imperfectos por no haberse desprendido de su amor propio espiritual. Si viviesen de fe verían que todo procede de mí, y que ni una hoja de un árbol cae sin mi providencia, y que lo que yo les doy o permito es siempre para su santificación, con objeto de que alcancen el bien y el fin para el cual fueron creados.

Deberían reconocer que no quiero otra cosa más que su bien en la sangre de mi Hijo unigénito, por la que los lavé de sus iniquidades. Yo los creé a imagen y semejanza mía, les creé de nuevo a la vida de la gracia por la sangre de mi propio Hijo, haciéndolos hijos adoptivos. Mas, por ser imperfectos, unos me sirven con interés y otros se entibian en su amor al prójimo. Los primeros desfallean por temor de los trabajos que les esperan. Los segundos se entibian, dejando de hacer el bien que al prójimo hacían, y retroceden en su caridad cuando se ven privados del provecho propio o del gusto que en ello encontraban. Esto les sucede porque su amor no era enteramente limpio.

Con la misma imperfección del propio interés con que me aman a mí aman a su prójimo. Si no reconocen su imperfección con un deseo sincero de llegar a la perfección, es imposible que no vuelvan atrás.

Es, pues, necesario que los que desean conseguir la vida eterna me amen desinteresadamente. No basta huir del pecado por temor del castigo ni abrazar la virtud por propio interés. Es necesario huir del pecado, porque me desagrada, y amar la virtud por amor a mí.

### **El camino ordinario es comenzar por este amor imperfecto**

Es cierto que el alma es imperfecta antes que perfecta; pero de la imperfección debe pasar a la perfección, o en esta vida, viviendo virtuosamente, con corazón puro y generoso, amándose desinteresadamente, o en la muerte, reconociendo su imperfección; con el firme propósito, si tuviese todavía tiempo, de servirme sin pensar en sí misma. Con este amor imperfecto amaba San Pedro al dulce y buen Jesús, Hijo mío unigénito, cuando gustaba la suavidad y dulzura de su trato; pero, en cuanto vino el tiempo de la tribulación, desfalleció y cayó tan bajo, que hasta lo negó y dijo que jamás le había conocido.

Son muchos los peligros en que puede caer el alma que me sirve con este amor mercenario.

[«Todo esto les sucede porque aman más el don que al Donador de las gracias y porque le sirven más por interés que de cara a la suma y eterna bondad de Dios.» (Carta 62)]

Por eso, es necesario, que el que quiera llegar a ser hijo mío, que me sirva sin buscar su propio interés. Yo recompenso todo esfuerzo, yo premio a cada uno según su estado y según sus obras. Todos los que no abandonen la oración y las otras buenas obras, y que con perseverancia crezcan en la virtud, llegarán al amor de hijos.

Pues yo amo con el amor con que se me ama. Si se me quiere con amor de siervo, yo, como señor, le doy lo que le debo, pero no me manifiesto a él, porque los secretos se manifiestan al amigo que se ha hecho una misma cosa con su amigo.

Es cierto que el siervo puede crecer en la virtud y en el amor que tiene a su amo hasta llegar a ser un amigo querido. Mientras viven con amor mercenario, yo no manifiesto a ellos mis secretos; pero si aborrecen su propia imperfección y aman la virtud, si arrancan de sí la raíz de su amor propio espiritual, y procuran corregir todo impulso de temor servil y de amor mercenario en su corazón, a la luz de la fe, se hacen tan agradables a mí, que por este camino llegarán al amor del amigo.

### **Tercer estado: los que aman a Dios con amor de amigo**

*Si alguno me ama, será una cosa conmigo, y yo con él, y me manifestaré a él mismo, y haremos en él nuestra morada* (Juan 14, 21-23). Ésta es la condición del amigo querido: dos cuerpos y una sola alma. El amor en verdad, transforma en la cosa amada. Si ambos no forman más que una sola alma, no puede haber secreto entre ellos. Por esto dijo mi Verdad: *Vendremos a él y en él haremos morada*.

Siguiendo su doctrina por amor, estáis unidos con Él. Y estando unidos con Él, lo estáis conmigo, porque somos una misma cosa.

[«Cuando se deja de poner el amor y el afecto en sí mismo y se pone todo en Cristo crucificado, llega a la más alta dignidad a la que se puede llegar, ya que viene a ser una misma cosa con su Creador. ¿Qué cosa mejor puede haber que estar unido a Él, que es todo Bien? Y esta dignidad y unión no puede considerarla como suya propia, sino dada por el amor. Una esclava, por el hecho de ser tomada por esposa por el emperador, se convierte inmediatamente en emperatriz, y no por sus méritos, porque ella era una esclava, sino por la dignidad del

emperador. Así..., el alma enamorada de Dios, sierva y esclava, rescatada por la sangre del Hijo de Dios, llega a tal dignidad que ya no puede llamarse sierva, sino emperatriz, esposa del emperador eterno.» (Carta 29)]

### **Dios purifica el amor de los que están en este estado privándoles del gusto espiritual, no de su gracia**

Para hacer levantar el alma de la imperfección, la privo del sentimiento de mi presencia, quitándole el consuelo que antes tenía, pero no mi gracia. Y lo hago para hacerla humilde, para que se ejercite en buscarme a mí de verdad, para probarla a la luz de la fe, y que de este modo se haga prudente. Entonces, si ella me ama sin interés propio, con fe viva y con desprecio de sí misma, en el tiempo del trabajo goza, considerándose indigna de la paz y sostego de espíritu.

El alma que ha llegado a la perfección, aun cuando sienta que yo me he retirado de ella, no retrocede. Al contrario, persevera con humildad en la práctica de las virtudes, se conoce a sí misma, y espera la venida del Espíritu Santo, fuego de caridad. ¿Cómo espera? No ociosa, sino en vigilia continua y santa oración.

Así obra el alma que ha salido de la imperfección y ha llegado a la perfección.

Me alejé también de ella para que viese y conociese su inmenso vacío, puesto que, privada del consuelo, experimenta aguda aflicción, se siente débil, sin firmeza y sin posibilidad de perseverar, y en estas mismas miserias descubre la raíz de su amor propio espiritual. Todo esto le sirve para conocerse y levantarse sobre sí misma. Así extirpa la raíz del amor propio.

### **La prueba de haber llegado a esta perfección es el grado con que aman al prójimo**

Quiero que sepas que toda perfección se adquiere en mí y se manifiesta y se prueba por la actitud que se tiene conmigo y para con el prójimo. Esto lo saben bien las almas sencillas que aman a las criaturas con amor espiritual. Si el amor que de mí han recibido es puro y desinteresado, también lo es el amor que tienen al prójimo.

Os pido que me améis con el mismo amor que yo os amo. Esto no es imposible, porque yo os amé sin ser amado de vosotros. Todo el amor que tengáis para mí será siempre una obligación y una deuda,



jamás un favor; es vuestro deber. Mas yo os amo gratuitamente, no por obligación. Yo os ofrezco un medio para pagar esta deuda de amor con que os amo: el que améis a vuestro prójimo, para que deis a él lo que no me podéis dar a mí; es decir, quererle sin interés alguno, gratuitamente, y sin esperanza de ningún provecho. Yo considero hecho a mí mismo lo que hacéis con el prójimo.

Esto manifestó Jesucristo diciendo a San Pablo cuando me perseguía: *Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?* Pablo me perseguía a mí cuando perseguía a mis fieles.

Este amor debe ser puro. Con el mismo amor que me amas debes amar a tu prójimo. ¿Sabes en qué se conoce cuándo no es perfecto este amor espiritual? En que se entristece cuando ve que la criatura a la que ama no corresponde con su amor con la misma fuerza que él cree poner en él suyo o cuando se ve privado de su trato, del consuelo que le proporcionaba o ve que ama a otros más que a él.

### **Cómo llegar a este amor y perseverar con él: con la oración continua a pesar de las tentaciones de abandonarla**

El alma que me ama con amor perfecto persevera en continua oración y en la virtud, no se vuelve atrás por nada del mundo ni deja la santa oración por ningún motivo, excepto cuando lo mande la obediencia o la caridad. Muchas veces en el tiempo destinado a la oración llega el demonio con sus asaltos y tentaciones para descorazonarla y para infundirle hastío de la oración, diciéndole: «Esta oración no te sirve para nada». Esto le pone delante el demonio para que abandone la oración. La oración, sin embargo, es un arma con que el alma se defiende de todo adversario.

[Eran dramáticas las tentaciones con que el demonio atormentaba a la santa: «¿A qué mortificante tanto? ¿A qué viene sufrir así? ¿Crees poder seguir así toda la vida? Vive como las demás... Nadie te impide agradar a Dios, como tantas otras hicieron en el estado del matrimonio... ¿por qué has emprendido un camino en el que es imposible perseverar?» «Ante todo esto, Catalina no se preocupaba más que de orar» El tentador la asaltaba pero ella permanecía tranquila y se encomendaba a su Esposo. En las tentaciones de desconfianza en la perseverancia y de desaliento decía: «Yo confío en el Señor Jesucristo y no en mí». Aconsejaba siempre no ponerse a discutir con el enemigo durante la tentación: el demonio no desea otra

cosa más que se acepte el diálogo con él, porque confía mucho en la sutileza de sus maliciosos engaños. (Beato Ramirundo de Capua)]

Debes saber que en la oración humilde, continua y fiel adquiere el alma toda virtud si sabe ser perseverante. Por esto no se debe dejar nunca ni por ilusiones del demonio, ni por la propia fragilidad, ni por lo que otros digan.

¡Qué agradable me es el alma que ora con fe y en la abundancia de mi Caridad! Esta Caridad se os ha hecho visible por la sangre de mi unigénito Hijo. Esta sangre embriaga el alma y la viste del fuego de la caridad divina. Recibe el alma el manjar del Sacramento —el cuerpo y la sangre de mi Hijo—, a través del Cuerpo místico de la santa Iglesia. Esta es la posada que estaba sobre el puente para proporcionar alimento y confortar a los caminantes y peregrinos que pasaban siguiendo la doctrina de mi Verdad, para que no desfallezcan por su debilidad.

Este manjar da mayor o menos fuerza según el deseo del que lo toma, tanto si se recibe sacramental como espiritualmente. Sacramentalmente, cuando de hecho comulga. Espiritualmente, cuando comulga por deseo, cuando considera que la Sangre de Cristo Crucificado ha sido derramada por amor.

[«Esta es la verdad: que nos creó a fin de que participásemos de él y gozásemos de su sumo y eterno bien. ¿Quién ha declarado y manifestado esta verdad? La sangre del humilde e inmaculado Cordero...» (Carta 305)]

### **La oración no debe ser sólo vocal, sino también mental**

Yo sé muy bien que si el alma es imperfecta antes de ser perfecta, para no caer en la ociosidad debe ejercitarse en la oración vocal. Pero no debe practicarla sin la mental. Es decir, al mismo tiempo que ora con sus labios, procure elevar y dirigir su espíritu hacia mi amor, considerando sus defectos y la sangre de mi Hijo unigénito, en la que verá toda la grandeza de mi Caridad y el perdón de sus pecados.

### **Peligro del conocimiento propio sin el conocimiento de la bondad de Dios**

No es que yo quiera que el alma considere sus pecados detalladamente, sino de un modo general, para que la mente no se contamine con el recuerdo de los torpes pecados. No debe considerar

queriendo ganar, pierden; y perdiendo, saldrían ganando; es decir renunciando a su propio consuelo por el bien del prójimo.

He aquí cómo podrían gustar en todo tiempo la dulzura de mi caridad; al no hacerlo así, viven con pena, pues siempre habrá ocasiones en que se verán obligados a socorrer a su prójimo, haciéndolo entonces con despecho, con enfado interior y desasosiego de espíritu. Están triste porque les parece que pierden la paz y que tienen que dejar tantas cosas de las que solían hacer. Se engañan, pues, por el amor propio espiritual que a sí mismo se tienen.

### **Amargura de espíritu cuando faltan estas consolaciones a los que están apegados a ellas**

Por causa de este amor propio espiritual, el alma se puede causar mucho daño. Porque si su afecto está sólo puesto en buscar las consolaciones que a veces le concedo, cuando se ve privada de ellas, cae en la amargura y tristeza. Le parece estar privada de la gracia en los momentos en que de ella me aparto. Pues, yo visito al alma y me alejo de ella no en cuanto a la gracia, sino sólo en cuanto al sentimiento de mi presencia para llevar el alma a mayor perfección.

Cuando le quito el gusto y la dejo que sea combatida por muchas tentaciones, esta alma se llena de amargura y le parece estar en el infierno. No se percata de que estoy yo en ella, sosteniendo su buena voluntad en los combates. Y por engañarse de esta manera, no adelantan y permanecen en su tibieza.

### **Este afán de gustos espirituales da pie a otros engaños del demonio, que se transforma en ángel de luz**

Además, el demonio puede engañar al alma, presentándose en forma de luz, tentándola en aquello en que la ve dispuesta a desear. Viendo al alma engolosinada y fija en su deseo de consolaciones, el demonio se presenta entonces en aquel espíritu en forma de luz y de diversas maneras, bajo la apariencia de un ángel, o de Jesucristo, o de algún santo. Si me preguntas en qué puede conocerse que esta visita es más bien del demonio que de mí, te diré la señal para reconocerlo: el alma concibe inmediatamente una gran alegría, pero cuanto más dura la visita, más disminuye aquella alegría; y pronto no queda más que tedio, tinteblas y desasosiego de espíritu y confusión interior.

Por el contrario, si en verdad soy yo, Verdad Eterna, la que la visita, experimenta el alma en el primer momento un santo temor. Con este temor recibe alegría y seguridad y una dulce prudencia; duda, sin dudar realmente. Llena del conocimiento de sí misma, se considera indigna y dice: Yo no soy digna de ser visitada por ti; y no mereciéndolo, ¿cómo puede ser esto? Se refugia entonces en la grandeza de mi caridad y comprendiendo que me digno recibirla aunque sea indigna, por mi caridad, porque no desprecio el deseo con que me busca. Por esto me recibe humildemente, diciendo: *He aquí tu esclava, hágase en mí tu voluntad.*

Esta es, pues, la señal de que el alma es visitada por mí o por el demonio: si soy yo quien la visito, siente el alma temor en el primer momento, pero en el medio y en el fin, alegría y hambre de la virtud. Si es el demonio, causa alegría en el primer momento, mas luego queda en confusión y oscuridad de espíritu.

Os he dado esta señal para que el alma, si quiere conservarse en humildad y proceder con prudencia, no pueda ser engañada. Pero caerá en este engaño si prefiere navegar sólo con el amor imperfecto de sus propios consuelos más que del amor a mí, como ya te he dicho.

### **Características del tercer estado del amor de amigo**

Llegados al tercer estado del amor de amigo y de hijo, ya no es amor mercenario el que me tienen, sino de amigos queridísimos. Así como un amigo, cuando recibe un obsequio de otro, no se fija solamente en el regalo, sino en el corazón y el afecto del que se lo hace, y aprecia el regalo sólo por el amor del afecto del amigo, así el alma, llegada al tercer estado de amor perfecto, cuando recibe mis dones y mis gracias, no se fija solamente en el don, sino fija la mirada en mi caridad, por la que se lo doy.

El alma que llega a este estado, se encierra en la casa de su propio conocimiento. Pero este conocimiento de sí va siempre acompañado del conocimiento de mí, para que no caiga en confusión. De este modo, fundada en la humildad, tendrá paciencia para hacerse fuerte a los combates del demonio, contra las persecuciones de los hombres y contra las desolaciones espirituales que quiera enviarle.

Y si la propia sensualidad, en medio de las dificultades, quisiera rebelarse contra la razón, la propia conciencia no dejará pasar sin corrección ningún movimiento desordenado, reprendiéndose en todo

momento. Esto quiso expresar mi siervo Gregorio cuando dijo que «la santa y pura conciencia encuentra pecado donde no lo hay»; es decir, que ve culpa, dada la pureza de la conciencia, aun donde no la había.

El alma que me ama, permanece en la casa del conocimiento de sí misma, como hicieron los apóstoles, que permanecieron en casa y no se movieron, perseverando en vigiliass y humildes y continua oración hasta la venida del Espíritu Santo.

### **Perdido el temor, como los apóstoles, se entregan al bien del prójimo**

Resta por decir en qué se conoce que el alma ha llegado al amor perfecto. Es la misma señal que se dio a los apóstoles luego que hubieron recibido el Espíritu Santo. Salieron del cenáculo, y, perdido el miedo, anunciaban mi palabra y predicaban la doctrina de mi Hijo. Lejos de temer los tormentos, se glorian de ellos. No les preocupaba presentarse delante de los tiranos de este mundo y anunciarles la verdad para la gloria y alabanza de mi nombre.

Así el alma que ha llegado al amor perfecto, participa de mi caridad, que es el mismo Espíritu Santo, en su voluntad, fortaleciéndose y disponiéndose a sufrir trabajos y a salir fuera por mi Nombre y dar a luz las virtudes en el trato con su prójimo. No es que salga fuera de la casa del propio conocimiento, sino que salen del alma las virtudes socorriendo a su prójimo de muy diversas maneras. Así corre por el puente de la doctrina de Cristo crucificado y no tiene otro modelo ante sus ojos que a Él.

En el costado de Cristo crucificado conoce el fuego de la caridad divina, que es lo que te manifestó mi Hijo cuando le preguntaste: «¿Oh dulce e inmaculado Cordero! Tú estabas ya muerto cuando te abrieron el costado, ¿por qué quisiste que se te hiriera y se te abriera el corazón?» El respondió, si te acuerdas: «Muchas razones había para ello, pero te diré la principal. Mi deseo para el linaje humano era infinito, y el acto de pasar penas y tormentos era finito. Por esto quise que vieses el secreto del corazón, mostrándolo abierto para que comprendierais que amaba mucho más y que no podía demostrarlo más que por lo finito del sufrimiento.

Yo conocía la debilidad y fragilidad del hombre, que le lleva a ofenderme. No que se vea forzado por ella ni por ninguna otra cosa a cometer la culpa, si él no quiere, sino que, como frágil, cae en culpa de pecado mortal, por la que pierde la gracia que recibió en el sano

bautismo en virtud de la Sangre de mi Hijo. Por esto fue necesario que mi Caridad divina proveyese a dejarles un bautismo continuo, el cual se recibe con la contrición del corazón y con la santa confesión, hecha a los pies de mis ministros. La Sangre de Jesucristo es la que hace deslizar la absolución del sacerdote por el semblante del alma.

Si la confesión es imposible, basta la contrición del corazón. Entonces es mi clemencia la que os da el fruto de esta preciosa sangre. Mas, pudiendo confesaros, quiero que lo hagáis. Quien pudiendo no se confiesa, se ha privado del precio de la Sangre del Cordero. Es cierto que en el último momento, si el alma la desea y la puede haber, también la recibirá; pero no haya nadie tan loco que con esta esperanza aguarde a la hora de la muerte para arreglar su vida, porque no está seguro de que, por su obstinación y en mi divina justicia, no le diga: «Tú no te acordaste de mí en vida, mientras tuviste tiempo, tampoco yo me acuerdo de ti en la hora de la muerte». Que nadie, pues, se fie, y si alguien, por su culpa, lo hizo hasta ahora, no dilate hasta última hora el recibir este bautismo.

En este bautismo continuo el alma conoce que el tormento de la cruz que padeció mi Hijo fue finito, pero el fruto que de él habéis recibido es infinito, en virtud de la naturaleza divina unida a la humana. Es infinito el fruto, no porque lo sea el sufrimiento que yo sufrí con tanto fuego de amor, sino porque el deseo de vuestra salvación era infinito. Si no hubiese sido infinito, no habría sido restaurado todo el género humano, ni el hombre podría levantarse después de su pecado. Estos lo manifesté dejando abrir mi costado, donde halláis los secretos de mi corazón, demostrándoos que os amo mucho más de lo que puedo manifestar con un tormento finito.

[«¿Quieres sentirte segura? Escóndete dentro de este costado abierto. Piensa que, alejada de este corazón, te encontrarás perdida; mas, si entras una vez, hallarás en él tanto deleite y dulzura, que no querrás salirte ya jamás.» (Carta 163)]

### **Estado de hijos no separado del de amigos. Pruebas de que han llegado al estado de amigos**

El alma que ha llegado al estado de amigo e hijo me habla a mí con la continua oración. Habla conmigo mentalmente, ofreciéndome dulces y amorosos deseos por la salvación de las almas. Habla exteriormente cuando anuncia la doctrina de mi Verdad, amonestando

y confesándola audazmente y delante de quienquiera, sin temor alguno de las penas que el mundo pudiera infligirle.

Además, pasa escamios, afrontas, dolores, improperios y persecuciones, pasando hambre, sed, frío y calor, congojas, lágrimas y sudor por la salvación de las almas. Todo lo soporta en honor mío soportando a su prójimo.

Y vive las virtudes verdaderas, muriendo a la propia sensualidad y a la propia voluntad. Así encuentra la paz y la tranquilidad, de manera que nadie la puede turbar, porque está perdida y anegada su voluntad. Sigue la doctrina de Cristo crucificado, y no afloja su paso por injurias que reciba, ni por ningún deleite que el mundo le ofrezca. Pasa por todas estas cosas con fortaleza y perseverancia, porque me ama a mí por mí mismo, en cuanto soy suma bondad, digno de ser amado.

### **Características del estado de hijos**

¡Fíjate en mis santos! Por mí se hicieron pequeños, y yo los he hecho grandes. Y así, el mundo los honra, porque ellos despreciaron el mundo. Estos, si el prójimo necesita de su ayuda, le sirven varonilmente, perdiéndose a sí mismos y no preocupándose de sus cosas.

Sea cual fuere el modo con que emplean su vida y su tiempo en mí honor, gozan y hallan paz y tranquilidad de espíritu. ¿Por qué? Porque no eligen servirme a su modo, sino según el mío. Por eso no les pesa más el tiempo de la tribulación que el del consuelo. Para ellos es lo mismo lo uno que lo otro, porque en todo hallan mi voluntad y no piensan sino en conformarse con ella en cualquier parte donde la hallan.

Ven que nada se hace sin mí, sino que todo está hecho con misterio y providencia divina, fuera del pecado, que no es. Por eso aborrecen el pecado. Están tan firmes y constantes en su deseo de caminar por el camino de la verdad y no aflojan nada su paso, sino que sirven fielmente a su prójimo, sin fijarse en su ignorancia o ingratitud; ni porque alguna vez el vicioso lo injurie o reprenda en su bien obrar dejarán ellos de clamar en mi presencia, haciendo santa oración por él, doliéndose más de la ofensa que me hacen a mí y del daño de su alma que de su propia injuria.

Estos dicen con el apóstol Pablo, mi heraldo: *El mundo nos maldice, y nosotros bendecimos; nos persigue, y damos gracias; nos*

*arroja como inmundicia y basura, y lo sufrimos con paciencia* (1 Cor 4, 12-13).

Estas son las dulces señales, y sobre todas ellas la virtud de la paciencia, que demuestra, en verdad, que el alma ha salido del amor imperfecto y llegado al perfecto, siguiendo al dulce e inmaculado Cordero, mi Hijo unigénito, que, estando en la cruz sostenido por los clavos de amor, no retrocede porque los judíos le digan: *Desciende de la cruz y creéremos en ti* (Mt 27,40). Ni por vuestra ingratitud se vuelve atrás ni deja de perseverar en el cumplimiento de la obediencia que yo le había impuesto. Estos hijos queridísimos, por mucho que el mundo los quiera hacer retroceder con halagos y amenazas, no vuelven atrás su mirada, sino que se fijan sólo en mi Hijo unigénito. Estos se guardan bien de abandonar el campo de batalla, para volver a casa y recoger el vestido que dejaron, de agrandar más a las criaturas y temerlas más que a mí, que soy su Creador. Antes permanecen en el combate con gusto, saciados y ebrios de la sangre de Cristo Crucificado. Esta sangre es la que yo os brindo en el Cuerpo místico de la Santa Iglesia para reconfortar a los que quieran ser verdaderos caballeros y combatir contra la propia sensualidad, contra el mundo y contra el demonio, perseverando virilmente hasta la muerte. Cuando vuelven a mí, Padre Eterno, que soy quien recompenso todo trabajo, de mí reciben la corona de la gloria.

Estos se glorian como Pablo en *las tribulaciones y en los oprobios de Cristo crucificado*. Desean ser útiles al prójimo con trabajos y sufrimientos, trayendo los estigmas de Cristo crucificado; es decir, que el amor torturado que dentro llevan resplandece en su cuerpo, y lo manifiestan despreciándose a sí mismos, sufriendo molestias y trabajos de cualquier tipo en la manera que yo se los conceda.

[«Procura no rehusar fatiga alguna, sino recibelas con alegría, saltiéndoles al encuentro con deseo perfecto diciendo...: ¡Qué beneficio me hace mi Creador al permitirme sufrir y padecer para gloria y alabanza de su nombre! Haciéndolo así, la amargura os será dulzura y refrigerio.» (Carta 63)]

Te dije de los otros, menos perfectos, que me apartaba de ellos no en cuanto a la gracia, sino en cuanto al sentimiento de mi presencia. No obro así con estos muy perfectos, que han muerto del todo a su voluntad propia, sino que continuamente estoy presente en su alma por la gracia y por el sentimiento de esta presencia mía; es decir, que

## El demonio les ayuda a crecer en virtud y en mérito

De la misma manera, los demonios no sólo son instrumentos míos en el infierno, sino que en esta vida mortal me sirven para aumentar el mérito de mis siervos mientras peregrinan hacia mí. Se lo aumentan ejercitándolas en la virtud con muchos combates y tentaciones de distintos modos: instigando a uno a hacer injuria a otro, a robarse mutuamente, para privarlos de la caridad. Mas, pretendiendo empobrecer a mis siervos, éstos se fortalecen, probando en ellos la virtud de la paciencia, de la fortaleza y de la perseverancia.

He aquí de que modo hasta ellos me alaban y glorifican, y cómo se cumple mi Verdad en ellos, puesto que para esto los creé, y para que participaran de mi belleza.

## Los que son mis hijos desean verse librados de la pesadez del cuerpo mortal

Los que han llegado a este estado y me aman como hijos no tienen miedo a la muerte, porque la desean y han declarado la guerra a su carne. Por eso dicen: *¿Quién me librará de mi cuerpo? Deseo verme libre de él para estar con Cristo*. Porque el alma así elevada desea verme, y verme glorificado y alabado. Por el deseo de verme les resulta insoportable la vida. Sin embargo, puesto que su voluntad ya no es suya, sino que se ha hecho una cosa conmigo por el amor, no pueden querer ni desear lo que yo quiero; están contentos de permanecer en el mundo si yo quiero que permanezcan con su pena para mayor gloria y alabanza de mi nombre y salud de las almas. Corren tras Cristo crucificado y gozan tanto más cuanto más sufren. Más todavía, el soportar muchas tribulaciones, en su deseo de la muerte, les sirve muchas veces de consuelo. Estos no sólo sufren con paciencia, como en el tercer escalón, sino que se glorían en las muchas tribulaciones sufridas por mí. Se alegran porque se ven revestidos de las penas y oprobios de Cristo.»

## Capítulo V

### Clases y fruto de las lágrimas

Entonces, aquella alma deseaba saber algo más sobre los estados del alma que Dios le había revelado. Veía que las almas pasan de un

estado al otro con lágrimas, y quería saber la diferencia de estas lágrimas. Por esto suplicaba a la Verdad se lo diese a entender.

[Las «lágrimas» son la manifestación de los sentimientos interiores en las distintas etapas por las que el alma pasa en su itinerario hacia Dios. Hay cinco clases, las primeras de muerte y las cuatro restantes de vida.]

Entonces, la dulce Verdad le decía:

«¡Oh querida hija! Me pides que te muestre las diversas lágrimas y sus frutos. Abre bien los ojos de tu inteligencia, y te lo mostraré.

### 1. Lágrimas de muerte

Las primeras son las lágrimas de los malvados de este mundo. Son lágrimas de condenación.

Quiero que sepas que toda lágrima procede del corazón. Si el corazón sufre, los ojos lloran. Si se trata de un dolor sensual, derrama lágrimas que engendran muerte, porque proceden de un corazón lleno de amor desordenado, fuera de mí. Y porque es desordenado, me ofende y produce dolor y lágrimas de muerte. Es cierto que la gravedad de la culpa y del llanto es mayor o menor según la medida del amor desordenado.

### 2. Lágrimas por los pecados, las cuales empiezan a dar vida

Fíjate ahora en las lágrimas que empiezan a dar vida, es decir, las de los que reconocen sus culpas y comienzan a llorar por temor del castigo. No llegan aún al aborrecimiento perfecto del pecado, pues les duele, no la ofensa que implica contra mí, sino el castigo que le sigue.

### 3. Lágrimas de amor imperfecto

Conforme se va ejercitando en la virtud, empieza el alma a perder el temor y a vivir el amor, se va conociendo a sí misma y a mi bondad. Empieza a esperar en mi misericordia, y entonces experimenta a la vez dolor, porque se siente culpable, y alegría, porque empieza a esperar en mi misericordia. Mas, no habiendo llegado todavía a una gran perfección, con frecuencia sus lágrimas no están exentas de alguna sensualidad. A causa de su amor propio, todavía apetece las consolaciones.

Y así, cuando se ve privada de lo que ama, es decir, de los consuelos interiores que vienen de mí, o de los exteriores de las

criaturas, o le sobrevienen tentaciones o persecuciones de los hombres, sufre y llora lágrimas tiernas y llenas de compasión para consigo misma; compasión de amor propio espiritual, porque todavía no tiene la voluntad totalmente negada.

#### **4. Lágrimas de amor a Dios y de compasión por el prójimo**

Pero, creciendo el conocimiento de sí misma y el conocimiento de mi bondad, empieza el alma a unirse y a conformar su voluntad con la mía. Entonces comienza a sentir gozo y compasión: gozo por el amor que me tiene, y compasión para con el prójimo, doliéndose sólo de mis ofensas y del daño del prójimo. El alma ya no piensa en sí misma, sino sólo en darme gloria y alabanza. Con angustioso deseo, se deleita en la santísima cruz, es decir, en irse conformándose con el humilde, paciente e inmaculado Cordero, Hijo mío unigénito, del que hice puente.

Luego el alma sufre con verdadera y dulce paciencia todo trabajo y toda pena que permito para su salvación. Los sufre virilmente; no los elige a su gusto, sino según el mío. Y no sólo sufre con paciencia, sino con alegría. Y considera una gloria ser perseguida por mi Nombre, aunque tenga que padecer. Experimenta el alma tanto deleite y tranquilidad de espíritu, que no hay lengua capaz de decirlo.

#### **5. Lágrimas de dulzura, por la unión del alma con Dios**

Habiendo pasado por medio de mi Verbo, es decir, por la doctrina de mi unigénito Hijo, fijos los ojos en mí, el alma está unida a mí por el amor. Los ojos derraman lágrimas de dulzura, gustando de la presencia del amor divino.

Mas este estado unitivo, que hace derramar lágrimas de dulzura, no le impide ejercitar la caridad con el prójimo, llorando con los que lloran y gozándose con los que gozan. De esta manera alimenta en sí el fuego de la caridad, porque la caridad del prójimo procede de la mía, es decir, de este conocimiento que el alma adquiere conociéndose a sí misma y a mi bondad en sí viéndose amada por mí inefablemente. Y por esto, con el mismo amor con que se ve amada, ama ella a toda criatura racional, y ésta es la razón por la que el alma que me conoce se dispone inmediatamente a amar a su prójimo. Porque se siente inefablemente amada, ama, a su vez; ama lo que ve que yo más amo.

Al conocer que a mí no se me puede hacer bien alguno, me lo tributa por el medio que os he ofrecido, es decir, a través de vuestro prójimo.

Debéis amar con aquel amor puro con que yo os amo; debéis amar a la criatura sin ser amados por ella, para darme gloria y alabanza, sólo porque yo la amo. Así cumpliréis el mandamiento de amarme a mí sobre todas las cosas y al prójimo como a vosotros mismos.

#### **Cómo huye el demonio de los que llegan a la perfección de la última clase de lágrima**

En estas últimas lágrimas el alma se une de verdad a mí y crece en gran manera el fuego de su santo deseo. Este inflamado deseo ahuyenta al demonio y no pueden perjudicar al alma ni las injurias que la hagan ni las consolaciones espirituales o temporales.

Es cierto, no obstante, que el demonio, por su parte no duerme nunca. Con ello os da una lección a vosotros, negligentes, que en los tiempos prósperos permanecéis dormidos. Pero el demonio no puede dañar a éstos, porque no puede sufrir el calor de su caridad ni la unión que tiene conmigo. Huye, como la mosca de la olla que hierve. Si la olla fuera tibia, no tendría tanto miedo, sino que entraría en ella, aunque algunas veces pereciera dentro hallando más calor del que se imaginaba. Así sucede con el alma antes que llegue al estado perfecto; el demonio, creyéndola tibia, entra en ella con diversas tentaciones. Mas, como esta alma ha adquirido gran calor —conocimiento y desagrado del pecado—, resiste y no consiente.

Por esto debe alegrarse toda alma que se sienta muy combatida, porque éste es el camino para llegar a este dulce y glorioso estado.

Te ha hablado de las lágrimas perfectas e imperfectas y cómo salen todas del corazón. Su única diferencia estriba en el amor de este corazón, que puede ser ordenado o desordenado, perfecto o imperfecto.

#### **Lágrimas de fuego**

Mé queda por hablarte ahora de los que quisieran la perfección de las lágrimas y les parece que no la pueden alcanzar.

Hay un llanto de fuego, es decir, de verdadero y santo deseo, que se consume por amor. Querria deshacer su vida en llanto por odio de sí mismo y por la salvación de las almas, y le parece que no puede. Estos

tienen lágrimas de fuego y es el Espíritu Santo el que llora en ellos por sí mismos y por su prójimo. Quiero decir que mi caridad divina enciende con su llama el alma para que ofrezca sus ansiosos deseos en mi presencia. Son lágrimas de fuego, y en este sentido digo que es el Espíritu Santo quien llora. Esto quería decir el apóstol Pablo cuando dijo que el Espíritu Santo ora en vosotros, con gemidos inenarrables.

Esta alma no debe desalentarse ni pensar que está privada de mí. Se debe conformar plenamente con mi voluntad, y debe aceptar humildemente que le conceda o no las lágrimas, según me plazca. Permíto yo algunas veces que no tenga lágrimas sensibles para que esté continuamente humillada en mi presencia y gustando de mí con una oración continua. Si consiguiese inmediatamente lo que pide, no le sería de tanto provecho como ella piensa por la excesiva satisfacción de tener lo que había deseado. Aflojaría en el afecto y en el deseo con que me las está pidiendo. Para que vaya aumentando y no para que disminuya, me abstengo de darle lágrimas sensibles, pero le doy las espirituales, llenas de fuego de mi divina caridad, las cuales me son agradables en cualquier tiempo y condición. Yo soy médico, y vosotros enfermos, y doy a todos lo que es necesario para vuestra salud y para aumentar la perfección de vuestra alma.

Esta es la explicación de los cinco estados de las lágrimas que te he declarado, hija mía. Sumérgete, pues, en la sangre de Cristo crucificado, mi inmaculado Cordero, creciendo continuamente en la virtud para que en ti se alimente el fuego de mi divina caridad.

### **El llanto de los mundanos es un árbol con frutos de muerte**

Queda por decir cuál es el fruto de las lágrimas y el efecto que producen en el alma.

Empezaré por hablarte de las lágrimas de aquellos que viven miserablemente en el mundo, elevando las criaturas y las cosas creadas y sus propia sensualidad al rango de Dios. Te dije que todas las lágrimas procedían del corazón, porque tanto sufre el corazón cuanto ama. Los hombres del mundo lloran cuando sienten dolor en el corazón, es decir, cuando se ven privados de lo que aman. Sus llantos son tan diversos como diferentes son sus amores. Y como la raíz de su amor propio sensitivo está podrida, corrompido está todo lo que hacen; es como un árbol que no da frutos más que de muerte.

El alma que vive virtuosamente hunde la raíz de su árbol en el valle de la verdadera humildad. Mas estos que viven miserablemente la ponen en el monte de la soberbia. Los frutos son sus obras, todas ellas envenenadas por muy diversos pecados. Y, si dan algún fruto de buenas obras, por estar podrida la raíz, todo sale corrompido. Así es el alma que está en pecado mortal.

Este árbol tiene siete ramas, que se inclinan hasta la tierra, de las que salen las flores y hojas. Son los siete pecados capitales, cargados de otros muchos y diversos pecados, unidos con la raíz y el tronco del amor propio y del orgullo. Este ha producido, ante todo, las ramas y las flores de los malos pensamientos. Siguen luego las hojas de las palabras y el fruto de las malas obras. Las ramas de los pecados mortales están inclinadas hasta el suelo, porque jamás se dirigen más que a la tierra de las cosas de este mundo, no ordenadas a mí. No se fijan más que en cómo podrán nutrirse de la tierra de forma insaciable. Por ser insaciables, se vuelven insoportables a sí mismos. Es justo que estén siempre inquietos e insatisfechos. No se pueden saciar porque apeteecen siempre lo finito, siendo ellos infinitos en cuanto al ser, porque éste jamás perece, aunque perezca la gracia por el pecado mortal.

Y porque el hombre ha sido puesto por encima de todas las cosas creadas, y no las cosas creadas encima de él, no puede saciarse ni estar tranquilo sino con cosas mayores que él. Superior a él no hay nadie sino yo, Dios Eterno, y por esto yo sólo los puedo saciar. Al estar privados de mí, están en continuo tormento y pena.

### **Los cuatro vientos que combaten el alma de los mundanos**

Los cuatro vientos que combaten a estos mundanos son la prosperidad, el temor, la adversidad, y el remordimiento.

El viento de la prosperidad fomenta el orgullo, la presunción de sí mismo y el desprecio del prójimo. Si se trata de un poderoso de la tierra, ejerce su poder injustamente, con vanidad de corazón e inmundicia de cuerpo y de espíritu, por interés de su propia reputación y con muchos otros vicios que a éstos acompañan.

El viento de la prosperidad, ¿es corrompido en sí mismo? No. Ni éste ni ninguno. Lo corrompido es la raíz principal del árbol, que, a su vez, lo corrompe todo. Yo, que todo lo gobierno, doy todas las cosas y soy sumamente bueno. Por esto es bueno todo lo que trae el viento de

la prosperidad; pero para estos mundanos trae llanto, porque su corazón no está saciado y sigue deseando lo que no puede tener.

Después de éste viene el viento del temor servil, que les hace tener miedo hasta de su propia sombra, temiendo perder lo que aman. O temen perder la propia vida, o la de sus hijos, o de otras personas. O temen perder su posición o bien otras cosas de su amor propio o de su ambición de honor y riquezas. Este miedo les impide disfrutar en paz, porque no lo poseen ordenadamente, según mi voluntad. Y, puesto que a uno se le puede considerar por el señor a quien sirve, éste se convierte en nada, porque el pecado es nada.

Mientras los sacude el viento del temor, les llega el de la adversidad, que tanto temían, y les quita lo que poseían o en todo o en parte. En todo cuando forzosamente la muerte todo se lo quita. Otras veces, en parte, cuando se les priva de alguna que otra cosa: salud, hijos, riquezas, posición, honores, según que yo, dulce médico, veo ser necesario para vuestra salvación.

Mas, porque vuestra fragilidad está toda corrompida y sin verdadero conocimiento, corrompe hasta el fruto de la virtud de la paciencia. De ahí las impaciencias, escándalos y murmuraciones, odio y aversión contra mí y contra mis criaturas. Lo que yo les di para vida, lo reciben como fruto de muerte, con dolor equivalente al amor con que lo querían.

Así el alma sufre por la impaciencia, que le seca y le mata, quitándole la vida de la gracia. Esta impaciencia le seca y consume, y le ciega espiritualmente, privándole de todo gozo y arrebatándole la esperanza, ya que se ve privado de todo aquello en que había puesto su afecto, su esperanza y su fe. Por esto llora.

No son, ciertamente, las lágrimas las que traen tantos inconvenientes, sino el afecto desordenado, del que proceden las lágrimas. Si el corazón fuese ordenado y tuviese la vida de la gracia, las lágrimas serían también ordenadas y me forzarían a mí, Dios Eterno, a tener misericordia con ellos.

¿Por qué, pues, decía que estas lágrimas dan muerte? Porque son la señal que da a entender que en el corazón está la vida o la muerte.

Dije también que soplaban un viento de remordimiento. También es mi divina bondad la que lo envía, pues, habiendo intentado en la prosperidad atraerlos a mí por el amor o por el temor — importunándolos a que enderecen su corazón a amarme virtuosamente

después de que han probado las tribulaciones para hacerles venir en conocimiento de la fragilidad e inconsistencia del mundo—, les procuro remordimientos, porque los amo, viendo que todo lo anterior nada ha servido. Estos remordimientos de conciencia se los envío para que abran su boca y vomiten la podredumbre de sus pecados por la santa confesión. Mas ellos, obstinados y justamente reprobados de mí por sus iniquidades, en modo alguno evitan esta inquietud y pretenden ahogarla con sus miserables placeres, con desagrado mío y del prójimo.

Todo les sucede porque está corrompida la raíz con todo el árbol, y cualquier cosa se les convierte en muerte, y están en continuas penas, llanto y amargura. Si no se corrigen, mientras tienen tiempo para usar de su libertad, de este llanto del tiempo, llegarán al llanto de la eternidad. De modo que lo que era en ellos finito, se convierte en infinito.

Mientras estáis en esta vida, podéis odiar y amar según os plazca. Mas, si el hombre muere en amor de la virtud, recibe bien infinito, y, si muere en odio, en este odio infinito permanece, recibiendo la condenación eterna. No pueden desear bien alguno, por hallarse privados de mi misericordia y de la caridad fraterna que los santos gustan en su trato mutuo y de la caridad que tenéis vosotros, peregrinos, caminantes en esta vida, en la que os he puesto para que lleguéis a mí, que soy vuestro término y vida eterna.

Ni oraciones, ni limosnas, ni ninguna otra obra les es de provecho. Son miembros cortados del cuerpo de mi divina caridad, porque no quisieron, mientras vivían, estar unidos a la obediencia de mis santos mandamientos en el Cuerpo místico de la santa Iglesia, en la que recibís la sangre del Cordero inmaculado, mi unigénito Hijo. Por eso reciben el fruto de la condenación eterna con llanto y crujiir de dientes.

### **El fruto de las otras lágrimas**

Resta ahora decir los frutos que reciben los que comienzan a huir de la culpa, por el temor del castigo, y a conquistar la gracia.

Algunos salen de la muerte del pecado mortal por el temor del castigo. ¿Qué frutos perciben éstos? Empezan a vaciar la casa de su alma de toda inmundicia. Purificada el alma de toda culpa, recibe la paz de la conciencia y empieza a disponer su voluntad, a abrir los ojos de su inteligencia, para ver lo que él mismo es, pues antes de esta



limpieza no veía más que el desorden de muchos y variados pecados. Empieza también a recibir consuelos, porque el gusano de la conciencia está quieto.

Como el hombre que ha curado su estómago siente despertarse el apetito de la comida, así éstos sienten despertar su voluntad por el deseo de la virtud, que es su alimento. Y así es en verdad, porque el alma, temerosa todavía, pero ya purificada de sus pecados, por su deseo de amar, empieza a llenar de virtudes su casa. Aunque imperfecta todavía, si va dejando el temor, recibe consolación y deleite. Y por este gozo y consolación que encuentra en mí empieza a amar muy dulcemente, experimentando la dulzura de los consuelos que le provienen de mí o de las criaturas.

Ejercitando este amor que entró en su alma después que le hubo purificado el temor, empieza a recibir los frutos de mi divina bondad, empieza a gustar y recibir muchos y diferentes frutos de consolación.

Si persevera, llegado a las siguientes lágrimas, encuentra el alimento del dulce y amoroso Verbo. Empieza entonces a alimentarse de mi honra y de la salvación de las almas, llena de odio contra consigo misma y contra el pecado. Y así se va fortificando, odiando su propia sensualidad. Adquiere una sincera humildad, una paciencia que jamás se escandaliza y asegura al alma contra toda pena, porque mató su voluntad propia de donde procedían las penas. Sólo la voluntad sensual se escandaliza de las injurias y de las persecuciones y de las privaciones de los consuelos espirituales o gustos temporales, como te dije más arriba y es lo que le hace caer en la impaciencia. Pero, ya que esta voluntad está muerta, empieza a gustar el fruto de la dulce paciencia.

¡Oh fruto suavísimo, cuán dulce eres para quien te saborea y cuán agradable me es! Cuando vienen las injurias, permaneces en paz; estando en el mar tempestuoso que agitan los vientos peligrosos y cuyas grandes olas zarandean la barca frágil del alma, tú estás pacífica y tranquila, sin miedo a mal alguno, porque sabes que está protegida la barca por la dulce voluntad de Dios. Está revestida de una verdadera y ardentísima caridad para que el agua no pueda penetrar en ella.

¡Oh hija queridísima! Esta paciencia es como un reina que habita en el alcázar de la virtud de la fortaleza. Vence, sin ser jamás vencida. No está sola sino acompañada por la perseverancia. Es el meollo de la caridad y la que da a entender si este vestido de la caridad es o no ves-

tido nupcial. Si está desgarrado por alguna imperfección, se manifiesta inmediatamente por la falta de paciencia.

Todas las virtudes pueden disfrazarse alguna vez y aparecer como perfectas no siéndolo (aunque a mis ojos no hay disfraz posible). Si en el alma hay este dulce paciencia, meollo de la caridad, demuestra claramente que todas las demás virtudes son vivas y perfectas. Mas, si ella está ausente, señal es que todas las virtudes son imperfectas y que no han llegado todavía a la mesa de esta santísima cruz, donde esta virtud de la paciencia fue engendrada en el conocimiento de sí y en el conocimiento de mi bondad y nacida de un odio santo y unguida de verdadera humildad.

Contempla, hija queridísima, esta virtud en los dulces y gloriosos mártires. El mundo con todas sus grandezas, los poderosos con todo su poder, nada podían contra ellos, porque estaban sostenidos por esta reina de la dulce paciencia.

### **Gracias de unión inenarrables, fruto de las últimas lágrimas expuestas**

El fruto de las últimas lágrimas, las unitivas, no están separado de los anteriores, sino unidos entre sí, como el amor del prójimo está unido con el mío, pues que uno fomenta el otro. Pero ha crecido tanto el alma llegada a este estado, que no solamente soporta pacientemente, como te he dicho, sino que desea con alegría el sufrimiento despreciando todo alivio, de cualquier parte que le provenga, con tal de conformarse con mi verdad, Cristo crucificado.

Esta alma recibe el fruto de un gran sosiego de espíritu, un sentimiento de unión con mi dulce naturaleza divina, en la que gusta la leche como el niño que descansa tranquilo sobre el pecho de su madre. Así, el alma, llegada a este último estado, descansa en el pecho de la divina caridad, siguiendo a Cristo crucificado.

Vosotros no podéis seguir el camino de vuestra vida sin sufrimiento; sólo por el mucho sufrir llegaréis a las virtudes verdaderas. Por esto el alma se alimenta de Cristo crucificado, que es la Verdad, gustando mi naturaleza divina, que hace dulce la virtud. Esta es la verdad: que las virtudes en sí mismas no eran dulces, mas ahora lo son, porque fueron practicadas en estado de unión conmigo, amor divino, por mi honor y la salud de las almas

Considera, mi dulce hija, cuán dulce y glorioso es este estado, en que el alma ha llegado a unirse tan íntimamente en la caridad, que ya no se halla sin Cristo crucificado ni sin mí, Padre Eterno.

La memoria se llena de un continuo recuerdo de mí por los beneficios que sólo por amor ha recibido; no tanto por los beneficios en sí mismos, cuanto por la caridad con que se los di.

Considera particularmente el beneficio de la creación, por el que se ve hecha a mi imagen y semejanza. La consideración de este beneficio le hizo comprender, cuando estaba en el primer estado, el castigo reservado a su ingratitud, y esto le movió a levantarse de la miseria de sus culpas.

En virtud de esta preciosa sangre de Cristo la creé de nuevo a la vida de la gracia, lavándole el semblante de su alma de la lepra del pecado. En este segundo estado halla la dulzura del amor y el disgusto de la culpa, con la que comprende haberme disgustado tanto, que llegué a castigarla sobre el cuerpo de mi unigénito Hijo.

Recuerda luego el advenimiento del Espíritu Santo, que esclareció y esclarece las almas en la verdad. ¿Cuándo recibe el alma esta luz? Después que reconoce en sí mis beneficios. Entonces recibe luz perfecta, conociendo mi verdad, que consiste en esto: en que por amor la creé para darle la vida eterna.

Esta es la verdad que yo os he revelado en la sangre de Cristo crucificado. Luego que el alma la ha conocido, la ama; amándola, la manifiesta, amando únicamente lo que yo amo y odiando lo que yo odio.

Además de este conocimiento adquirido en la unión verificada conmigo, se eleva hacia una luz que está por encima de la naturaleza, que no viene de la naturaleza, como te dije, ni la ha conseguido por su propio trabajo, sino que gratuitamente se la dio mi dulce Verdad, que no desprecia los ansiosos deseos ni los trabajos que le ha ofrecido en mi presencia. Entonces se une a mí en un perfectísimo y ardentísimo amor. Si alguien me preguntase: ¿Quién es esta alma?, respondería: Es otro yo transformado en mí por amor.

¿Qué lengua podría referir la excelencia de este último estado unitivo? No hay lengua capaz de referirlo, pero bien os lo dan a entender los santos doctores, que, iluminados por esta luz gloriosa, interpretan las Sagradas Escrituras.

Esta luz alumbró al glorioso Tomás de Aquino, ya que su ciencia la adquirió más en la oración y en el éxtasis, que esclarecía directamente su entendimiento, que por estudio humano. Por este motivo, él fue una lumbre que puse en el Cuerpo místico de la santa Iglesia para disipar las tinieblas del error.

Piensa en el glorioso Juan Evangelista y en cuánta luz adquirió sobre el precioso pecho de Cristo, mi Verdad, con cuya luz evangelizó el mundo por tanto tiempo. Verás que todos, de uno o de otro modo, os manifiestan esta luz; pero el sentimiento interno, la dulzura inefable y la perfecta unión, no podéis referirlos con vuestra lengua, porque es finita. Esto parece quería decir San Pablo con las palabras: *Ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni paso por la mente humana cuánta es la dulzura y bien que reciben y está preparado para los que me aman.* (1 Cor 2,9).

¡Oh cuán dulce es esta mansión! Dulce sobre toda dulzura con la perfecta unión que el alma tiene conmigo. Entre ella y mí ya no está interpuesta su voluntad, pues somos una misma cosa. Ella exhala por todo el mundo el perfume y fruto de continuas y humildes oraciones; la fragancia del santo deseo clama por la salvación de las almas, voz sin voz humana, en presencia de mi divina Majestad.

Estos son los frutos de unión que el alma goza en esta vida en este último estado, conquistado con tantos trabajos lágrimas y sudor. De este modo, por la perseverancia, pasa de la vida de la gracia y de esta unión imperfecta a la gracia perfecta. Unión todavía imperfecta, digo, porque mientras está atada a su cuerpo no puede saciarse de lo que desea, vinculada como está a esta ley perversa, que, si está adormecida por la virtud, no está muerta, sin embargo, y puede despertar si desaparece la influencia de la virtud que la mantiene dormida.

Mas, por imperfecta que sea esta unión, le conduce a la perfección durable, que ya nadie le podrá quitar, como te dije hablando de los bienaventurados. En ella, con estos que están plenamente saciados, me gusta a mí, Verdad Eterna, sumo y eterno bien, que jamás tengo fin. Estos han recibido vida eterna, al contrario de aquellos, que recibieron la muerte eterna como fruto de sus lágrimas. Estos, del llanto pasan a la alegría, recibiendo la vida eterna.

He terminado de contarte los grados de las lágrimas y los frutos que el alma percibe de estas lágrimas.»

## Conclusión

Te he mostrado como mi providencia envuelve a toda clase de personas, desde el principio hasta el último momento. Todo lo hago con el fin de que seáis santos.

Esto no lo advierten los hombres perversos del mundo, privados como están de la luz. Ellos no comprenden mis obras y se escandalizan de mí. Sin embargo, yo les espero hasta el último momento.»

## Oración de la Santa

Entonces aquella alma, como ebria, enamorada de la santa pobreza, se sentía transformada al ver el abismo de aquella providencia suma, y decía al sumo y eterno Padre.

«¡Oh Padre Eterno! ¡Fuego y abismo de caridad! Oh eterna Belleza! ¡Eterna Sabiduría! ¡Oh eterna Bondad! ¡Oh Loco de amor! ¡Necesitas, acaso, de tu criatura? Sin embargo, así lo parece, porque obras de tal manera como si sin ella no pudieses vivir, siendo así que tú eres vida y que todo tiene vida por ti, y sin ti nada vive. ¿Cómo has enloquecido de esta manera? Te enamoraste de tu obra, te complaciste y te deleitaste con ella en ti mismo, y quedaste ebrio de su salvación. Ella te huye, y tú la buscas. Ella se aleja, y tú te acercas a ella. Ya más cerca de ella no podías estar, pues llegas hasta vestirme de su humanidad. Y yo, ¿que diré? Te doy gracias, sumo y eterno Padre, por la bondad desmesurada que me has manifestado a mí, miserable e indigna.»

# PARTE V

## SOBRE LA OBEDIENCIA

### Petición de la santa y respuesta de Dios

Padre eterno, deseo que me hables ahora de la virtud de la obediencia, para que me enamore de ella. Dime dónde la puedo hallar, cómo puedo perderla y cuál es la señal clara de que la poseo o de que estoy desprovisto de ella.

## Capítulo I

### El origen de la virtud de la obediencia está en Jesucristo.

Entonces, el eterno Padre condescendiendo a su deseo le dijo:

«Hallarás cumplidamente la virtud de la obediencia en el dulce y amoroso Verbo, mi Hijo unigénito. Fue tan pronta en El esta virtud, que para cumplirla corrió a la afrentosa muerte de la cruz.

[Él dijo: *No he venido a hacer mi voluntad, sino la voluntad de Aquel que me envió (Jn 6,38). Yo hago siempre lo que a El le agrada (Jn 8,29). Mi comida es hacer la voluntad del Padre (Jn 4,34).*]

¿Qué es lo que te hace desobedecer? Fíjate en el primer hombre y verás qué es lo que le hizo desobedecerme: la soberbia, nacida del amor propio. Por esto perdió la vida de la gracia y su inocencia, y cayó en gran miseria. Y no sólo él, sino que con él cayó todo el género humano.

La señal de que posees la virtud de la obediencia es la paciencia. Por el contrario, la impaciencia te demuestra que no la tienes.

Nadie puede llegar a la vida eterna sino obedeciendo, y sin la obediencia nadie entrará en ella, porque su puerta fue abierta con la llave de la obediencia y cerrada con la desobediencia de Adán. Yo, movido de mi bondad infinita, viendo que el hombre, al que tanto amaba, no volvía a mí, que soy su fin, tomé la llave de la obediencia y

la puse en manos de mi dulce y amoroso Verbo; y El, como portero, abrió las puertas del cielo. Sin esta llave y sin este portero, nadie puede entrar. Por esto dijo El: *Nadie puede llegar a mi Padre sino por mí* (Jn 14,6).

¿Por qué fue tan obediente este Verbo? Por el amor que me tenía y por vuestra salvación. ¿De dónde procedía este amor en Él? De la clara visión con que veía la Trinidad eterna. Esta visión obraba en El aquella obediencia perfecta que en vosotros, imperfectamente, obra la fe. El fue obediente a mí, su Padre Eterno, y por esto corrió como enamorado por el camino de la obediencia.

Pero el amor nunca va solo, sino acompañado siempre de las demás virtudes, ya que todas tienen vida por la caridad, aunque en Jesucristo estuviesen las virtudes en grado muy superior al vuestro. Entre estas virtudes está la paciencia, meollo de la caridad y clara señal de que el alma está en gracia y me ama de veras. Obediencia y paciencia van siempre unidas, pues no se abandona nunca la una sin perder la otra. O las tienes ambas o no tienes ninguna.

La obediencia se alimenta de la humildad. Es obediente el que es humilde, y humilde en la medida en que es obediente. La humildad se adorna del desprecio de sí mismo, de los oprobios, ultrajes, y del deseo de agradarme. ¿En dónde encuentra esta humildad? En el dulce Cristo, Jesús, mi Hijo unigénito. Nadie se abatió más que El, que estuvo lleno de oprobios, burlas y afrentas. Se despreció a sí mismo para agradarme a mí. Y ¿quién fue más paciente que El? No se le oyó ni un grito ni una queja. Con toda paciencia abrazó las injurias y como un enamorado llevó a perfecto cumplimiento la obediencia que yo, su Padre, le había impuesto.

En El, pues, encontraréis la obediencia perfecta. El os dejó esta regla y doctrina, que primero observó en sí mismo. El es el camino según dijo —*Yo soy el camino, verdad y vida* (Jn 14,6)— y quien anda por este camino, camina en la luz. Quien anda en la luz, no puede tropezar ni ser herido sin que se dé cuenta, porque ha quitado de sí las tinieblas del amor propio, por las que caía en la desobediencia. Pues, como te he dicho, la compañera y la fuente de la obediencia es la humildad.

Todos debéis leer en este glorioso libro —Jesucristo—, donde encontraréis escritas todas las virtudes.

[«Verdaderamente es como un libro escrito, en el cual cualquiera, aun ignorante y ciego, puede leer. Su primer párrafo es odio y amor: el amor a la gloria del Padre y el odio al pecado» (Carta 225). «Nos ha dado (el Padre) el libro escrito, el Verbo, Hijo de Dios, que fue escrito sobre el leño de la cruz, no con tinta, sino con sangre... ¿Quién será tan torpe y de tan poco entendimiento que no lo pueda leer?» (Carta 309).

Y los superiores, ¿a quién deben obedecer y cómo pueden imitar a Cristo crucificado en la práctica de la virtud de la obediencia? «Mandar es obedecer a Dios, sobrellevando el peso del cargo que El impone...» (Carta 30). Según esta norma objetiva, el que ejerce la autoridad, venciendo gustos, caprichos, sentimientos e intereses personales, debe someter su juicio y mandato con espíritu sobrenatural y por amor a la gloria de Dios, a la santidad de las almas, al espíritu de su instituto religioso...]

## Capítulo II

### De la obediencia común de los mandamientos

Toda vuestra fe está fundada en la obediencia, pues en ella demostráis si me sois fieles o no. Mi Verdad os ha enseñado los mandamientos a todos. El principal es amarme a mí sobre todas las cosas, y al prójimo como a vosotros mismos. Estos mandamientos están tan trabados entre sí, que no se puede observar uno sin que se observen todos, ni quebrantar uno solo sin que no dejen de cumplirse todos. El que observa estos dos, observa todos los demás. Me ama a mí y a mi criatura. Obedece a los mandamientos y a las criaturas por mí. Sufre con humildad y paciencia todo trabajo y calumnia del prójimo.

### La obediencia es la llave con que Jesucristo abrió la puerta del cielo. Del mismo modo, sus discípulos sólo podrán abrirla con ella

Es tan grande la excelencia de la obediencia que por ella habéis recibido todos la gracia, de la misma manera que por la desobediencia os ha venido a todos la muerte. Pero no basta que únicamente el Verbo obedezca, y no vosotros. La obediencia es la llave que abre el cielo y esta llave la puso en las manos de su vicario, el Papa. Este vicario la

pone en manos de cada uno al recibir el santo bautismo, en el que promete renunciar al demonio, al mundo, a sus vanidades y placeres. Cuando promete obedecer recibe la llave de la obediencia, de modo que cada uno en particular la tiene y es la misma llave del Verbo.

Si el hombre no se deja conducir con fe y amor hasta abrir con esta llave la puerta del cielo, jamás entrará dentro a pesar de haber sido abierta por el Verbo. Os creé ciertamente sin vosotros, que no me lo pedisteis, y os amé antes que existieseis, pero no os salvaré sin vosotros.

Te conviene, pues, llevar en la mano esta llave, andar y no sentarte. Andar por el camino y la doctrina de Jesucristo. No te sientes, es decir, no pongas el afecto en la cosas finitas, como hacen los necios que siguen al hombre viejo, vuestro primer padre, y hacen lo que él hizo. El arrojó la llave de la obediencia al lodo de la inmundicia, machacándola con el martillo de la soberbia y dejándola enmohecer con el óxido del amor propio. Mas vino el Verbo, mi unigénito Hijo, y tomó en su mano esta llave de la obediencia y la purificó en el fuego de la divina caridad. La sacó del lodo lavándola con su sangre. La enderezó batiendo vuestras maldades sobre el yunque de su propio cuerpo. La forjó de nuevo tan perfectamente que siempre que el hombre la eche a perder voluntariamente, mediante mi gracia y con estos mismos instrumentos la puede reparar.

¡Oh hombre ciego que después que has echado a perder la llave de la obediencia no te cuidas de repararla! ¿Crees, acaso que la desobediencia, que te cerró el cielo, te la va a abrir? ¿Crees que la soberbia te subirá a él? ¿Crees poder ir a las bodas con el vestido desgarrado y sucio? ¿Piensas andar quedándote sentado y estando atado con los lazos del pecado mortal y poder abrir la puerta del cielo sin su llave? Ni te lo imagines siquiera, que te engañarías. Es necesario que te desates. Sal del pecado mortal por la santa confesión, contrición de corazón, satisfacción y propósito de no ofenderme más. Entonces te despojarás del vestido feo y sucio, correrás con el vestido nupcial, con la luz de la fe y con la llave de la obediencia en la mano a abrir la puerta. Átate esta llave con el cordón de la virtud y desprecio de ti y del mundo. Átala a tu cintura, buscando agradarme a mí, tu Creador, para que no la pierdas.

Debes saber, hija mía, que muchos los que toman esta llave de la obediencia, pero la llevan en la mano, sin atársela con el cordón a su cintura; es decir, no desean agradarme del todo, sino que más bien

buscan agradarse a sí mismos. No se han atado el cordón de la humildad deseando ser despreciados. Más bien se deleitan en las alabanzas de los hombres. Estos están expuestos a perder la llave. Basta que sobrevenga un pequeño trabajo, o una tribulación espiritual o corporal. Si no tienen mucho cuidado, muchas veces, al aflojar la mano del amor, la perderán. Cierto que mientras vivan, si, quieren, la pueden volver a encontrar; mas, si no quieren, no la encontrarán jamás. ¿Quién les dará a entender que la han perdido? La impaciencia, porque la paciencia iba unida con la obediencia. Al no ser pacientes, demuestran que la obediencia no está ya en sus almas.

¡Cuán dulce y gloriosa es la virtud de la obediencia, en la que están todas las demás! La caridad la concibe y la da a luz. Es como una reina, y quien la tiene por esposa no siente ni experimenta mal alguno, antes bien disfruta de una paz y quietud inalterables. No pueden dañarle las olas del mar tempestuoso, porque no llegan al centro del alma. No siente odio cuando le injurian, porque quiere obedecer y sabe que se le manda perdonar. No sufre porque no se realicen sus deseos, porque la obediencia le ha enseñado a desearme exclusivamente a mí, que puedo y sé y quiero satisfacer sus deseos. Y así, en todas las cosas, encuentra paz y sosiego.

¡Oh obediencia, que navegas sin trabajo y llegas sin peligro al puerto de la salvación! Tú te conformas con mi Hijo unigénito. Subes a la nave de la santa Cruz dispuesta a sufrir antes que a quebrantar la obediencia del Verbo y apartarte de su doctrina. Tú estás unida con la verdadera humildad, y por esto no apeteces los bienes del prójimo. Tú haces germinar en la tierra los frutos para sí y para el prójimo. Eres toda alegre, porque no turba tu semblante la impaciencia, sino que lo tienes siempre afable por la paciencia, siempre sereno por la fortaleza. Tú eres una perla escondida, ignorada, pisoteada por el mundo. Tan grande es tu poderío, que nadie puede enseñorearse de ti, porque te has liberado de tu propia sensualidad.

### **Sin el freno de la obediencia, los hombres van de pecado en pecado**

Todas estas cosas ha hecho mi bondad y mi providencia, haciendo que el Verbo reparase esta llave de la obediencia. Pero muchos hombres, por desgracia, hacen todo lo contrario.

Como animales desenfrenados, sin el freno de la obediencia, corren de mal en peor, de pecado en pecado, de miseria en miseria, de

tiniebla en tiniebla, con el gusano de la conciencia, que los atormenta continuamente. Desde luego pueden de nuevo obedecer; volver a guardar los mandamientos, aprovechar el tiempo y arrepentirse. Esto, sin embargo, les resulta muy difícil por la larga costumbre que tienen de pecar. Que nadie se fie y demore tomar esta llave de la obediencia hasta el momento de la muerte. Todos deben esperar mientras disponen del tiempo, pero no deben fiarse de que lo tengan para enmendar su vida.

¿Cuál es la causa de tantos males y de tanta ceguera? ¿Por qué no descubren este tesoro de la obediencia? Por la nube del amor propio y de la soberbia que les ciega. No siendo obedientes, no son pacientes, y en su impaciencia sufren penas intolerables. La desobediencia los ha puesto fuera del camino de la verdad y los lleva por el camino de la mentira. Se hacen esclavos y amigos del demonio, y con él, si no se corrigen, por su desobediencia irán al eterno suplicio.

Por el contrarío los obedientes, mis hijos queridos, gozarán y exultarán en mi eterna visión con el humilde e immaculado Cordero. Ellos ya en esta vida saborean la paz. Donde hay paz no hay guerra. Perseverad, pues, con amor en la obediencia, para que gustéis de la vida eterna.

### Capítulo III

#### **Obediencia especial a la que por amor a Dios se ligan los que quieren servirle mejor**

Hay algunos, querida hija, que ponen todo su esfuerzo en atizar el dulce fuego de amor de esta obediencia, venciendo su sensualidad. Estos no se contentan con la obediencia común a los mandamientos, sino que quieren someterse a una obediencia especial, que lleva a la gran perfección. Estos se hacen observantes de los consejos no sólo en espíritu sino de hecho. Para matar en todo su propia voluntad desean atarse al yugo de la obediencia en el estado religioso, o fuera del estado religioso, a un director espiritual, sometién-dole su voluntad para ir más expeditos al cielo. Estos son los que eligen la obediencia más perfecta.

#### **Por esta obediencia llegan a la perfección, la cual no está en el hecho de entrar en la vida religiosa, sino en practicar en ella las virtudes**

El alma que entra en la vida religiosa, no sólo toma el yugo de la obediencia general, la de los mandamientos, sino la obediencia particular, y tanto en una como en otra sigue la doctrina de mi Verdad. Porque por luz de la fe conoce, en la sangre de mi humilde Cordero, el amor inefable que le tengo, y su propia fragilidad, que no corresponde a este amor con la perfección que le debe.

Con esta luz busca de qué manera y en qué lugar podrá pagarme mejor su deuda y matar su propia voluntad; y así halla en el estado religioso, obra del Espíritu Santo, como una nave en la que podrá correr a la perfección y llegar al puerto de salvación. El patrón de esta nave es el mismo Espíritu Santo, que jamás falta, por muchos que sean los pecados de los superiores. Esta nave no puede zozobrar; si zozobra el religioso es por culpa suya. Es tan agradable esta nave que no hay palabras para expresarlo.

Una vez que por la fe y el amor el alma ha encontrado su lugar, penetra en la nave. En ella está como muerto, si es un verdadero obediente; sólo así llegará a la perfección, ejercitándose en la obediencia y perseverando hasta la muerte. De ahí que no se le pueda estimar por el hecho de haber entrado en la vida religiosa, sino por su perseverancia. Desgraciadamente hay muchos que parecían perfectos cuando entraron, pero volvieron la cabeza atrás y permanecieron en ella con mucha imperfección. De modo que no se los debe juzgar por el hecho y el modo de entrar en la nave —esto depende de mí, que llamo de muy distintas maneras—, sino sólo por el amor con el que perseverare obediente en ella.

#### **El religioso obediente lo tiene todo en su instituto, pues es una nave provista de todo**

Esta nave es rica. No tiene que preocuparse el religioso de que pueda faltarle algo, ni en lo espiritual ni en lo temporal. Si él es verdadero obediente y observador de sus reglas, por él proveerá el Patrón, que es el Espíritu Santo. Como te dije habiéndote de mi providencia, mis siervos, aunque sean pobres, no son mendigos. Así, a éstos los socorro en sus necesidades. Bien lo han experimentado los que han sido obedientes, jamás les ha faltado nada en lo temporal cuando los institutos religiosos han florecido en la virtud, en

verdadera, pobreza y caridad fraterna. Han tenido más de lo que su necesidad requería. Pero, cuando en ellos florece el amor propio, viviendo cada uno para sí, y falta la obediencia, viene a faltarles hasta lo necesario.

### **El Espíritu Santo inspiró el estatuto de cada orden según el espíritu propio de sus fundadores.**

En esta nave se encuentra el tesoro de las santas reglas, establecidas con tanta sabiduría y tanta luz por los que fueron hechos templos del Espíritu Santo. Considera a Benito, con cuánta sensatez organizó su orden. Considera a Francisco, con qué perfección y pobreza organizó su nave. Les dio a sus hijos por esposa la verdadera y santa pobreza, a la que primero él había tomado para sí, abrazándose a ella con la humildad. Menospreciándose a sí mismo, no deseaba agradar a ninguna criatura al margen de mi voluntad, sino más bien deseaba ser despreciado por el mundo. Maceraba su cuerpo y mataba su voluntad. Se vestía de los oprobios, penas y vituperios por amor del dulce Cordero, con el cual se había unido y clavado por amor sobre la cruz. Tanto que por singular gracia aparecieron en su cuerpo las llagas de mi Hijo, dejando traslucir en su cuerpo lo que llevaba en su alma. De este modo les abrió el camino.

### **El espíritu de San Francisco en su fundación**

Pero me dirás: ¿No se fundaron acaso todas las otras órdenes religiosas sobre este mismo fundamento de la pobreza? Si, pero no es la pobreza lo principal en todas ellas, aunque todas estén fundadas en ella. Sucede en esto como en las virtudes. Todas tienen vida por la caridad, y, sin embargo, como en otra parte te dije, una es más propia de uno y otra de otro a pesar de poseerlas todas en la caridad. Lo que es propio de Francisco es la verdadera pobreza. De ella hizo el constituyente principal de su nave. Quería pocos y buenos. Pocos, digo, porque no son muchos los que eligen esta perfección.

### **El espíritu de la orden de Santo Domingo**

Considera ahora la nave de tu Padre Domingo, y verás cómo dispuso la suya y no quiso que atendieran a otra cosa más que a la salvación de las almas con la luz de ciencia. ¡Quiso que esta antorcha fuese el principio de su acción, sin renunciar a la pobreza verdadera y voluntaria! Señal de que le desagradaba lo contrario es que dejó en

testamento a sus hijos la herencia de su maldición si llegaban a poseer o fuesen dueños de alguna cosa en particular o en común, como prueba de que había escogido por esposa suya la reina de la pobreza.

Pero tomó la luz de la ciencia como el elemento peculiar de su orden, para extirpar los errores que se habían levantado en aquel tempo. Tomó el oficio del Verbo, mi unigénito Hijo, sembrando en el mundo la verdad y la luz de mi palabra, ahuyentando las tinieblas y trayendo la luz. Fue una luz que yo di al mundo por medio de María. Fue mi bondad la que puso en las manos de ella este encargo. No quiso que sus hijos se ocuparan de otra cosa más que de buscar con la luz de la ciencia la gloria y alabanza de mi Nombre y la salvación de las almas. Y para que no sé preocupen de otra cosa les quitó la preocupación de las cosas temporales y quiso que fueran pobres. Jamás le faltó nada cuando con firme esperanza confiaba en mi providencia.

Domingo dispuso su nave queriendo que estuviera asegurada con la obediencia, la continencia y la pobreza.

¡Qué buenos labradores envió Santo Domingo para extirpar las espinas de los vicios y plantar las virtudes!

Mira a Santo Tomás, cómo contemplaba mi Verdad, en la que adquiría por mi gracia luz sobrenatural y ciencia infusa. La obtuvo más por medio de la oración que por estudio humano. Fue una antorcha muy resplandeciente que iluminó su Orden y todo el Cuerpo místico de la santa Iglesia, ahuyentando las tinieblas de las herejías.

Mira a Pedro de Verona, mártir. Mientras vivió no hacía otra cosa más que orar, predicar, disputar con los herejes y confesar, anunciando la verdad y propagando la fe sin temor alguno. La confesó no sólo en vida, sino hasta en su misma muerte. En el último instante, como le faltasen la voz y la tinta, después de haber recibido el golpe de la espada, mojó el dedo con su sangre, y, faltándole también el papel, se inclinó y escribió en la tierra la profesión de su fe: «Credo in Deum».

En verdad, Domingo y Francisco fueron las dos columnas de la santa Iglesia: Francisco en su pobreza, Domingo en la ciencia.

## Capítulo IV

### Los religiosos frente a la obediencia

#### La humildad, disposición previa del verdadero obediente.

¿Cómo debe proceder el que quiere entrar en la nave de la perfecta obediencia? Debe poseer la luz de la fe, con la que debe matar la propia voluntad, odiando su propia pasión sensitiva y tomando por esposa la verdadera y pronta obediencia, con su hermana, la paciencia, y la nodriza de la humildad. Si no tuviese esta nodriza, la obediencia perecería de hambre, porque en el alma donde no hay humildad, la obediencia muere pronto.

La humildad no está sola, sino que tiene consigo la sirvienta de la modestia, del desprecio del mundo y de sí misma, que hace que el alma se tenga en poco, y no apetezca honores, sino afrontas.

El religioso debe adquirir y conservar en sí esta perfección, tomando pronta y alegremente la llave de la obediencia. Esta llave abre el postigo o puertecita que hay en la puerta del cielo, como sucede en las puertas que tienen postigo.

#### La fe les hace descubrir los males que de la desobediencia les vienen

Los verdaderos obedientes ven que con la carga de las riquezas y el peso de su voluntad no podrán pasar por este postigo sin gran fatiga ni sin peligro de perder la vida, y ven que no podrán pasarla con la cabeza alta sin riesgo de rompérsela; de ahí se desprendan de sus riquezas y de la propia voluntad, eligiendo la pobreza. Si no observasen el voto de pobreza voluntaria, faltarían a la obediencia, y caerían en la soberbia, que les hace llevar alta la cabeza de su voluntad. Y si debiendo obedecer, no inclinan su cabeza con humildad, sino que la bajan a la fuerza, cumpliendo lo que le mandan con desagrado, poco a poco, se verán caídos también en el otro voto, quebrantando la continencia. Porque el que no tiene ordenado su apetito ni se ha despojado de sus bienes temporales, siempre halla amigos con quien conversar, que le quieren para su propio provecho. De estas conversaciones pasan a las amistades íntimas y a recrearse en placeres, porque no tienen humildad y carecen del menosprecio de sí mismos. Viven regalada y delicadamente, no como religiosos, en

vigilias y oración, sino como señores. Estas y otras muchas cosas les suceden porque tienen dinero para gastar; que, si no lo tuvieran, no les sucedería esto.

#### El obediente domina su sensualidad y descubre a todos sus enemigos

Por esto el perfecto obediente se levanta sobre sí y domina su propia sensualidad, echando fuera al enemigo del amor propio, porque no quiere que sea ofendida su esposa, la santa obediencia, a la que se unió por la fe. De este matrimonio nace el vivir las santas costumbres y observancias de la orden, y las virtudes verdaderas: la paciencia, la humildad y el desprecio de sí mismo. El alma queda con paz y sosiego, porque ha arrojado afuera a sus enemigos.

¿Cuáles estos enemigos? El principal es el amor propio, origen de la soberbia. Después están la impaciencia, la desobediencia; la infidelidad; la presunción y confianza en sí mismo; la incoherencia, el desorden; el quebrantar las reglas de la orden, y las malas conversaciones. Está también la ira, la crueldad de corazón, el odio de las virtudes; la impureza; la negligencia, y el mucho dormir.

#### Virtudes y ganancias del obediente

Cuando el religioso conoce, a la luz de la fe, que estos son los enemigos que iban a ofender a su esposa, la santa obediencia, los echa fuera. De ahí que mate su perversa voluntad propia, la cual engordada por el amor propio y es la que da vida a todos estos enemigos de la obediencia. Cortada la cabeza del enemigo principal que sustenta a los demás el alma queda libre y en paz, sin ningún enemigo; nada hay en ella que la pueda amargar o entristecer.

¿Qué combates tiene el verdadero obediente? ¿Le dan guerra las injurias? No, porque es paciente. ¿Le son pesadas las cargas de la vida religiosa? No, porque es obediente. ¿Le entristece la dureza de la obediencia? No, porque ha pisoteado su voluntad y no quiere indagar ni juzgar sobre la voluntad de su superior, antes bien a la luz de la fe descubre en ella la voluntad de Dios. ¿Considera humillantes los quehaceres más bajos o sufrir las afrontas, los improperios, los escarnios o menosprecios que se le puedan hacer o decir? No, porque ama la abyección y el menosprecio de sí mismo, y antes se alegra con paciencia y se regocija con su esposa, la verdadera obediencia.



No se entristece más que por las ofensas que ve que se hacen a mí, su Creador. Mantiene trato con los que me aman en verdad. Y si trata con los que viven separados de mi voluntad, lo hace para sacarles de su miseria. Como un hermano, el bien que tiene lo quiere comunicar a los otros. Por esto se esfuerza en atraerlos con la palabra y la oración. Por todos los medios busca sacarlos de las tinieblas del pecado mortal.

Ya trate con justos o con pecadores, las conversaciones del verdadero obediente son siempre buenas. De todos sus momentos ha hecho un cielo, gozándose de hablar y tratar conmigo, su Padre, huyendo de la ociosidad mediante la humildad y continua oración. Cuando los malos pensamientos le asaltan, no se echa en la cama de la negligencia, abrazando la ociosidad, ni se pone a escudriñar los pensamientos que se le ocurren. Huye la ociosidad, se domina, se levanta sobre su estado de ánimo y con verdadera humildad y paciencia sobrelleva estas pruebas del espíritu; resiste en vigilia y humilde oración, viendo con la luz de la fe que yo soy su defensor y que permito lo que le sucede para que sea más solícito en huir de sí y venir a mí. Si la oración mental le parece difícil, por las tinieblas que obscurecen y fatigan su espíritu, recurre a la oración vocal o a sus ocupaciones manuales para evitar la desidia.

De esta manera, con fe y en obediencia pasa este mar tempestuoso de la vida dentro de la nave de su instituto religioso.

El obediente sólo envidia santamente al que ve más obediente y esmerado que él. Su celda está llena del perfume de la pobreza y no de rico ajuar. No sufre pensando que puedan venirle ladrones para robárselo o que la polilla le echen a perder sus vestidos. Si recibe algún regalo, no piensa en guardárselo para sí, sino que lo comparte con sus hermanos, sin inquietarse por el futuro. Remedia su necesidad en el día de hoy y piensa sólo en el reino de los cielos y en cómo observar la verdadera obediencia. Y, puesto que se observa mejor cuando se va por el camino de la humildad, se doblega lo mismo al pequeño que al grande, al pobre que al rico. Se hace siervo de todos, no rehusando trabajo alguno, mas sirviéndolos a todos caritativamente. El obediente no quiere obedecer a su manera, eligiendo tiempos y lugares, sino según lo prescriben su reglas o su superior.

Todo esto lo hace sin pena ni hastío. Con esta llave de la obediencia en la mano, pasa por la puerta estrecha de la vida religiosa

holgadamente y sin violencia. Es humilde, paciente y perseverante. Vence el ataque de los demonios mortificando y macerando su carne, despojándola de las delicias y placeres, entregándose a los trabajos de la vida religiosa. A él se refería mi Hijo cuando los discípulos discutían sobre cuál de ellos sería el mayor: *Quien no se humille como uno de estos pequeños, no entrará en el reino de los cielos* (Mc 10,14). El que se humilla será ensalzado, y el que se ensalza será humillado (Mt 23,12).

Justamente estos pequeños, que por amor se han humillado obedeciendo verdaderamente, sin oponerse a lo que manda su superior, son ensalzados por mí, sumo y eterno Padre, junto con los ciudadanos del cielo, donde son premiados por todos sus trabajos y ya en esta vida gustan la vida eterna.

### **En el obediente tiene cumplimiento la promesa evangélica: «Recibirán el ciento por uno en este mundo, y una eternidad feliz en el otro»**

Se cumple en ellos lo que respondió mi Hijo a Pedro cuando éste le preguntó: *Maestro, nosotros lo hemos seguido todo por tu amor, y aun a nosotros mismos, y te hemos seguido a ti; ¿qué nos darás?* (Mt 19,27). Y mi Verdad le dijo: *Os daré el ciento por uno y la vida eterna* (Mt 19,29). Como si dijera: «Has hecho bien, Pedro, dejándolo todo, yo, ya en esta vida, te daré el ciento por uno de lo que has dejado.» ¿Cuál es este ciento por uno, al que sigue luego la vida eterna? ¿Los bienes temporales? Propiamente no, sino el fuego de mi caridad, por el que rebosa de alegría vuestro corazón. Porque en la caridad no cabe la tristeza, sino la alegría; la caridad ensancha el corazón y lo hace generoso, sin doblez ni avaricia.

### **Los desobedientes: males que les sobrevienen**

Muy distinta suerte corre el desobediente, pues ya en esta vida gusta los preludios del infierno. Siempre está triste, con turbación de espíritu y remordimiento de conciencia; disgustado de la orden y de su superior. Viene a hacerse insoportable a sí mismo. ¡Qué triste espectáculo ofrece! Esclavo de la desobediencia, impaciente y soberbio, sigue su propio parecer, nacido del amor propio!

Privado de la caridad, vive en gran pesadumbre. Inclina de mala gana la cabeza de su voluntad, y la soberbia se la hace levantar. Todos sus deseos están en desacuerdo con los de su instituto religioso. Este

le manda la obediencia, él ama la desobediencia. Le orden le manda la pobreza voluntaria, y él desea riquezas. Quebrantando los tres votos cae en la ruina y en miserables defectos. Le engaña su amor propio, haciendo caso a su propia sensualidad y a los criterios del mundo. Ha dejado el mundo con el cuerpo, pero permanece en él con el afecto. La obediencia se le antoja pesada y para evitar su peso desobedece, lo que le hace sufrir, pues no vive de amor.

¡Cómo se engaña a sí mismo! Buscando contentar sus gustos, vive en un continuo trabajo, pues no le queda más remedio que hacer muchas cosas a la fuerza. El quiere vivir en grandes deleites y tener el cielo en esta vida, mientras que la orden quiere que sea peregrino y a cada paso se lo da a entender, porque cuando goza de descanso en algún sitio en donde permanecería con gusto, le manda que se mude a otro. De esta forma sufre con los cambios de residencia. Y si no obedece, queda sujeto a sufrir la corrección; y así vive en continuo tormento. Queriendo huir del trabajo, los tiene mayores. Su ceguera le impide conocer el camino de la verdadera obediencia, camino fundado por el obediente Cordero, mi Hijo unigénito. Mas él va por el camino de la mentira, pensando encontrar placer en él, y sólo encuentra dolor y amargura. ¿Quién le guía? Su pasión de desobedecer; él se guía a sí mismo, confiando en su propio saber. Vive en un mar tempestuoso, sacudido por muchos vientos peligrosos, y no se da cuenta que está en peligro de muerte eterna. No es que no lo vea, sino que se engaña miserablemente. Cegado por el amor propio, por el que ha desobedecido, se ha privado de la luz, que no le permite ver su desgracia.

### **El desobediente: árbol con frutos de muerte**

¿Qué frutos produce el árbol del desobediente? Frutos de muerte, nacidos de su soberbia. De ahí que todo el árbol este corrompido: las flores, las hojas, los frutos, las ramas. Las hojas, es decir, su conversación; si ha de anunciar mi palabra, procura hacerlo, no con sencillez, sino con grandilocuencia, más preocupado de agradar que de hacer bien a las almas.

Sus flores exhalan hedor. Son los malos pensamientos que acoge con complacencia, llenos de impureza y de falta de caridad, pensando siempre mal de sus superiores. Engaña a sus superiores cuando no le permiten hacer lo que quiere según su perversa voluntad; oculta sus

engaños bajo palabras halagadoras o ásperas. No soporta a su hermano ni sufre la más mínima palabra de reprensión que se le diga.

Sus frutos están envenenados por la impaciencia, la ira y el odio hacia su hermano. No tiene caridad fraterna, porque él sólo se ama a sí mismo.

Buscando contentarse a sí mismo, huye de la celda como si fuese un veneno, porque antes ya se ha salido de la celda del propio conocimiento, por lo que ha venido a caer en la desobediencia.

Es siempre el último en entrar en la iglesia y el primero en salir. No guarda vigiliatias ni hace oración. Muchos son los males que acacenan sobre el desobediente y muy dolorosos sus frutos.

¡Oh miserable! Esto produce tu desobediencia. No has tenido los hijos de las virtudes, como el verdadero obediente.

¡Oh desobediencia, que despojas el alma de toda virtud y la vistas de todo vicio! Privas al alma de la paz y le das la guerra; le quitas la vida y le das la muerte; le vistes de toda miseria y le haces morir de hambre; le das continua amargura y le privas de la dulzura. Conduces al alma a la condenación eterna, donde están los demonios, los que cayeron del cielo porque fueron rebeldes a mí.

### **Modos de salir de la tibieza en la vida de obediencia**

¡Oh hija querida! Entre los perfectos y estos miserables están los religiosos que viven mediocrementemente. No son perfectos, como deberían ser, ni son tan malos; no están en pecado mortal, pero viven en la tibieza y frialdad de corazón. Estos, si no se ejercitan virtuosamente en la obediencia, están expuestos a grandes peligros. Por esto han de tener mucho cuidado, no dormirse, y salir de su tibieza. Si en ella permanecen, están muy próximos a caer. Si no caen, vivirán según criterios humanos, aparentando ser religiosos en lo exterior pero sin serlo en espíritu. Y muchas veces por su poca luz estarán en riesgo de juzgar mal a los que en lo exterior no observen las reglas tan bien como ellos, aunque las observen más perfectamente en su interior que ellos.

Estos tales van contra el estado de perfección en que entraron y que deberían observar. Y aunque hagan menos daño que los otros de los que te he hablado, lo hacen, sin duda; porque salieron del mundo

para renunciarse a sí mismos, para ser humildes y vivir en amor ardiente.

Debes saber, queridísima hija, que éstos pueden llegar a una gran perfección si quieren, porque están más cerca de ella que los otros. Pero tienen una gran desventaja respecto a los ellos. ¿Sabes por qué? Porque en el malo aparece con toda claridad que obra mal, y la conciencia se lo dice. El amor propio le ha debilitado, y no se esfuerza en salir de aquella culpa que reconoce. Si alguien le preguntase: ¿No obras mal, acaso, al obrar así?, diría: Sí, pero es tanta mi fragilidad, que me parece imposible salir del pecado. Ciertamente no dice la verdad, porque con mi ayuda, si quiere puede salir. Sin embargo, reconoce que obra mal, y por este conocimiento le es posible salir, si quiere.

Pero estos tibios, que por una parte no cometen graves pecados ni por otra hacen obras buenas, no reconocen la frialdad de su estado. Al no reconocerla, no se preocupan de salir de ella. Y si alguien se lo advierte, dada la frialdad de su corazón, permanecen atados a su vieja costumbre.

¿Qué medio puede haber para hacer levantar a éstos? Que odien su propia complacencia y reputación, y lleguen al conocimiento de sí mismos, contemplando el fuego de mi divina caridad. Que se despenen de nuevo, como si de nuevo entraran en la orden, con la verdadera obediencia. Se les podrían aplicar aquellas palabras: *Malditos los tibios, ¡jalá fuerais fríos o calientes. Si no os corregís, seréis vomitados de mi boca* (Apoc 3,15-16). Si no salen de la tibieza, se exponen a caer, y, si caen serán reprobados por mí.

Levántense, pues, con santos ejercicios, vigiliias, humildes y continuas oraciones. Mírense en el espejo de su orden, en los patronos de esta nave, hombres como ellos. Yo soy ahora el mismo Dios de entonces. No ha disminuido mi poder, ni mi voluntad, ni el deseo de vuestra salvación, ni mi sabiduría en daros luz para que conozcáis mi bondad.

Este es el remedio eficaz que emplea el verdadero obediente cada día con mayor celo para aumentar su obediencia. Desea sufrir ultrajes y que el superior le imponga duros mandatos. Por esto se ejercita en el deseo santo de someterse y no, pierde ocasión, porque tiene hambre de obedecer.

## Capítulo V Himno a la virtud de la obediencia y exhortación a practicarla

¡Oh deleitable obediencia, obediencia agradable y suave, obediencia iluminativa que disipas las tinieblas del amor propio! ¡Oh obediencia que das la vida de la gracia al alma que te ha elegido por esposa, privándose de la propia voluntad! Eres benigna y piadosa; con benignidad y mansedumbre llevas cualquier peso por grande que sea, porque vas acompañada de la fortaleza y de la verdadera paciencia. Estás coronada con la perseverancia y no desfalleces ante las órdenes inoportunas del superior, por graves que sean los pesos que indiscretamente carguen sobre ti. Mas con la luz de la fe todo lo sufres. Estás tan unida a la humildad que no es posible separaros.

Esta excelente virtud es un bien sin mal ninguno. Enamórate, hija querida, de esta gloriosa virtud. ¿Quieres ser agradecida a los beneficios que has recibido de mí? Sé obediente, porque la obediencia demuestra que eres agradecida, ya que procede de la caridad. El Verbo os la dio como camino y regla, dándoos ejemplo haciéndose El obediente hasta la afrentosa muerte de cruz.

Esta obediencia es la señal que revela que el alma me es fiel a mí. En obediencia de fe el alma se olvida de sí misma, está muerta a su voluntad y a todo estado de ánimo. No se ocupa de las cosas que no le pertenecen, a diferencia del desobediente, que siempre quiere indagar y juzgar según su limitado parecer la voluntad del que le manda.

El verdadero obediente juzga siempre bien de la voluntad de su superior, puesto que no busca su propia voluntad. Es hija de la caridad, que la ha dado a luz. Cuanto más por la fe me ama, más se humilla y más obediente es. La obediencia, con su hermana la paciencia, revelan si en verdad el alma está vestida del vestido nupcial de la caridad con el que entra a la vida eterna.







BENEDICTO XVI

**AUDIENCIA GENERAL**

*Miércoles 18 de noviembre de 2009*

***La Catedral desde la arquitectura románica a la gótica,  
el trasfondo teológico***

*Queridos hermanos y hermanas:*

En las catequesis de las semanas anteriores presenté algunos aspectos de la teología medieval. Pero la fe cristiana, profundamente arraigada en los hombres y las mujeres de aquellos siglos, no dio origen solamente a obras maestras de la literatura teológica, del pensamiento y de la fe. Inspiró también una de las creaciones artísticas más elevadas de la civilización universal: **las catedrales, verdadera gloria del Medioevo cristiano.**

Durante casi tres siglos, **a partir de comienzos del siglo XI**, en Europa se asistió a un fervor artístico extraordinario. Un antiguo cronista describe así el entusiasmo y la laboriosidad de aquellos tiempos: "Sucedió que en todo el mundo, pero especialmente en Italia y en las Galias, se comenzaron a reconstruir las iglesias, aunque muchas de ellas, que todavía estaban en buenas condiciones, no necesitaban esa restauración. Era como una competición entre un pueblo y otro; parecía que el mundo, liberándose de los viejos andrajos, por todas partes quisiera revestirse del blanco vestido de nuevas iglesias. En definitiva, los fieles de entonces restauraron casi todas las iglesias catedrales, un gran número de iglesias monásticas e incluso oratorios de pueblo" (Rodolfo el Glabro, *Historiarum* 3, 4).

Varios factores contribuyeron a este renacimiento de la arquitectura religiosa. Ante todo, condiciones históricas más favorables, como una mayor seguridad política, acompañada por un aumento constante de la población y por el desarrollo progresivo de las ciudades, de los intercambios y de la riqueza. Además, los arquitectos encontraban soluciones técnicas cada vez más elaboradas para aumentar las dimensiones de los edificios, asegurando al mismo tiempo su solidez y majestuosidad.

Pero fue principalmente gracias **al entusiasmo y al celo espiritual del monaquismo en plena expansión** como se construyeron iglesias abaciales, en las que se podía celebrar **la liturgia** con dignidad y solemnidad, y los fieles podían permanecer en oración, atraídos por la veneración de las reliquias de los santos, meta de incesantes peregrinaciones.

**El Estilo de Arquitectura "Románica"**

Así nacieron las iglesias y las catedrales **románicas**, caracterizadas por el desarrollo longitudinal —a lo largo— de las naves para acoger a numerosos fieles; iglesias muy sólidas, con gruesos muros, bóvedas de piedra y líneas sencillas y esenciales. La introducción de **las esculturas** representa una novedad. Al ser las iglesias románicas el lugar de la oración monástica y del culto de los fieles, los escultores, más

que preocuparse de la perfección técnica, cuidaron sobre todo la finalidad educativa. Puesto que era preciso suscitar en las almas impresiones fuertes, sentimientos que pudieran incitar a huir del vicio, del mal, y a practicar la virtud, el bien, el tema recurrente era la representación de Cristo como juez universal, rodeado por los personajes del Apocalipsis. Por lo general esta representación se encuentra en los portales de las iglesias románicas, para subrayar que Cristo es la Puerta que lleva al cielo. Los fieles, al cruzar el umbral del edificio sagrado, entran en un tiempo y en un espacio distintos de los de la vida cotidiana. En la intención de los artistas, más allá del portal de la iglesia, los creyentes en Cristo, soberano, justo y misericordioso, podían saborear anticipadamente la felicidad eterna en la celebración de la liturgia y en los actos de piedad que tenían lugar dentro del edificio sagrado.

En los siglos XII y XIII, desde el norte de Francia se difundió otro tipo de arquitectura en la construcción de los edificios sagrados: la arquitectura gótica, con dos características nuevas respecto al románico, que eran el impulso vertical y la luminosidad. Las catedrales góticas mostraban **una síntesis de fe y de arte** expresada con armonía mediante el lenguaje universal y fascinante de la belleza, que todavía hoy suscita asombro. Gracias a la introducción de las bóvedas de arco ojival, que se apoyaban en robustos pilares, fue posible aumentar considerablemente la altura. El impulso hacia lo alto quería invitar a la oración y él mismo era una oración. De este modo, la catedral gótica quería traducir en sus líneas arquitectónicas el anhelo de las almas hacia Dios. Además, con las nuevas soluciones técnicas adoptadas, los muros perimétricos podían ser perforados y embellecidos con vidrieras polícromas. En otras palabras, las ventanas se convertían en grandes imágenes luminosas, muy adecuadas para instruir al pueblo en la fe. En ellas —escena tras escena— se narraba la vida de un santo, una parábola u otros acontecimientos bíblicos. Desde las vidrieras coloreadas se derramaba una cascada de luz sobre los fieles para narrarles la historia de la salvación e implicarlos en esa historia.

Otra cualidad de las catedrales góticas es que en su construcción y su decoración, de modo diferente pero coral, participaba toda la comunidad cristiana y civil; participaban los humildes y los poderosos, los analfabetos y los doctos, porque en **esa casa común** se instruía en la fe a todos los creyentes. La escultura gótica hizo de las catedrales una "Biblia de piedra", representando los episodios del Evangelio e ilustrando los contenidos del año litúrgico, desde la Navidad hasta la glorificación del Señor. En aquellos siglos, por otro lado, se difundía cada vez más la percepción de la humanidad del Señor, y los sufrimientos de su Pasión se representaban de modo realista: el Cristo sufriente (*Christus patiens*) se convirtió en una imagen amada por todos, que inspiraba compasión y arrepentimiento de los pecados.

No faltaban los personajes del Antiguo Testamento, cuya historia llegó a ser familiar para los fieles que frecuentaban las catedrales, como parte de la única y común historia de salvación. La escultura gótica del siglo XIII, con sus rostros llenos de belleza, de dulzura, de inteligencia, revela una piedad feliz y serena, que se complace en difundir una devoción sentida y filial hacia **la Madre de Dios**, vista a veces como una mujer joven, sonriente y materna, representada principalmente como la soberana del cielo y de la tierra, poderosa y misericordiosa. A los fieles que llenaban las catedrales góticas les gustaba encontrar en ellas expresiones artísticas que les recordaran a los santos, modelos de vida cristiana e intercesores ante Dios. Y no faltaron las manifestaciones "laicas" de la existencia: en muchas partes aparecían representaciones del trabajo en los campos, de las ciencias y de las artes. Todo estaba orientado y se ofrecía a Dios en el lugar donde se celebraba la liturgia. Podemos comprender mejor el



sentido que se atribuía a una catedral gótica, considerando el texto de la inscripción grabada en el portal central de Saint-Denis, en París:

*"Visitante, que quieres alabar la belleza de estas puertas, no te dejes deslumbrar ni por el oro ni por la magnificencia, sino más bien por el fatigoso trabajo. Aquí brilla una obra famosa, pero quiera el cielo que esta obra famosa que brilla haga resplandecer los espíritus, a fin de que con las verdades luminosas se encaminen hacia la verdadera luz, donde Cristo es la verdadera puerta".*

### **Para Nosotros**

Queridos hermanos y hermanas, ahora quiero subrayar dos elementos del arte románico y gótico útiles también para nosotros. **El primero:** las obras maestras en el campo del arte nacidas en Europa en los siglos pasados son incomprensibles si no se tiene en cuenta **el alma religiosa** que las inspiró. Marc Chagall, un artista que siempre testimonió el encuentro entre estética y fe, escribió que "durante siglos los pintores mojaron su pincel en el alfabeto colorido que era la Biblia". Cuando la fe, especialmente celebrada en la liturgia, se encuentra con el arte, se crea una sintonía profunda, porque ambas pueden y quieren hablar de Dios, haciendo visible al Invisible. Quiero compartir esto en el encuentro con los artistas del 21 de noviembre, renovándoles la propuesta de amistad entre la espiritualidad cristiana y el arte, que ya promovieron mis venerados predecesores, en particular los siervos de Dios Pablo VI y Juan Pablo II.

**El segundo elemento:** la fuerza del estilo románico y el esplendor de las catedrales góticas nos recuerdan que la **via pulchritudinis**, el camino de la belleza, es una senda privilegiada y fascinante para acercarse al misterio de Dios. ¿Qué es la belleza, que escritores, poetas, músicos, artistas contemplan y traducen en su lenguaje, sino el reflejo del resplandor del Verbo eterno hecho carne? Afirma san Agustín: "Pregunta a la belleza de la tierra, pregunta a la belleza del mar, pregunta a la belleza del aire dilatado y difuso, pregunta a la belleza del cielo, pregunta al ritmo ordenado de los astros; pregunta al sol, que ilumina el día con su fulgor; pregunta a la luna, que mitiga con su resplandor modera la oscuridad de la noche que sigue al día; pregunta a los animales que se mueven en el agua, que habitan la tierra y vuelan en el aire; a las almas ocultas, a los cuerpos manifiestos; a los seres visibles, que necesitan quien los gobierne, y a los invisibles, que los gobiernan. Pregúntales. Todos te responderán: "Contempla nuestra belleza". Su belleza es su confesión. ¿Quién hizo estas cosas bellas, aunque mudables, sino la Belleza inmutable?" (*Sermo CCXLI, 2: p 138, 1134*).

Queridos hermanos y hermanas, que el Señor nos ayude a redescubrir el camino de la belleza como uno de los itinerarios, quizá el más atractivo y fascinante, para llegar a encontrar y a amar a Dios.



modo se dedican. Al lado de las más encumbradas eminencias místicas, al lado de San Bernardo y San Buenaventura, del Beato Susón y de Taulero y Rusbroquio..., vemos figurar, sin desdecir un punto, la simpática figura de Santa Teresa. Y lo que es aún más de notar, ese mérito tan relevado está en la conciencia misma de la Iglesia católica, que en la oración oficial de la santa pide "ser alimentada de su celestial doctrina".

Así que, en vista de ese renombre, bien podemos ya suponer que el influjo de la humilde virgen avileña en la ciencia mística en estos últimos siglos es, en cierto modo, comparable al de San Gregorio Magno y Dionisio el Místico durante toda la Edad Media, y al que al fin de ella ejercieron San Bernardo y Ricardo de San Víctor, y San Buenaventura y luego los grandes maestros de Alemania y los Países Bajos. En suma, que hoy su prestigio en la sagrada ciencia de los caminos de Dios está al nivel de cualquier otra autoridad no canónica.

De ahí la razón y los títulos de su "doctorado místico"<sup>38</sup>.

<sup>38</sup> El P. Arinero escribió esta expresión en 1923.

### CAPÍTULO III

## HIJA DE LA IGLESIA

El día 4 de octubre de 1582 moría Santa Teresa en una pobre celda del convento de carmelitas descalzas de Alba de Tormes. Durante su última enfermedad, viendo clara la inminencia de su partida para el cielo, repetía muchas veces, llena de gratitud y de amor: «*En fin, Señor, soy hija de la Iglesia*».

Era su mayor timbre de gloria y la prenda más segura de no haber errado el camino. Santa Teresa vivió siempre como verdadera *hija de la Iglesia*, «por la menor de cuyas ceremonias se pondría a morir mil muertres»<sup>1</sup>.

El inmortal pontífice San Pío X escribía en 1914, con ocasión del cuarto centenario del nacimiento de la gran santa de Ávila:

«¿Cómo expresar el tierno amor que Teresa profesaba a la Iglesia católica, que es la madre común de todos los fieles, teniendo ella por imposible que se pueda amar a Dios de verdad sin tomarse interés al mismo tiempo por el honor de Jesucristo y por la gloria de la Iglesia, su esposa muy amada? ¡Qué respeto y qué amor tenía esta devotísima hija a la Iglesia y a cuanto con ella se relacionaba! ¡Con qué términos tan laudativos ponía de relieve la potestad que Jesucristo se dignó otorgar a la Iglesia!»

Quizá ningún otro aspecto de la riquísima personalidad de Santa Teresa sea hoy de tan palpante actualidad como este de su ardiente amor y filial sumisión a la Iglesia, fundada por Jesucristo. Para proceder con algún orden en esta materia interesantísima y recoger, al menos en una pequeña parte, la abundante documentación que nos dejó Santa Teresa a todo lo largo de sus obras, dividiremos nuestra exposición en tres partes: sentido *jerárquico*, sentido *litúrgico* y sentido *apostólico* de Santa Teresa<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> *Vida* c.33 n.5.

<sup>2</sup> Cf. la hermosa obra de P. AGUSTÍN ROJO DEL POZO, O.S.B., titulada *Tres insignes hijas de la Iglesia* (Salamanca 1934).

### I. SENTIDO JERÁRQUICO

El ilustre historiador que acabamos de citar en nota expone este trascendental asunto en la siguiente forma <sup>3</sup>:

«En tiempo de Santa Teresa, así como dejaba que desear la unión entre los cristianos, entre los miembros del Cuerpo místico de la Iglesia, según ya hemos visto, también se hallaba fuertemente quebrantada la obediencia y sumisión a la cabeza de la Iglesia, al romano pontífice, a los prelados y superiores eclesiásticos. Había honda crisis de autoridad, con gran detrimento del sentido jerárquico católico entre los fieles.

La indisciplina, sobre todo antes que el concilio de Trento promulgase enérgicos y santísimos cánones, agitaba a la Iglesia hasta en sus fundamentos.

Indisciplina de ideas más aún que de costumbres. Indisciplina del clero, tanto regular como secular, con respecto a la Iglesia docente; indisciplina de los fieles en sus deberes para con la autoridad eclesiástica. Lutero quema en la plaza pública, delante de los estudiantes de la Universidad, una bula del Papa, y desencadena así el formidable incendio de la mal llamada reforma protestante. Por todas partes soplan aires de reforma; cada cual se cree llamado a restaurar el cristianismo, cada cual se cree inspirado y que habla en nombre de Dios, y de ese modo las disidencias se multiplican. De un lado, el racionalismo intelectual de Servet y de Valdés; de otro, el misticismo sentimental de las innumerables sectas de iluminados.

En medio de este caos aparece Teresa como faro esplendoroso, cuya luz muestra al mundo los rectos caminos de la obediencia cristiana. Posee ella en alto grado el sentido de la disciplina, y enseña e inculca a los demás, con la palabra y con el ejemplo, la humilde sumisión a los superiores jerárquicos...

Podría componerse un tratado sobre la obediencia con las hermosas páginas que escribió Santa Teresa acerca de esta virtud.

Ella que, como hemos visto anteriormente, andaba sedienta de almas para Jesús, quiérelas muy obedientes y sumisas: las almas de los fieles, lo mismo que las de los religiosos y las de los sacerdotes.

¡Ah, y cuánto deseaba Teresa que hubiese santos religiosos y sacerdotes en la Iglesia de Dios!

<sup>3</sup> P. Rojo, o.c., 20ss. Citamos textualmente.

«Acá, entre nosotros —dice ella en su lenguaje militar—, no puede haber hambre que baste a que se rindan; a morir, sí, mas no a quedar vencidos. Mas ¿para qué he dicho esto? Para que entendáis, hermanas mías, que lo que hemos de pedir a Dios es que en este castillito que hay ya de buenos cristianos no se nos vaya ninguno con los contrarios, y a los capitanes de este castillo o ciudad los haga muy aventajados en el camino del Señor, que son los predicadores y teólogos. Y, pues los más están en las religiones, que vayan muy adelante en su perfección y llamamiento, que es muy necesario; que ya, ya, como tengo dicho, nos ha de valer el brazo eclesiástico y no el seglar». Y, prosiguiendo sobre el mismo tema, manifiesta la santa su amor a la disciplina y sentido jerárquico con esta exclamación: «¡Buenos quedarían los soldados sin capitanes!»<sup>4</sup>

Después de haber señalado las cualidades que deben adornar a los jefes espirituales, añade terminantemente:

«Porque, a no ser esto así, ni merecen nombre de capitanes ni permite el Señor salgan de sus celdas, que más daño harán que provecho, porque no es ahora tiempo de ver imperfecciones en los que han de enseñar».

«Para estas dos cosas os pido yo —dice un poco después a sus monjas— procurad ser tales, que merezcamos alcanzarlas de Dios; la una, que haya muchos de los muy mucho letrados y religiosos que hay que tengan las partes que son menester para esto, como he dicho; y a los que no están muy dispuestos, los disponga el Señor, que más hará un efecto que muchos que no lo estén. La otra, que después de puestos en esta pelea, que, como digo, no es pequeña, los tenga el Señor de su mano para que puedan librarse de tantos peligros como hay en el mundo, y tapar los oídos, en este peligroso mar, del canto de las sirtenas. Y si en esto podemos algo con Dios, estando encerradas, pelemos por Él, y daré yo por muy bien empleados los trabajos que he pasado por hacer este rincón [el monasterio de San José de Ávila]»<sup>5</sup>.

En una relación del año 1563 dirigida al padre García de Toledo, muestra la santa su preocupación dominante en el asunto que vamos tratando:

«Deseo grandísimo, más que suelo, siento en mí de que tenga Dios personas que con todo desasimiento le sirvan —como veo es todo bur-la—, en especial letrados; que como veo las grandes necesidades de la Iglesia, que éstas me afligen tanto, que me parece cosa de burla tener

<sup>4</sup> *Camino de perfección* c.3 n.1-3.

<sup>5</sup> *Camino de perfección* c.3 n.5.

por otra cosa pena, y así no hago sino encomendarlos a Dios, porque veo yo que haría más provecho a una persona del todo perfecta, con hervor verdadero de amor de Dios, que muchas con tibieza»<sup>6</sup>.

Nótese que si Santa Teresa quiere sacerdotes y religiosos, superiores y prelados, tan perfectos, es, sin duda, porque así lo exige el decoro de la Iglesia, pero también porque, viendo en ellos a Jesucristo, comprende muy bien qué clase de obediencia exige de las almas con respecto a ellos:

«Así como acá, en un pleito muy dudoso, se toma un juez y lo ponen en sus manos las partes, cansados de pleitear, tome nuestra alma uno, que sea el prelado o confesor, con determinación de no traet más pleito ni pensar más en su causa, sino fiar de las palabras del Señor, que dice: *Quien a nosotros oye, a mí me oye* (Lc 10,16)»<sup>7</sup>.

Esta doctrina, en la época en que vivía Teresa, no podía ser más oportuna. La santa, por lo demás, practicaba con el ejemplo lo que por escrito o de palabra enseñaba.

Con los obispos de las diócesis en que fundaba monasterios tuvo siempre relaciones de filial y entera sumisión. Tal sumisión llegó en algunas partes, como en Burgos, hasta el heroísmo<sup>8</sup>.

En todas las fundaciones que hizo, su principal preocupación era siempre «no hacer cosa que no fuese con parecer de letrados, para no ir un punto contra obediencia»<sup>9</sup>. Había recibido del Señor comunicaciones muy ciertas concernientes a la fundación de San José de Ávila; y, sin embargo, el día que se le ordenó dejar aquella obra, en que había puesto todo su cariño y desvelos, regresó humildemente a su antiguo convento de la Encarnación, y allí estuvo hasta que el superior le permitió volver a San José.

A pesar de sus revelaciones y comunicaciones sobrenaturales, daba abiertamente preferencia a las órdenes recibidas de sus confesores sobre las palabras que oía al mismo Señor. «Y el Señor —dice el P. Ribera— aprobó esta tan alta obediencia, mandándola que hiciese lo que ellos la dijiesen, que Él los enseñaría la verdad, y así se la venía a enseñar»<sup>10</sup>.

<sup>6</sup> *Relaciones espirituales* rel.3 n.7.

<sup>7</sup> *Fundaciones* c.5 n.12.

<sup>8</sup> *Fundaciones* c.31.

<sup>9</sup> *Vida* c.36 n.5.

<sup>10</sup> P. RIBERA, *Vida de Santa Teresa de Jesús* n.4 c.20.

A veces le fue sumamente dolorosa esa clase de obediencia, como en aquel caso en que su confesor, queriendo probar su espíritu, la mandó hacer gestos vulgares de desprecio en las apariciones del Señor<sup>11</sup>.

«Una vez, debiendo hacer la santa un negocio importante, dijo al P. Gracián, su provincial, que para eso era menester detenerse en la casa o monasterio donde ella entonces estaba. Nuestro Señor la había dicho que debía realizarse dicho negocio. El P. Gracián respondió que a él le parecía todo lo contrario, y que se partiese luego. La santa, sin replicar palabra, luego se partió. Habiendo después caminado un día o dos, dijo el P. Gracián: «¿Pues no decía, Madre, que tenía revelación de Dios que este negocio se había de hacer? —Sí tenía —dijo ella—; pero en la revelación me podré yo engañar, y en obedecer a vuestra reverencia, que es mi prelado, sé cierto que no voy engañada»<sup>12</sup>.

Solía decir «que más caso hacía ella de una palabra de su prelado o confesor que de mil revelaciones; y que por donde ella se había de regir eran los dichos de los que tenía en lugar de Dios». A lo cual añade graciosa y oportunamente el P. Ribera: «Aunque esto lo decía muy bien, lo hacía mejor»<sup>13</sup>.

¡Qué firme terreno pisaba Teresa, qué recto camino de perfección seguía, qué sana doctrina enseñaba y practicaba! ¡Cuán lejos estaba ella del libre examen de Lutero, del subjetivismo de Erasmo, de Valdés, de Servet, y de la falsa mística del iluminismo!

Puede decirse con verdad que Santa Teresa estaba enamorada de la virtud de la obediencia y que se hallaba profundamente penetrada del sentido jerárquico».

## II. SENTIDO LITÚRGICO

Otra nota característica del inmenso amor a la Iglesia que sentía Santa Teresa la constituye, sin duda alguna, su profundo sentido litúrgico.

«El sentido litúrgico en un cristiano —escribe el P. Rojo del Pozo<sup>14</sup>— no es otra cosa que el sentimiento íntimo que tiene de estar unido al sacerdocio de Jesucristo, Ministro universal del culto, y de

<sup>11</sup> *Vida* c.29 n.5.

<sup>12</sup> P. RIBERA, o.c., 1,4 c.20.

<sup>13</sup> P. RIBERA, o.c., 1,4 c.20.

<sup>14</sup> O.c., 27ss. Citamos textualmente.

ejercerlo por Él y con Él, uniéndose a los actos religiosos de la Iglesia adorando al Padre en espíritu y en verdad».

Santa Teresa anduvo siempre «sedienta de alabanza divina». Escribiendo a propósito de la oración de unión, dice:

«Aquí quería el alma que todos la vieses y entendiesen su gloria por alabanzas de Dios, y que la ayudasen a ella [a alabar], y dardes parte de su gozo, porque no puede tanto gozar... Esto me parece debía sentir el admirable espíritu del real profeta David cuando tañía y cantaba con la arpa en alabanzas de Dios. De este glorioso rey soy yo muy devota, y quería todos lo fuesen, en especial los que somos pecadores.

¡Oh, válgame Dios, cuál está un alma cuando está así! Toda ella quería fuesen lenguas para alabar al Señor. Dice mil desatinos santos, añanando siempre a contentar a quien la tiene así»<sup>15</sup>.

Con toda verdad puede afirmarse que Teresa fue alma entusiasta de la divina alabanza:

«Esta monja —dice hablando de sí misma— siempre ha tenido gran deseo de que Dios fuese alabado, y su Iglesia aumentada. Por esto en cuanto rezaba, sin hacer nada por sí, que le parecía que iba poco en que padeciese en purgatorio a trueque de que ésta [Iglesia] se acrecentase aunque fuese en muy poquito...

Muy de ordinario la mueve su espíritu a alabanzas de Dios, y quería que todo el mundo entendiese en esto aunque a ella le costase mucho»<sup>16</sup>.

Pocas almas habrá habido en la Iglesia de Dios tan profundamente litúrgicas como Santa Teresa; es decir, tan íntimamente unidas a la religión interior de Jesucristo para con su Padre, tan estrechamente ligadas a la alabanza divina de la Esposa del celestial Cordero.

Asistiendo a misa, deseaba en gran manera tomar parte activa en ella, es decir, «ayudar» a misa, ya sea por medio del canto, ya sea dialogándola con el celebrante.

«Deseaba ayudásemos siempre a oficiar la misa —dice Ana de Jesús—, y buscaba cómo lo pudiésemos hacer cada día; aun en el tono en que rezamos las horas. Y, si no podía ser por no tener capellán propio y ser tan pocas entonces (que no éramos más de trece), decía que le pesaba careciésemos de este bien. Y así, a la vez que se cantaba la misa, por

<sup>15</sup> *Vida* c.16 n.3-4.

<sup>16</sup> *Relaciones espirituales* rel.4 (53.ª) n.1 y 27.

ningún otro negocio dejaba de ayudar, aunque en aquel punto acabase de comulgar y estuviese muy recogida»<sup>17</sup>.

Nos dice la santa que en el credo de la misa experimentaba un gozo particular al cantarse las palabras que proclaman el reinado eterno de Jesucristo:

«Rey sois, Dios mío, sin fin, que no es reino prestado el que tenéis. Cuando en el credo se dice: «Vuestro reino no tiene fin», casi siempre me es particular regalo. Aláboos, Señor, y bendigoos para siempre; en fin, vuestro reino durará para siempre»<sup>18</sup>.

Dicen también la santa: «Muchas veces quiere el Señor que le vea en la hostia». Y, al ver «una Majestad tan grande disimulada en cosa tan poca como es la hostia», declara la grande impresión que esto la hacía, de suerte que «toda parece me aniquilaba». Y luego añade:

«Oh Señor mío! Mas si no encubrierais vuestra grandeza, ¿quién osaría llegar tantas veces a Vos?... ¡Bendito seáis, Señor! Alaben os los ángeles y todas las criaturas, que así medís las cosas con nuestra flaqueza, para que, gozando de tan soberanas mercedes, no nos espante vuestro gran poder»<sup>19</sup>.

De esta devoción al sacrificio de la misa y al Santísimo Sacramento venía el gran respeto que la santa tenía a los sacerdotes, por ser ellos quienes le consagran. Cuando los encontraba, poníase de rodillas delante de ellos, pidiéndoles la bendición aunque fuese en medio de la plaza, como sucedió en Malagón delante del capellán de aquel monasterio por ella fundado, según refiere el P. Ribera<sup>20</sup>. Dice también este mismo autor:

«Tenía grandísima curiosidad en que todo lo que tocaba al servicio de la eucaristía estuviese muy cumplido y limpio y bien aderezado, como es la iglesia, el altar, y frontales, y ornamentos, y cálices, y corporales, como se ve en todos sus monasterios por pobres que sean»<sup>21</sup>.

El oficio divino era para Teresa el gran complemento de la santa misa. Con su extraordinaria facultad de intuición penetraba el sentido general de los salmos, aunque no sabía latín. «¡Qué de cosas encierran

<sup>17</sup> *Relación de la madre Ana de Jesús*; RIBERA, ap.6.

<sup>18</sup> *Camino de perfección* c.22 n.1.

<sup>19</sup> *Vida* c.38 n.19-21.

<sup>20</sup> P. RIBERA, o.c., 6,12.

<sup>21</sup> P. RIBERA, *ibid.*

los salmos del glorioso rey David», exclama en una ocasión. Y acerca del Cantar de los Cantares de los Cánticos de Salomón dice:

«Habiéndome a mí el Señor, de algunos años acá, dado un regalo grande cada vez que oigo o leo algunas palabras de los Cantares de Salomón; en tanto extremo, que, sin entender la claridad del latín en romance, me recogía más y movía mi alma que los libros muy devotos que entiendo; y esto es casi ordinario»<sup>22</sup>.

La madre Ana de Jesús declaró sobre nuestra santa que

«con grandes enfermedades, casi nunca dejaba de rezar el oficio divino; y esto con tanta devoción, que, cuando íbamos por los caminos y rezaba fuera del coro, siempre rodeaba el salmo de arte que hubiese de decir ella el verso del *Gloria Patri*».

La misma monja dijo en su declaración:

«Algunas veces salía de rezar con un color y hermosura que maravillaba, y otras tan desfigurada, que parecía muerta; y en la voz vimos también esta diferencia, particularmente en la noche de Navidad; cantando en los maitines el evangelio de San Juan, fue cosa celestial de la manera que sonó, no teniendo ella naturalmente buena voz»<sup>23</sup>.

El *Breviario* fue, para Teresa, un libro precioso de oración. Durante la recitación del oficio recibió del cielo abundantes gracias místicas, sobre todo en ciertas épocas litúrgicas, según puede verse en la relación que ella misma hace de las mercedes recibidas de Dios.

Tan amante fue de cuanto se refiere a la sagrada liturgia y al culto divino, que llegó a asegurar estaba dispuesta a dar su vida por la menor ceremonia de la Iglesia:

«Sabía yo bien de mí que en cosa de la fe, contra la menor ceremonia de la Iglesia que alguien viese yo iba, por ella o por cualquier verdad de la Sagrada Escritura me pondría yo a morir mil muertes»<sup>24</sup>.

Y tratando de la eficacia del agua bendita contra el demonio, dice:

«Considero yo qué gran cosa es todo lo que está ordenado por la Iglesia, y regálame mucho ver que tengan tanta fuerza aquellas palabras, que así la pongan en el agua, para que sea tan grande la diferencia que hace a la que no está bendita»<sup>25</sup>.

<sup>22</sup> *Conceptos del amor de Dios*, pról.

<sup>23</sup> *Relación de la madre Ana de Jesús*; RUBERA, ap.6.

<sup>24</sup> *Vida* c.33 n.5.

<sup>25</sup> *Ibid.*, c.31 n.4.

«He notado en ella —declara la madre Isabel de Santo Domingo— una profunda veneración por los objetos benditos, como ramos, cera y otros. ¿Veía por acaso una hoja de ramo bendito en el suelo? Al punto la recogía y la besaba con respeto. Tenía una veneración especial al agua bendita, de la que usaba con frecuencia con gran fe y devoción; siempre la llevaba en sus viajes»<sup>26</sup>.

Y San Pío X escribió en 1914, con ocasión del centenario del nacimiento de la gran santa:

«Cosa admirable es ver a un alma como Teresa, enriquecida con los más preciosos dones del Espíritu Santo y habituada a un comercio íntimo con Dios, que tuviese en tan alta estima esos signos sagrados que se llaman *sacramentales*, de suerte que por ellos y por la menor de las ceremonias de la Iglesia estuviere dispuesta a dar mil veces su vida»

### III. SENTIDO APOSTÓLICO

Error grande fuera pensar que los grandes contemplativos se pasan la vida entre éxtasis y arrobamientos, preocupados únicamente de su unión íntima con Dios, sin ansias ni afanes apostólicos. Cabalmente ocurre todo lo contrario: cuanto más alta sea la luz contemplativa y más sublimes las comunicaciones divinas, más ardiente y abrumadora es la inquietud apostólica que devora sus almas.

Santa Teresa no constituye una excepción, sino más bien una espléndida confirmación de este fenómeno inevitable, que tiene sus raíces teológicas en la doble vertiente de la caridad sobrenatural, que mira a Dios y a los hombres bajo una misma y única razón formal. Es imposible amar a Dios con ferviente y auténtico amor de caridad sin descartar toda el alma que la gloria de Dios brille sobre todos y cada uno de los hombres, nuestros prójimos y hermanos. Y a conseguir este objetivo fundamental tiende precisamente el apostolado.

Fue precisamente la inquietud apostólica y el ansia de ser útil a la Iglesia en la forma más efectiva a su alcance lo que movió a Santa Teresa a emprender la larga y terrible tarea de la reforma carmelitana. Escuchemos sus propias palabras:

«Vinieron a mi noticia los daños de Francia y el estrago que habían hecho estos luteranos y cuánto iba en crecimiento esta desventurada

<sup>26</sup> Declaración en la *Información de Ávila*.

secta. Diome gran fatiga, y como, si yo pudiera algo o fuera algo, lloraba con el Señor y le suplicaba remediase tanto mal. Parecíame que mil vidas pusiera yo para remedio de un alma de las muchas que allí se perdían. Y como me vi mujer y ruin, y imposibilidad de aprovechar en lo que yo quisiera en el servicio del Señor, y toda mi ansia era, y aún es, que, pues tiene tantos enemigos y tan pocos amigos, que éstos fuesen buenos, determiné a hacer eso poquito que era en mí, que es seguir los consejos evangélicos con toda la perfección que yo pudiese, y procurar estas poquitas que están aquí hiciesen lo mismo, confiada en la gran bondad de Dios, que nunca falta de ayudar a quien por Él se determina a dejarlo todo; y que, siendo tales cuales yo las pintaba en mí y descos, entre sus virtudes no tendrían fuerza mis faltas, y podría yo contentar en algo al Señor, para que todas, ocupadas en oración por los que son defensores de la Iglesia y predicadores y letrados que la defienden, ayudásemos en lo que pudiésemos a este Señor mío, que tan apretado le traen a los que ha hecho tanto bien, que parece le querrían tornar ahora a la cruz estos traidores y que no tuviese adonde reclinar la cabeza»<sup>27</sup>.

Insistiendo en estas mismas ideas, escribe en el capítulo primero del libro de las *Fundaciones*:

«Servía al Señor con mis pobres oraciones; siempre procuraba con las hermanas hiciesen lo mismo y se aficionasen al bien de la Iglesia; y a quien trataba con ellas, siempre se edificaba, y en esto embebía mis grandes descos.

A los cuatro años —me parece era algo más— acertó a venirme a ver un fraile francisco llamado Fr. Alonso Maldonado, harto siervo de Dios y con los mismos descos del bien de las almas que yo, y podíalos poner por obra, que le tuve yo harta envidia. Éste venía de las Indias poco había. Comenzóme a contar de los muchos millones de almas que allí se perdían por falta de doctrina, y hizonos un sermón y plática animando a la penitencia, y fuese. Yo quedé tan lastimada de la perdición de tantas almas, que no cabía en mí. Fui me a una ermita con hartas lágrimas; clamaba a Nuestro Señor, suplicándole diera medio cómo yo pudiese algo para ganar algún alma para su servicio, pues tantas llevaba el demonio, y que pudiese mi oración algo, ya que no era para más. Había gran envidia a los que podían, por amor a Nuestro Señor, emplearse en esto aunque pasasen mil muertes. Y así, me acaece que, cuando en las vidas de los santos leemos que convirtieron almas, mucha más devoción me hace y más ternura y más envidia que todos los martirios que padecen (por ser esta la inclinación que Nuestro Señor me ha dado), pareciéndome que

<sup>27</sup> *Camino de perfección* c.1 n.2.

precia más un alma que por nuestra industria y oración le ganásemos mediante su misericordia que todos los servicios que le podemos hacer»<sup>28</sup>.

Considerando la gran cantidad de almas que se perdían y la necesidad de pedir a Dios el remedio de los males que azotaban a la Iglesia, escribe en el *Camino de perfección*:

«Oh hermanas mías en Cristo, ayudadme a suplicar esto al Señor, que para eso os juntó aquí. Éste es vuestro llamamiento, éstos han de ser vuestros negocios, éstos han de ser vuestros descos; aquí vuestras lágrimas, éstas vuestras peticiones. No, hermanas mías, por negocios del mundo; que yo me río y aun me congojo de las cosas que aquí nos vienen a encargar supliquemos a Dios de pedir a Su Majestad rentas y dineros, y algunas personas que querría yo suplicasen a Dios los repisasen todos. Elles buena intención tienen, y, en fin, se hace por ver su devoción, aunque tengo para mí que en estas cosas nunca me oye. Estése ardiendo el mundo, quieren tornar a sentenciar a Cristo, como dicen, pues le levantan mil testimonios; quieren poner su Iglesia por el suelo, ¿y hemos de gastar tiempo en cosas que por ventura, si Dios se las diese, tendríamos un alma menos en el cielo? No es, hermanas mías, no es tiempo de tratar con Dios negocios de poca importancia»<sup>29</sup>.

Hablando en otro lugar de los deleites intensísimos que experimentan las almas contemplativas en sus comunicaciones íntimas con Dios, advierte claramente:

«No ha de ser siempre gozar sin servir y trabajar en algo. Yo lo miro con advertencia en algunas personas —que muchas no las hay, por nuestros pecados—, que mientras más adelante están en esta oración y regalos de Nuestro Señor, más acuden a las necesidades de los prójimos, en especial a las de las ánimas, que por sacar una de pecado mortal parece darían muchas vidas, como dije al principio»<sup>30</sup>.

En el último capítulo de las *Moradas* insiste largamente en la necesidad de la proyección apostólica de la vida contemplativa, y añade:

«De aquí debían venir las grandes penitencias que hicieron muchos santos —en especial la gloriosa Magdalena, criada siempre en tanto regalo—, y aquella hambre que tuvo nuestro padre Elías de la honra de su Dios, y tuvo Santo Domingo y San Francisco de allegar almas para que

<sup>28</sup> *Fundaciones* c.1 n.6-7.

<sup>29</sup> *Camino de perfección* c.1 n.5.

<sup>30</sup> *Conceptos del amor de Dios* c.7 n.9.



fuese alabado; que yo os digo que no debían pasar poco olvidados de sí mismos.

Esto quiero yo, mis hermanas, que procuremos alcanzar; y no para gozar, sino para tener estas fuerzas para servir deseamos y nos ocupemos en la oración. No queramos ir por camino no andado, que nos perjuderemos al mejor tiempo; y sería bien nuevo pensar tener estas mercedes de Dios por otro que el que Él fue y han ido todos los santos. Creedme que Marta y María han de andar juntas para hospedar al Señor, y tenerle siempre consigo, y no le hacer mal hospedaje no le dando de comer. ¿Cómo se lo diera María, sentada siempre a los pies, si su hermana no le ayudara? Su manjar es que de todas las maneras que pudiéramos lleguemos almas para que se salven y siempre le alabem»<sup>31</sup>.

Y al responder a la dificultad de que, siendo sus monjas mujeres y no poder predicar ni enseñar, mal podrán ejercer el apostolado sobre las almas, escribe con gran realismo la insigne reformadora del Carmelo:

«Ya os dije en otra parte que algunas veces nos pone el demonio deseos grandes por que no echemos mano de lo que tenemos a mano para servir a Nuestro Señor en cosas posibles y quedemos contentas con haber descaído las imposibles. Dejado que en la oración ayudaréis mucho, no queráis aprovechar a todo el mundo, sino a las que están en vuestra compañía, y así será mayor la obra, porque estáis a ellas más obligadas. ¿Pensáis que es poca ganancia que sea vuestra humildad tan grande y mortificación, y el servir a todas, y una gran caridad con ellas, y un amor del Señor que ese fuego las encienda a todas, y con las demás virtudes siempre las andéis despertando? No será sino mucha y muy agradable servicio al Señor; y con esto que ponéis por obra, que podéis, entenderá Su Majestad que haríais mucho más, y así os dará premio como si le ganásemos muchas.

Diréis que esto no es convertir, porque todas son buenas. ¿Quién os mete en eso? Mientras fueren mejores, más agradables serán sus alabanzas al Señor y más aprovechará su oración a los prójimos. En fin, hermanas mías, con lo que concluyo es que no hagamos torres sin fundamento, que el Señor no mira tanto la grandeza de las obras como el amor con que se hacen, y como hagamos lo que pudiéramos, hará Su Majestad que vayamos pudiendo cada día más y más, como no nos cansemos luego, sino que lo poco que dura esta vida —y quizá será más poco de lo que cada una piensa—, interior y exteriormente ofrezcamos al Señor el sacrificio que pudiéramos; que Su Majestad le juntará con el que hizo en la cruz

<sup>31</sup> *Moradas séptimas* c.4 n.13-14.

por nosotras al Padre, para que tenga el valor que nuestra voluntad hubiere merecido aunque sean pequeñas las obras»<sup>32</sup>.

De esta manera, profundamente teológica, sabía armonizar la insigne monja castellana sus ansias incontenibles de ayudar a la Iglesia en la salvación de las almas con las escasas posibilidades apostólicas que la vida claustral le ofrecía a ella y a sus monjas para el trato directo con las almas.

<sup>32</sup> *Moradas séptimas* c.4 n.17-18.



## CAPÍTULO VII

### HIJA DE LA IGLESIA

Santa Catalina de Siena —igual que más tarde Santa Teresa— fue, ante todo y sobre todo, *hija de la Iglesia*. Su amor apasionado a la Iglesia de Jesucristo, hasta ofrecerse como víctima de holocausto y morir efecivamente por ella, constituye uno de los rasgos más impresionantes, tal vez el primero y más importante, de su excepcional personalidad.

Para mayor orden y claridad expondremos por separado el *sentido social*, el *jerárquico* y el *litúrgico* en Santa Catalina de Siena como hija de la Iglesia<sup>1</sup>.

#### I. SENTIDO SOCIAL

Una de las características más notables de Santa Catalina de Siena fue su amor a la Iglesia. Pocos santos han hablado con tanto fervor del Cuerpo místico de Jesucristo, de los bienes que nos comunica y de los deberes a que nos obliga; pocos asimismo han sentido una caridad tan viva por los fieles, por los miembros de ese Cuerpo místico; pocos, en fin, han visto tan claramente la identificación de Cristo con la Iglesia.

«Es mi gran deseo detramar toda mi sangre gota a gota, y hasta la médula de mis huesos, en este jardín de la santa Iglesia». Así se expresa la santa en una de sus patéticas oraciones. Y en otra, dirigiéndose a Jesús, exclama: «Mi vida ofrezco por tu amada Esposa, la Iglesia, tantas veces cuantas fuere del agrado de tu Bondad».

Frecuentemente y bajo diversas formas repetía la virgen de Siena esa misma idea, hasta el día en que en su lecho de agonía, algunas horas antes de su muerte, pudo decir con toda verdad:

«La única causa de mi muerte es el celo por la Iglesia que me devora y consume. ¡Acepta, Señor, el sacrificio de mi vida por el Cuerpo místico de la santa Iglesia!»

<sup>1</sup> Cf. la ya citada obra del P. AGUSTÍN ROJO DEL POZO, O.S.B., *Tres insignes hijas de la Iglesia* (Salamanca 1934) 50ss, cuyas principales ideas recogemos textualmente en este capítulo.

Para Santa Catalina de Siena, la fe en la divinidad de la Iglesia, Cuerpo místico de Jesucristo y Esposa suya muy amada, era «el fundamento y la columna de la Verdad» (1. Tim 3, 15). Los evangelios, las epístolas de San Pablo, Santo Tomás de Aquino, eran las fuentes directas de su luminosa doctrina; mas la fuente principal era Jesús. «Jesús amor», que le comunicaba cosas admirables durante sus éxtasis. La fe en la Iglesia es el primer artículo de su credo:

«Nadie puede —dictaba la santa a su discípulo Barduccio— complacerse en la hermosura de Dios, en el abismo de la Trinidad, sin la asistencia de esa dulce Esposa, pues nos es preciso a todos pasar por la puerta de Jesús crucificado, la cual no se halla en parte alguna fuera de la Iglesia. Esta Esposa da la vida porque hay tanta vida en ella, que nadie puede exterminarla; da la luz y la fuerza, y nadie puede debilitarla ni oscurecerla, y yo veo que su fruto, lejos de faltar, aumenta siempre»<sup>2</sup>.

Fue en ella como un hambre devoradora y como una sed insaciable el continuo deseo de ser hostia y víctima por la Iglesia. Verdaderamente «la consumía el celo por la casa de Dios», como dice el salmista. Así que, a los treinta y tres años de edad, murió devorada y consumida por ese celo. Y es que, si bien se considera el estado de la Iglesia en el siglo XIV, se verá que en ninguna época de la historia llegó a ser tan apremiante e imperiosa la exigencia o necesidad de un «complemento de expiación a los sufrimientos de Jesucristo para su Cuerpo místico que es la Iglesia», según la expresión del apóstol San Pablo (Col 1, 24).

Tanto en el interior como en el exterior de la Iglesia dominaba el desorden más lamentable. Las ciudades de Siena, Pisa, Luca y Florencia, en Italia, eran presa de discordias intestinas. Roma también. Roma, abandonada por los papas, veíase desgarrada por las facciones. Todas estas ciudades se combatían entre sí encarnizadamente, y ocurría en sus luchas algo inverosímil, mezclándose las sanciones del poder eclesiástico con las intrigas del poder temporal.

Como los papas se habían trasladado a Aviñón, forzosamente tenía que perder la Iglesia, por el hecho mismo, algo de su carácter romano. Todo presagiaba el funestísimo gran cisma de Occidente. Los vicios del clero pululaban por doquier:

«Pensaba yo —dice Raimundo de Capua, confesor de Santa Catalina— que habíamos llegado a la época de la *tercera bestia* del Apocalipsis,

<sup>2</sup> Cf. JÖRGENSEN, *Santa Catalina de Siena* (Ed. Volunad) 581.

la cual estaba marcada con el signo de un leopardo, símbolo de la hipocresía».

Diríase que una epidemia de odios y de rencores gangrenaba a las familias y a los pueblos. La guerra ocasionó muy pronto el hambre. Y, mientras las ciudades sufrían el saqueo y los campos eran devastados, vino a declararse la peste en el territorio de la ciudad de Siena, para que resultase aún más dolorosa la miseria social de aquella desventurada región.

En tan angustiosas circunstancias, Catalina se ofrece como yunque al martillo de la cólera de Dios, toma sobre sí todas las iniquidades del pueblo para expiarlas. «Mi naturaleza es fuego», decía ella. Y, movida por esa naturaleza ardiente, quiere y pide con una voluntad firme que Dios acepte su oblación:

«He aquí mi cuerpo, que he recibido de ti, y que te ofrezco para que sea el yunque en que aplastes sus iniquidades... He aquí mi vida, que te ofrezco ahora y siempre, cuando te plazca, por tu gloria, suplicándote humildemente, por la virtud de tu pasión, que purifiques a tu Esposa de sus vicios... ¡No esperes más, Dios verdadero!... ¡Aprésúrate, oh Trinidad eterna!»<sup>3</sup>

Dios oyó a la santa, vio sus generosas disposiciones, y aceptó sus ofrecimientos.

Vivía Catalina en Roma, y todos los días iba a la basílica de San Pedro a rogar ante el sepulcro del apóstol. Allí mismo, un domingo de Setagésima púsole el Señor sobre sus espaldas todo el peso de la nave de la Iglesia. Podemos representarnosla de rodillas ante la verja de la tumba del apóstol, a través de la cual Francisco de Asís en otro tiempo, al primer impulso de su piedad demostrativa, arrojó su dinero a puñados.

«Hela allí —dice Jørgensen— arrodillada; pequeña de apariencia y delgada, vestida de blanco; sus dos grandes ojos brillan con vivo resplandor; sus labios finos y su pequeña boca prominentemente se mueven débilmente para rezar, como el follaje que estremece ligero soplo. Sus manos flacas, cruzadas con fervor, semejan la llama inmóvil de un cirtio; su silueta es blanca, resplandeciente e inflamada como una antorcha bendita. A su lado están arrodilladas sus amigas, rezando como ella, pero fijando a la vez continuamente la ansiosa mirada en su amada madre espiritual, la *debe venerabile Mamma*. Y de pronto la ven caer como abrumada por inmensa carga, derrumbarse como edificio que cae arruinado. Quiere

<sup>3</sup> JÖRGENSEN, o. c., 565-66.

ren levantarla, pero es casi imposible; se halla como paralizada, porque Jesús ha puesto sobre sus débiles hombros la *navicella*, la navicella de la Iglesia, y todos los pecados que lleva a bordo. La llevan a su casa flaqueando bajo el peso de la carga que le ha impuesto su divino Esposo, y con que adelante pesará sobre ella como un yugo, como la pesada mano con que el Esposo inclina la nuca de la Esposa; pero ella lo ama doblemente por su fuerza y porque su amor la doma y la permite sufrir. *Gloria dolce, Gesù amore!*<sup>4</sup>

¡La *Navicella*! ¡Con qué valentía y generosidad llevó Catalina durante toda su vida el peso abrumador, para ella muy dulce, de las necesidades de la Iglesia en el siglo XIV.

Es que su amor a la Iglesia no fue un amor de puro sentimiento ni una pasión ideológica. Fue un amor concreto, práctico, que se expresaba en una inagotable caridad para con los miembros del Cuerpo místico de Jesucristo.

Tenía hambre y sed insaciable de almas. Dos sentimientos principalmente la embargaban siempre: *fede e fame*, fe y hambre. La fe en la Iglesia y el hambre de las almas. A veces exclamaba de repente: «Tengo hambre»..., y añadía: «Sobre la mesa de la santa cruz debemos alimentarnos de almas. Las almas son el alimento de Jesucristo».

¡Almas, almas! Quiero vuestras almas, dice a todos, sean grandes o pequeños, sacerdotes o seglares, obispos o papas; y que sobre todos reine la cruz en que murió Cristo Jesús, y que todos se acojan al seno de su Iglesia y vivan según su espíritu de pureza y verdad. Por eso, cuando no habla, escribe cartas para que su voz se extienda por todo el mundo.

Ardía el serafín dominicano en ansias de inmolarse como víctima por todo el mundo; deseaba, si ello pudiera ser, a trueque de su propia felicidad, «tapiar con su cuerpo las puertas del infierno, para que no se condenase alma alguna»; y, ya que así no fuese, al menos apurar todas las heces del cáliz de la amargura, padecimientos y abandonos. Decía a Dios en los trances apurados:

«¿No sois Vos el que me ha dado este amor por las almas? O me lo quitáis o concededme lo que para ellas os pido».

Verdaderamente tuvo nuestra santa, en grado muy alto, el sentido de la solidaridad con los miembros del Cuerpo místico de Jesucristo, el sentido social cristiano.

<sup>4</sup> JØRGENSEN, o.c., 568-69.

Llevada de su caridad para con el prójimo, quería en cierto modo como amasar con la sangre de Cristo a todo el Cuerpo místico de la Iglesia. «Quiero —decía— beber el afecto y el amor de sus almas en la sangre del Cordero».

«Se adivinaba —escribe Jørgensen— la voluntad devoradora que animaba a esta joven; se presentía que en su ardiente amor a Jesucristo *quería, quería*, quería modelar las almas todas a imagen de su Esposo amado, introducir la corona de espinas en todas las frentes, traspasar todas las manos y los pies con los santos clavos, de modo que les fuese imposible caminar por otra vía que la estrecha y dolorosa de la cruz»<sup>5</sup>.

Por eso se consagra con fervor al servicio del prójimo:

«Concebimos las virtudes en el amor de Dios —escribe a su discípula Catalina Scetto— y las damos a luz en el amor al prójimo. Amando a tu prójimo sin segunda intención relativa a tu interés espiritual o temporal, serás una verdadera servidora de Dios y responderás al amor del Creador hacia ti con el amor del prójimo. Serás una esposa fiel y no una perjurista. Es preciso que, como esposa de Jesucristo, te hagas la servidora del prójimo. No podemos servir a Dios de otra manera ni bajo otra forma; debemos, pues, servir a nuestro prójimo con verdadero y sincero amor»<sup>6</sup>.

Cuando Catalina, cumpliendo altísima misión del cielo, desempeña su oficio de pacificadora entre Florencia y Roma; cuando dispone las cosas para el regreso de Gregorio XI a la Ciudad Eterna; cuando reconcilia a los *condottieri*, o jefes de bandadas mercenarias, siempre lo hace con el corazón y el alma henchidos de los sentimientos que expresan esta frase y esta oración suyas: «Tengo que alimentarme de almas, ganándolas para Cristo»; «¡Unelos, Señor, con el vínculo de la caridad, para que mueran de amor en esa dulce Esposa que es tu Iglesia!»

Sí, la Iglesia lo es todo para Catalina, porque en la Iglesia veía a Jesucristo. Su amor a Jesús se dilataba, se hacía insaciable, infinito; se extendía a todo el Cuerpo místico. Si cuida a los enfermos en el hospital de Siena, prestándoles los más humildes y caritativos servicios, es por el hambre que tiene de sus almas.

<sup>5</sup> JØRGENSEN, o.c., 364-65.

<sup>6</sup> *Ibid.*, 208.

¡Cuántos pecadores ganó para Jesucristo!

«Me has amado mucho, Jesús, dulce amor mío —exclama en una de sus cartas—, y me has enseñado en qué medida debo amarte a mí misma y amar a mi prójimo, y el hambre y la sed que debemos tener de la salvación de los demás»<sup>7</sup>.

Y hacia el fin de su vida, en su deseo de ser hasta lo último el «yunque del martillo de Dios para el bien de las almas» y de «dilatarse ella misma cuanto fuere necesario para la salvación de los hombres», Catalina, que había merecido ser llamada por sus hijas y por numerosos discípulos *la dolce Mamma*, la cariñosa madre espiritual, dirige al Señor esta vehementemente plegaria:

«¡Oh Dios eterno! Tú eres el maestro que hace y deshace; rompe, pues, el vaso de mi cuerpo o hazlo de nuevo, según te plazca. A ti, Padre Eterno, ofrezco de nuevo mi vida por tu dulce Esposa la Iglesia; arráncame de mi cuerpo y vuélveme a mi cuerpo cuantas veces quiera tu Bondad, cada vez con más dolor que la anterior para que pueda ver la reforma de tu dulce Esposa, la santa Iglesia». Y finalmente: «No dejo de someter por esto mi vida y mi muerte a la voluntad de mi Creador. Si ve que puedo aún ser útil a alguien en este mundo, no me niego al trabajo ni al sufrimiento; estoy dispuesta a dar mi vida mil veces al día, cada vez en mayores torturas si fuera posible, por el honor de su nombre y la salvación del prójimo»<sup>8</sup>.

## II. SENTIDO JERÁRQUICO

Para que nadie se escandalice del desorden y relajación del estado eclesiástico, del que con tanta razón se quejaban Santa Brígida y Santa Catalina, debe tenerse presente la época en que vivieron y escribieron. Eran tiempos de cisma, y tan calamitosos para la Iglesia, que fue general la corrupción de costumbres en todos los estados. Dios manifestó a dichas santas los excesos de sus ministros, para que ellas y todos los amantes del honor de Dios y de la salvación de las almas procurasen remediar tantos males y aplacar la justicia divina, como lo hizo de un modo especial nuestra santa.

Catalina tiene siempre fija delante de sus ojos una idea, *su idea*, que quiere realizar, con el auxilio de lo alto, cueste lo que costare, aunque se

<sup>7</sup> *Ibid.*, 169.

<sup>8</sup> *Ibid.*, 571 y 591.

sea muy sola en medio del desbordamiento de los males. Su idea es conseguir que cese el escándalo de Aviñón, restablecer al papa en la silla de San Pedro, devolver a Roma y al Papado su dignidad y prestigio, purificar de sus vicios a la jerarquía eclesiástica. Esta reforma de la Iglesia la estimula, la persigue, y quiere realizarla precisamente comenzando por la Jerarquía. A la edad de seis años habíasele aparecido Jesucristo, revestido de los ornamentos pontificales, bajo la imagen de su vicario, rodeado de los apóstoles San Pedro, San Pablo y San Juan Evangelista, y amablemente le dio su bendición. Conservó siempre Catalina en su vida la memoria de esta visión, y jamás separó en su espíritu estas dos cosas: Jesucristo y el papa. En adelante, para ella el papa será nuestro dulce Cristo de la tierra».

Los heresiarcas de todos los tiempos se han caracterizado por su violencia, una violencia demolidora y destructora. Muy distinta de ella fue nuestra santa. Ella obra, sí, con vehemencia; emplea con energía los términos «quiero», «ordenos». Pero su vehemencia y energía son constructivas. Se propone restablecer los cuadros de la jerarquía eclesiástica, y para ello exigirá una disciplina sin réplica. Catalina escribe:

«Aun cuando el papa fuese un demonio encarnado, no debería yo levantar la cabeza contra él, sino inclinarme ante su autoridad y pedirle esa Sangre (la sangre de Cristo), de la que no puedo participar de otro modo»... «Si los sacerdotes nos despojases de nuestros bienes, deberíamos preferir perder antes nuestros bienes temporales y la vida del cuerpo que los bienes espirituales y la vida de la gracia».

No hablaron así Lutero, Calvino y los demás herejes; habla así la santidad, dulce y humilde de corazón, obediente hasta la muerte<sup>9</sup>.

Catalina practicó primeramente ella misma la doctrina que pretendía enseñar. Con una tenacidad increíble en una joven de veinticinco años, pero también con sumo respeto, emprende el primer punto de su programa: lograr que el papa vuelva a Roma. Presentábase para ello innumerables dificultades. Desde luego, el papa, a la sazón Gregorio XI, no era de su parecer. Tiene que luchar contra intereses creados, contra desconfianzas sistemáticas. No faltan en la corte pontificia quienes quieren burlarse maliciosamente de la «pequeña beguina» de la Toscana. Nada de esto la desalienta. A pesar de las maliciosas burlas de los diplomáticos, a pesar de la oposición de los cardenales, de los prelados

<sup>9</sup> *Ibid.*, 273.

y sacerdotes de la corte pontificia; a pesar de las intrigas de muchas ciudades de Italia, que se hacían fuertes con la debilidad de Roma; a pesar de todo, Catalina logrará sus fines: hará que el papa vuelva a habitar de nuevo en las riberas del Tíber, en la Ciudad Eterna.

Nada será capaz de hacerla volver atrás. Cuando algunos años más tarde sobrevenga el nefasto cisma, ella permanecerá tan enérgica y decidida, designando al Cuerpo místico el papa legítimo, el verdadero Cristo en la tierra, a pesar de los peligros que su valiente actitud había de suscitar no sólo contra ella misma, sino también contra sus discípulos e hijas espirituales.

Catalina siente muy de veras no haber hallado la muerte por la Iglesia en medio de esas luchas:

«Oh, qué dicha para mi alma si con mi sangre hubiera cimentado una piedra en el Cuerpo místico de la santa Iglesia!... Tengo motivo para llorar, considerando que mi escasa virtud y la multitud de mis pecados me han privado de tan gran bien... Diríase que la mano de quien debía herir ha sido detenida para que no descargue el golpe mortal.»

En todas estas luchas, nuestra santa es el firme sostén del papa, aunque él no la sostenga siempre:

«Si vos me abandonáis —le escribe en cierta ocasión—, yo me escondere en las llagas de Jesucristo crucificado, cuyo vicario sois vos; bien sé que Él me recibirá; y, cuando me hubiere recibido, ya no me rechazaréis vos, y permaneceremos unidos a fin de combatir generosamente con las armas de la virtud por la dulce Esposa de Cristo, la santa Iglesia.»

La vida santa de Catalina es la que confiere autoridad a su doctrina. El papa es para ella «Jesucristo sobre la tierra». No se debe juzgar al papa, como no se puede juzgar a Cristo. Los méritos de Jesucristo, el precio de su divina sangre, no nos vienen sino por medio de su vicario; él solo tiene las llaves de la preciosa sangre. Él es como el «sumiller que guarda las llaves de la cillería o despensa donde se custodia la sagrada reserva de su divina sangre y la de los mártires».

«Debéis tener muy en cuenta —escribe al Gobierno de Florencia— que Jesucristo nos ha dejado su vicario, y nos lo ha dejado para la salud y salvación de nuestras almas; no podremos tener la salud sino en el Cuerpo místico de la santa Iglesia. Jesucristo es su cabeza, y nosotros los miembros. Quién no obedezca al Cristo de la tierra, que representa al Cristo del cielo, no tendrá parte en el fruto de la sangre del Hijo de Dios, porque Dios quiere que recibamos por sus manos esa divina san-

gre y todos los sacramentos que nos dan la vida por la misma sangre. Observad bien esto, carísimos hijos: que el que se rebela contra nuestro Padre, el Cristo de la tierra, se halla condenado a muerte, porque lo que hacemos contra él, lo hacemos contra el Cristo del cielo. Honrando al papa, honramos a Cristo; despreciando al papa, despreciamos a Cristo. Vedlo bien, y creed, hermanos míos, que os lo digo con pena y gemidos»<sup>10</sup>.

Esta idea de la identificación con Jesucristo por la identificación con la jerarquía eclesiástica es uno de los pilares más firmes de la reforma intentada por Catalina. Imposible realizar dicha reforma sin estas virtudes, para ella capitales: la fe en la Iglesia y en el papa, vicario de Cristo; la obediencia ciega a la Jerarquía.

### III. SENTIDO LITÚRGICO

El alma de Catalina era vibrante como las cuerdas de una lira. Semejante a los esbeltos campaniles de Siena, que se elevan hacia el azul celeste del hermoso cielo de Umbría cantando con todas sus campanas, esta alma de fuego sube en ardiente alabanza hacia Dios como una entredida llama. Catalina posee, en verdad, un alma profundamente penetrada del sentimiento y sentido litúrgicos.

Catalina cantaba... Y refiere Caffarini que en ocasiones cantaba con una voz tan límpida, que las hermanas que la acompañaban estaban maravilladas, y experimentaban en cierto modo la impresión de que la santa se había cambiado en otra persona. Pero no cantaba melancólicas canciones o *stornelli* sobre los dolores del amor humano, como oía cantar a veces a sus compatriotas; lo que ella cantaba eran himnos, salmos, cánticos espirituales<sup>11</sup>.

Fiel a las repetidas enseñanzas del apóstol San Pablo (a quien Catalina llama familiar y tiernamente *Paoluccio, mi Pablito*), en sus escritos no cesa de tributar alabanzas a Dios y rendirle gracias. El padre dominico que la asistió en los últimos momentos y oyó los latidos supremos de su corazón, declara no haber encontrado en ella sino sentimientos de inmensa gratitud. Es que tenía profundamente arraigada en su corazón la doble idea del amor infinitamente poderoso de su Dios y de la nada de sí misma: «Tú, ¡oh Dios!, eres el *que es*; yo soy *la que no es*». En su

<sup>10</sup> Carta 207.

<sup>11</sup> Véase JORGENSEN, o.c., 457-58.

alma, estos abismos se miran frente a frente; y desde el fondo de su miseria sube, cada vez más y más potente, el cántico de una alabanza gratuita sin límites.

Jesucristo quiso mostrar en cierta ocasión a Catalina, por medio de una gracia sensible, cuánto le agrada la oración que se hace uniéndose a Él. Estaba un día la santa rezando el *Breviario* en la iglesia, y notó que Jesús se hallaba a su lado y que salmodiaba con ella. Entonces su corazón se llenó de inmenso gozo, de tal modo que, con los fuertes latidos, apenas se oía a sí misma en lo que pronunciaba. Cada vez que se terminaba un salmo y había que decir el *Gloria*, inclinábase ella hacia Jesús con indecible respeto y amor, diciendo: «Gloria al Padre, y a ti, y al Espíritu Santo»...

Unida a Jesús en su oración y haciendo que pase por Él, por ese maravilloso Puente, su alabanza y su gratitud para con la Trinidad adorable, Catalina recoge también con amoroso respeto las gracias que de Dios le vienen por la misma vía en los sacramentos. Son «gracias de sangre», como ella dice, porque nuestro Pontífice es también nuestra Víctima, y del corazón de este divino Cordero inmolado manan fuentes de salud, raudales de gracias sacramentales.

El sacramento de la penitencia nos sumerge como en un baño de la divina sangre:

«Como pecamos todos los días, necesitamos obtener el perdón de nuestros pecados por la efusión de la sangre del Cordero en el sacramento de la penitencia. Ahora bien, solamente la Iglesia administra este sacramento, porque ella sola posee las llaves de la Sangre».

Pero sobre todo en el sacrificio eucarístico es donde la santa encuentra los más preciosos tesoros de la divina sangre. Allí es donde el Señor «nos aguarda con los brazos abiertos»; allí donde Catalina, «tomando con las dos manos la copa de su corazón, se acerca al costado de Jesús crucificado».

No dejaba día sin asistir al sacrificio de la misa, ya sea en la iglesia de San Domenico, cuando vivía en Siena; ya sea en la basílica de San Pedro, cuando moraba en Roma. Tenía verdadera hambre de la eucaristía. «¡Padre —decía a su confesor, el dominico Raimundo de Capua—, tengo hambre; por amor de Dios, dad a mi alma su alimento!» Sus comuniones eran muy fervorosas y fructuosas; eran, para esta virgen tan casta, como el beso de Jesús. En muchas ocasiones recibió del divino Esposo este inefable beso.

«Una vez, entre otras —era el día de Año Nuevo—, habiendo asistido a misa y comulgado en San Domenico, se detuvo largo rato, según su costumbre, en la acción de gracias; y cuando terminó se sintió tan débil, que se preguntaba cómo podría regresar a casa. Pero el que había prometido no abandonarla jamás la esperaba fuera del templo lleno de solicitud. Cuando de allí salió, Jesús vino a su encuentro, y diciéndola: «¡Hija, apóyate en mí!», la rodeó con su brazo y la besó tiernamente. Los labios de Catalina conservaron varios días el perfume de este divino beso, y los que vivían a su lado se daban cuenta de ello»<sup>12</sup>.

Cierto día, terminada la misa, apareciósele Jesús y le robó el corazón; y pocos días después vio de pronto al Señor ante ella, teniendo entre sus manos un corazón rojo y resplandeciente, que depositó en su lado izquierdo, diciéndole: «Hija mía muy amada, como el otro día te quité tu corazón, hoy te doy en cambio el mío». Desde entonces, Catalina en sus oraciones se expresaba así: «Señor, te encomiendo *tu* corazón», en vez de «te encomiendo *mi* corazón». Y con frecuencia, cuando recibía la sagrada comunión, el nuevo corazón de Catalina palpitaba con tal fuerza, que era preciso admitir que aquél no era un corazón humano; y aquellas palpitaciones vehementes notábanlas con asombro los que acompañaban a nuestra santa.

Las fiestas de Nuestro Señor, de la Santísima Virgen y de los santos eran para ella ocasión de fervor intenso y de íntimas comunicaciones con Dios. Solían ser también dichas fiestas ocasión de nuevas visiones y éxtasis, durante los cuales asistía la santa a los regocijos y solemnidad que se hace en el cielo.

Observaba con gran rigor el ayuno de lo que se llamaba «cuaresma monástica», o sea, desde el 14 de septiembre hasta Pascua de Resurrección. Pero desde el domingo de Pasión el ayuno era absoluto, sin tomar alimento alguno. Y vivía tan íntimamente con Jesús el misterio de la redención, así en su parte dolorosa como en su parte gloriosa, que ese ayuno absoluto, en que sólo se sustentaba de la eucaristía, iba prolongándose hasta la Ascensión. Los tres días de las rogativas permanecía en oración, con los brazos extendidos, cual «hostia orante», sin conversar con las criaturas. Mas, llegada la fiesta de la Ascensión, encontrábase Catalina completamente restablecida y con entera salud.

Es de advertir que nuestra santa nació un 25 de marzo, fiesta de la Anunciación, en que el Hijo de Dios dignóse venir a este mundo y ha-

<sup>12</sup> Ibid., 175.



cerse hombre para salvarnos. Siempre conmemoró ella esta fecha con una devoción especial; y algunos días antes de su muerte, Fr. Bartolomé solemnizó dicho aniversario celebrando la misa en la habitación de la ilustre enferma. Su muerte dichosa ocurrió el domingo que precede a la fiesta de la Ascensión, en el evangelio de cuya misa léense aquellas palabras de Jesús: *Sali del Padre y vine al mundo; ahora dejo el mundo y voy al Padre* (Jn 16,28).

Catalina, que poseyó en alto grado el espíritu de la divina alabanza, que fue lo que podríamos llamar con toda verdad *un alma de alabanza*, fue también, no menos verdadera y profundamente, un alma de sacrificio y de inmolación. Es el segundo aspecto de toda vida litúrgica unida al sacerdocio de Jesucristo. Y nótese que, por lo arraigados y desahogados que estaban en ella, tanto el sentido social como el sentido jerárquico hubieron de contribuir a ensanchar el objeto de su inmolación: las almas de sus hermanos, sobre todo las del clero.

Cada cuaresma solía renovar su oblación de víctima por la santa Iglesia católica, apostólica, romana. Hacia el fin de su vida, Dios le mandó que hiciese celebrar la santa misa por la Iglesia todos los días de cuaresma. Y ella no dejaba de acudir a oírta, aunque fuese con grandes trabajos y padecimientos.

Un domingo de cuaresma, el domingo *Laetare*, fue cuando recibió los estigmas invisibles. Y recuerda la santa esta gracia dolorosa al escribir aquellas palabras del *Diálogo*:

«Para los hijos muy amados de Dios, padecer es gozar. Su sufrimiento es el no padecer. Como el glorioso San Pablo, ellos dicen: Regocijome en los oprobios de Cristo crucificado... Llevo en mi cuerpo las llagas de Jesucristo»<sup>13</sup>.

El crucifijo era para ella el libro por excelencia. Las cinco llagas de Jesucristo crucificado eran las iniciales iluminadas de ese preciosísimo libro, en que se aprende la ciencia del sacrificio y del amor para llegar a la cumbre de la santidad.

Y quiere la santa embriagarse y que todos se embriaguen de la sangre de Jesucristo:

«Embriagaos —escribe— con la sangre del Cordero sin mancha... sumergíos en la sangre de Cristo crucificado, bañaos en esa sangre, har-

<sup>13</sup> *Diálogo* t.2, p.54.

traos con esa sangre... Todo corazón llegue a ser un Gólgota; no se complace el ojo en mirar ninguna otra flor más que las cinco rosas bermejas que han brotado en el jardín del cuerpo de Cristo. Ningún amor es permitido fuera del amor de este Esposo de sangre»<sup>14</sup>.

Solamente el amor, la íntima unión con Jesucristo, Sacerdote y Víctima, pudo llevar a Catalina a tan perfecto sacrificio e inmolación: «Amor, Amor, yo te pido la muerte!», cantaba en el lecho de su agonía; y esa muerte con vehemencia deseada, la muerte por Jesús, por las almas, por el sacerdocio, por la Iglesia, obrívola finalmente del Señor, y mereció morir, a la edad de treinta y tres años, *spasimata in questa dolce ypora*: pasmada de amor en los brazos de la dulce Esposa que es la Iglesia.

¡Qué treinta y tres años los de la vida de Santa Catalina de Siena! Bien puede asegurarse, sin temor a ser desmentidos, que son únicos en la historia siempre maravillosa de los santos por lo extraordinario de algunos inefables carismas y privilegios, que le dan realce y carácter de excepción.

Murió la santa dando su vida por la Iglesia.

¡Luego, en cierto modo, Catalina de Siena es mártir! Entró en el cielo con su blanco escapulario teñido con la sangre misteriosamente derramada, y todo su ser sacrificado en aras de la fe y del amor a Jesucristo y a las almas. Por eso fueron las últimas palabras que pronunciaron sus labios en este mundo: «¡Sangre, sangre!»; y a continuación, a ejemplo del Redentor, terminó diciendo: «¡Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu!»

<sup>14</sup> JÖRGENSEN, o.c., 517.







## Horario Diario de la Segunda Semana: Martes Julio 24- Viernes, Julio 28



<b>7:30</b>	<b>Laudes (en español)<sup>2</sup></b>
<b>8:00</b>	<b>Santa Misa (en español)</b>
<b>9:00</b>	<b>Desayuno</b>
<b>10:00 – 11:15</b>	<b>1<sup>st</sup> AM Sesión</b>
	<b>Recreo</b>
<b>11:45 – 1:00</b>	<b>2<sup>nd</sup> AM Sesión</b>

<b>1:30</b>	<b>Almuerzo</b>
<b>2:30</b>	Tiempo libre / estudio personal
<b>3:30 – 4:45</b>	Talleres (opcional) / estudio personal
<b>5:00</b>	Oración Personal / estudio / Adoración
<b>6:00</b>	<b>Vísperas (en español)</b>
<b>6:30</b>	<b>Cena</b>
<b>7:30</b>	Lectura
<b>8:30</b>	Recreación
<b>9:30</b>	Completas Tiempo libre / a dormir

Curso de Verano 2017  
Hopewell Junction, NY  
**CMSWR**

<sup>2</sup> **Jueves, 27 de julio:** 6:00am Laudos (en capilla) / 6:45 salir en auto para la Iglesia de San Columba / 7:00 misa en ingles en la parroquia / regresando, seguimos con el horario puesto de la **PRIMERA SEMANA** (cada actividad se cumple una hora más temprano).



## Horario Litúrgico

Segunda Semana: 24 – 28 de julio, 2017

Lunes 24	Martes 25 Fiesta de Santiago, Apóstol	Miércoles 26 Memoria de San Joaquín y Santa Ana	Jueves 27	Viernes 28
7:30am Laudes 8:00am Misa <i>Padre de los Misioneros Identes</i>	7:30am Laudes 8:00am Misa <i>Padre de los Misioneros Identes</i>	7:30am Laudes 8:00am Misa <i>Padre de los Misioneros Identes</i>	6:00am Laudes en la capilla 6:45am salir a la parroquia 7:00am Misa en San Columba	6:30am Misa temprano
5:00pm Adoración	5:00pm Adoración	5:00pm Adoración	4:00pm Adoración	
6:00pm Vísperas	6:00pm Vísperas	6:00pm Vísperas	5:00pm Vísperas	
9:30 Completas	9:30 Completas	9:30 Completas	8:30 Completas	







## SEGUNDA SEMANA: SANTA TERESA DE ÁVILA Y SANTA TERESITA DE LISIEUX

Lunes 24 de julio	Martes 25 de julio	Miércoles 26 de julio	Jueves 27 de julio	Viernes 28 de julio	
<b>AM Sesión 1</b>	<b>AM Sesión 1</b>	<b>AM Sesión 1</b>	<b>AM Sesión 1</b>	<b>AM Misa y despedida</b>	
Teresa de Ávila Hna. Claudia, OFM	Teresa de Ávila Hna. Claudia, OFM	Therese de Lisieux Hna. Mary Anthony, RSM	Therese de Lisieux Hna. Mary Anthony, RSM		
<b>AM Sesión 2</b>	<b>AM Sesión 2</b>	<b>AM Sesión 2</b>	<b>AM Sesión 2</b>		
Teresa de Ávila Hna. Claudia, OFM	Teresa de Ávila y Catalina de Siena  "Hija de la Iglesia": En los tres sentidos: jerárquico, litúrgico, apostólico  Hna. Theotókos, SSVM	Therese de Lisieux Hna. Mary Anthony, RSM	Therese de Lisieux Hna. Mary Anthony, RSM		
<b>En la Tarde</b>					
<b>Talleres</b> Hna. Claudia, OFM	<b>Talleres</b> Hna. Claudia, OFM	<b>Talleres</b> Hna. Mary Anthony, RSM	<b>Talleres</b> Evaluación del curso Hna. Theotókos  <b>Presentaciones de las Participantes</b>		
<b>Lectura</b> (Santa Teresa):	<b>Lectura</b> (Santa Teresita):	<b>Lectura</b> (Santa Teresita):	<b>Lectura:</b> <b>Presentaciones (cont.)</b>		



## Santa Teresa de Jesús (1515-1582)

### Documentos de la Iglesia

- Audiencia General de Benedicto XVI sobre la vida y misión de "Santa Teresa de Jesús" (2 de febrero de 2011)<sup>34</sup>
- Nombrado por Pablo VI en 1970, *Multiformis Sapientia* (27-IX-1970)
- Mensaje Del Santo Padre Francisco Al Obispo De Ávila Con Motivo De La Apertura Del Año Jubilar Teresiano ( 15 de octubre de 2014)<sup>35</sup>

### Estudios y Obras de la Santa

- Royo Marín, Antonio, OP, *Las Doctoras de la Iglesia* (Madrid: BAC, 1997), pp. 9-30, con textos de *Las Moradas*.

---

<sup>34</sup> [https://w2.vatican.va/content/benedict-xvi/es/audiencias/2011/documents/hf\\_ben-xvi\\_aud\\_20110202.html](https://w2.vatican.va/content/benedict-xvi/es/audiencias/2011/documents/hf_ben-xvi_aud_20110202.html)

<sup>35</sup> [https://w2.vatican.va/content/francesco/es/messages/pont-messages/2014/documents/papa-francesco\\_20141015\\_messaggio-500-teresa-avila.html](https://w2.vatican.va/content/francesco/es/messages/pont-messages/2014/documents/papa-francesco_20141015_messaggio-500-teresa-avila.html)

- BENEDICTO XVI

### **Audiencia General**

*Sala Pablo VI, Miércoles 2 de febrero de 2011*

### **Santa Teresa de Jesús**

*Queridos hermanos y hermanas:*

A lo largo de las catequesis que he querido dedicar a los Padres de la Iglesia y a grandes figuras de teólogos y de mujeres del Medievo me detuve también a hablar de algunos santos y santas que fueron proclamados doctores de la Iglesia por su eminente doctrina. Hoy quiero iniciar una breve serie de encuentros para completar la presentación de los doctores de la Iglesia. Y comienzo con una santa que representa una de las cimas de la espiritualidad cristiana de todos los tiempos: santa Teresa de Ávila (de Jesús).

Nace en Ávila, España, en 1515, con el nombre de Teresa de Ahumada. En su autobiografía ella misma menciona algunos detalles de su infancia: su nacimiento de «padres virtuosos y temerosos de Dios», en el seno de una familia numerosa, con nueve hermanos y tres hermanas. Todavía niña, cuando tiene menos de nueve años, lee las vidas de algunos mártires que le inspiran el deseo del martirio, hasta el punto de que improvisa una breve huida de casa para morir mártir y subir al cielo (cf. *Vida* 1, 5); «quiero ver a Dios» dice la pequeña a sus padres. Algunos años más tarde, Teresa hablará de sus lecturas de la infancia y afirmará que en ellas descubrió la verdad,

que resume en dos principios fundamentales: por un lado «el hecho de que todo lo que pertenece al mundo de aquí, pasa»; y, por otro, que sólo Dios es «para siempre, siempre, siempre», tema que se reitera en la famosísima poesía «Nada te turbe / nada te espante; / todo se pasa. / Dios no se muda; / la paciencia todo lo alcanza; / quien a Dios tiene / nada le falta / ¡Sólo Dios basta!». Al quedar huérfana de madre a los 12 años, pide a la santísima Virgen que le haga de madre (cf. *Vida* 1, 7).

Aunque en la adolescencia la lectura de libros profanos la había llevado a las distracciones de una vida mundana, la experiencia como alumna de las religiosas agustinas de Santa María de las Gracias de Ávila y la lectura de libros espirituales, sobre todo clásicos de la espiritualidad franciscana, le enseñan el recogimiento y la oración. A la edad de 20 años, entra en el monasterio carmelita de la Encarnación, también en Ávila; en la vida religiosa toma el nombre de Teresa de Jesús. Tres años después, enferma gravemente; tanto que permanece cuatro días en coma, aparentemente muerta (cf. *Vida* 5, 9). Incluso en la lucha contra sus enfermedades

la santa ve el combate contra las debilidades y las resistencias a la llamada de Dios: «Deseaba vivir —escribe—, que bien entendía que no vivía, sino que peleaba con una sombra de muerte, y no había quien me diese vida, y no la podía yo tomar; y quien me la podía dar tenía razón de no socorrerme, pues tantas veces me había tornado a sí y yo dejádole» (*Vida* 8, 2). En 1543 pierde la cercanía de sus familiares: su padre muere y todos sus hermanos emigran, uno tras otro, a América. En la Cuaresma de 1554, a los 39 años, Teresa alcanza la cima de la lucha contra sus debilidades. El descubrimiento fortuito de la estatua de «un Cristo muy llagado» (*Vida* 9, 1) marca profundamente su vida. La santa, que en aquel período encuentra profunda consonancia con el san Agustín de las *Confesiones*, describe así el día decisivo de su experiencia mística: «Acaeciame... venirme a deshora un sentimiento de la presencia de Dios, que en ninguna manera podía dudar que estaba dentro de mí, o yo toda engolfada en él» (*Vida* 10, 1).

Paralelamente a la maduración de su interioridad, la santa comienza a desarrollar concretamente el ideal de reforma de la Orden carmelita: en 1562 funda en Ávila, con el apoyo del obispo de la ciudad, don Álvaro de Mendoza, el primer Carmelo reformado, y poco después recibe también la aprobación del superior general de la Orden, Giovanni Battista Rossi. En los años sucesivos prosigue las fundaciones de nuevos Carmelos, en total diecisiete. Es fundamental el encuentro con san Juan de

la Cruz, con quien, en 1568, constituye en Duruelo, cerca de Ávila, el primer convento de Carmelitas Descalzos. En 1580 obtiene de Roma la erección como provincia autónoma para sus Carmelos reformados, punto de partida de la Orden religiosa de los Carmelitas Descalzos. La vida terrena de Teresa termina precisamente mientras está comprometida en la actividad de fundación. En efecto, en 1582, después de haber constituido el Carmelo de Burgos y mientras se encuentra camino de regreso a Ávila, muere la noche del 15 de octubre en Alba de Tormes, repitiendo humildemente dos expresiones: «Al final, muero como hija de la Iglesia» y «Ya es hora, Esposo mío, de que nos veamos». Una existencia consumida dentro de España, pero entregada por toda la Iglesia. Beatificada en 1614 por el Papa Pablo V y canonizada por Gregorio xv en 1622, el siervo de Dios Pablo vi la proclama «doctora de la Iglesia» en 1970.

Teresa de Jesús no tenía una formación académica, pero siempre sacó provecho de las enseñanzas de teólogos, literatos y maestros espirituales. Como escritora, siempre se atuvo a lo que personalmente había vivido o había visto en la experiencia de otros (cf. *Prólogo al Camino de perfección*), es decir, a la experiencia. Teresa teje relaciones de amistad espiritual con numerosos santos, en particular con san Juan de la Cruz. Al mismo tiempo, se alimenta con la lectura de los Padres de la Iglesia, san Jerónimo, san Gregorio Magno, san Agustín. Entre sus principales obras hay que recordar ante todo la autobiografía,

titulada *Libro de la vida*, que ella llama *Libro de las misericordias del Señor*. Compuesta en el Carmelo de Ávila en 1565, refiere el itinerario biográfico y espiritual, escrito, como afirma la propia Teresa, para someter su alma al discernimiento del «Maestro de los espirituales», san Juan de Ávila. El objetivo es poner de relieve la presencia y la acción de Dios misericordioso en su vida: por esto, la obra refiere a menudo su diálogo de oración con el Señor. Es una lectura que fascina, porque la santa no sólo cuenta, sino que muestra que revive la experiencia profunda de su relación con Dios. En 1566, Teresa escribe el *Camino de perfección*, que ella llama *Avisos y consejos que da Teresa de Jesús a sus hermanas*. Las destinatarias son las doce novicias del Carmelo de san José en Ávila. Teresa les propone un intenso programa de vida contemplativa al servicio de la Iglesia, cuya base son las virtudes evangélicas y la oración. Entre los pasajes más preciosos está el comentario al *Padre nuestro*, modelo de oración. La obra mística más famosa de santa Teresa es el *Castillo interior*, escrito en 1577, en plena madurez. Se trata de una relectura de su propio camino de vida espiritual y, al mismo tiempo, de una codificación del posible desarrollo de la vida cristiana hacia su plenitud, la santidad, bajo la acción del Espíritu Santo. Teresa se refiere a la estructura de un castillo con siete moradas, como imagen de la interioridad del hombre, introduciendo, al mismo tiempo, el símbolo del gusano de seda que renace mariposa, para expresar el paso de lo natural a lo sobrenatural. La

santa se inspira en la Sagrada Escritura, en particular en el *Cantar de los cantares*, por el símbolo final de los «dos esposos», que le permite describir, en la séptima morada, el culmen de la vida cristiana en sus cuatro aspectos: trinitario, cristológico, antropológico y eclesial. A su actividad de fundadora de los Carmelos reformados Teresa dedica el *Libro de las fundaciones*, escrito entre 1573 y 1582, en el cual habla de la vida del grupo religioso naciente. Como en la autobiografía, la narración trata de poner de relieve sobre todo la acción de Dios en la obra de fundación de los nuevos monasterios.

No es fácil resumir en pocas palabras la profunda y articulada espiritualidad teresiana. Quiero mencionar algunos puntos esenciales. En primer lugar, santa Teresa propone las virtudes evangélicas como base de toda la vida cristiana y humana: en particular, el desapego de los bienes o pobreza evangélica, y esto nos atañe a todos; el amor mutuo como elemento esencial de la vida comunitaria y social; la humildad como amor a la verdad; la determinación como fruto de la audacia cristiana; la esperanza teológica, que describe como sed de agua viva. Sin olvidar las virtudes humanas: afabilidad, veracidad, modestia, amabilidad, alegría, cultura. En segundo lugar, santa Teresa propone una profunda sintonía con los grandes personajes bíblicos y la escucha viva de la Palabra de Dios. Ella se siente en consonancia sobre todo con la esposa del *Cantar de los cantares* y con el apóstol

san Pablo, además del Cristo de la Pasión y del Jesús eucarístico.

Asimismo, la santa subraya cuán esencial es la oración; rezar, dice, significa «tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama» (*Vida* 8, 5). La idea de santa Teresa coincide con la definición que santo Tomás de Aquino da de la caridad teologal, como «*amicitia quaedam hominis ad Deum*», un tipo de amistad del hombre con Dios, que fue el primero en ofrecer su amistad al hombre; la iniciativa viene de Dios (cf. *Summa Theologiae* ii-ii, 23, 1). La oración es vida y se desarrolla gradualmente a la vez que crece la vida cristiana: comienza con la oración vocal, pasa por la interiorización a través de la meditación y el recogimiento, hasta alcanzar la unión de amor con Cristo y con la santísima Trinidad. Obviamente no se trata de un desarrollo en el cual subir a los escalones más altos signifique dejar el precedente tipo de oración, sino que es más bien una profundización gradual de la relación con Dios que envuelve toda la vida. Más que una pedagogía de la oración, la de Teresa es una verdadera «mistagogia»: al lector de sus obras le enseña a orar rezando ella misma con él; en efecto, con frecuencia interrumpe el relato o la exposición para prorrumpir en una oración.

Otro tema importante para la santa es la centralidad de la humanidad de Cristo. Para Teresa, de hecho, la vida cristiana es relación personal con Jesús, que culmina en la unión con él por gracia, por amor y por imitación. De aquí la importancia que ella

atribuye a la meditación de la Pasión y a la Eucaristía, como presencia de Cristo, en la Iglesia, para la vida de cada creyente y como corazón de la liturgia. Santa Teresa vive un amor incondicional a la Iglesia: manifiesta un vivo «*sensus Ecclesiae*» frente a los episodios de división y conflicto en la Iglesia de su tiempo. Reforma la Orden carmelita con la intención de servir y defender mejor a la «santa Iglesia católica romana», y está dispuesta a dar la vida por ella (cf. *Vida* 33, 5).

Un último aspecto esencial de la doctrina teresiana, que quiero subrayar, es la perfección, como aspiración de toda la vida cristiana y meta final de la misma. La santa tiene una idea muy clara de la «plenitud» de Cristo, que el cristiano revive. Al final del recorrido del *Castillo interior*, en la última «morada» Teresa describe esa plenitud, realizada en la inhabitación de la Trinidad, en la unión con Cristo a través del misterio de su humanidad.

Queridos hermanos y hermanas, santa Teresa de Jesús es verdadera maestra de vida cristiana para los fieles de todos los tiempos. En nuestra sociedad, a menudo carente de valores espirituales, santa Teresa nos enseña a ser testigos incansables de Dios, de su presencia y de su acción; nos enseña a sentir realmente esta sed de Dios que existe en lo más hondo de nuestro corazón, este deseo de ver a Dios, de buscar a Dios, de estar en diálogo con él y de ser sus amigos. Esta es la amistad que todos necesitamos y que debemos buscar de nuevo, día tras día. Que el ejemplo de

esta santa, profundamente contemplativa y eficazmente activa, nos impulse también a nosotros a dedicar cada día el tiempo adecuado a la oración, a esta apertura hacia Dios, a este camino para buscar a Dios, para verlo, para encontrar su amistad y así la verdadera vida; porque realmente muchos de nosotros deberían decir: «no vivo, no

vivo realmente, porque no vivo la esencia de mi vida». Por esto, el tiempo de la oración no es tiempo perdido; es tiempo en el que se abre el camino de la vida, se abre el camino para aprender de Dios un amor ardiente a él, a su Iglesia, y una caridad concreta para con nuestros hermanos. Gracias.



## PROCLAMACIÓN DE SANTA TERESA DE JESÚS COMO DOCTORA DE LA IGLESIA

### **HOMILÍA DEL SANTO PADRE PABLO VI**

*Domingo 27 de septiembre de 1970*

Acabamos de conferir o, mejor dicho, acabamos de reconocer a Santa Teresa de Jesús el título de doctora de la Iglesia.

El sólo hecho de mencionar, en este lugar y en esta circunstancia, el nombre de esta santa tan singular y tan grande, suscita en nuestro espíritu un cúmulo de pensamientos.

El primero es la evocación de la figura de Santa Teresa. La vemos ante nosotros como una mujer excepcional, como a una religiosa que, envuelta toda ella de humildad, penitencia y sencillez, irradia en torno a sí la llama de su vitalidad humana y de su dinámica espiritualidad; la vemos, además, como reformadora y fundadora de una histórica e insigne Orden religiosa, como escritora genial y fecunda, como maestra de vida espiritual, como contemplativa incomparable e incansable alma activa. ¡Qué grande, única y humana, qué atrayente es esta figura! Antes de hablar de otra cosa, nos sentimos tentados a hablar de ella, de esta santa interesantísima bajo muchos aspectos. Pero no esperéis que, en este momento, os hablemos de la persona y de la obra de Teresa de Jesús. Sería suficiente la doble biografía recogida en el tomo preparado con tanto esmero por nuestra Sagrada Congregación para las causas de los santos para desanimar a quien pretendiese condensar en breves palabras la semblanza histórica y biográfica de esta santa, que parece desbordar las líneas descriptivas en las que uno quisiera encerrarlas. Por otra parte, no es precisamente en ella donde quisiéramos fijar durante un momento nuestra atención, sino más bien en el acto que ha tenido lugar hace poco, en el hecho que acabamos de grabar en la historia de la Iglesia y que confiamos a la piedad y a la reflexión del Pueblo de Dios, en la concesión de otorgarle el título de doctora a Teresa de Ávila, a Santa Teresa de Jesús, la eximia carmelita.

El significado de este acto es muy claro. Un acto que quiere ser intencionalmente luminoso, y que podría encontrar su imagen simbólica en una lámpara encendida ante la humilde y majestuosa figura de la Santa. Un acto luminoso por el haz de luz que la lámpara del título doctoral proyecta sobre ella; un acto luminoso por el otro haz de luz que ese mismo título doctoral proyecta sobre nosotros.

## **Significación del título concedido a Santa Teresa**

Hablemos primero sobre ella, sobre Teresa. La luz del título doctoral pone de relieve valores indiscutibles que ya le habían sido ampliamente reconocidos; ante todo, la santidad de vida, valor oficialmente proclamado el 12 de marzo de 1622 —Santa Teresa había muerto 30 años antes— por nuestro predecesor Gregorio XV en el célebre acto de canonización que incluyó en el libro de los santos, junto con nuestra santa carmelita, a Ignacio de Loyola, Francisco Javier, Isidro Labrador, todos ellos gloria de la España católica, y al mismo tiempo al florentino-romano Felipe Neri. Por otra parte, la luz del título doctoral pone de relieve la «eminencia de la doctrina» y esto de un modo especial<sup>36</sup>.

## **Los carismas de la doctrina teresiana**

La doctrina de Teresa de Ávila brilla por los carismas de la verdad, la fidelidad a la fe católica y la utilidad para la formación de las almas. Y podríamos resaltar de modo particular otro carisma, el de la sabiduría, que nos hace pensar en el aspecto más atrayente y al mismo tiempo más misterioso del doctorado de Santa Teresa, o sea, en el influjo de la inspiración divina en esta prodigiosa y mística escritora.

¿De dónde le venía a Teresa el tesoro de su doctrina? Sin duda alguna, le venía de su inteligencia y de su formación cultural y espiritual, de sus lecturas, de su trato con los grandes maestros de teología y de espiritualidad, de su singular sensibilidad, de su habitual e intensa disciplina ascética, de su meditación contemplativa, en una palabra de su correspondencia a la gracia acogida en su alma, extraordinariamente rica y preparada para la práctica y la experiencia de la oración. Pero ¿era ésta la única fuente de su «eminente doctrina»? ¿O acaso no se encuentran en Santa Teresa hechos, actos y estados en los que ella no es el agente, sino más bien el paciente, o sea, fenómenos pasivos y sufridos, místicos en el verdadero sentido de la palabra, de tal forma que deben ser atribuidos a una acción extraordinaria del Espíritu Santo?

Estamos, sin duda alguna, ante un alma en la que se manifiesta la iniciativa divina extraordinaria, sentida y posteriormente descrita llana, fiel y estupendamente por Teresa con un lenguaje literario peculiarísimo.

---

<sup>36</sup> cf. Prospero Lambertini, luego Papa Benedicto XIV, *De servorum Dei beatificatione*, IV, 2, c. 11, n. 13.

## **Una vida consagrada a la contemplación y comprometida en la acción**

Al llegar aquí, las preguntas se multiplican. La originalidad de la acción mística es uno de los fenómenos psicológicos más delicados y más complejos, en los que pueden influir muchos factores, y obligan al estudioso a tomar las más severas cautelas, al mismo tiempo que en ellos se manifiestan de modo sorprendente las maravillas del alma humana, y entre ellas la más comprensiva de todas: el amor, que encuentra en la profundidad del corazón sus expresiones más variadas y más auténticas; ese amor que llegamos a llamar matrimonio espiritual, porque no es otra cosa que el encuentro del amor divino inundante, que desciende al encuentro del amor humano, que tiende a subir con todas sus fuerzas. Se trata de la unión con Dios más íntima y más fuerte que se conceda experimentar a un alma viviente en esta tierra; y que se convierte en luz y en sabiduría, sabiduría de las cosas divinas y sabiduría de las cosas humanas.

De todos estos secretos nos habla la doctrina de Santa Teresa. Son los secretos de la oración. Esta es su enseñanza. Ella tuvo el privilegio y el mérito de conocer estos secretos por vía de la experiencia, vivida en la santidad de una vida consagrada a la contemplación y, al mismo tiempo, comprometida en la acción, por vía de experiencia simultáneamente sufrida y gozada en la efusión de carismas espirituales extraordinarios. Santa Teresa ha sido capaz de contarnos estos secretos, hasta el punto de que se la considera como uno de los supremos maestros de la vida espiritual. No en vano la estatua de la fundadora Teresa colocada en esta basílica lleva la inscripción que tan bien define a la Santa: *Mater spiritualium*.

## **Maestra de oración**

Todos reconocían, podemos decir que con unánime consentimiento, esta prerrogativa de Santa Teresa de ser madre y maestra de las personas espirituales. Una madre llena de encantadora sencillez, una maestra llena de admirable profundidad. El consentimiento de la tradición de los santos, de los teólogos, de los fieles y de los estudiosos se lo había ganado ya. Ahora lo hemos confirmado Nosotros, a fin de que, nimbada por este título magistral, tenga en adelante una misión más autorizada que llevar a cabo dentro de su familia religiosa, en la Iglesia orante y en el mundo, por medio de su mensaje perenne y actual: el mensaje de la oración.

Esta es la luz, hecha hoy más viva y penetrante, que el título de doctora conferido a Santa Teresa reverbera sobre nosotros.

El mensaje de oración nos llega a nosotros, hijos de la Iglesia, en una hora caracterizada por un gran esfuerzo de reforma y de renovación de la oración litúrgica; nos llega a nosotros, tentados, por el reclamo y por el compromiso del mundo exterior, a ceder al trajín de la vida moderna y a

perder los verdaderos tesoros de nuestra alma por la conquista de los seductores tesoros de la tierra.

Este mensaje llega a nosotros, hijos de nuestro tiempo, mientras no sólo se va perdiendo la costumbre del coloquio con Dios, sino también el sentido y la necesidad de adorarlo y de invocarlo.

Llega a nosotros el mensaje de la oración, canto y música del espíritu penetrado por la gracia y abierto al diálogo de la fe, de la esperanza y de la caridad, mientras la exploración psicoanalítica desmonta el frágil y complicado instrumento que somos, no para escuchar la voces de la humanidad dolorida y redimida, sino para escuchar el confuso murmullo del subconsciente animal y los gritos de las indomadas pasiones y de la angustia desesperada.

Llega ahora a nosotros el sublime y sencillo mensaje de la oración de la sabia Teresa, que nos exhorta a comprender «el gran bien que hace Dios a un alma que la dispone para tener oración con voluntad..., que no es otra cosa la oración mental, a mi parecer, sino tratar de amistad estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama»<sup>37</sup>.

Este es, en síntesis, el mensaje que nos da Santa Teresa de Jesús, doctora de la santa Iglesia. Escuchémoslo y hagámoslo nuestro.

### **La mujer no está destinada a tener en la Iglesia funciones jerárquicas**

Debemos añadir dos observaciones que nos parecen importantes. En primer lugar hay que notar que Santa Teresa de Ávila es la primera mujer a quien la Iglesia confiere el título de doctora; y esto no sin recordar las severas palabras de San Pablo: «Las mujeres cállense en las asambleas» (1 Cor 14, 34), lo cual quiere decir incluso hoy que la mujer no está destinada a tener en la Iglesia funciones jerárquicas de magisterio y de ministerio. ¿Se habrá violado entonces el precepto apostólico?

Podemos responder con claridad: no. Realmente no se trata de un título que comporte funciones jerárquicas de magisterio, pero a la vez debemos señalar que este hecho no supone en ningún modo un menosprecio de la sublime misión de la mujer en el seno del Pueblo de Dios.

---

<sup>37</sup> *Vida*, 8, 4-5.

Por el contrario, ella, al ser incorporada a la Iglesia por el bautismo, participa del sacerdocio común de los fieles, que la capacita y la obliga a «confesar delante de los hombres la fe que recibió de Dios mediante la Iglesia»<sup>38</sup>.

Y en esa confesión de fe muchas mujeres han llegado a las cimas más elevadas, hasta el punto de que su palabra y sus escritos han sido luz y guía de sus hermanos. Luz alimentada cada día en el contacto íntimo con Dios, también en las formas más elevadas en la oración mística, para la cual San Francisco de Sales llega a decir que poseen una especial capacidad. Luz hecha vida de manera sublime para el bien y el servicio de los hombres.

Por eso el Concilio ha querido reconocer la preciosa colaboración con la gracia divina que las mujeres están llamadas a ejercer para instaurar el reino de Dios en la tierra, y al exaltar la grandeza de su misión no duda en invitarlas igualmente a ayudar «a que la humanidad no decaiga», «a reconciliar a los hombres con la vida», «a salvar la paz del mundo»<sup>39</sup>.

### **Teresa, santa española con temple de reformadora**

En segundo lugar, no queremos pasar por alto el hecho de que Santa Teresa era española, y con razón España la considera una de sus grandes glorias. En su personalidad se aprecian los rasgos de su patria: la reciedumbre de espíritu, la profundidad de sentimientos, la sinceridad de corazón, el amor a la Iglesia. Su figura se centra en una época gloriosa de santos y de maestros que marcan su época con el florecimiento de la espiritualidad. Los escucha con la humildad de la discípula, a la vez que sabe juzgarlos con la perspicacia de una gran maestra de vida espiritual, y como tal la consideran ellos.

Por otra parte, dentro y fuera de las fronteras patrias se agitaban violentos los aires de la Reforma, enfrentando entre sí a los hijos de la Iglesia. Ella, por su amor a la verdad y por el trato íntimo con el Maestro, hubo de afrontar sinsabores e incomprendimientos de toda índole, y no sabía como dar paz a su espíritu ante la rotura de la unidad: «Fatiguéme mucho —escribe— y, como si yo pudiera algo o fuera algo, lloraba con el Señor y le suplicaba redimiese tanto mal»<sup>40</sup>.

Este su sentir con la Iglesia, probado en el dolor que consumía sus fuerzas, la llevó a reaccionar con toda la entereza de su espíritu castellano en un afán de edificar el reino de Dios, y decidió penetrar en el mundo que la rodeaba con una visión reformadora para darle un sentido, una armonía, un alma cristiana.

---

<sup>38</sup> *Lumen gentium* 2, 11.

<sup>39</sup> Concilio Vaticano II, *Mensaje a las mujeres*, Pablo VI, diciembre 8, 1965.

<sup>40</sup> *Camino de perfección* 1, 2.

## **Hija de la Iglesia**

A distancia de cinco siglos, Santa Teresa de Ávila sigue marcando las huellas de su misión espiritual, de la nobleza de su corazón sediento de catolicidad, de su amor despojado de todo apego terreno para entregarse totalmente a la Iglesia. Bien pudo decir, antes de su último suspiro, como resumen de su vida: «En fin, soy hija de la Iglesia».

En esta expresión, presagio y gusto ya de la gloria de los bienaventurados para Teresa de Jesús, queremos ver la herencia espiritual por ella legada a España entera. Debemos ver asimismo una llamada dirigida a todos a hacernos eco de su voz, convirtiéndola en programa de nuestra vida para poder repetir con ella: ¡Somos hijos de la Iglesia!

Con nuestra bendición apostólica.

**MENSAJE DEL SANTO PADRE FRANCISCO AL OBISPO DE ÁVILA CON MOTIVO DE LA APERTURA DEL  
AÑO JUBILAR TERESIANO**

Vaticano, 15 de octubre de 2014

A Monseñor Jesús García Burillo  
Obispo de Ávila

Ávila

Querido Hermano:

El 28 de marzo de 1515 nació en Ávila una niña que con el tiempo sería conocida como santa Teresa de Jesús. Al acercarse el quinto centenario de su nacimiento, vuelvo la mirada a esa ciudad para dar gracias a Dios por el don de esta gran mujer y animar a los fieles de la querida diócesis abulense y a todos los españoles a conocer la historia de esa insigne fundadora, así como a leer sus libros, que, junto con sus hijas en los numerosos Carmelos esparcidos por el mundo, nos siguen diciendo quién y cómo fue la Madre Teresa y qué puede enseñarnos a los hombres y mujeres de hoy.

En la escuela de la santa andariega aprendemos a ser peregrinos. La imagen del camino puede sintetizar muy bien la lección de su vida y de su obra. Ella entendió su vida como camino de perfección por el que Dios conduce al hombre, morada tras morada, hasta Él y, al mismo tiempo, lo pone en marcha hacia los hombres. ¿Por qué caminos quiere llevarnos el Señor tras las huellas y de la mano de santa Teresa? Quisiera recordar cuatro que me hacen

mucho bien: el camino de la alegría, de la oración, de la fraternidad y del propio tiempo.

Teresa de Jesús invita a sus monjas a «andar alegres sirviendo» (*Camino* 18,5). La verdadera santidad es alegría, porque «un santo triste es un triste santo». Los santos, antes que héroes esforzados, son fruto de la gracia de Dios a los hombres. Cada santo nos manifiesta un rasgo del multiforme rostro de Dios. En santa Teresa contemplamos al Dios que, siendo «soberana Majestad, eterna Sabiduría» (*Poesía* 2), se revela cercano y compañero, que tiene sus delicias en conversar con los hombres: Dios se alegra con nosotros. Y, de sentir su amor, le nació a la Santa una alegría contagiosa que no podía disimular y que transmitía a su alrededor. Esta alegría es un camino que hay que andar toda la vida. No es instantánea, superficial, bullanguera. Hay que procurarla ya «a los principios» (*Vida* 13,1). Expresa el gozo interior del alma, es humilde y «modesta» (cf. *Fundaciones* 12,1). No se alcanza por el atajo fácil que evita la renuncia, el sufrimiento o la cruz, sino que se encuentra

padeciendo trabajos y dolores (cf. *Vida* 6,2; 30,8), mirando al Crucificado y buscando al Resucitado (cf. *Camino* 26,4). De ahí que la alegría de santa Teresa no sea egoísta ni autorreferencial. Como la del cielo, consiste en «alegrarse que se alegren todos» (*Camino* 30,5), poniéndose al servicio de los demás con amor desinteresado. Al igual que a uno de sus monasterios en dificultades, la Santa nos dice también hoy a nosotros, especialmente a los jóvenes: «¡No dejen de andar alegres!» (*Carta* 284,4). ¡El Evangelio no es una bolsa de plomo que se arrastra pesadamente, sino una fuente de gozo que llena de Dios el corazón y lo impulsa a servir a los hermanos!

La Santa transitó también el camino de la oración, que definió bellamente como un «tratar de amistad estando muchas veces a solas con quien sabemos nos ama» (*Vida* 8,5). Cuando los tiempos son “recios”, son necesarios «amigos fuertes de Dios» para sostener a los flojos (*Vida* 15,5). Rezar no es una forma de huir, tampoco de meterse en una burbuja, ni de aislarse, sino de avanzar en una amistad que tanto más crece cuanto más se trata al Señor, «amigo verdadero» y «compañero» fiel de viaje, con quien «todo se puede sufrir», pues siempre «ayuda, da esfuerzo y nunca falta» (*Vida* 22,6). Para orar «no está la cosa en pensar mucho sino en amar mucho» (*Moradas* IV,1,7), en volver los ojos para mirar a quien no deja de mirarnos amorosamente y sufrirnos pacientemente (cf. *Camino* 26,3-4). Por muchos caminos puede Dios conducir las almas hacia sí, pero

la oración es el «camino seguro» (*Camino* 21,5). Dejarla es perderse (cf. *Vida* 19,6). Estos consejos de la Santa son de perenne actualidad. ¡Vayan adelante, pues, por el camino de la oración, con determinación, sin detenerse, hasta el fin! Esto vale singularmente para todos los miembros de la vida consagrada. En una cultura de lo provisorio, vivan la fidelidad del «para siempre, siempre, siempre» (*Vida* 1,5); en un mundo sin esperanza, muestren la fecundidad de un «corazón enamorado» (*Poesía* 5); y en una sociedad con tantos ídolos, sean testigos de que «sólo Dios basta» (*Poesía* 9).

Este camino no podemos hacerlo solos, sino juntos. Para la santa reformadora la senda de la oración discurre por la vía de la fraternidad en el seno de la Iglesia madre. Ésta fue su respuesta providencial, nacida de la inspiración divina y de su intuición femenina, a los problemas de la Iglesia y de la sociedad de su tiempo: fundar pequeñas comunidades de mujeres que, a imitación del “colegio apostólico”, siguieran a Cristo viviendo sencillamente el Evangelio y sosteniendo a toda la Iglesia con una vida hecha plegaria. «Para esto os juntó Él aquí, hermanas» (*Camino* 2,5) y tal fue la promesa: «que Cristo andaría con nosotras» (*Vida* 32,11). ¡Qué linda definición de la fraternidad en la Iglesia: andar juntos con Cristo como hermanos! Para ello no recomienda Teresa de Jesús muchas cosas, simplemente tres: amarse mucho unos a otros, desasirse de todo y verdadera humildad, que «aunque la digo a la postre



es la base principal y las abraza todas» (*Camino* 4,4). ¡Cómo desearía, en estos tiempos, unas comunidades cristianas más fraternas donde se haga este camino: andar en la verdad de la humildad que nos libera de nosotros mismos para amar más y mejor a los demás, especialmente a los más pobres! ¡Nada hay más hermoso que vivir y morir como hijos de esta Iglesia madre!

Precisamente porque es madre de puertas abiertas, la Iglesia siempre está en camino hacia los hombres para llevarles aquel «agua viva» (cf. *Jn* 4,10) que riega el huerto de su corazón sediento. La santa escritora y maestra de oración fue al mismo tiempo fundadora y misionera por los caminos de España. Su experiencia mística no la separó del mundo ni de las preocupaciones de la gente. Al contrario, le dio nuevo impulso y coraje para la acción y los deberes de cada día, porque también «entre los pucheros anda el Señor» (*Fundaciones* 5,8). Ella vivió las dificultades de su tiempo –tan complicado– sin ceder a la tentación del lamento amargo, sino más bien aceptándolas en la fe como una oportunidad para dar un paso más en el camino. Y es que, «para hacer Dios grandes mercedes a quien de veras le sirve, siempre es tiempo» (*Fundaciones* 4,6). Hoy Teresa nos dice: Reza más para comprender bien lo que pasa a tu alrededor y así actuar mejor. La oración vence el pesimismo y genera buenas iniciativas (cf. *Moradas* VII,4,6). ¡Éste es el realismo teresiano, que exige obras en lugar de emociones, y amor en vez

de ensueños, el realismo del amor humilde frente a un ascetismo afanoso! Algunas veces la Santa abrevia sus sabrosas cartas diciendo: «Estamos de camino» (*Carta* 469,7.9), como expresión de la urgencia por continuar hasta el fin con la tarea comenzada. Cuando arde el mundo, no se puede perder el tiempo en negocios de poca importancia. ¡Ojalá contagie a todos esta santa prisa por salir a recorrer los caminos de nuestro propio tiempo, con el Evangelio en la mano y el Espíritu en el corazón!

«¡Ya es tiempo de caminar!» (Ana de San Bartolomé, *Últimas acciones de la vida de santa Teresa*). Estas palabras de santa Teresa de Ávila a punto de morir son la síntesis de su vida y se convierten para nosotros, especialmente para la familia carmelitana, sus paisanos abulenses y todos los españoles, en una preciosa herencia a conservar y enriquecer.

Querido Hermano, con mi saludo cordial, a todos les digo: ¡Ya es tiempo de caminar, andando por los caminos de la alegría, de la oración, de la fraternidad, del tiempo vivido como gracia! Recorramos los caminos de la vida de la mano de santa Teresa. Sus huellas nos conducen siempre a Jesús.

Les pido, por favor, que recen por mí, pues lo necesito. Que Jesús los bendiga y la Virgen Santa los cuide.

Fraternalmente,

**Francisco**



## DOCTRINA ESPIRITUAL

## I. DOCTRINA DE LAS «MORADAS»

El *Castillo interior* o las *Moradas* es, sin duda alguna, la obra cumbre de Santa Teresa y una de las más sublimes de toda la mística cristiana. La escribió Santa Teresa a los sesenta y dos años de edad, cuando ya su alma seráfica había escalado las más altas cimas de la unión mística con Dios. Comenzó su redacción en Toledo, el 2 de junio de 1577, fiesta de la Santísima Trinidad; lo interrumpió por espacio de casi cinco meses, terminándolo en Ávila el día 29 de noviembre del mismo año. Su redacción material apenas llegó a los dos meses, a pesar de estar la santa llena de achaques y metida en mil negocios y problemas de la reforma carmelitana, en su época más borrascosa.

La iniciativa de escribir este libro fue debida al P. Gracián de la Madre de Dios, brazo derecho de Santa Teresa en la reforma carmelitana. Lo cuenta el propio P. Gracián en sus notas manuscritas a la *Vida* del P. Ribera:

«Lo que pasa acerca del libro de las *Moradas* es que, siendo yo su prelado y tratando en Toledo una vez muchas cosas de su espíritu, ella me decía: «¡Oh, qué bien escrito está ese punto en el libro de mi vida, que está en la Inquisición!» Yo le dije: «Pues que no le podemos haber, haga memoria de lo que se le acordare y de otras cosas, y escriba otro libro y diga la doctrina en común, sin que nombre a quien le haya acaecido aquello que allí dijere»; y así le mandé que escribiera este libro de las *Moradas*, diciéndole, para más la persuadir, que lo tratase con el Dr. Velázquez, que la confesaba algunas veces, y se lo mandó»<sup>1</sup>.

El Dr. Velázquez, canónigo de Toledo y más tarde arzobispo de Santiago, que a la sazón era confesor de Santa Teresa, ordenó a ésta la redacción del libro de las *Moradas* a fines del mes de mayo de 1577, y la santa comenzó a escribirlo el 2 de junio, como ya hemos dicho. Duran-

<sup>1</sup> Nota al c.6 1.4 p.365 de la *Vida* escrita por el P. Ribera (*Año Terciano* 7 p.149-150).

te su redacción, que solía hacer después de comulgar o de ponerse en oración, el rostro de la santa se inflamaba y ponía hermosísimo, como declaró la madre María del Nacimiento, testigo ocular, en los *Procesos de Madrid*. He aquí sus propias palabras:

«Cuando escribí la dicha madre Teresa de Jesús el libro... de las *Moradas* fue en Toledo, y la manera que esta testigo vío que escribía era con gran velocidad y con gran hermosura en el rostro, que a esta testigo le admiraba; y estaba tan embebida en lo que escribía que, aunque allí junto se hiciese algún ruido, no la estorbara»<sup>2</sup>.

Un episodio parecido cuenta como testigo presencial la madre María de San Francisco:

«Especialmente vi una vez, estando escribiendo el [libro] de las *Moradas* y entrando yo a darle un recado, que estaba muy embebida, de suerte que no me sintió, y la vi con rostro inflamadísimo y hermosísimo; y, después de haber oído el recado, dijo: "Mi hija, siéntese un poco; déjeme escribir esto que me ha dado el Señor antes que se me olvide", lo cual iba escribiendo con gran velocidad y sin parar»<sup>3</sup>.

Es casi una profanación tratar de resumir este libro maravilloso, que debe leerse íntegramente en el inimitable texto original. Pero hemos de arriesgarnos forzosamente a ello para no dejar incompleta en su parte más sublime y cimera esta apretada síntesis del magisterio teresiano.

### Argumento general

El *Castillo interior* o las *Moradas*, de Santa Teresa, constituye un magnífico tratado de la vida espiritual desde que el alma comienza sus primeros pasos hasta que llega a la unión mística con Dios. Todo el proceso gira principalmente en torno a la oración, cuyos grados progresivos describe la santa con admirable seguridad y precisión. Para ella, los grados de oración coinciden con los de la vida cristiana en su marcha a la santidad. Este punto de vista, que puede justificarse plenamente con la razón teológica —la intensidad de la oración coincide con la de la caridad, en cuyo perfecto desarrollo consiste la perfección cristiana—, fue confirmado por San Pío X en carta al general de los carme-

<sup>2</sup> *Proc. Madrid*, 1565.

<sup>3</sup> *Memorias Historiales* N. n. 13 (*Informaciones de Medina* c.16 p.107).

litas el 7 de marzo de 1914 al decir que «los grados de oración enseñados por Santa Teresa representan otros tantos grados de superación y ascenso hacia la perfección cristiana»<sup>4</sup>.

Santa Teresa realizó su plan con una perfección sublime que pasma y maravilla. Con razón escribe uno de los más ilustres teresianistas:

«El libro salió tan perfecto, que por unánime y universal consentimiento es tenido no sólo como el principal de las obras de la santa, sino como uno de los primeros de la mística experimental, tal vez como el más hermoso de la literatura cristiana en esta ciencia trascendente de los amadores de Dios. Sin que advirtamos en él métodos lógicos y estrictamente científicos, que jamás entraron en los cálculos de Santa Teresa, da una concepción sencilla y grandiosa a la vez de lo que ha de correr el alma desde que comienza a servir a Dios detestando los pecados hasta la unión con Él en sublime y músico epitalamio».

«El alma es como un castillo —dice en el primer capítulo de la obra— todo de un diamante o de muy claro cristal, donde hay muchos aposentos, así como en el cielo hay muchas moradas». En el centro de todas ellas está el Señor del castillo, que es Dios. Llegar hasta Él por el ejercicio del amor, desde los grados más rudimentarios, en los principiantes, hasta los más elevados, en los perfectos, es el noble empeño de Santa Teresa en esta obra suya, última que nos legó como manda testamentaria. Siete son las moradas que el alma ha de pasar antes de abrazarse con su Esposo en el centro del castillo. Cómo ha de ir corriendo las todas es lo que explica en el libro, dándonos en la explicación un curso de mística sublime. Desde las primeras rudimentarias operaciones del alma, que anda como arrastrándose aún en la tierra, forcejeando por librarse de sus impurezas, hasta encumbrarse en alturas apenas accesibles al hombre, la va conduciendo, a través de laberintos intrincados, con una seguridad y firmeza que dan bien a entender que el auriga es muy experto, y puede el alma confiarse a él sin temor de extravió. Huelga hacer más ponderaciones de una obra tan hermosa, cuya lectura nunca se recomendará bastante a las personas discretas que seriamente se dedican a la santificación de su alma mediante la práctica de la virtud y el ejercicio de la contemplación. Leídas con atención estas *Moradas*, parece que una fuerza interior misteriosa nos induce suavemente a pasarlas todas hasta llegar al término, que es la posesión de Dios por unión de amor»<sup>5</sup>.

<sup>4</sup> G. DE GUIBER, *Documenta ecclesiastica christianae perfectionis studium spectantia* n.636.

<sup>5</sup> SILVERIO DE SANTA TERESA, *Obras de Santa Teresa de Jesús*, ed. popular (Burgos 1939) XXVI.

### Moradas primeras

Santa Teresa comienza el asombroso libro con la hermosa alegoría del castillo interior del alma, con muchas moradas arriba y abajo:

«Estando hoy suplicando al Señor hablase por mí —porque yo no atinaba a cosa que decir ni cómo comenzar a cumplir esta obediencia—, se me ofreció lo que ahora diré para comenzar con algún fundamento, que es considerar nuestra alma como un castillo todo de un diamante o muy claro cristal, adonde hay muchos aposentos, así como en el cielo hay muchas moradas. Que, si bien lo consideramos, hermanas, no es otra cosa el alma del justo sino un paraíso adonde dice Él tiene sus deleites» (c.1 n.1).

Después de ponderar la gran hermosura de un alma en gracia de Dios, escribe la insigne doctora mística:

«Pues consideremos que este castillo tiene —como he dicho— muchas moradas, unas en lo alto, otras en bajo, otras a los lados, y en el centro y mitad de todas éstas tiene la más principal, que es adonde pasan las cosas de mucho secreto entre Dios y el alma» (n.3).

Son legión las almas que se pasan la vida sin entrar jamás en el castillo:

«Pues, tomando a nuestro hermoso y deleitoso castillo, hemos de ver cómo podremos entrar en él. Parece que digo algún disparate; porque si este castillo es el alma, claro está que no hay por qué entrar, pues se es él mismo, como parecería desatino decir a uno que entrara en una pieza estando ya dentro. Mas habéis de entender que va mucho de estar a estar; que hay muchas almas que se están en la ronda del castillo —que es adonde están los que le guardan—, y que no se les da nada de entrar dentro, ni saben qué hay en aquel tan precioso lugar, ni quién está dentro, ni aun qué piezas tiene... Y, si estas almas no procuran entender y remediar su gran miseria, quedarse han hechas estatuas de sal por no volver la cabeza hacia sí, así como lo quedó la mujer de Lot por volverla» (n.5-6).

Para Santa Teresa, como ya dijimos, todo el proceso de la santificación del alma hasta su perfecta unión con Dios depende principalmente de la oración:

«Porque a cuanto yo puedo entender, la puerta para entrar en este castillo es la oración y consideración; no digo más mental que vocal, que, como sea oración, ha de ser con consideración. Porque la que no

advierte con quién habla, y lo que pide, y a quién, no la llamo yo oración aunque mucho menee los labios...

Pues no hablermos con estas almas tullidas, que, si no viene el mismo Señor a mandarlas se levanten, como el que hacía treinta años que estaba en la piscina (In 5,5), tienen harta mala ventura y gran peligro...» (n.7-8).

A continuación describe Santa Teresa las disposiciones imperfectas de las almas que logran entrar en la primera morada del castillo:

«Aunque están muy metidas en el mundo, tienen buenos deseos, y alguna vez —aunque de tarde en tarde— se encomiendan a Nuestro Señor y consideran quién son, aunque no muy despacio. Alguna vez en un mes rezan llenos de mil negocios, el pensamiento casi lo ordinario en esto, porque están tan asidos a ellos, que, como adonde está su tesoro se va allá el corazón, ponen por sí algunas veces de desocuparse, y es gran cosa el propio conocimiento y ver que no van bien para atinar a la puertita. En fin, entran en las primeras piezas de los bajos; mas entran con ellos tantas sabandijas, que ni les dejan ver la hermosura del castillo ni sosegar, harto hacen en haber entrado» (n.8).

En el capítulo segundo de estas primeras moradas trata Santa Teresa de «cuán fea cosa es un alma que está en pecado mortal», haciendo una descripción impresionante:

«No hay tinieblas más tenebrosas ni cosa tan oscura y negra que no lo esté mucho más... Yo sé de una persona a quien quiso Nuestro Señor mostrar cómo quedaba un alma cuando pecaba mortalmente. Dice aquella persona que le parece, si lo entendiesen, no sería posible ninguno pecar aunque se pudiese a mayores trabajos que se pueden pensar por huir de las ocasiones... Porque así como de una fuente muy clara lo son todos los arroyitos que salen de ella, como es un alma que está en gracia, que de aquí le viene ser sus obras tan agradables a los ojos de Dios y de los hombres... así el alma que por su culpa se aparta de esta fuente y se planta en otra de muy negrísima agua y de muy mal olor, todo lo que corre de ella es la misma desventura y suciedad» (c.2 n.1-2).

Santa Teresa advierte con insistencia que, aunque importa mucho al alma la humildad y el propio conocimiento, no se debe arrinconar en él, sino de vez en cuando pensar en la bondad, grandeza y amor de Nuestro Señor, para desearte y buscarle con ansia:

«No habéis de entender estas moradas una en pos de otra, como cosa enhilada, sino poned los ojos en el centro, que es la pieza o palacio adonde está el Rey... Esto importa mucho a cualquier alma que tenga

oración, poca o mucha, que no la arrincone ni apriete. Déjela andar por estas moradas arriba y abajo y a los lados; pues Dios le dio tan gran dignidad no se estruje en estar mucho tiempo en una pieza sola... Así el alma en el propio conocimiento; créame y vuela algunas veces a considerar la grandeza y majestad de su Dios... Y, a mi parecer, jamás nos acabamos de conocer si no procuramos conocer a Dios; mirando su grandeza, acudamos a nuestra bajeza, y, mirando su limpieza, veremos nuestra suciedad; considerando su humildad, veremos cuán lejos estamos de ser humildes...» (n.8-9).

«Por eso digo, hijas, que pongamos los ojos en Cristo, nuestro bien, y allí deprenderemos la verdadera humildad... que, aunque ésta es la primera morada, es muy rica, y de tan gran precio, que, si se descabulle de las sabancijas de ella, no se quedará sin pasar adelante... Por eso digo que no consideren pocas piezas, sino un millón, porque de muchas maneras entran almas aquí» (n.11-12).

«Y conviene mucho, para haber de entrar a las segundas moradas, que procure dar de mano a las cosas y negocios no necesarios, cada uno conforme a su estado; que es cosa que le importa tanto para llegar a la morada principal, que, si no comienza a hacer esto, lo tengo por imposible, y aun estar sin mucho peligro en la que está aunque haya entrado en el castillo» (n.14).

### Moradas segundas

Las segundas moradas son las de aquellos que procuran ya muy de veras huir de todos los peligros de ofender a Dios absteniéndose de pecados graves, pero sin reparar todavía mucho en los leves. Por eso vienen en estado de violencia y como en continua lucha, porque van sintiendo cada vez mejor las inspiraciones divinas y viendo más claro lo que Dios les pide mientras se encuentran aún con tan pocos ánimos para entregarse de lleno. Escuchemos a la gran maestra de Ávila:

«Es de los que ya han comenzado a tener oración y entendido lo que les importa no se quedar en las primeras moradas, mas no tienen aún determinación para dejar muchas veces de estar en ella, porque no dejan las ocasiones, que es harto peligro. Mas harta misericordia es que algún rato procuren huir de las culebras y cosas emponzoñosas y entiendan que es bien dejarlas.

Éstos, en parte, tienen harto más trabajo que los primeros, aunque no tanto peligro, porque ya parece los entienden, y hay gran esperanza de que entrarán más adelante... Así éstos entienden los llamamientos que les hace el Señor; porque, como van entrando más cerca de donde

está Su Majestad, es muy buen vecino, y tanta su misericordia y bondad, que, aun estiándonos en nuestros pasatempos, y negocios, y contentos, y baraterías del mundo, y aun cayendo y levantando en pecados —por que estas bestias son tan ponzoñosas y peligrosas su compañía y bulliciosas, que por maravilla dejarán de tropezar en ellas para caer—, con todo esto, tiene en tanto este Señor nuestro que le queiramos y procuremos su compañía, que una vez u otra no nos deja de llamar para que nos acerquemos a El; y es esta voz tan dulce, que se deshace la pobre alma en no hacer luego lo que le mandan y así —como digo— es más trabajo que no lo oír» (n.2).

A estas almas les conviene frecuentar cuanto puedan la oración, para alcanzar las fuerzas que necesitan, y meditar seriamente en la pasión del Señor, para saber corresponderle generosamente, cobrando amor a la cruz. Les conviene también mucho tratar con personas espirituales que las vayan aficionando más y más a la vida interior y atrayendo suavemente hacia las moradas en que ellas viven, gozando ya de gran paz y consuelo (cf. n.36). Han de saber renunciar a los gustos y regalos en la oración (n.7), y se han de esforzar, sobre todo, en conformar perfectamente su voluntad con la de Dios. Escuchemos sobre esto último a la santa:

«Toda la pretensión de quien comienza oración —y no se os olvide esto, que importa mucho— ha de ser trabajar, y determinarse, y disponerse con cuantas diligencias pueda en hacer su voluntad conformar con la de Dios; y, como diré después, estad muy cierta que en esto consiste toda la mayor perfección que se puede alcanzar en el camino espiritual. Quien más perfectamente tuviere esto, más recibirá del Señor y más adelante está en este camino. No penséis que hay aquí más algarabías ni cosas no sabidas y entendidas, que en esto consiste todo nuestro bien» (n.8).

Santa Teresa insiste en encorajinar a las almas para que no vuelvan atrás por las tribulaciones o tentaciones del demonio:

«Siempre esté con aviso de no dejarse vencer... Sea varón... que se determine que va a pelear con todos los demonios y que no hay mejores armas que las de la cruz» (n.6).

«Acábese ya esta guerra; por la sangre que derramó por nosotros lo pido yo a los que no han comenzado a entrar en sí; y a los que han comenzado, que no baste para hacerlos tornar atrás. Miren que es peor la recaída que la caída; ya ven su pérdida; confíen en la misericordia de Dios y nonada en sí, y verán como Su Majestad le lleva de unas moradas a otras y le mete en la tierra adonde estas fieras ni le puedan tocar ni

cansar; sino que él las sujete a todas y burle de ellas, y goce de muchos más bienes que podría desear, aun en esta vida digo» (n.9).

En resumen: si la primera morada es donde empieza el alma a entrar dentro de sí misma huyendo del mundanal ruido, en la segunda trata ya de servir a Dios muy de veras, renunciando a pasatiempos innecesarios y emprendiendo una vida de recogimiento y oración; aunque todavía con muchos desfallecimientos y fallos, que no deben desanimarla, sino empujarla a una mayor humildad, confianza en Dios e insistente oración, que revestirá de ordinario la forma de *meditación* discursiva, con muchas distracciones y sequedades.

### Moradas terceras

Santa Teresa empieza el capítulo primero de las terceras moradas con las siguientes palabras:

«A los que por la misericordia de Dios han vencido estos combates y con la perseverancia entrado a las terceras moradas, ¿qué les diremos sino *bienaventurado el varón que teme al Señor?* (Sal 111,1)... Por cierto, con razón le llamaremos bienaventurado, pues, si no torna atrás, a lo que podemos entender, lleva camino seguro de su salvación» (n.1).

«De éstas —continúa la santa—, por la bondad del Señor, creo hay muchas en el mundo; son muy deseosas de no ofender a Su Majestad y aun de los pecados veniales se guardan, y de hacer penitencia amigas, sus horas de recogimiento, gastan bien el tiempo, ejercítanse en obras de caridad con los prójimos, muy concertadas en su hablar y vestir y gobierno de su casa las que las tienen. Cierro, estado para desear y que al parecer no hay por qué se les niegue la entrada hasta la postrera morada, ni se la negará el Señor si ellos quieren, que linda disposición es para que les haga toda merced» (n.5).

Y un poco más abajo añade insistiendo en estas ideas:

«Harto buena disposición es si persevera en aquello y no se torna a meter en las sabandijas de las primeras piezas —aunque sea con el desco—, que no hay duda sino que, si persevera en esta desnudez y dejamiento de todo, que alcanzará lo que pretende. Mas ha de ser con condición —y mirad que os aviso de esto— que se tenga por siervo sin provecho... y crea que no ha obligado a Nuestro Señor para que le haga semejantes mercedes; antes, como quien más ha recibido, queda más adeudado» (n.8).

Sin embargo, estas almas son todavía muy flacas y pusilánimes. Se desaniman cuando el Señor las prueba con sequedades y arideces para purificar su intención y lograr que le busquen a Él solo y no sus consuelos y golosinas. Tienen horror a la cruz y a los sufrimientos, siendo sus penitencias todavía demasiado imperfectas y discretas. Oigamos a la santa con su fina ironía y habitual galanura:

«Las penitencias que hacen estas almas son tan concertadas como su vida; quítranla mucho para servir a Nuestro Señor con ella —que todo esto no es malo—, y así tienen gran discreción en hacérlas por que no dañen a la salud. No hayáis miedo que se maten, porque su razón está muy en sí; no está afín el amor para sacar de razón. Más querría yo que la tuviésemos para no nos contentar con esta manera de servir a Dios, siempre a un paso a paso, que nunca acabaremos de andar este camino. Y como, a nuestro parecer, siempre andamos y nos cansamos (porque creed que es un camino abrumador), harto bien será que no nos perdamos. Mas ¿pareceos, hijas, si, yendo a una tierra desde otra, pudiésemos llegar en ocho días, que sería bueno andarlo en un año por ventas, y nieves, y aguas, y malos caminos? ¿No valdría más pasarlo de una vez? Porque todo esto hay, y peligros de serpientes. ¡Oh, qué buenas señas podré yo dar de estol Y plega a Dios que haya pasado de aquí, que hartas veces me parece que no» (c.2 n.7).

La santa insiste en que no hagan caso de consuelos ni arideces, sino que busquen a Dios por sí mismos con profunda humildad y desprecio de sí. Aconseja la obediencia a un director espiritual sabio y experimentado y vuelve a recomendar que se guarden mucho de ponerse en ocasiones de pecado. Fuschémosla en este último punto:

«Acertarán, por determinadas que estén en no ofender al Señor personas semejantes, no meterse en ocasiones de ofenderle, porque, como están cerca de las primeras moradas, con facilidad se podrán tornar a ellas. Porque su fortaleza no está fundada en tierra firme, como los que están ya ejercitados en padecer, que conocen las tempestades del mundo, cuán poco hay que temerlas ni que desear sus contentos; y sería posible con una persecución grande volverse a ellos, que sabe bien urdirías el demonio para hacernos mal» (n.12).

### Moradas cuartas

Las cuartas moradas señalan el tránsito de la ascética a la mística, de la oración más o menos fatigosa y discursiva (*meditación*) al reposo y

sostego de la *contemplación*, que es una simple y amorosa intuición de la verdad que llena al alma de paz y de consuelo. Por eso comienza Santa Teresa las cuartas moradas encomendándose al Espíritu Santo y suplicándole hable por ella, «porque comienzan a ser cosas sobrenaturales, y es dificultosísimo de dar a entender, si Su Majestad no lo hace» (n.1).

En estas cuartas moradas trata principalmente Santa Teresa de las dos primeras oraciones místicas: el *recogimiento infuso* y la *quietud*.

1.º EL RECOGIMIENTO INFUSO.—En la *Relación primera* al P. Rodrigo Álvarez (n.3) describe admirablemente Santa Teresa el recogimiento infuso en la siguiente forma:

«La primera oración que sentí, a mi parecer *sobrenatural*—que llamo yo lo que con industria ni diligencia no se puede adquirir aunque mucho se procure, aunque disponerse para ello sí y debe hacer mucho al caso—, es un *recogimiento interior que se siente en el alma*, que parece ella tiene allá otros sentidos, como acá los exteriores, que ella en sí parece se quiere apartar de los bullicios exteriores; y así, algunas veces los lleva tras sí *que le da gana de cerrar los ojos y no oír, ni ver, ni entender sino aquello en que el alma entonces se ocupa, que es poder tratar con Dios a solas*. Aquí no se pierde ningún sentido ni potencia, que todo está entero; mas estálo para emplearse en Dios».

En las cuartas moradas habla de esta primera oración mística en los siguientes términos:

«Un recogimiento que también me parece sobrenatural, porque no es estar en oscuro ni cerrar los ojos ni consiste en cosa exterior, puesto que sin quererlo se hace esto de cerrar los ojos y desear soledad; y sin artificio parece que se va labrando el edificio para la oración que queda dicha, porque estos sentidos y cosas exteriores parece que van perdiendo de su derecho por que el alma vaya cobrando el suyo, que tenía perdido» (c.3 n.1).

Este recogimiento sobrenatural es ya de orden *místico* y, por lo mismo, es diferentísimo del que el alma pudiera adquirir por su propia industria o esfuerzo. Oigamos a la gran doctora mística explicando esta doctrina:

«Y no penséis que es por el entendimiento *adquirido*, procurando pensar dentro de sí a Dios; ni por la imaginación, imaginándole en sí. Bueno es esto y excelente manera de *meditación*, porque se funda sobre verdad, que lo es estar Dios dentro de nosotros mismos; mas no es esto, que

cada uno lo puede hacer—con el favor del Señor se entiende todo—; mas lo que digo es en diferente manera, y que algunas veces, antes que se comienza a pensar en Dios, ya esta gente está en el castillo, que no sé por dónde ni cómo oyó el silbo de su pastor, que no fue por los oídos—que no se oye nada—; mas sientese notablemente un encogimiento suave a lo interior, como verá quien pasa por ello, que yo no lo sé aclarar mejor. Paréceme que he leído que como un erizo o tortuga cuando se retiran hacia sí; y debíalo de entender bien quien lo escribió. Mas éstos, ellos se entran cuando quieren; acá no está en nuestro querer, sino cuando Dios nos quiere hacer esta merced. Tengo para mí que, cuando Su Majestad la hace, es a personas que van ya dando de mano a las cosas del mundo» (c.3 n.3).

Según esta admirable descripción teresiana, la oración de *recogimiento infuso* se caracteriza principalmente por la *unión del entendimiento con Dios*. «El cual, con su hermosura y claridad infinita, lo atrae y embelesa por de fuera, o sea, objetivamente; mientras por dentro, con su omnipotente virtud, lo posee, cautiva y conforta, enriqueciéndole con los preciosos dones de *ciencia, consejo e inteligencia*, mediante los cuales le hace penetrar como de un golpe en este mundo superior donde resplandecen sus inefables maravillas»<sup>6</sup>.

2.º LA QUIETUD.—El segundo grado de oración manifestamente infusa o *mística* lo constituye la quietud, que Santa Teresa describe magistralmente en las cuartas moradas y en otros muchos lugares de sus obras. Recogemos aquí algunos textos para que el lector se haga cargo del contenido de la misma.

«De este recogimiento viene algunas veces una quietud y paz interior muy regalada, que está el alma que no le parece le falta nada, que aun el hablar le cansa, digo el rezar y el meditar; no querría sino amar. Dura rato y aun ratos»<sup>7</sup>.

«Es ya cosa sobrenatural y que no la podemos procurar nosotros por diligencias que hagamos, porque es un ponerse el alma en paz, o ponerla el Señor con su presencia por mejor decir... Entiende el alma, por una manera muy fuera de entender con los sentidos exteriores, que está ya junto cabe su Dios, que con poquito más llegará a estar hecha una misma cosa con El por unión... Siéntese grandísimo deleite en el cuerpo y grande satisfacción en el alma»<sup>8</sup>.

<sup>6</sup> Cf. P. ARINTERO, *Grados de oración* (Salamanca 1935) a.8 p.141.

<sup>7</sup> *Relación primera* al P. Rodrigo Álvarez n.4 (*Cuentas de conciencia* n.54,4).

<sup>8</sup> *Caminio de perfección* 31,2-3.



Estos deleites espirituales son diferentísimos de los consuelos de la oración ordinaria o ascética. Santa Teresa pone el bello símil de las dos pilas o estanques de agua. Al uno viene el agua de muy lejos «por muchos arcauces y artificios», y entra en él con mucho ruido y alboroto; son los consuelos sensibles de la oración ascética. El otro «está hecho en el mismo nacimiento del agua, y vase hinchendo sin ningún ruido»: es la oración mística de quietud. Escuchemos a la gran doctora mística:

«[A] estotra fuente —*pila* quiere decir— viene el agua de su mismo nacimiento, que es Dios; y así como Su Majestad quiere cuando es servido hacer alguna merced sobrenatural, *produce con grandísima paz y quietud y suavidad de lo muy interior de nosotros mismos, yo no sé hacia dónde ni cómo ni aquel contento y deleite se siente como los de acá en el corazón, digo, en su principio, que después todo lo hinche; vase revertiendo este agua por todas las moradas y potencias hasta llegar al cuerpo; que por eso dije que comienza de Dios y acaba en nosotros; que, cierto, como verá quien lo hubiere probado, todo el hombre exterior goza de este gusto y suavidad*»<sup>9</sup>.

La diferencia fundamental entre esta oración de quietud y la de recogimiento infuso que la precedió —aparte, naturalmente, de la mayor intensidad de luz contemplativa y de los deleites mucho más intensos— es que el recogimiento infuso era como una invitación de Dios a reconcentrarse en el interior del alma donde quiere Él comunicarse. La quietud va más lejos: comienza a darle al alma la posesión, el goce *frutífero* del soberano Bien. El recogimiento afecta principalmente al *entendimiento* (que recoge o atrae hacia sí a todas las demás potencias), mientras que la quietud afecta, ante todo, a *la voluntad*. El entendimiento y la memoria, aunque sosegados y tranquilos, están libres para pensar en lo que está ocurriendo; pero la voluntad está plenamente cautiva y absorbita en Dios. Lo dice expresamente Santa Teresa:

«No le parece hay más que desear; las potencias sosegadas, que no querían bullirse; todo parece le estorba a amar, aunque no tan perdidas, porque *pueden pensar en cabe quién están, que las dos están libres. La voluntad es aquí la cautiva, y, si alguna pena puede tener estando así, es de ver que ha de tornar a tener la libertad*. El entendimiento no quería entender más de una cosa, ni la memoria ocuparse en más; aquí ven que ésta sola es necesaria, y todas las demás la turban. El cuerpo no querían se menearse, porque les parece han de perder aquella paz, y así no se osan bullir; dales pena el hablar; en decir *Padre nuestro* una vez, se les pasará una

<sup>9</sup> *Moradas cuartas* 2, 4.

hora. Están tan cerca, que ven que se entienden por señas. Están en el palacio cabe su Rey y ven que las comienza ya a dar aquí su reino; no parece están en el mundo, ni le querían ver ni oír, sino a su Dios; no les da pena de nada, ni parece se la ha de dar. En fin, lo que dura, con la satisfacción y deleite que en sí tienen, están tan embebidas y absortas, que no se acuerdan que hay más que desear, sino que de buena gana dirían con San Pedro: *Señor, bogamos aquí tres moradas*»<sup>10</sup>.

La quietud, pues —como su mismo nombre indica—, tiende de suyo al silencio y reposo contemplativo. Sin embargo, como el entendimiento y las potencias orgánicas están libres, pueden ocuparse en las obras de la vida activa, y así lo hacen frecuentemente con mucha intensidad. En estos casos, la voluntad no pierde del todo su dulce quietud —aunque suele debilitarse algo—, y comienzan a juntarse María y María, como dice hermosamente Santa Teresa<sup>11</sup>. Claro que esto no se consigue del todo hasta que el alma llega a la cumbre de la unión con Dios.

3.º EFECTOS.—Son admirables los efectos santificadores que produce en el alma la oración de quietud. Santa Teresa expone algunos de ellos en un párrafo admirable<sup>12</sup>, que para mayor claridad vamos a descomponerlo en sus ideas principales:

- a) *Una gran libertad de espíritu*: «Un dilatamiento o ensanchamiento en el alma... para no estar tan atada como antes en las cosas del servicio de Dios, sino con mucha más anchura».
- b) *Temor filial de Dios, con miedo de ofenderle*: «Así en no apretarse con el temor del infierno, porque, aunque le queda mayor de no ofender a Dios, el servil piérdese aquí».
- c) *Gran confianza de eterna salvación*: «Queda con gran confianza que le ha de gozar».
- d) *Amar a la mortificación y trabajos*: «El [temor] que solía tener, para hacer penitencia, de perder la salud, ya le parece que todo lo podrá en Dios; tiene más deseos de hacerla que hasta allí. El temor que solía tener a los trabajos, ya va más templado, porque está más viva la fe, y entiende que, si los pasa por Dios, Su Majestad le dará gracia para que los sufra con paciencia; y aun algunas veces los desea, porque queda también una gran voluntad de hacer algo por Dios».
- e) *Profunda humildad*: «Como va más conociendo su grandeza (la de Dios), tiénese ya por más miserable».

<sup>10</sup> *Caminos de perfección* 31, 3.

<sup>11</sup> Cf. *Caminos de perfección* 31, 5.

<sup>12</sup> *Moradas cuartas* 3, 9.

f) *Despreio de los deleites terrenos*: «Como ha probado ya los gustos de Dios, ve que es una basura los del mundo; vase poco a poco apartando de ellos y es más señora de sí para hacertow».

g) *Crecimiento en todas las virtudes*: «En fin, en todas las virtudes queda mejorada, y no dejará de ir creciendo si no torna atrás ya a hacer ofensas de Dios, porque entonces todo se pierde, por subida que esté un alma en la cumbre».

4.º FENÓMENOS CONCOMITANTES.—En torno a la oración de quietud suelen girar otros fenómenos contemplativos, que no son sino efectos y manifestaciones de los distintos grados de intensidad por ella alcanzados. Los principales, según Santa Teresa, son el *sueño de las potencias* y la *embriaguez de amor*.

#### *El sueño de las potencias*

Santa Teresa, en el libro de su *Vida*, considera como un grado de oración superior y distinto de la quietud el llamado *sueño de las potencias*, que constituye la «tercera agua» con que se riega el vergel del alma. Pero en sus obras posteriores cambió de pensar, considerándolo como un simple efecto de la quietud en su grado máximo de intensidad. A esto último nos atenemos.

Según la misma Santa Teresa, este fenómeno

«es un sueño de las potencias, que ni del todo se pierden ni entienden cómo obran. El gusto, y suavidad, y deleite es más, sin comparación, que lo pasado; es que da el agua a la garganta a esta alma de la gracia, que no puede ya ir adelante, ni sabe cómo, ni tornar atrás; querría gozar de grandísima gloria. Es como uno que está con la candelera en la mano, que le falta poco para morir muerte que la desea; está gozando en aquella agonía con el mayor deleite que se puede decir. No me parece que es otra cosa sino un morir casi del todo a todas las cosas del mundo y estar gozando de Dios. Yo no sé otros términos cómo decirlo ni cómo declararlo, ni entonces sabe el alma qué hacer, porque ni sabe si hable, ni si calle, ni si ría, ni si lllore. Es un glorioso desatino, una celestial locura, adonde se aprende la verdadera sabiduría, y es delectosísima manera de gozar el alma»<sup>13</sup>.

Este fenómeno contemplativo se distingue de la simple quietud en que se produce la unión no solamente de la voluntad, sino también del

<sup>13</sup> *Vida* 16,1.

entendimiento; y se distingue de la unión plena en que no afecta todavía a la memoria y a la imaginación. Lo dice expresamente Santa Teresa:

«Coge Dios la voluntad y aun el entendimiento a mi parecer, porque no discurre, sino está ocupado gozando de Dios, como quien está mirando, y ve tanto, que no sabe hacia dónde mirar; uno por otro se le pierde de vista, que no dará señas de cosa. La memoria queda libre, y junto con la imaginación debe ser; y ella, como se ve sola, es para alabar a Dios la guerra que da y cómo procura desasosegarlo todo... No parece sino de estas maripositas de las noches, importunas y desasosegadas; así anda de un cabo a otro. En extremo me parece le viene al propio esta comparación, porque, aunque no tiene fuerza para hacer ningún mal, importuna a los que la ven»<sup>14</sup>.

#### *La embriaguez de amor*

Los deleites intensísimos del sueño de las potencias llegan a veces a producir una especie de divina embriaguez, que se manifiesta al exterior en forma de verdaderas *locuras de amor*, que mueven al alma a dar gritos y saltos de alegría, a entonar cánticos de alabanza, o expresar en inspirados versos el estado interior de su espíritu.

«¡Oh, váleme Dios —exclama Santa Teresa—, cuál está un alma cuando está así! Toda ella querría fuesen lenguas para alabar al Señor. Dice *mil desatinos santos*, atinando siempre a contentar a quien la tiene así. Yo sé persona —es ella misma— que, con no ser poeta, que le acacía hacer de presto copias muy sentidas, declarando su pena bien... Todo su cuerpo y alma querría se despedazase para mostrar el gozo que con esta pena siente. ¿Qué se le pondrá entonces delante de tormentos que no le fuese sabroso pasarlos por su Señor?»<sup>15</sup>

Aparte de esta magistral doctrina sobre la oración, Santa Teresa expone en las cuartas moradas otras muchas cosas sublimes, que resulta imposible recoger aquí y es menester leer directamente en su texto original.

<sup>14</sup> *Vida* 17,5 y 6.

<sup>15</sup> *Vida* 16,4.

### Moradas quintas

En las quintas moradas describe Santa Teresa principalmente la oración mística de *unión de todas las potencias* con Dios. Es una doctrina maravillosa expuesta en un lenguaje que, más que terreno y humano, parece celestial y divino.

La oración de unión es *aquel grado de contemplación infusa en el que todas las potencias interiores están cautivas u ocupadas en Dios*. En la *quietud* solamente quedaba cautiva la voluntad; en el *sueño de las potencias* se unía también el entendimiento, pero quedaban en libertad la memoria e imaginación, que le daban al alma mucha guerra. En la oración de *unión*, *todas* las potencias interiores, incluso la memoria y la imaginación, quedan cautivas. Sólo quedan libres —aunque imperfectamente— los sentidos corporales exteriores, que quedarán cautivos también al sobrevenir el siguiente grado de oración —la *unión extática*—, que en este solo detalle (aparte del grado de intensidad de la luz contemplativa) se diferencia de esta oración de *unión*.

La intensidad de la experiencia mística que produce la oración de unión es indecible. Es incomparablemente superior a la de los grados anteriores, hasta el punto de que tiene sobre el mismo cuerpo una influencia profunda, rayana en el éxtasis. Los sentidos exteriores, sin perderse del todo, acusan fuertemente la sublime elevación del alma, que casi los desampara y abandona. He aquí cómo expresa estas cosas la gran santa de Ávila:

«Estando así el alma buscando a Dios, siente, con un deleite grandísimo y suave, casi desfallecer toda, con una manera de desmayo que le va faltando el huelgo y todas las fuerzas corporales, de manera que, si no es con mucha pena, no puede aún menear las manos; los ojos se le cierran sin quererlos cerrar, o, si los tiene abiertos, no ve casi nada; ni, si lee, acierta a decir letra, ni casi atina a conocerla bien; ve que hay letra, mas como el entendimiento no ayuda, no la sabe leer aunque quiera; oye, mas no entiende lo que oye. Así que de los sentidos no se aprovecha nada, si no es para no acabarla de dejar a su placer, y así antes la dañan. Hablar es por demás, que no atina a formar palabra, ni hay fuerza, ya que atinase, para poderla pronunciar, porque toda la fuerza exterior se pierde y se aumenta en las del alma para mejor gozar de su gloria. El deleite exterior que se siente es grande y muy conocido. Esta oración no hace daño por larga que sea»<sup>16</sup>.

<sup>16</sup> *Vida* 18,10-11.

Como se ve, el alma está experimentando realidades inefables con una intensidad tal, que un poquito más superaría del todo sus fuerzas corporales y la haría caer en éxtasis. Al principio esta sublime absorción de las potencias en Dios dura poco tiempo —una media hora a lo sumo—, pero con diversos grados de intensidad puede prolongarse varias horas. Oigamos a Santa Teresa exponiendo los efectos de esta sublime contemplación:

«Oh grandeza de Dios, y cuál sale un alma de aquí de haber estado un poquito metida en la grandeza de Dios y tan junta con Él, que, a mi parecer, nunca llega a media hora! Yo os digo de verdad que la misma alma no se conoce a sí; porque mirad la diferencia que hay de un gusano feo a una mariposita blanca, que la misma hay acá. No sabe de dónde pudo merecer tanto bien (de dónde le pudo venir quise decir, que bien sabe que no lo merece); vese con un deseo de alabar al Señor, que se quería deshacer y morir por Él mil muertes. Luego le comienza a tener de padecer grandes trabajos, sin poder hacer otra cosa. Los deseos de penitencia, grandísimos; el de soledad, el de que todos conociesen a Dios; y de aquí le viene una pena grande de ver que es ofendido...

¡Oh!, pues ver el desasosiego de esta mariposita, con no haber estado más quieta y sosegada en su vida, es cosa para alabar a Dios. Y es que no sabe adónde posar y hacer su asiento, que, como le ha tenido tal, todo lo que ve en la tierra le descontenta, en especial cuando son muchas las veces que le da Dios de este vino; casi de cada una queda con nuevas ganancias. Ya no tiene en nada las obras que hacía siendo gusano, que era poco a poco tejer el capucho; hanle nacido alas. ¿Cómo se ha de contentar, pudiendo volar, de andar paso a paso? Todo se le hace poco cuando puede hacer por Dios, según son sus deseos. No tiene en mucho lo que pasaron los santos, entendiendo ya por experiencia cómo ayuda el Señor y transforma un alma, que no parece ella ni su figura» (c.2 n.7-8).

En otros lugares de sus obras expone Santa Teresa las principales características de esta sublime oración, que son las siguientes<sup>17</sup>:

a) *Ausencia total de distracciones*, por estar embebidas en Dios todas las potencias del alma.

b) *Certeza absoluta de haber estado el alma unida con Dios* aun después de pasado el fenómeno contemplativo.

c) *Ausencia de cansancio* por mucho que se prolongue esta oración. El alma se siente bañada en una dulcísima paz, que la llena de suavidad y sosiego.

<sup>17</sup> *Vida* 17,6 y 18,4; *Moradas quintas* c.1 n.9 y 11; *ibid.*, 1,5; *Vida* 18,11; etc.

### Moradas sextas

Es imposible recoger aquí, ni siquiera en resumen, la maravillosa doctrina que expone Santa Teresa en los once largos capítulos de las sextas moradas de su genial *Castillo interior*. Baste decir que en ellas describe de manera inimitable la llamada *unión extática*, en la que el alma, herida profundamente del divino amor, llega hasta perder el uso de los sentidos al experimentar un deleite intensísimo que supera sus fuerzas corporales. El éxtasis, en lo que tiene de fenómeno exterior, no es sino una suerte de desmayo, una especie de desfallecimiento de los sentidos corporales, incapaces de resistir el peso inmenso de gloria que experimenta el alma, bañada en deleites intensísimos del todo celestiales y divinos.

La santa describe en estas sextas moradas las diversas luces y comunicaciones divinas que el alma recibe; habla del místico *desposorio espiritual* y de los grandes favores y terribles pruebas que le preceden y siguen —entre las que figura la larga y espantosa *noche del espíritu*—, con las que va quedando el alma del todo renovada y transformada, como última disposición para entrar en la séptima y última morada, en la que quedará del todo *definicada* y hecha una sola cosa con Dios por el amor.

Entre los favores que el alma recibe en estas sextas moradas figuran los misteriosos *toques divinos sustanciales* —imposible de imaginar por los que no los hayan experimentado—, las *heridas de amor*, los grandes impulsos o ímpetus, que ponen al alma fuera de sí; los *raptos* y los *vuelos del espíritu*, junto con las *visiones* y *locuciones* con que es ilustrada y consolada.

Entre los trabajos que padece figuran las persecuciones de los buenos —mucho más dolorosas que las de los malos—, y aun de los mismos directores y confesores, que con sus espantos y desaciertos la ponen en grandísimos aprietos y mortales angustias. A las cuales hay que añadir las aparentes *avencías de Dios*, que parece la quiere dejar del todo abandonada para que más le desee y le sea fiel; y hasta le hace sentir el insupportable peso de la divina justicia, dándole la sensación de haberla reprobado definitivamente, lo cual produce al alma un tormento mortal que no disminuye su fe vivísima y su ardiente amor a Dios.

Los frutos de estas divinas comunicaciones y terribles pruebas son admirables y en gran manera deseables. He aquí algunos textos escogidos entre mil:

«Siente ser herida sabrosísimamente, mas no aína cómo ni quién la hirió; mas bien conoce ser cosa preciosa, y jamás querría ser sana de

aquella herida. Quéjase con palabras de amor, aun exteriores, sin poder hacer otra cosa, a su Esposo, porque entiendo que está presente, mas no se quiere manifestar de manera que deje gozarse. Y es harta pena, aunque sabrosa y dulce; y, aunque quiera no tenerla, no puede; mas esto no querría jamás. Mucho más le satisface que el embebecimiento sabroso, que carece de pena, de la oración de quietud» (c.2 n.1).

«Acaece [después de un éxtasis] quedarse la voluntad tan embebida y el entredimiento tan enajenado, y durar así día, y aun días, que parece no es capaz para entender en cosa que no sea para despertar la voluntad a amar, y ella se está harto despierta para esto y dormida para arrostrar a asirse a ninguna criatura» (c.4 n.14).

«¡Oh!, cuando el alma torna ya del todo en sí, ¡qué es la confusión que le queda y los deseos tan grandísimos de emplearse en Dios de todas cuantas maneras se quisiere servir de éllal! Si de las oraciones pasadas quedan tales efectos como quedan dichos, ¿qué será de una merced tan grande como ésta? Querría tener mil vidas para emplearlas todas en Dios y que todas cuantas cosas hay en la tierra fuesen lenguas para alabarle por ella. Los deseos de hacer penitencia, grandísimos; y no hace mucho en hacella, porque con la fuerza del amor siente poco cuanto hace, y ve claro que no hacían mucho los mártires en los tormentos que padecían, porque con esta ayuda de parte de Nuestro Señor es fácil, y así se quejan estas almas a Su Majestad cuando no se les ofrece en qué padecen» (c.4 n.15).

«¡Oh, válgame Dios, Señor, cómo apretáis a vuestros amadores! Mas todo es poco para lo que les dáis después. Bien es que lo mucho cueste mucho. Cuánto más que, si es purificar esta alma para que entre en la séptima morada, como los que han de entrar en el cielo se limpian en el purgatorio, es tan poco este padecer como sería una gota de agua en el mar» (c.11 n.6).

«De estas mercedes tan grandes queda el alma tan deseosa de gozar del todo al que se las hace, que vive con harto tormento, aunque sabroso; unas ansias grandísimas de morir, y así, con lágrimas muy ordinarias pide a Dios la saque de este destierro. Todo la cansa cuanto ve en él. En viéndose a solas, tiene algún alivio, y luego acude esta pena; y, estando sin ella, no se hace. En fin, no acaba esta mariposica de hallar asiento ni dure; antes, como anda el alma tan tierna del amor, cualquiera ocasión que sea para entender más este fuego, la hace volar. Y así, en esta morada son muy continuos los arrobamientos, sin haber remedio de excusarlos aunque sea en público; y luego las persecuciones y murmuraciones, que, aunque ella quiera estar sin temores, no la dejan, porque son muchas las personas que se los ponen, en especial los confesores» (c.6 n.1).

Es necesario leer directamente en el original teresiano estos capítulos los admirables, en los que la gran santa de Ávila describe las maravillas

que Dios obra en las almas llegadas a las sextas moradas. Y con ser tales estos divinos tesoros, están abiertos a todas las almas generosas que se decidan a no negarle nada a Dios. *Todos podríamos llegar a estas alturas si nos dispusiéramos convenientemente.* Escuchemos a Santa Teresa afirmando lo sin rodeos:

«¡Oh, hermanas mías!, que no es nada lo que dejamos, ni es nada cuanto hacemos ni cuanto pudiéramos hacer por un Dios que así se quiere comunicar a un gusano. *Y si tenemos esperanza de aun en esta vida gozar de este bien, ¿qué hacemos?* ¿En qué nos detenemos? ¿Qué es bastante para que un momento dejemos de buscar a este Señor, como lo hacía la esposa por barrios y plazas? (Cant 3,2). ¡Oh!, que es bujería todo lo del mundo si no nos llega y ayuda a esto, aunque duraran para siempre sus deleites, y riquezas, y gozos, cuantos se pudieren imaginar; que es todo asco y basura comparado a estos tesoros que se han de gozar sin fin...» (c.4 n.9).

«Perdonadme, hermanas, y creed que, llegada a estas grandezas de Dios —digo a hablar en ellas—, no puedo dejar de lastimarme mucho *ver lo que perdemos por nuestra culpa.* Porque, aunque es verdad que son cosas que las da el Señor a quien quiere, si quisiéramos a Su Majestad como Él nos quiere, *a todas las daría.* No está deseando otra cosa sino tener a quién dar, que no por eso se disminuyen sus riquezas» (c.4 n.12).

### Moradas séptimas

Santa Teresa comienza la exposición de las séptimas moradas con las siguientes palabras:

«Os parecerá, hermanas, que está dicho tanto en este camino espiritual, que no es posible quedar nada por decir. Harto desatino sería pensar esto; pues la grandeza de Dios no tiene término, tampoco le tendrán sus obras» (c.1 n.1).

En efecto, como explica la misma santa,

«hay grandísima diferencia de todas las pasadas a las de esta morada, y tan grande del *desposorio espiritual al matrimonio espiritual* como le hay entre dos desposados, a los que ya no se pueden apartar» (c.2 n.2).

Al explicar más concretamente la diferencia entre el *desposorio espiritual*, realizado en las sextas moradas, y el *matrimonio espiritual* o unión transformativa, que se verifica en esta séptima morada, escribe la doctora mística:

«Es un secreto tan grande y una merced tan subida lo que comunica Dios allí al alma en un instante y el grandísimo deleite que siente el alma, que no sé a qué compararlo, sino a que quiere el Señor manifestarle por aquel momento la gloria que hay en el cielo, por más subida manera que por ninguna visión ni gusto espiritual. No se puede decir más de que, a cuanto se puede entender, queda el alma, digo el espíritu de esta alma, hecho una cosa con Dios; que, como es también espíritu, ha querido Su Majestad mostrar el amor que nos tiene en dar a entender a algunas personas hasta dónde llega, para que alabemos su grandeza; porque de tal manera ha querido juntarse con la criatura, que así como los que ya no se pueden apartar, no se quiere apartar Él de ella.

El *desposorio espiritual* es diferente, que muchas veces se apartan; y la unión también lo es. Porque, aunque unión es juntarse dos cosas en una, en fin, se pueden apartar y quedar cada cosa por sí, como vemos ordinariamente; que pasa de presto esta merced del Señor, y después se queda el alma sin aquella compañía, digo de manera que lo entienda. En estotra merced del Señor, no, porque siempre queda el alma con su Dios en aquel centro. Digamos que sea la unión como si dos velas de cera se juntaran tan en extremo, que toda la luz fuere una, o que el pabillero, y la luz, y la cera es todo uno; mas después bien se puede apartar la una vela de la otra, y quedan en dos velas, o el pabillero de la cera. Acá es como si, cayendo el agua del cielo en un río o fuente, adonde queda hecho todo agua, que no podrán ya dividir ni apartar cuál es el agua del río o la que cayó del cielo; o como si un arroyico pequeño entra en la mar, no habrá remedio de apartarse; o como si en una pieza estuviesen dos ventanas por donde entrase gran luz; aunque entra dividida, se hace todo una luz.

Quizá es esto lo que dice San Pablo: *El que se arrima y llega a Dios, hácese un espíritu con Él* (1 Cor 6,17), tocando este soberano matrimonio, que presupone haberse llegado Su Majestad al alma por unión. Y también dice: *Mihi vivere Christus est, mori lacrum* (Flp 1,21); así me parece puede decir aquí el alma, porque es adonde la mariposilla que hemos dicho muere, y con grandísimo gozo, porque su vida es ya Cristo» (c.2 n.4-6).

Y un poco antes había explicado de qué manera el alma transformada siente a las divinas personas inhabitando permanentemente en ella:

«Aquí se le comunican todas tres personas, y la hablan y le dan a entender aquellas palabras que dice el Evangelio que dijo el Señor: que vendría él, y el Padre, y el Espíritu Santo a morar con el alma que le ama y guarda sus mandamientos (Jn 14,23).

¡Oh, váleme Dios! ¡Cuán diferente cosa es oír estas palabras y creerlas a entender por esta manera cuán verdaderas son! Y cada día se espanta más esta alma, *porque nunca más le parece se fueron de con ella, sino que notoria-*

*mente ve* —de la manera que queda dicha— *que están en lo interior de su alma, en lo muy interior, en una cosa muy honda* —que no sabe decir cómo es, porque no tiene letras— *siente en sí esta divina compañía*» (c.1 n.7-8).

Esta sublime transformación en Dios —que, sin embargo, no ha de entenderse en sentido panteísta, como fusión de sustancias, sino como entrañable fusión de amor— produce en el alma unos efectos admirables de santificación, que la gran santa de Ávila describe por menudo en el capítulo tercero de estas séptimas moradas, uno de los más asombrosos que brotaron de su pluma. Hay que leerlo íntegramente en su texto original, ya que nos limitamos a recoger aquí tan sólo el índice de dichos sublimes efectos:

- a) Muerte total del propio egoísmo o amor desordenado de sí mismo, para preocuparse únicamente de la honra y gloria de Dios (n.1).
- b) Un gran deseo de padecer, pero sosegado y tranquilo, enteramente subordinado a la voluntad de Dios (n.2).
- c) Grandísimo gozo interior cuando son perseguidas, sin ninguna enemistad con los que las hacen mal o desean hacer, antes les cobran amor particular (n.3).
- d) Ya no desean morir, sino vivir muchos años padeciendo grandísimos trabajos para que el Señor sea alabado por ellos, aunque fuese en cosa muy poca. Celo ardiente por la salvación de las almas (n.4).
- e) Desprendimiento de todo lo creado, ansias de soledad, ausencia de sequedades espirituales (n.7-8).
- f) Paz y quietud imperturbables (n.11).
- g) Ausencia de éxtasis y arrobamientos, porque el alma está ya acostumbrada a las divinas comunicaciones sin perder el uso de los sentidos (n.12).

Son, en suma, las disposiciones de los grandes santos, de aquellos que han logrado ascender hasta las cumbres más altas de la unión mística con Dios y llegado hasta la cima del monte Carmelo, donde escribió San Juan de la Cruz la única sublime aspiración del alma transformada: «Sólo mora en este monte la honra y gloria de Dios».

## II. LAS «RELACIONES» O CUENTAS DE CONCIENCIA

Además del libro de su *Vida* —que en realidad es la historia de «su alma», como decía ella misma—, escribió Santa Teresa en diversas épocas de su vida varias *Relaciones* o cuentas de conciencia, a petición de sus confesores, para informarles del estado interior de su alma y de los grandes fenómenos místicos que experimentaba. En general, son escritos de poca extensión, pero de un valor inapreciable no sólo para conocer a Santa Teresaz en sus más profundas interioridades, sino para conocer el suelo y aliento de las almas que tratan en serio de santificarse y andar por caminos de oración.

En el convento de San José de Ávila —el primero de los fundados por la santa— se guardan hasta sesenta y seis de estas *Relaciones* o cuentas de conciencia<sup>18</sup>. Por vía de muestra y por su gran valor informativo, recogemos aquí la que escribió la santa en Sevilla en 1576 a petición del P. Rodrigo Álvarez, S.I., que era entonces su confesor. En ella hace la insigne doctora mística una descripción admirable de los principales grados de oración por los que había pasado su alma. He aquí el texto íntegro del precioso documento teresiano:

1. Son tan dificultosas de decir, y más de manera que se puedan entender, estas cosas del espíritu interiores, cuanto más con brevedad pasan, que, si la obediencia no lo hace, será dicha atinar, especial en cosas tan dificultosas. Mas poco va en que desatine, pues va a manos que otros mayores habrá entendido de mí. En todo lo que dijere, suplico a vuestra merced que entienda que no es mi intento pensar es acertado, que yo podré no entenderlo; mas lo que puedo certificar es que no diré cosa que no haya experimentado algunas y muchas veces. Si es bien o mal, vuestra merced lo verá y me avisará de ello.
2. Paréceme será dar a vuestra merced gusto comenzar a tratar del principio de cosas sobrenaturales, que en la devoción, y ternura, y lágrimas, y meditaciones que acá podemos adquirir, con la ayuda del Señor, entendidas están.
3. La primera oración que sentí, a mi parecer sobrenatural —que llamo yo lo que con industria ni diligencia no se puede adquirir aunque mucho se procure, aunque disponerse para ello sí y debe de hacer mucho al caso—, es un *recoimiento interior* que se siente en el alma, que parece ella tiene allá otros sentidos, como acá los exteriores, que ella en sí parece se quiere apartar de los bullicios exteriores; y así, algunas veces los lleva tras sí, que le da gana de cerrar los ojos y no oír, ni ver, ni entender sino aquello en que el alma entonces se ocupa, que es poder tratar con Dios a solas. Aquí no se pierde ningún sentido

<sup>18</sup> Pueden verse en *Obras completas de Santa Teresa* (BAC, Madrid 2002) 451-86.

te haya poco, a mí no me lo parece, por leve que sea la culpa, sino mucho y muy mucho» (c.41 n.3).

— «Mas líbranos del mal. Amén» (c.42).

Hasta aquí el índice esquemático del *Camino de perfección*. Cualquiera que no haya leído íntegramente el maravilloso libro no podrá hacerse la menor idea de las riquezas encerradas en él, porque, en la exposición de cada uno de sus cuarenta y dos capítulos, la santa va sembrando el camino de pensamientos sublimes, sugerencias inesperadas, consejos marginales que parece no tienen relación con lo que venía diciendo, pero que redondean y completan su pensamiento fundamental. Es preciso leer íntegramente estas páginas inmortales, que no es posible condensar ni resumir sin peligro de desnaturalizarlas por completo.

## 2. La práctica de las virtudes

Además de las virtudes que acabamos de recordar en el *Camino de perfección*, la santa insiste a todo lo largo de sus obras en la necesidad de practicarlas todas. Ante la imposibilidad material de recoger los innumerables textos, ofrecemos a continuación un breve elenco de pensamientos teresianos en torno a las virtudes más importantes<sup>23</sup>.

### a) Fe viva

«Por un punto de aumento en la fe y de haber dado luz en algo a los herejes, perdería mil reinos» (Vida 21,1).

«Mientras más sin camino natural iban [las cosas de la fe], más firme la tenía, y me daba devoción grande» (Vida 19,9).

«Antes me hacen devoción las cosas dificultosas, y mientras más, más» (Vida 28,6).

«Tengo por cierto que el demonio no engañará —ni lo permitirá Dios— a alma que de ninguna cosa se fía de sí y está fortalecida en la fe, que entienda ella de sí que por un punto de ella moriría mil muertes. Y con este amor a la fe que infunde luego Dios, que es una fe viva,

<sup>23</sup> Para no multiplicar las llamadas, daremos entre paréntesis el libro, capítulo y número donde se lee tal pensamiento. Cuando no damos las palabras textuales de la santa, sino sólo su sentido, suprimimos las comillas.

fuerte, siempre procura ir conforme a lo que tiene la Iglesia..., que no la moverían cuantas revelaciones pueda imaginar —aunque viese abiertos los cielos— un punto de lo que tiene la Iglesia» (Vida 25,12).

«Desmenuzará a los demonios sobre una verdad de lo que tiene la Iglesia muy pequeña» (Vida 25,13).

«En cosa de fe, contra la menor ceremonia de la Iglesia..., por ella o por cualquier verdad de la Sagrada Escritura, me pondría yo a morir mil muertes» (Vida 33,5).

Ante la Eucaristía se reía de los que hubieran deseado vivir en tiempo de Cristo, y añadía: «Teniéndole tan verdaderamente en el Santísimo Sacramento como entonces, ¿qué más se les daba?» (Camino 34,7).

«Cuando pensaréis en los misterios de nuestra sagrada fe, lo que buenamente no pudieréis entender, no os canséis, ni gastéis el pensamiento en adelgazarlo; no es para mujeres, ni aun para los hombres, muchas cosas» (Conceptos 1,1).

«El amor de contentar a Dios y la fe hacen posible lo que por razón natural no lo es» (Fundaciones 2,4).

### b) Confianza en Dios

Nunca falta Dios a quien de veras le busca (Camino 2,1; Fundaciones 1,2).

Dios da a medida de ella (Camino 29,3).

«Estas cosas a gloria de Dios se han fundado sólo confiando en Él, y así temo que, en comenzando a poner la confianza en medios humanos, nos ha de faltar algo de los divinos» (carta 112,1).

«Hasta ahora parecíame había menester a otros, y tenía más confianza en ayudas del mundo; ahora entiendo claro ser todos unos pávilos de romero seco, y que, asiéndose a ellos, no hay seguridad, que, en habiendo algún peso de contradicciones o murmuraciones, se quiebran. Y así tengo experiencia que el verdadero remedio para no caer es asirnos a la cruz y confiar en el que en ella se puso. Hállote amigo verdadero, y hállome con esto con un señorío que me parece podría resistir a todo el mundo que fuese contra mí, con no me faltar Dios» (Cuentas 3.ª,1).

c) *Amor de Dios*

«Son siervos del amor los que se determinan a seguir por este camino de oración al que tanto nos amó» (*Vida* 11,1).

«Somos tan caros y tan tardíos en darnos del todo a Dios», que por esto no llegamos presto a conseguir su amor perfecto (*ibid.*).

«Si hiciésemos lo que podemos en no nos asir a cosa de la tierra, sino que todo nuestro trato fuese en el cielo, creo yo sin duda muy en breve se nos daría este bien» (*Vida* 11,2).

«No está el amor de Dios en tener lágrimas ni estos gustos y ternura..., sino en servir con justicia y fortaleza de ánima y humildad. Recibir más me parece a mí eso que no dar nosotros nada» (*Vida* 11,14).

Díjole el Señor a la santa: «Ay, hija, qué pocos me aman con verdad, que, si me amasen, no les encubriría yo mis secretos! ¿Sabes qué es amarme con verdad? Entender que todo es mentira lo que no es agradable a mí» (*Vida* 40,1).

«La medida del poder llevar gran cruz o pequeña es el amor» (*Camino* 32,7).

«Quienes de veras aman a Dios, todo lo bueno aman, todo lo bueno quieren, todo lo bueno favorecen, todo lo bueno loan, con los buenos se juntan siempre y los favorecen y defienden; no aman sino verdades y cosa que sea digna de amar. ¿Pensáis que es posible, quien muy de veras ama a Dios, amar vanidades? Ni puede; ni riquezas, ni cosas del mundo, ni deleites, ni honras; ni tiene contiendas, ni envidias. Todo porque no pretende otra cosa sino contentar al Amado. Andan muriendo por que les ame, y así ponen la vida en entender cómo le agradaran más» (*Camino* 40,3).

d) *Amor al prójimo*

«Es gran cosa la caridad y este aprovechar almas siempre, yendo desnudamente por Dios» (*Vida* 15,8).

«En esto de dar contento a otros he tenido extremo, aunque a mí me hiciese pesar» (*Vida* 3,4).

«Si este mandamiento se guardase en el mundo como se ha de guardar, creo aprovecharía mucho para guardar los demás» (*Camino* 4,5).

«La más cierta señal que, a mi parecer, hay de si guardamos estas dos cosas [amor de Dios y del prójimo] es guardando bien la del amor del

prójimo. Porque si amamos a Dios no se puede saber —aunque hay indicios grandes para entender que le amamos—, mas el amor del prójimo, sí. Y estad ciertas que mientras más en éste os vieréis aprovechar, más lo estáis en el amor de Dios. Porque es tan grande el que Su Majestad nos tiene, que en pago del que tenemos al prójimo hará que crezca el que tenemos a Su Majestad por mil maneras; y en esto yo no puedo dudar» (*Moradas quintas* 3,8).

e) *Humildad*

«La humildad es *andar en verdad*; que lo es muy grande no tener cosa buena de nosotros, sino la miseria y ser nada; y quien esto no entiende, anda en mentira» (*Moradas sextas* 11,8).

«Porque todo este edificio [el de la propia santificación] es su cimiento humildad; y, si no hay ésta muy de veras, aun por vuestro bien no querrá el Señor subirle muy alto, porque no dé todo en el suelo» (*Moradas séptimas* 4,9).

«Y como este edificio todo va fundado en humildad, mientras más llegados a Dios, más adelante ha de ir esta virtud, y, si no, todo va perdido» (*Vida* 12,4).

«Lo que yo he entendido es que todo este cimiento de la oración va fundado en humildad, y que mientras más se abaja un alma en la oración, más la sube Dios. No me acuerdo haberme hecho merced muy señalada de las que adelante diré que no sea estando deshecha de verme tan ruin» (*Vida* 22,11).

«Delante de la Sabiduría infinita, créame que vale más un poco de estudio de humildad y un acto de ella que toda la ciencia del mundo» (*Vida* 15,8).

«La humildad verdadera... no viene con alboroto, ni desasosiega el alma, ni la oscurece, ni da sequedad, antes la regala, y es todo al revés: con quietud, con suavidad, con luz» (*Vida* 30,9).

«Es gran humildad verse condenar sin culpa y callar, y es gran imitación del Señor, que nos quitó todas las culpas» (*Camino* 15,1).

«Porque el verdadero humilde ha de desear con verdad ser tenido en poco, y perseguido, y condenado sin culpa aun en cosas graves; porque si quiere imitar al Señor, ¿en qué puede mejor que en esto?» (*Camino* 15,2).



«Mientras estamos en esta tierra no hay cosa que más nos importe que la humildad» (*Moradas primeras* 2,9).

«Pongamos los ojos en Cristo, nuestro bien, y allí aprenderemos la verdadera humildad» (*Moradas primeras* 2,11).

#### f) Obediencia

«Por experiencia he visto, dejando lo que en muchas partes he leído, el gran bien que es para un alma no salir de la obediencia. En esto entiendo está el irse adelantando en la virtud y el ir cobrando la de la humildad» (*Fundaciones* pról.).

«Cuando la obediencia os trajere empleadas en cosas exteriores, entended que, si es en la cocina, *entre los pucheros anda el Señor*, ayudándoos en lo interior y exterior» (*Fundaciones* 5,8).

«La obediencia es el verdadero camino para sujetar nuestra voluntad a la de Dios» (*Fundaciones* 5,11).

«Mientras más nos sujetáremos a los hombres, no teniendo otra voluntad sino la de nuestros mayores, más estaremos señores de ella para conformarla con la de Dios» (*Fundaciones* 5,13).

«Yo creo que como el demonio ve que no hay camino que más pres-to lleve a la perfección que el de la obediencia, pone tantos disgustos y dificultades debajo de color de bien; y esto se note bien, y verán claro que digo verdad» (*Fundaciones* 5,10).

Cualquier persona —aunque no sea religioso ni tenga voto de obediencia—, «si quiere o pretende llegar a contemplación, ha menester, para ir muy acertada, dejar su voluntad con toda determinación en un confesor que sea tal. Porque esto es ya cosa muy sabida, que aprovechan más en esta suerte en un año que sin esto en muchos» (*Camino* 18,8).

«Si es por contentar a Dios, ya saben que se contenta más con la obediencia que con el sacrificio» (*Fundaciones* 6,22).

«No ir en un punto contra lo que manda el prelado, que sabéis verdaderamente que os lo manda Dios, pues está en su lugar» (*Camino* 17,7).

#### g) Voluntad de Dios

«Toda la pretensión de quien comienza oración ha de ser trabajar, y determinarse, y disponerse con cuantas diligencias pueda hacer su voluntad conformar con la de Dios; y, como diré después, estad muy cieta en el camino espiritual. Quien más perfección que se puede alcanzar aquí más algarabías ni cosas no sabidas y entendidas, que en esto consiste todo nuestro bien» (*Moradas segundas* n.8).

«En lo que está la suma perfección claro está que no es en regalos interiores, ni en grandes arrobamientos ni visiones, ni en espíritu de profecía, sino en estar nuestra voluntad tan conforme con la de Dios, que ninguna cosa entendamos que quiera que no la queramos con toda nuestra voluntad, y tan alegremente tomemos lo sabroso como lo amargo, entendiendo que lo quiere Su Majestad» (*Fundaciones* 5,10).

«Esto es nuestro engaño: no nos dejar del todo a lo que el Señor hace, que sabe mejor lo que nos conviene» (*Vida* 6,5).

#### h) Buenas obras

«Cuando yo veo almas muy diligentes a atender a la oración que tienen y muy encopetadas cuando están en ella —que parece no se osan bullir ni menear el pensamiento por que no se les vaya un poquito de gusto y devoción que han tenido—, háceme ver cuán poco entienden del camino por donde se alcanza la unión, y piensan que allí está todo el negocio. Que no, hermanas, no; obras quiere el Señor, y que, si ves una enferma a quien puedas dar algún alivio, no se te dé nada de perder esa devoción y te compadezcas de ella; y, si tiene algún dolor, te duela a ti, y, si fuere menester, lo ayunes para que ella lo coma, no tanto por ella como porque sabes que tu Señor quiere aquello. Ésta es la verdadera unión con su voluntad» (*Moradas quintas* 3,11).

«No pensemos que está todo hecho en llorando mucho, sino que echemos mano del obrar mucho y de las virtudes —que son las que nos han de hacer al caso—; y las lágrimas vénganse cuando Dios las enviare, no haciendo nosotros diligencias para traerlas» (*Moradas sextas* 6,9).

«Para esto es la oración, hijas mías; de esto sirve este matrimonio espiritual, de que nazcan siempre obras, obras» (*Moradas séptimas* 4,6).

i) *Devoción y devociones*

La verdadera devoción consiste en «procurar con todas sus fuerzas no ofender a Dios y estar dispuestos y determinados para todo bien» (*Vida* 9,9).

Las ternuras, devoción adquirida, «devocioncitas», poco importan (*Vida* 25,11; 9,9; 12,1-3).

«De devociones a bobas nos libre Dios» (*Vida* 13,16).

De niña «procuraba soledad para rezar mis devociones, que eran hartas, en especial el rosario, de que mi madre era muy devota, y así nos hacía serlo» (*Vida* 1,6).

«Querría yo persuadir a todos fuesen devotos de este glorioso santo —San José—, por la gran experiencia que tengo de los bienes que alcanza de Dios... Sólo pido, por amor de Dios, que lo pruebe quien no me creyere, y verá por experiencia el gran bien que es encomendarse a este glorioso patriarca y tenerle devoción» (*Vida* 6,7-8).

Basta ya. Para recoger todos los lugares donde Santa Teresa inculca la práctica de las virtudes a todo aquel que aspire seriamente a santificarse, sería menester trasladar aquí todas sus obras. No hay una sola página en cualquiera de ellas, abiertas al azar, en la que no se nos hable con soberana elocuencia de alguna virtud especial o no se nos anime a la práctica heroica de todas ellas. Sabía muy bien que es imposible sin ello llegar a la cumbre de la perfección, que, en fin de cuentas, consiste en practicar heroicamente las virtudes cristianas, principalmente la caridad sobrenatural en su doble vertiente de amor a Dios y al prójimo: «No penséis que hay aquí más algarabías ni cosas no sabidas y entendidas, que en esto consiste todo nuestro bien» (*Moradas segundas* n.8).

IV. LLAMAMIENTO UNIVERSAL A LA SANTIDAD

Cuatro siglos antes de que el concilio Vaticano II promulgara la constitución *Lumen gentium* —en cuyo capítulo quinto se afirma la vocación universal a la santidad para todos los cristianos—, ya la insigne reformadora del Carmelo había proclamado rotundamente la misma doctrina.

Para Santa Teresa —lo mismo que para el concilio Vaticano II—, todos estamos llamados a la perfección cristiana, o sea, a las cumbres más elevadas de la unión mística con Dios, al menos con un llamamiento general y remoto —iniciado en el bautismo—, que de hecho se convertirá en particular y próximo para cada alma si ésta coopera positivamente y no pone obstáculos a las exigencias íntimas de su propia gracia bautismal.

Para que el lector pueda apreciar con toda claridad la perfecta coincidencia entre la doctrina teresiana y la del concilio Vaticano II, recogemos a continuación algunos de los textos más claros y expresivos de ambas fuentes.

1. **Doctrina de Santa Teresa**

Comentando el pasaje evangélico en el que el Señor dijo: *Si alguno tiene sed, venga a mí y beba* (Jn 7,37), y aplicándolo al agua de la divina contemplación y perfecta unión con Dios, escribe la gran santa de Ávila:

«Mirad que convida el Señor a todos; pues es la misma Verdad, no hay que dudar. Si no fuera general este convite, no nos llamara el Señor a todos, y, aunque los llamara, no dijera: *Yo os daré de beber*. Pudiera decir: Venid todos, que, en fin, no perderéis nada, y los que a mí me pareciere, yo los daré de beber. Mas como dijo, sin esta condición, *a todos*, tengo por cierto que *todos los que no se quedaren en el camino, no les faltará esta agua viva*. Dénos el Señor que la promete gracia para buscarla como se ha de buscar, por quien Su Majestad es»<sup>24</sup>.

Queriendo concordar la santa estas rotundas afirmaciones con lo que había escrito anteriormente en el propio *Camino de perfección* (c.17-18) acerca de los caminos diferentes de las almas, activas unas,

<sup>24</sup> *Camino de perfección* 19,15.

## Santa Thérèse del Niño Jesús (1873-1897)

### Documentos de la Iglesia

- Audiencia General de Benedicto XVI sobre la vida y misión de "Santa Teresita del Niño Jesús" (Miércoles 6 de abril de 2011)<sup>41</sup>
- Homilía de San Juan Pablo II sobre la proclamación de Santa Teresita como Doctora de la Iglesia (19-X-1997)<sup>42</sup>
- *Divini Amoris Scientia*, Carta Apostolica de la Proclamacion de Santa Teresita como Doctora de la Iglesia (19-X-1997)<sup>43</sup>

### Estudios y Obras de la Santa

- Selecciones de los textos de *Historia de un Alma*, capítulos VIII-IX.
- Selecciones desde Royo Marín, Antonio, OP, *Las Doctoras de la Iglesia* (Madrid: BAC, 1997), pp. 174-198.

---

<sup>41</sup> [http://w2.vatican.va/content/benedict-xvi/es/audiences/2011/documents/hf\\_ben-xvi\\_aud\\_20110406.html](http://w2.vatican.va/content/benedict-xvi/es/audiences/2011/documents/hf_ben-xvi_aud_20110406.html)

<sup>42</sup> [https://w2.vatican.va/content/john-paul-ii/es/homilies/1997/documents/hf\\_jp-ii\\_hom\\_19101997.html](https://w2.vatican.va/content/john-paul-ii/es/homilies/1997/documents/hf_jp-ii_hom_19101997.html)

<sup>43</sup> [https://w2.vatican.va/content/john-paul-ii/es/apost\\_letters/1997/documents/hf\\_jp-ii\\_apl\\_19101997\\_divini-amoris.html](https://w2.vatican.va/content/john-paul-ii/es/apost_letters/1997/documents/hf_jp-ii_apl_19101997_divini-amoris.html)

## AUDIENCIA GENERAL

Benedicto XVI

Plaza de San Pedro, Miércoles 6 de abril de 2011

### Santa Teresita del Niño Jesús

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy quiero hablaros de santa Teresa de Lisieux, Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz, que sólo vivió en este mundo 24 años, a finales del siglo XIX, llevando una vida muy sencilla y oculta, pero que, después de su muerte y de la publicación de sus escritos, se ha convertido en una de las santas más conocidas y amadas. «Teresita» no ha dejado de ayudar a las almas más sencillas, a los pequeños, a los pobres, a los que sufren, que la invocan, y también ha iluminado a toda la Iglesia con su profunda doctrina espiritual, hasta el punto de que el venerable Juan Pablo II, en 1997, quiso darle el título de doctora de la Iglesia, añadiéndolo al de patrona de las misiones, que ya le había otorgado Pío XI en 1927. Mi amado predecesor la definió «experta en la *scientia amoris*» (*Novo millennio ineunte*, 42). Esta ciencia, que ve resplandecer en el amor toda la verdad de la fe, Teresa la expresa principalmente en *el relato de su vida*, publicado un año después de su muerte bajo el título de *Historia de un alma*. Es un libro que inmediatamente tuvo un enorme éxito, fue traducido a muchas lenguas y difundido en todo el mundo. Quiero invitaros a redescubrir este pequeño gran tesoro, este luminoso comentario del Evangelio plenamente vivido. De hecho, *Historia de un alma* es una maravillosa *historia de Amor*, narrada con tanta autenticidad, sencillez y lozanía que el lector no puede menos de quedar fascinado ante ella. ¿Cuál es ese Amor que colmó toda la vida de Teresa, desde su infancia hasta su muerte? Queridos amigos, este Amor tiene un rostro,

tiene un nombre: ¡es Jesús! La santa habla continuamente de Jesús. Recorramos, pues, las grandes etapas de su vida, para entrar en el corazón de su doctrina.

Teresa nació el 2 de enero de 1873 en Alençon, una ciudad de Normandía, en Francia. Era la última hija de Luis y Celia Martin, esposos y padres ejemplares, beatificados juntos el 19 de octubre de 2008. Tuvieron nueve hijos, cuatro de los cuales murieron en edad temprana. Quedaron las cinco hijas, que se hicieron todas religiosas. Teresa, a los 4 años, quedó profundamente afectada por la muerte de su madre (MS, A 13r). El padre, junto con las hijas, se trasladó entonces a la ciudad de Lisieux, donde se desarrollaría toda la vida de la santa. Más tarde Teresa, atacada por una grave enfermedad nerviosa, se curó por una gracia divina, que ella misma definió como «la sonrisa de la Virgen» (*ib.*, 29v-30v). Recibió la primera Comunión, vivida intensamente (*ib.*, 35r), y puso a Jesús Eucaristía en el centro de su existencia.

La «Gracia de Navidad» de 1886 marca un giro de 180 grados, que ella llama su «completa conversión» (*ib.*, 44v-45r). De hecho, se cura totalmente de su hipersensibilidad infantil e inicia una «carrera de gigante». A la edad de 14 años, Teresa se acerca cada vez más, con gran fe, a Jesús crucificado, y se toma muy en serio el caso, aparentemente desesperado, de un criminal condenado a muerte e impenitente (*ib.*, 45v-46v). «Quería a toda costa impedirle que cayera en el infierno», escribe la santa, con la certeza de que su oración lo pondría en

contacto con la Sangre redentora de Jesús. Es su primera y fundamental experiencia de *maternidad espiritual*: «Tanta confianza tenía en la misericordia infinita de Jesús», escribe. Con María santísima, la joven Teresa ama, cree y espera con «un corazón de madre» (cf. PR 6/10r).

En noviembre de 1887, Teresa va en peregrinación a Roma junto a su padre y su hermana Celina (*ib.*, 55v-67r). Para ella, el momento culminante es la audiencia del Papa León XIII, al que pide permiso de entrar, con apenas 15 años, en el Carmelo de Lisieux. Un año después, su deseo se realiza: se hace carmelita, «para salvar las almas y rezar por los sacerdotes» (*ib.*, 69v). Al mismo tiempo, comienza la dolorosa y humillante enfermedad mental de su padre. Es un gran sufrimiento que conduce a Teresa a la contemplación del rostro de Jesús en su Pasión (*ib.*, 71rv). De esta manera, su nombre de religiosa —*sor Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz*— expresa el programa de toda su vida, en la comunión con los misterios centrales de la Encarnación y la Redención. Su profesión religiosa, en la fiesta de la Natividad de María, el 8 de septiembre de 1890, es para ella un verdadero matrimonio espiritual en la «pequeñez» del Evangelio, caracterizada por el símbolo de la flor: «¡Qué fiesta tan hermosa la de la Natividad de María para convertirme en esposa de Jesús!» — escribe—. Era la Virgencita *recién nacida* quien presentaba su florecita al Niño Jesús» (*ib.*, 77r). Para Teresa, ser religiosa significa ser *esposa de Jesús y madre de las almas* (cf. MS B, 2v). Ese mismo día, la santa escribe una oración que indica toda la orientación de su vida: pide a Jesús el don de su Amor infinito, el don de ser la más pequeña, y sobre todo pide la salvación de todos los hombres: «Que hoy no se condene ni una sola alma» (PR 2). Es de gran importancia

su *Ofrenda al Amor misericordioso*, que hizo en la fiesta de la Santísima Trinidad de 1895 (MS A, 83v-84r; PR 6): una ofrenda que Teresa comparte enseguida con sus hermanas, siendo ya vice-maestra de novicias.

Diez años después de la «Gracia de Navidad», en 1896, llega la «Gracia de Pascua», que abre el último período de la vida de Teresa, con el inicio de su pasión en profunda unión a la Pasión de Jesús; se trata de la pasión del cuerpo, con la enfermedad que la llevaría a la muerte en medio de grandes sufrimientos, pero sobre todo se trata de la pasión del alma, con una dolorosísima *prueba de la fe* (MS C, 4v-7v). Con María al pie de la cruz de Jesús, Teresa vive entonces la fe más heroica, como luz en las tinieblas que le invaden el alma. La carmelita es consciente de vivir esta gran prueba por la salvación de todos los ateos del mundo moderno, a los que llama «hermanos». Vive, entonces, más intensamente el amor fraterno (8r-33v): hacia las hermanas de su comunidad, hacia sus dos hermanos espirituales misioneros, hacia los sacerdotes y hacia todos los hombres, especialmente los más alejados. Se convierte realmente en una «hermana universal». Su caridad amable y sonriente es la expresión de la alegría profunda cuyo secreto nos revela: «Jesús, mi alegría es amarte a ti» (P 45/7). En este contexto de sufrimiento, viviendo el amor más grande en las cosas más pequeñas de la vida diaria, la santa realiza en plenitud su vocación de ser el Amor en el corazón de la Iglesia (cf. MS B, 3v).

Teresa muere la noche del 30 de septiembre de 1897, pronunciando las sencillas palabras: «¡Dios mío, os amo!», mirando el crucifijo que apretaba entre sus manos. Estas últimas palabras de la santa son la clave de toda su doctrina, de su interpretación del Evangelio. El

acto de amor, expresado en su último aliento, era como la respiración continua de su alma, como el latido de su corazón. Las sencillas palabras «*Jesús, te amo*» están en el centro de todos sus escritos. El acto de amor a Jesús la sumerge en la Santísima Trinidad. Ella escribe: «Lo sabes, Jesús mío. Yo te amo. Me abrasa con su fuego tu Espíritu de Amor. Amándote yo a ti, atraigo al Padre» (P 17/2).

Queridos amigos, también nosotros, con santa Teresa del Niño Jesús, deberíamos poder repetir cada día al Señor, que queremos vivir de amor a él y a los demás, aprender en la escuela de los santos a amar de una forma auténtica y total. Teresa es uno de los «pequeños» del Evangelio que se dejan llevar por Dios a las profundidades de su Misterio. Una guía para todos, sobre todo para quienes, en el pueblo de Dios, desempeñan el ministerio de teólogos. Con la humildad y la caridad, la fe y la esperanza, Teresa entra continuamente en el corazón de la Sagrada Escritura que contiene el Misterio de Cristo. Y esta lectura de la Biblia, alimentada con la *ciencia del amor*, no se opone a la ciencia académica. De hecho, la ciencia de los santos, de la que habla ella misma en la última página de la *Historia de un alma*, es la ciencia más alta: «Así lo entendieron todos los santos, y más especialmente los que han llenado el universo con la luz de la doctrina evangélica. ¿No fue en la oración donde san Pablo, san Agustín, san Juan de la Cruz, santo Tomás de Aquino, san Francisco, santo Domingo y tantos otros amigos ilustres de Dios bebieron aquella *ciencia divina* que cautivaba a los más grandes genios?» (MS C, 36r). La Eucaristía, inseparable del Evangelio, es para Teresa el sacramento del Amor divino que se rebaja hasta el extremo para elevarnos hasta él. En su última *Carta*, sobre una imagen que representa a Jesús Niño en la Hostia consagrada, la santa

escribe estas sencillas palabras: «Yo no puedo tener miedo a un Dios que se ha hecho tan pequeño por mí (...) ¡Yo lo amo! Pues él es sólo amor y misericordia» (*Carta* 266).

En el Evangelio Teresa descubre sobre todo la misericordia de Jesús, hasta el punto de afirmar: «A mí me ha dado su misericordia infinita, y a través de ella contemplo y adoro las demás perfecciones divinas (...). Entonces todas se me presentan radiantes de amor; incluso la justicia (y quizás más aún que todas las demás), me parece revestida de amor» (MS A, 84r). Así se expresa también en las últimas líneas de la *Historia de un alma*: «Sólo tengo que poner los ojos en el santo Evangelio para respirar los perfumes de la vida de Jesús y saber hacia dónde correr... No me abalanzo al primer puesto, sino al último... Sí, estoy segura de que, aunque tuviera sobre la conciencia todos los pecados que pueden cometerse, iría, con el corazón roto de arrepentimiento, a echarme en brazos de Jesús, pues sé cómo ama al hijo pródigo que vuelve a él» (MS C, 36v-37r). «Confianza y amor» son, por tanto, el punto final del relato de su vida, dos palabras que, como faros, iluminaron todo su camino de santidad para poder guiar a los demás por su mismo «caminito de confianza y de amor», de la infancia espiritual (cf. MS C, 2v-3r; *Carta* 226). Confianza como la del niño que se abandona en las manos de Dios, inseparable del compromiso fuerte, radical, del verdadero amor, que es don total de sí mismo, para siempre, como dice la santa contemplando a María: «Amar es darlo todo, darse incluso a sí mismo» (*Poesía Por qué te amo, María*: p 54/22). Así Teresa nos indica a todos que la vida cristiana consiste en vivir plenamente la gracia del Bautismo en el don total de sí al amor del Padre, para vivir como Cristo, en el fuego del Espíritu Santo, su mismo amor por todos los demás.

SANTA TERESA DE LISIEUX, DOCTORA DE LA IGLESIA

**HOMILÍA DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II**

*Domingo, 19 de octubre de 1997*

*Jornada mundial de las misiones*

1. "Los pueblos caminarán a tu luz" (*Is 60, 3*). En estas palabras del profeta Isaías resuena, como ardiente espera y luminosa esperanza, el eco de la Epifanía. Precisamente la relación con esa solemnidad nos permite comprender mejor el carácter misionero de este domingo. En efecto, la profecía de Isaías prolonga a la humanidad entera la perspectiva de la salvación, y así anticipa el gesto profético de los Magos de Oriente que, acudiendo a adorar al Niño divino nacido en Belén (cf. *Mt 2, 1-12*), anuncian e inauguran la adhesión de los pueblos al mensaje de Cristo. Todos los hombres están llamados a acoger en la fe el Evangelio que salva. La Iglesia ha sido enviada a todos los pueblos, a todas las tierras y culturas: "Id (...) y haced discípulos a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado" (*Mt 28, 19-20*). Estas palabras, pronunciadas por Cristo antes de subir al cielo, junto con la promesa, hecha a los Apóstoles y a sus sucesores, de que estaría con ellos hasta el fin del mundo (cf. *Mt 28, 20*), constituyen la esencia del mandato misionero: es Cristo mismo quien, en la persona de sus ministros, va ad gentes, hacia las gentes que no han recibido aún el anuncio de la fe.

2. Teresa Martín, carmelita descalza de Lisieux, deseaba ardientemente ser misionera. Y lo fue, hasta el punto de que pudo ser proclamada

patrona de las misiones. Jesús mismo le mostró de qué modo podía vivir esa vocación: practicando en plenitud el mandamiento del amor, se introduciría en el corazón mismo de la misión de la Iglesia, sosteniendo con la fuerza misteriosa de la oración y de la comunión a los heraldos del Evangelio. Así, ella realizó lo que subrayó el concilio Vaticano II, cuando enseñó que la Iglesia, por su naturaleza, es misionera (cf. *Ad gentes, 2*). No sólo los que escogen la vida misionera, sino también todos los bautizados, de alguna manera, son enviados ad gentes. Por eso, he querido escoger este domingo misionero para proclamar Doctora de la Iglesia universal a santa Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz: una mujer, una joven y una contemplativa.

3. Todos percibimos, por consiguiente, que hoy se está realizando algo sorprendente. Santa Teresa de Lisieux no pudo acudir a universidades ni realizar estudios sistemáticos. Murió muy joven y, a pesar de ello, desde hoy tendrá el honor de ser Doctora de la Iglesia, un notable reconocimiento que la exalta en la estima de toda la comunidad cristiana más de lo que pudiera hacer un "título académico". En efecto, cuando el Magisterio proclama a alguien Doctor de la Iglesia, desea señalar a todos los fieles, y de modo especial a los que prestan en la Iglesia el servicio fundamental de la predicación o realizan la delicada tarea de la

investigación y la enseñanza de la teología, que la doctrina profesada y proclamada por una persona puede servir de punto de referencia, no sólo porque es acorde con la verdad revelada, sino también porque aporta nueva luz sobre los misterios de la fe, una comprensión más profunda del misterio de Cristo. El Concilio nos recordó que, con la asistencia del Espíritu Santo, crece continuamente en la Iglesia la comprensión del "depositum fidei", y a ese proceso de crecimiento no sólo contribuyen el estudio rico de contemplación a que están llamados los teólogos y el magisterio de los pastores, dotados del "carisma cierto de la verdad", sino también el "profundo conocimiento de las cosas espirituales" que se concede por la vía de la experiencia, con riqueza y diversidad de dones, a quienes se dejan guiar con docilidad por el Espíritu de Dios (cf. *Dei Verbum*, 8). La *Lumen gentium*, por su parte, enseña que en los santos "nos habla Dios mismo" (n. 50). Por esta razón, con el fin de profundizar en los divinos misterios, que son siempre más grandes que nuestros pensamientos, se atribuye un valor especial a la experiencia espiritual de los santos, y no es casualidad que la Iglesia escoja únicamente entre ellos a las personas a quienes quiere otorgar el título de "Doctor".

4. Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz es la más joven de los "Doctores de la Iglesia", pero su ardiente itinerario espiritual manifiesta tal madurez, y las intuiciones de fe expresadas en sus escritos son tan vastas y profundas, que le merecen un lugar entre los grandes maestros del espíritu. En la carta apostólica que he escrito para esta ocasión, he señalado algunos aspectos destacados de su doctrina. Pero no puedo menos de recordar, en este momento, lo que se puede considerar el culmen, a la luz del relato del conmovedor descubrimiento que hizo

de su vocación particular dentro de la Iglesia. "La caridad escribe me dio la clave de mi vocación. Comprendí que si la Iglesia tenía un cuerpo, compuesto por diferentes miembros, no le faltaba el más noble de todos: comprendí que la Iglesia tenía un corazón y que este corazón ardía de amor. Comprendí que sólo el Amor hacía actuar a los miembros de la Iglesia: que si el Amor se apagara, los apóstoles no anunciarían el Evangelio, los mártires no querrían derramar su sangre (...). Comprendí que el amor encerraba todas las vocaciones (...). Entonces, con alegría desbordante, exclamé: oh Jesús, Amor mío, (...) por fin he encontrado mi vocación. Mi vocación es el amor" (Ms B, 3 v). Es una página admirable, que basta por sí sola para ilustrar cómo se puede aplicar a santa Teresa el pasaje evangélico que acabamos de escuchar en la liturgia de la Palabra: "Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios e inteligentes, y se las has revelado a los pequeños" (Mt 11, 25).

5. Teresa de Lisieux no sólo captó y describió la profunda verdad del amor como centro y corazón de la Iglesia, sino que la vivió intensamente en su breve existencia. Precisamente esta convergencia entre la doctrina y la experiencia concreta, entre la verdad y la vida, entre la enseñanza y la práctica, resplandece con particular claridad en esta santa, convirtiéndola en un modelo atractivo especialmente para los jóvenes y para los que buscan el sentido auténtico de su vida. Frente al vacío espiritual de tantas palabras, Teresa presenta otra solución: la única Palabra de salvación que, comprendida y vivida en el silencio, se transforma en manantial de vida renovada. A una cultura racionalista y muy a menudo impregnada de materialismo práctico, ella contrapone con sencillez desarmante el



"caminito" que, remitiendo a lo esencial, lleva al secreto de toda existencia: el amor divino que envuelve y penetra toda la historia humana. En una época, como la nuestra, marcada con gran frecuencia por la cultura de lo efímero y del hedonismo, esta nueva Doctora de la Iglesia se presenta dotada de singular eficacia para iluminar el espíritu y el corazón de quienes tienen sed de verdad y de amor.

6. Santa Teresa es proclamada Doctora de la Iglesia el día en que celebramos la Jornada mundial de las misiones. Ella abrigó un deseo ardiente de consagrarse al anuncio del Evangelio y hubiera querido coronar su testimonio con el sacrificio supremo del martirio (cf. Ms B, 3 r). Además, es conocido con cuánto empeño sostuvo el trabajo apostólico de los padres Maurice Bellière y Adolphe Roulland, misioneros respectivamente en África y China. En su impulso de amor por la evangelización, Teresa tenía un solo ideal, como ella misma afirma: "Lo que le pedimos es trabajar por su gloria, amarlo y hacerlo amar" (Carta 220). La senda que recorrió para llegar a este ideal de vida no fue la de las grandes empresas, reservadas a unos pocos, sino una senda que está al alcance de todos, el "caminito", un camino de confianza y de abandono total a la gracia del Señor. No se ha de subestimar este camino, como si fuese menos exigente. En realidad es exigente, como lo es siempre el Evangelio. Pero es un camino impregnado del sentido de confiado abandono a la misericordia divina, que hace ligero incluso el compromiso espiritual más riguroso. Por este camino, en el que lo recibe todo como "gracia"; por el hecho de que pone en el centro de todo

su relación con Cristo y la elección de amor; y por el espacio que da también a los afectos y sentimientos en su itinerario espiritual, Teresa de Lisieux es una santa que permanece joven, a pesar del paso de los años, y se presenta como modelo eminente y guía en el itinerario de los cristianos para nuestro tiempo, en el umbral del tercer milenio.

7. Por eso, es grande la alegría de la Iglesia en esta jornada que corona las expectativas y las oraciones de tantos que han intuido, al solicitar que se le concediera el título de Doctora, este especial don de Dios y han promovido su reconocimiento y su acogida. Deseamos dar gracias por ello al Señor todos juntos, y particularmente con los profesores y los estudiantes de las universidades eclesíásticas romanas, que precisamente en estos días han comenzado el nuevo año académico. Sí, Padre, te bendecimos, junto con Jesús (cf. *Mt* 11, 25), porque has ocultado tus secretos "a los sabios y a los inteligentes", y los has revelado a esta "pequeña", que hoy nuevamente propones a nuestra atención y a nuestra imitación. ¡Gracias por la sabiduría que le concediste, convirtiéndola en testigo singular y maestra de vida para toda la Iglesia! ¡Gracias por el amor que derramaste en ella, y que sigue iluminando y calentando los corazones, impulsándolos hacia la santidad! El deseo que Teresa expresó de "pasar su cielo haciendo el bien en la tierra" sigue cumpliéndose de modo admirable. ¡Gracias, Padre, porque hoy nos la haces cercana de una manera nueva, para alabanza y gloria de tu nombre por los siglos! Amén.

© Copyright 1997 - Libreria Editrice Vaticana

**JUAN PABLO II**

**«DIVINI AMORIS SCIENTIA»**

**Santa Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz es declarada Doctora de la Iglesia universal**

1. La ciencia del amor divino, que el Padre de las misericordias derrama por Jesucristo en el Espíritu Santo, es un don, concedido a los pequeños y a los humildes, para que conozcan y proclamen los secretos del Reino, ocultos a los sabios e inteligentes: por esto Jesús se llenó de gozo en el Espíritu Santo, y bendijo al Padre, que así lo había establecido (cf. *Lc 10, 21-22; Mt 11, 25-26*).

También se alegra la Madre Iglesia al constatar que, en el decurso de la historia, el Señor sigue revelándose a los pequeños y a los humildes, capacitando a sus elegidos, por medio del Espíritu que «todo lo sondea, hasta las profundidades de Dios» (*1 Co 2, 10*), para hablar de las cosas «que Dios nos ha otorgado (...), no con palabras aprendidas de sabiduría humana, sino aprendidas del Espíritu, expresando realidades espirituales» (*1 Co 2, 12. 13*). De este modo el Espíritu Santo guía a la Iglesia hacia la verdad plena, la dota de diversos dones, la embellece con sus frutos, la rejuvenece con la fuerza del Evangelio y la hace capaz de escrutar los signos de los tiempos, para responder cada vez mejor a la voluntad de Dios (cf. *Lumen gentium, 4 y 12; Gaudium et spes, 4*).

Entre los pequeños, a los que han sido revelados de manera muy especial los secretos del Reino, resplandece Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz, monja profesa de la orden de los Carmelitas Descalzos, de la que este año se celebra el centenario de su ingreso en la patria celestial.

Durante su vida, Teresa descubrió «luces nuevas, significados ocultos y misteriosos» (*Ms A 83 v*) y recibió del Maestro divino la «ciencia del amor», que luego manifestó con particular originalidad en sus escritos (cf. *Ms B 1 r*). Esa ciencia es la expresión luminosa de su conocimiento del misterio del Reino y de su experiencia personal de la gracia. Se puede considerar como un carisma particular de sabiduría evangélica que Teresa, como otros santos y maestros de la fe, recibió en la oración (cf. *Ms C 36 r*).

2. La acogida del ejemplo de su vida y de su doctrina evangélica ha sido rápida, universal y constante en nuestro siglo. Casi a imitación de su precoz maduración espiritual, su santidad fue reconocida por la Iglesia en el espacio de pocos años. En efecto, el 10 de junio de 1914 Pío X firmó el decreto de incoación de la causa de beatificación; el 14 de agosto de 1921 Benedicto XV declaró la heroicidad de las virtudes de la sierva de Dios, pronunciando en esa ocasión un discurso sobre el camino de la infancia espiritual; y Pío XI la proclamó beata el 29 de abril de 1923. Un poco más tarde, el 17 de mayo de 1925, el mismo Papa, ante una inmensa multitud, la canonizó en la basílica de San Pedro, poniendo de relieve el esplendor de sus virtudes, así como la originalidad de su doctrina, y dos años después, el 14 de diciembre de 1927, acogiendo la petición de muchos obispos misioneros, la proclamó, junto con san Francisco Javier, patrona de las misiones.

A partir de esos reconocimientos, la irradiación espiritual de Teresa del Niño Jesús ha aumentado en la Iglesia y se ha difundido por todo el mundo. Muchos institutos de vida consagrada y movimientos eclesiales, especialmente en las Iglesias jóvenes, la han elegido como patrona y maestra, inspirándose en su doctrina espiritual. Su mensaje, a menudo sintetizado en el así llamado «caminito», que no es más que el camino evangélico de la santidad para todos, ha sido objeto de estudio por parte de teólogos y autores de espiritualidad. Se han construido y dedicado al Señor, bajo el patrocinio de la santa de Lisieux, catedrales, basílicas, santuarios e iglesias en todo el mundo. La Iglesia católica en sus diversos ritos, tanto de Oriente como de Occidente, celebra su culto.

Numerosos fieles han podido experimentar el poder de su intercesión. Muchos, llamados al ministerio sacerdotal o a la vida consagrada, especialmente en las misiones y en la vida contemplativa, atribuyen la gracia divina de la vocación a su intercesión y a su ejemplo.

3. Los pastores de la Iglesia, comenzando por mis predecesores los Sumos Pontífices de este siglo, que propusieron su santidad como ejemplo para todos, también han puesto de relieve que Teresa es maestra de vida espiritual con una doctrina sencilla y, a la vez, profunda que ella tomó de los manantiales del Evangelio bajo la guía del Maestro divino y luego comunicó a sus hermanos y hermanas en la Iglesia con amplísima eficacia (cf. *Ms B 2 v - 3 r*).

Esta doctrina espiritual nos ha sido transmitida sobre todo en su autobiografía que, tomada de los tres manuscritos redactados por ella en los últimos años de su vida y publicada un año después de su muerte con el título: *Historia de un alma* (Lisieux 1898), ha despertado extraordinario interés hasta nuestros días. Esta autobiografía, traducida, al igual que sus demás escritos, a cerca de cincuenta lenguas, ha dado a conocer a Teresa en todas las regiones del mundo, incluso fuera de la Iglesia católica. A un siglo de distancia de su muerte, Teresa del Niño Jesús sigue siendo considerada una de las grandes maestras de vida espiritual de nuestro tiempo.

4. No es sorprendente, por tanto, que hayan llegado a la Sede apostólica muchas peticiones para que se le conceda el título de Doctora de la Iglesia universal.

Desde hace algunos años, y especialmente al acercarse la alegre celebración del primer centenario de su muerte, esas peticiones han llegado cada vez en mayor número, incluso de parte de Conferencias episcopales. Además, se han realizado congresos de estudio y abundan las publicaciones que ponen de relieve el hecho de que Teresa del Niño Jesús posee una sabiduría extraordinaria y, con su doctrina, ayuda a muchos hombres y mujeres de cualquier condición a conocer y amar a Jesucristo y su Evangelio.

A la luz de estos datos, decidí encargar un atento estudio para saber si la santa de Lisieux cumplía los requisitos para poder ser declarada Doctora de la Iglesia universal.

5. En este marco, me complace recordar brevemente algunos momentos de la vida de Teresa del Niño Jesús. Nace en Alençon (Francia) el 2 de enero de 1873. Es bautizada dos días más tarde en la iglesia de Notre Dame, recibiendo los nombres de María Francisca Teresa. Sus padres son Louis Martín y Zélie Guérin, cuyas virtudes heroicas he reconocido recientemente. Después de la muerte de su madre, que acontece el 28 de agosto de 1877, Teresa se traslada con toda la familia a la ciudad de Lisieux donde,

rodeada del afecto de su padre y sus hermanas, recibe una formación exigente y, a la vez, llena de ternura.

Hacia fines de 1879 recibe por primera vez el sacramento de la penitencia. En el día de Pentecostés de 1883 recibe la gracia singular de curar de una grave enfermedad, por intercesión de Nuestra Señora de las Victorias. Educada por las benedictinas de Lisieux, recibe la primera comunión el 8 de mayo de 1884, después de una intensa preparación, coronada por una singular experiencia de la gracia de la unión íntima con Jesús. Pocas semanas más tarde, el 14 de junio del mismo año, recibe el sacramento de la confirmación, con viva conciencia de lo que implica el don del Espíritu Santo en la participación personal en la gracia de Pentecostés. En la Navidad de 1886 vive una experiencia espiritual muy profunda, que describe como una «conversión total». Gracias a ella, supera la fragilidad emotiva derivada de la pérdida de su madre e inicia «una carrera acelerada» por el camino de la perfección (cf. *Ms A 44 v - 45 v*).

Teresa desea abrazar la vida contemplativa, como sus hermanas Paulina y María, en el Carmelo de Lisieux, pero se lo impide su corta edad. Con ocasión de una peregrinación a Italia, después de visitar la santa Casa de Loreto y los lugares de la ciudad eterna, en la audiencia que el Papa concede a los fieles de la diócesis de Lisieux, el 20 de noviembre de 1887, con filial audacia pide a León XIII el permiso para entrar en el Carmelo a la edad de 15 años.

El 9 de abril de 1888 entra en el Carmelo de Lisieux, donde recibe el hábito de la orden de la Virgen el 10 de enero del año siguiente, y emite su profesión religiosa el 8 de septiembre de 1890, fiesta de la Natividad de la Virgen María. En el Carmelo emprende el camino de la perfección trazado por la madre fundadora, Teresa de Jesús, con auténtico fervor y fidelidad, cumpliendo los diversos oficios comunitarios que se le confían. Iluminada por la palabra de Dios y probada de modo particular por la enfermedad de su amadísimo padre, Louis Martín, que muere el 29 de julio de 1894, Teresa se encamina hacia la santidad, insistiendo en la centralidad del amor. Descubre y comunica a las novicias encomendadas a su cuidado el caminito de la infancia espiritual, progresando en el cual ella penetra cada vez más en el misterio de la Iglesia y, atraída por el amor de Cristo, siente crecer en sí misma la vocación apostólica y misionera, que la impulsa a llevar a todos hacia el encuentro con el Esposo divino.

El 9 de junio de 1895, en la fiesta de la Santísima Trinidad, se ofrece como víctima de holocausto al amor misericordioso de Dios. El 3 de abril del año siguiente, en la noche entre el Jueves y el Viernes santo, tiene una primera manifestación de la enfermedad que la llevará a la muerte. Teresa la acoge como la misteriosa visita del Esposo divino. Al mismo tiempo, entra en la prueba de la fe, que durará hasta su muerte. Al empeorar su salud, a partir del 8 de julio de 1897, es trasladada a la enfermería. Sus hermanas y otras religiosas recogen sus palabras, mientras los dolores y las pruebas, sufridos con paciencia, se intensifican hasta culminar con la muerte, en la tarde del 30 de septiembre de 1897. «Yo no muero; entro en la vida», había escrito a uno de sus hermanos espirituales, don Bellière (*Carta 244*). Sus últimas palabras: «Dios mío, te amo», son el sello de su existencia.

6. Teresa del Niño Jesús nos ha legado escritos que, con razón, le han merecido el título de maestra de vida espiritual. Su obra principal es el relato de su vida en los tres *Manuscritos autobiográficos* (A, B y C), publicados inicialmente con el título, que pronto se hizo célebre, de *Historia de un alma*.

En el *Manuscrito A*, redactado a petición de la hermana Inés de Jesús, entonces priora del monasterio, y entregado a ella el 21 de enero de 1896, Teresa describe las etapas de su experiencia religiosa: su infancia, especialmente el acontecimiento de su primera comunión y de la confirmación, y su adolescencia, hasta el ingreso en el Carmelo y su primera profesión.

El *Manuscrito B*, redactado durante el retiro espiritual de ese mismo año, a petición de su hermana María del Sagrado Corazón, contiene algunas de las páginas más hermosas, conocidas y citadas de la santa de Lisieux. En ellas se manifiesta la plena madurez de la santa, que habla de su vocación en la Iglesia, Esposa de Cristo y Madre de las almas.

El *Manuscrito C*, redactado en el mes de junio y en los primeros días de julio de 1897, pocos meses antes de su muerte, y dedicado a la priora María de Gonzaga, que se lo había pedido, completa los recuerdos del *Manuscrito A* sobre su vida en el Carmelo. Estas páginas revelan la sabiduría sobrenatural de la autora. Teresa narra algunas experiencias elevadísimas de este período final de su vida. Dedicó páginas conmovedoras a la prueba de la fe: una gracia de purificación que la sumerge en una larga y dolorosa noche oscura, iluminada por su confianza en el amor misericordioso y paternal de Dios. Una vez más, y sin repetirse, Teresa hace brillar la resplandeciente luz del Evangelio. Aquí encontramos las páginas más hermosas, dedicadas al abandono confiado en las manos de Dios, a la unidad entre el amor a Dios y el amor al prójimo, y a su vocación misionera en la Iglesia.

Teresa, en estos tres manuscritos diversos, que coinciden en una unidad temática y en una progresiva descripción de su vida y de su camino espiritual, nos ha entregado una original autobiografía, que es la historia de su alma. En ella se pone claramente de manifiesto que en su existencia Dios ofrece al mundo un mensaje preciso, al señalar un camino evangélico, el «caminito», que todos pueden recorrer, porque todos están llamados a la santidad.

En sus 266 *Cartas* que conservamos, dirigidas a familiares, a religiosas y a los «hermanos» misioneros, Teresa comunica su sabiduría, desarrollando una doctrina que constituye de hecho un profundo ejercicio de dirección espiritual de almas.

Forman parte de sus escritos también 54 *Poesías*, algunas de las cuales entrañan gran profundidad teológica y espiritual, inspiradas en la sagrada Escritura. Entre ellas merecen especial mención «Vivir de amor» (*Poesías*, 17) y «Por qué te amo, María» (*Poesías*, 54), síntesis original del camino de la Virgen María según el Evangelio. A esta producción hay que añadir 8 *Recreaciones piadosas*: composiciones poéticas y teatrales, ideadas y representadas por la Santa para su comunidad con ocasión de algunas fiestas, según la tradición del Carmelo. Entre los demás escritos, conviene recordar una serie de 21 *Oraciones* y la colección de sus palabras pronunciadas durante los últimos meses de vida. Esas palabras, de las que se conservan varias redacciones, son conocidas como *Novissima verba* o *Últimas conversaciones*.

7. El análisis esmerado de los escritos de santa Teresa del Niño Jesús, y la resonancia que han tenido en la Iglesia, permiten descubrir los aspectos principales de la «doctrina eminente», que constituye el elemento fundamental en el que se basa la atribución del título de Doctora de la Iglesia.

Ante todo, se constata la existencia de un *particular carisma de sabiduría*. En efecto, esta joven carmelita, sin una especial preparación teológica, pero iluminada por la luz del Evangelio, se siente instruida por el Maestro divino que, como ella dice, es «el Doctor de los doctores» (*Ms A 83 v*), el cual le comunica las «enseñanzas divinas» (*Ms B 1 r*). Siente que en ella se han cumplido las palabras de la Escritura: «El que sea sencillo, venga a mí...; al pequeño se le concede la misericordia» (*Ms B 1 v*; cf. *Pr 9, 4*; *Sb 6, 6*) y sabe que ha sido instruida en la ciencia del amor, oculta a los sabios y a los inteligentes, que el Maestro divino se ha dignado revelar a ella, como a los pequeños (cf. *Ms A 49 r*; *Lc 10, 21-22*).

Pío XI, que consideró a Teresa de Lisieux como «estrella de su pontificado», no dudó en afirmar en la homilía del día de su canonización, el 17 de mayo del año 1925: «El Espíritu de la verdad le abrió y manifestó las verdades que suele ocultar a los sabios e inteligentes y revelar a los pequeños, pues ella, como atestigua nuestro inmediato predecesor, destacó tanto en la ciencia de las cosas sobrenaturales, que señaló a los demás el camino cierto de la salvación» (*AAS 17 [1925] p. 213*).

Su enseñanza no sólo es acorde con la Escritura y la fe católica, sino que también resalta por la *profundidad y la síntesis sapiencial lograda*. Su doctrina es, a la vez, una profesión de la fe de la Iglesia, una experiencia del misterio cristiano y un camino hacia la santidad. Teresa ofrece una síntesis madura de la espiritualidad cristiana: une la teología y la vida espiritual, se expresa con vigor y autoridad, con gran capacidad de persuasión y de comunicación, como lo demuestra la aceptación y la difusión de su mensaje en el pueblo de Dios.

La enseñanza de Teresa manifiesta con coherencia y une en un conjunto armonioso los dogmas de la fe cristiana como doctrina de verdad y experiencia de vida. A este respecto, no conviene olvidar que, como enseña el concilio Vaticano II, la inteligencia del depósito de la fe transmitido por los Apóstoles progresa en la Iglesia bajo la asistencia del Espíritu Santo: «Crece la comprensión de las palabras e instituciones transmitidas cuando los fieles las contemplan y estudian repasándolas en su corazón (cf. *Lc 2, 19 y 51*), y cuando comprenden internamente los misterios que viven, cuando las proclaman los obispos, sucesores de los Apóstoles en el carisma de la verdad» (*Dei Verbum, 8*).

Tal vez en los escritos de Teresa de Lisieux no encontramos, como en otros Doctores, una presentación científicamente elaborada de las cosas de Dios, pero en ellos podemos descubrir un testimonio iluminado de la fe que, mientras acoge con amor confiado la condescendencia misericordiosa de Dios y la salvación en Cristo, revela el misterio y la santidad de la Iglesia.

Así pues, con razón se puede reconocer en la santa de Lisieux el carisma de Doctora de la Iglesia, tanto por el don del Espíritu Santo, que recibió para vivir y expresar su experiencia de fe, como por su particular inteligencia del misterio de Cristo. En ella confluyen los dones de la ley nueva, es decir, la gracia del Espíritu Santo, que se manifiesta en la fe viva que actúa por medio de la caridad (cf. santo Tomás de Aquino, *Summa Theol.* I-II, q. 106, art. 1; q. 108, art. 1).

Podemos aplicar a Teresa de Lisieux lo que dijo mi predecesor Pablo VI de otra joven santa, Doctora de la Iglesia, Catalina de Siena: «Lo que más impresiona en esta santa es la sabiduría infusa, es decir, la lúcida, profunda y arrebatadora asimilación de las verdades divinas y de los misterios de la fe (...): una

asimilación favorecida, ciertamente, por dotes naturales singularísimas, pero evidentemente prodigiosa, debida a un carisma de sabiduría del Espíritu Santo» (AAS 62 [1970] p. 675).

8. Con su peculiar doctrina y su estilo inconfundible, Teresa se presenta como una *auténtica maestra de la fe y de la vida cristiana*. Por sus escritos, al igual que por las afirmaciones de los Santos Padres, pasa la vivificante linfa de la tradición católica, cuyas riquezas, como atestigua también el concilio Vaticano II, «van pasando a la práctica y a la vida de la Iglesia que cree y ora» (*Dei Verbum*, 8).

La doctrina de Teresa de Lisieux, si se analiza en su género literario, correspondiente a su educación y a su cultura, y si se estudia a la luz de las particulares circunstancias de su época, coincide de modo providencial con la más genuina tradición de la Iglesia, tanto por la profesión de la fe católica como por la promoción de la más auténtica vida espiritual, propuesta a todos los fieles con un lenguaje vivo y accesible.

Ella ha hecho resplandecer en nuestro tiempo el atractivo del Evangelio; ha cumplido la misión de hacer conocer y amar a la Iglesia, Cuerpo místico de Cristo; ha ayudado a curar las almas de los rigores y de los temores de la doctrina jansenista, más propensa a subrayar la justicia de Dios que su divina misericordia. Ha contemplado y adorado en la misericordia de Dios todas las perfecciones divinas, porque «incluso la justicia de Dios, y tal vez más que cualquier otra perfección, me parece revestida de amor» (*Ms A 83 v*). Así se ha convertido en una imagen viva de aquel Dios que, como reza la oración de la Iglesia, «manifiesta especialmente su poder con el perdón y la misericordia» (cf. *Misal romano, oración colecta* del domingo XXVI del tiempo ordinario).

Aunque Teresa no tiene propiamente un cuerpo doctrinal, sus escritos irradian *particulares fulgores de doctrina* que, como por un carisma del Espíritu Santo, captan el centro mismo del mensaje de la Revelación en una visión original e inédita, presentando una enseñanza cualitativamente eminente.

En efecto, el núcleo de su mensaje es el misterio mismo de Dios Amor, de Dios Trinidad, infinitamente perfecto en sí mismo. Si la genuina experiencia espiritual cristiana debe coincidir con las verdades reveladas, en las que Dios se revela a sí mismo y manifiesta el misterio de su voluntad (cf. *Dei Verbum*, 2), es preciso afirmar que Teresa experimentó la revelación divina, llegando a contemplar las realidades fundamentales de nuestra fe encerradas en el misterio de la vida trinitaria. En la cima, como manantial y término, el amor misericordioso de las tres divinas Personas, como ella lo expresa, especialmente en su *Acto de consagración al Amor misericordioso*. Por parte del sujeto, en la base se halla la experiencia de ser hijos adoptivos del Padre en Jesús; ese es el sentido más auténtico de la infancia espiritual, es decir, la experiencia de la filiación divina bajo el impulso del Espíritu Santo. También en la base, y ante nosotros, está el prójimo, los demás, en cuya salvación debemos colaborar con Jesús y en él, con su mismo amor misericordioso.

Con la infancia espiritual experimentamos que todo viene de Dios, a él vuelve y en él permanece, para la salvación de todos, en un misterio de amor misericordioso. Ese es el mensaje doctrinal que enseñó y vivió esta santa.

Como para los santos de la Iglesia de todos los tiempos, también para ella, en su experiencia espiritual, el centro y la plenitud de la revelación es Cristo. Teresa conoció a Jesús, lo amó y lo hizo amar con la pasión de una esposa. Penetró en los misterios de su infancia, en las palabras de su Evangelio, en la pasión del Siervo que sufre, esculpida en su santa Faz, en el esplendor de su existencia gloriosa y en su presencia eucarística. Cantó todas las expresiones de la caridad divina de Cristo, como las presenta el Evangelio (cf. *Poesías*, 24 «Acuérdate, mi Amor»).

Teresa recibió una iluminación particular sobre la realidad del Cuerpo místico de Cristo, sobre la variedad de sus carismas, dones del Espíritu Santo, sobre la fuerza eminente de la caridad, que es el corazón mismo de la Iglesia, en la que ella encontró su vocación de contemplativa y misionera (cf. *Ms B 2 r - 3 v*).

Por último, entre los capítulos más originales de su ciencia espiritual conviene recordar la sabia investigación que Teresa realizó sobre el misterio y el camino de la Virgen María, llegando a resultados muy cercanos a la doctrina del concilio Vaticano II en el capítulo VIII de la constitución *Lumen gentium* y a lo que yo mismo expuse en mi carta encíclica *Redemptoris Mater*, del 25 de marzo de 1987.

9. La fuente principal de su experiencia espiritual y de su enseñanza es la palabra de Dios, en el Antiguo y en el Nuevo Testamento. Ella misma lo confiesa, especialmente poniendo de relieve su amor apasionado al Evangelio (cf. *Ms A 83 v*). En sus escritos se cuentan más de mil citas bíblicas: más de cuatrocientas del Antiguo Testamento y más de seiscientas del Nuevo.

A pesar de que no tenía preparación y de que carecía de medios adecuados para el estudio y la interpretación de los libros sagrados, Teresa se entregó a la meditación de la palabra de Dios con una fe y un empeño singulares. Bajo el influjo del Espíritu logró, para sí y para los demás, un profundo conocimiento de la Revelación. Concentrándose amorosamente en la Escritura -manifestó que le hubiera gustado conocer el hebreo y el griego para comprender mejor el espíritu y la letra de los libros sagrados- puso de manifiesto la importancia que las fuentes bíblicas tienen en la vida espiritual, destacó la originalidad y la lozanía del Evangelio, cultivó con sobriedad la exégesis espiritual de la palabra de Dios, tanto del Antiguo Testamento como del Nuevo. De esta forma, descubrió tesoros ocultos, asumiendo palabras y episodios, a veces con gran audacia sobrenatural, como cuando, leyendo los textos de san Pablo (cf. *1 Co 12-13*), intuyó su vocación al amor (cf. *Ms B 3 r - 3 v*). Iluminada por la palabra revelada, Teresa escribió páginas admirables sobre la unidad entre el amor a Dios y el amor al prójimo (cf. *Ms C 11 v - 19 r*) y se sumergió con la oración de Jesús en la última Cena, como expresión de su intercesión por la salvación de todos (cf. *Ms C 34 r - 35 r*).

Su doctrina coincide, como ya he dicho, con la enseñanza de la Iglesia. Ya desde niña, sus familiares le enseñaron a participar en la oración y en el culto litúrgico. Al prepararse para su primera confesión, para su primera Comunión y para el sacramento de la confirmación, mostró un amor extraordinario a las verdades de la fe, y se aprendió casi al pie de la letra el *Catecismo* (cf. *Ms A 37 r - 37 v*). Al final de su vida, escribió con su propia sangre el Símbolo de los Apóstoles, como expresión de su adhesión sin reservas a la profesión de fe.



Teresa no sólo se alimentó con las palabras de la Escritura y la doctrina de la Iglesia, sino también, desde su niñez, con la enseñanza de la *Imitación de Cristo*, que, como confiesa ella misma, se sabía casi de memoria (cf. *Ms A 47 r*). En la realización de su vocación carmelita fueron decisivos los textos espirituales de la madre fundadora, santa Teresa de Jesús, especialmente los que explican el sentido contemplativo y eclesial del carisma del Carmelo teresiano (cf. *Ms C 33 v*). Pero de modo muy especial Teresa se alimentó de la doctrina mística de san Juan de la Cruz, que fue su verdadero maestro espiritual (cf. *Ms A 83 r*). Así pues, no es sorprendente que, siguiendo la escuela de estos dos santos, declarados posteriormente Doctores de la Iglesia, también ella, óptima discípula, se haya convertido en maestra de vida espiritual.

10. *La doctrina espiritual de Teresa de Lisieux ha contribuido a la extensión del reino de Dios.* Con su ejemplo de santidad, de perfecta fidelidad a la Madre Iglesia, de plena comunión con la Sede de Pedro, así como con las particulares gracias que ha obtenido para muchos hermanos y hermanas misioneros, ha prestado un servicio particular a la renovada proclamación y experiencia del Evangelio de Cristo y a la difusión de la fe católica en todas las naciones de la tierra.

No es necesario insistir mucho en *la universalidad de la doctrina teresiana y la amplia aceptación de su mensaje* durante el siglo que ha transcurrido desde su muerte, pues están muy bien documentadas en los estudios realizados con vistas a la concesión del título de Doctora de la Iglesia a esta santa.

Reviste particular importancia, a este respecto, el hecho de que el Magisterio de la Iglesia no sólo ha reconocido la santidad de Teresa, sino que también ha puesto de relieve su sabiduría y su doctrina. Ya Pío X dijo de ella que era «la santa más grande de los tiempos modernos». Acogiendo con alegría la primera edición italiana de *la Historia de un alma*, quiso destacar los frutos que se obtenían de la espiritualidad teresiana. Benedicto XV, con ocasión de la proclamación de la heroicidad de las virtudes de la sierva de Dios, ilustró el camino de la infancia espiritual y alabó la ciencia de las realidades divinas, concedida por Dios a Teresa, para enseñar a los demás los caminos de la salvación (cf. *AAS 13 [1921] pp. 449-452*).

Pío XI, tanto con motivo de su beatificación como de su canonización, quiso exponer y recomendar la doctrina de la santa, subrayando la particular iluminación divina (*Discorsi di Pio XI*, vol. I, Torino 1959, p. 91) y definiéndola maestra de vida (cf. *AAS 17 [1925] pp. 211-214*). Pío XII, con ocasión de la consagración de la basílica de Lisieux en el año 1954, afirmó, entre otras cosas, que Teresa había penetrado con su doctrina en el corazón mismo del Evangelio (cf. *AAS 46 [1954] pp. 404-408*). El cardenal Angelo Roncalli, futuro Papa Juan XXIII, visitó varias veces Lisieux, especialmente cuando era nuncio en París. Durante su pontificado manifestó en diversas circunstancias su devoción por la santa e ilustró las relaciones entre la doctrina de la santa de Ávila y la de su hija, Teresa de Lisieux (*Discorsi, Messaggi, Colloqui*, vol. II [1959-1960] pp. 771-772).

Durante la celebración del concilio Vaticano II, varias veces los padres evocaron su ejemplo y su doctrina. Pablo VI, con motivo del centenario de su nacimiento, el 2 de enero de 1973, dirigió una carta al obispo de Bayeux y Lisieux, en la que destacaba el ejemplo de Teresa en la búsqueda de Dios, la proponía como maestra de oración y de esperanza teologal, y modelo de comunión con la Iglesia,

recomendando el estudio de su doctrina a los maestros, a los educadores, a los pastores e incluso a los teólogos (cf. AAS 65 [1973] pp. 12-15).

Yo mismo, en varias circunstancias, me he referido a la figura y a la doctrina de la santa, de modo especial con ocasión de mi inolvidable visita a Lisieux, el 2 de junio de 1980, cuando quise recordar a todos: «De Teresa de Lisieux se puede decir con seguridad que el Espíritu de Dios permitió a su corazón revelar directamente a los hombres de nuestro tiempo el *misterio fundamental*, la realidad del Evangelio (...). El "caminito" es el itinerario de la "infancia espiritual". Hay en él algo único, un carácter propio de santa Teresa de Lisieux. En él se encuentra, al mismo tiempo, la confirmación y la renovación de la verdad más *fundamental* y más *universal*. ¿Qué verdad hay en el mensaje evangélico más fundamental y más universal que ésta: Dios es nuestro Padre y nosotros somos sus hijos?» (*L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 15 de junio de 1980, p. 15).

Estas breves referencias a una ininterrumpida serie de testimonios de los Papas de este siglo sobre la santidad y la doctrina de santa Teresa del Niño Jesús y a la difusión universal de su mensaje, expresan claramente hasta qué punto la Iglesia ha acogido, en sus pastores y en sus fieles, la doctrina espiritual de esta joven santa.

Signo de la aceptación eclesial de la enseñanza de la Santa es el hecho de que *el Magisterio ordinario de la Iglesia en muchos documentos ha recurrido a esa doctrina*, especialmente al tratar de la vocación contemplativa y misionera, de la confianza en Dios justo y misericordioso, de la alegría cristiana y de la vocación a la santidad. Lo atestigua la presencia de su doctrina en el reciente *Catecismo de la Iglesia católica* (nn. 127, 826, 956, 1.011, 2.011 y 2.558). Ella, que tanto se esforzó por aprender en el catecismo las verdades de la fe, ha merecido ser incluida entre los autores más destacados de la doctrina católica.

*Teresa tiene una universalidad singular*. Su persona y el mensaje evangélico del «caminito» de la confianza y de la infancia espiritual han encontrado y siguen encontrando una acogida sorprendente en todo el mundo.

El influjo de su mensaje abarca ante todo a los hombres y mujeres cuya santidad o virtudes heroicas la Iglesia ha reconocido, pastores de la Iglesia, teólogos y autores de espiritualidad, sacerdotes y seminaristas, religiosos y religiosas, movimientos eclesiales y comunidades nuevas, hombres y mujeres de cualquier condición y de todos los continentes. A todos Teresa les ofrece su personal confirmación de que el misterio cristiano, del que es testigo y apóstol mediante la oración al convertirse, como ella afirma con audacia, en «apóstol de los apóstoles» (*Ms A 56 r*), debe tomarse al pie de la letra, con el mayor realismo posible, porque tiene un valor universal en el tiempo y en el espacio. La fuerza de su mensaje radica en que explica de modo concreto cómo todas las promesas de Jesús se cumplen plenamente en el creyente que acoge con confianza en su vida la presencia salvadora del Redentor.

11. Todas estas razones constituyen un claro testimonio de la *actualidad* de la doctrina de la santa de Lisieux y del *particular influjo* de su mensaje en los hombres y mujeres de nuestro siglo. Además,

concurrer algunas circunstancias que hacen aún más significativa su designación como maestra para la Iglesia en nuestro tiempo.

Ante todo, Teresa es una *mujer* que, leyendo el Evangelio, supo captar sus riquezas escondidas con la forma concreta y la profunda resonancia vital y sapiencial propia del genio femenino. Entre las innumerables mujeres santas que resplandecen por la sabiduría del Evangelio ella destaca por su universalidad.

Teresa es, además, una *contemplativa*. En el ocultamiento de su Carmelo vivió de tal modo la gran aventura de la experiencia cristiana, que llegó a conocer la anchura y la longitud, la altura y la profundidad del amor de Cristo (cf. *Ef 3, 18-19*). Dios quiso que no permanecieran ocultos sus secretos, por eso capacitó a Teresa para proclamar los secretos del Rey (cf. *Ms C 2 v*). Con su vida, Teresa da un testimonio y una ilustración teológica de la belleza de la vida contemplativa, como total entrega a Cristo, Esposo de la Iglesia, y como afirmación viva del primado de Dios sobre todas las cosas. Su vida, a pesar de ser oculta, posee una fecundidad escondida para la difusión del Evangelio e inunda a la Iglesia y al mundo del buen olor de Cristo (cf. *Carta 169, 2 v*).

Por último, Teresa de Lisieux es una *joven*. Alcanzó la madurez de la santidad en plena juventud (cf. *Ms C 4 r*). Como tal se presenta como maestra de vida evangélica, particularmente eficaz a la hora de iluminar las sendas de los jóvenes, a los que corresponde ser protagonistas y testigos del Evangelio entre las nuevas generaciones.

Santa Teresa del Niño Jesús no sólo es, por su edad, la Doctora más joven de la Iglesia, sino también la más cercana a nosotros en el tiempo; así se subraya la continuidad con la que el Espíritu del Señor envía a la Iglesia sus mensajeros, hombres y mujeres, como maestros y testigos de la fe. En efecto, a pesar de los cambios que se producen en el decurso de la historia y de las repercusiones que suelen tener en la vida y en el pensamiento de los hombres de las diversas épocas, no debemos perder de vista la continuidad que une entre sí a los Doctores de la Iglesia: en cualquier contexto histórico, siguen siendo testigos del Evangelio que no cambia y, con la luz y la fuerza que les viene del Espíritu, se hacen sus mensajeros, volviendo a anunciarlo en su integridad a sus contemporáneos. Teresa es maestra para nuestro tiempo, sediento de palabras vivas y esenciales, de testimonios heroicos y creíbles. Por eso, es amada y aceptada también por hermanos y hermanas de otras comunidades cristianas e incluso por muchos no cristianos.

12. En este año, en que se conmemora el centenario de la gloriosa muerte de Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz, mientras nos preparamos para la celebración del gran jubileo del año 2000, habiendo recibido numerosas y autorizadas peticiones, especialmente de muchas Conferencias episcopales de todo el mundo, y habiendo acogido la petición oficial, o *Supplex Libellus*, que me dirigieron el 8 de marzo de 1997 el obispo de Bayeux y Lisieux, el prepósito general de la orden de los Carmelitas Descalzos de la Bienaventurada Virgen María del Monte Carmelo, y el postulador general de la misma orden, decidí encomendar a la Congregación para las causas de los santos, competente en esta materia, «después de haber obtenido el parecer de la Congregación para la doctrina de la fe, por lo que se refiere a la doctrina

eminente» (constitución apostólica *Pastor bonus*, 73), el peculiar estudio de la causa para conceder el título de Doctora a esta santa.

Reunida la documentación necesaria, las dos citadas Congregaciones abordaron la cuestión en sus respectivas Consultas: la de la Congregación para la doctrina de la fe el 5 de mayo de 1997, por lo que atañe a la «doctrina eminente», y la de la Congregación para las causas de los santos el 29 de mayo del mismo año, para examinar la especial «Positio». El 17 de junio sucesivo, los cardenales y los obispos miembros de esas Congregaciones, siguiendo un procedimiento aprobado por mí para esa ocasión, se reunieron en una Asamblea interdicasterial plenaria y discutieron la Causa, expresando por unanimidad un parecer favorable a la concesión a santa Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz del título de Doctora de la Iglesia universal. Dicho parecer me fue notificado personalmente por el señor cardenal Joseph Ratzinger, prefecto de la Congregación para la doctrina de la fe, y por monseñor Alberto Bovone, arzobispo titular de Cesarea de Numidia, pro-prefecto de la Congregación para las causas de los santos.

Teniendo todo eso en cuenta, el pasado 24 de agosto, durante la plegaria del Ángelus, en presencia de centenares de obispos y ante una inmensa multitud de jóvenes de todo el mundo, reunida en París para la XII Jornada mundial de la juventud, quise anunciar personalmente mi intención de proclamar a Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz Doctora de la Iglesia universal con ocasión de la celebración de la Jornada mundial de las misiones (en Roma).

Hoy, 19 de octubre de 1997, en la plaza de San Pedro, llena de fieles procedentes de todo el mundo, y en presencia de numerosos cardenales, arzobispos y obispos, durante la solemne celebración eucarística, he proclamado Doctora de la Iglesia universal a Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz, con estas palabras: «Acogiendo los deseos de gran número de hermanos en el episcopado y de muchísimos fieles de todo el mundo, tras haber escuchado el parecer de la Congregación para las causas de los santos y obtenido el voto de la Congregación para la doctrina de la fe en lo que se refiere a la doctrina eminente, con conocimiento cierto y madura deliberación, en virtud de la plena autoridad apostólica, declaramos a santa Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz, virgen, Doctora de la Iglesia universal. En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo».

Realizado ese acto del modo debido, establecemos que esta carta apostólica sea religiosamente conservada y produzca pleno efecto tanto ahora como en el futuro; y que, además, según sus disposiciones se juzgue y se defina justamente, y que sea vano y sin fundamento cuanto alguien pueda atentar contra las mismas, con cualquier tipo de autoridad, tanto conscientemente como por ignorancia.

*Dado en Roma, junto a San Pedro, bajo el anillo del Pescador, el día 19 del mes de octubre del año del Señor 1997, vigésimo de mi pontificado.*

Selecciones desde *Historia de un Alma*

**CAPÍTULO VIII: DESDE LA PROFESIÓN HASTA LA OFRENDA AL AMOR (1890-1895)<sup>44</sup>**

Antes de hablarte de esta prueba, Madre querida, debería haberte hablado de los ejercicios espirituales que precedieron a mi profesión. Esos ejercicios, no sólo no me proporcionaron ningún consuelo, sino que en ellos la aridez más absoluta y casi casi el abandono fueron mis compañeros. Jesús dormía, como siempre, en mi navecilla.

¡Qué pena!, tengo la impresión de que las almas pocas veces le dejan dormir tranquilamente dentro de ellas. Jesús está ya tan cansado de ser él quien corra con los gastos y de pagar por adelantado, que se apresura a aprovecharse del descanso que yo le ofrezco. No se despertará, seguramente, hasta mi gran retiro de la eternidad; pero esto, en lugar de afligirme, me produce una enorme alegría...

Verdaderamente, estoy lejos de ser santa, y nada lo prueba mejor que lo que acabo de decir. En vez de alegrarme de mi sequedad, debería atribuirla a mi falta de fervor y de fidelidad. Debería entristecerme por dormirme (¡después de siete años!) en la oración y durante la acción de gracias. Pues bien, no me entristezco... Pienso que los niños agradan tanto a sus padres mientras duermen como cuando están despiertos; pienso que los médicos, para hacer las operaciones, [76r<sup>o</sup>] duermen a los enfermos. En una palabra, pienso que «el Señor conoce nuestra masa, se acuerda de que no somos más que polvo».

Mis ejercicios para la profesión fueron, pues, como todos los que vinieron después, unos ejercicios de gran aridez. Sin embargo, Dios me mostró claramente, sin que yo me diera cuenta, la forma de agradarle y de practicar las más sublimes virtudes.

He observado muchas veces que Jesús no quiere que haga provisiones. Me alimenta momento a momento con un alimento totalmente nuevo, que encuentro en mí sin saber de dónde viene... Creo simplemente que Jesús mismo, escondido en el fondo de mi pobre corazón, es quien me concede la gracia de actuar en mí y quien me hace descubrir lo que él quiere que haga en cada momento.

Unos días antes de mi profesión tuve la dicha de recibir la bendición del Sumo Pontífice. La había solicitado, a través del hermano Simeón, para papá y para mí, y fue para mí una inmensa alegría el poder devolverle a mi querido papaito la gracia que él me había proporcionado llevándome a Roma.

Por fin, llegó el hermoso día de mis bodas. Fue un día sin nubes. Pero la víspera, se levantó en mi alma la mayor tormenta que había conocido en toda mi vida...

Nunca hasta entonces me había venido al pensamiento una sola duda acerca de mi vocación. Pero tenía que pasar por esa prueba. Por la noche, al hacer el Viacrucis después de Maitines, se me metió en la

---

<sup>44</sup> <http://www.adorasi.com/biblioteca/historia-de-un-alma.pdf>

cabeza que mi vocación era un sueño, una quimera... La vida del Carmelo me parecía muy hermosa, pero el demonio me insuflaba la convicción de que no estaba hecha para mí, de que engañaba a los superiores empeñándome en seguir un camino al que no estaba llamada...

Mis tinieblas eran tan oscuras, que no veía ni en-[76v<sup>o</sup>] tendía más que una cosa: ¡que no tenía vocación...!

¿Cómo describir la angustia de mi alma...? Me parecía (pensamiento absurdo, que demuestra a las claras que esa tentación venía del demonio) que si comunicaba mis temores a la maestra de novicias, ésta no me dejaría pronunciar los votos. Sin embargo, prefería cumplir la voluntad de Dios, volviendo al mundo, a quedarme en el Carmelo haciendo la mía.

Hice, pues, salir del coro a la maestra de novicias, y, llena de confusión, le expuse el estado de mi alma...

Gracias a Dios, ella vio más claro que yo y me tranquilizó por completo. Por lo demás, el acto de humildad que había hecho acababa de poner en fuga al demonio, que quizás pensaba que no me iba a atrever a confesar aquella tentación. En cuanto acabé de hablar, desaparecieron todas las dudas.

Sin embargo, para completar mi acto de humildad, quise confiarle también mi extraña tentación a nuestra Madre, que se contentó con echarse a reír.

En la mañana del 8 de septiembre, me sentí inundada por un río de paz. Y en medio de esa paz, «que supera todo sentimiento», emití los santos votos...

Mi unión con Jesús no se consumó entre rayos y relámpagos -es decir, entre gracias extraordinarias-, sino al soplo de un ligero céfiro parecido al que oyó en la montaña nuestro Padre san Elías...

¡Cuántas gracias pedí aquel día...! Me sentía verdaderamente reina, así que me aproveché de mi título para liberar a los cautivos y alcanzar favores del Rey para sus súbditos ingratos. En una palabra, quería liberar a todas las almas del purgatorio y convertir a los pecadores...

Pedí mucho por mi Madre, por mis hermanas queridas..., por toda la familia, pero sobre todo por mi papaíto, tan probado y tan santo...

Me ofrecí a Jesús para que se hiciese en mí con toda perfección su voluntad, sin que las criaturas fuesen nunca obstáculo para ello...

[77r<sup>o</sup>] Pasó por fin ese hermoso día, como pasan los más tristes, pues hasta los días más radiantes tienen un mañana. Y deposité sin tristeza mi corona a los pies de la Santísima Virgen. Estaba segura de que el tiempo no me quitaría mi felicidad...

¡Qué fiesta tan hermosa la de la Natividad de María para convertirme en esposa de Jesús! Era la Virgencita recién nacida quien presentaba su florecita al Niño Jesús... Todo fue pequeño, excepto las gracias y la paz que recibí y excepto la alegría serena que sentí por la noche al ver titilar las estrellas en el firmamento mientras pensaba que pronto el cielo se abriría ante mis ojos extasiados y podría unirme a mi Esposo en una alegría eterna...

### **Toma de velo**

El 24 tuvo lugar la ceremonia de mi toma de velo. Fue un día totalmente velado por las lágrimas... Papá no estaba allí para bendecir a su reina... El Padre estaba en Canadá... Monseñor, que iba a ir a comer en casa de mi tío, estaba enfermo, y tampoco vino. Todo fue tristeza y amargura... Sin embargo, en el fondo del cáliz había paz, siempre la paz ...

Aquel día Jesús permitió que no pudiese contener las lágrimas, y mis lágrimas no fueron comprendidas... De hecho, ya había soportado pruebas mucho mayores sin llorar, pero entonces me ayudaba una gracia muy poderosa; en cambio, el día 24 Jesús me abandonó a mis propias fuerzas, y demostré lo escasas que éstas eran.

Ocho días después de mi toma de velo tuvo lugar la boda de Juana. Me sería imposible decirte, Madre querida, cuánto me enseñó su ejemplo acerca de las delicadezas que una esposa debe prodigar a su esposo. Escuchaba ávidamente todo lo que podría aprender al respecto, pues no quería hacer yo por mi amado Jesús menos de lo que Juana hacía por Francis, una criatura ciertamente muy perfecta, ¡pero a fin de cuentas una criatura...!

[77vº] Hasta me divertí componiendo una tarjeta de invitación para compararla con la suya. Estaba concebida en los siguientes términos:

#### **TARJETA DE INVITACIÓN A LAS BODAS DE SOR TERESA DEL NIÑO JESÚS DE LA SANTA FAZ**

No habiendo podido invitaros a la bendición nupcial que les fue otorgada en la montaña del Carmelo, el 8 de septiembre de 1890 (a la que sólo fue admitida la Corte Celestial), se os suplica que asistáis a la Tornaboda, que tendrá lugar Mañana, Día de la Eternidad, día en que Jesús, el Hijo de Dios, vendrá sobre las Nubes del Cielo en el esplendor de su Majestad, para juzgar a vivos y muertos.

Dado que la hora es incierta, os invitamos a estar preparados y velar.

---

### **Madre Genoveva de Santa Teresa**

[78rº] Ahora, Madre querida, ¿qué me queda por decirte?

Creía haber terminado, pero aún no te he dicho nada sobre la suerte que tuve de haber conocido a nuestra santa madre Genoveva... Ha sido una gracia inestimable. Pues Dios, que ya me había dado tantas, quiso que viviese con una santa, no de éstas inimitables, sino una santa que se santificó por medio de virtudes ocultas y ordinarias...

Más de una vez he recibido de ellas grandes consuelos, especialmente un domingo. Ese día fui, como de costumbre, a hacerle una breve visita, y encontré a otras dos hermanas con la madre Genoveva. La miré

sonriendo, y me disponía a salir, pues no nos está permitido estar tres con una enferma, pero ella, mirándome con aire inspirado, me dijo: «Espera, hija mía, sólo quiero decirte unas palabritas. Siempre que vienes a verme, me pides que te dé un ramillete espiritual. Bueno, pues hoy voy a darte éste: Sirve a Dios con paz y con alegría. Recuerda, hija mía, que nuestro Dios es el Dios de la paz».

Le di las gracias con sencillez y salí emocionada hasta las lágrimas y convencida de que Dios le había revelado el estado de mi alma: aquel día me encontraba duramente probada, casi triste, en una noche tal, que no sabía ya si Dios me amaba. ¡Puedes, pues, adivinar, Madre querida, la alegría y el consuelo que sentí...!

Al domingo siguiente, quise saber qué revelación había tenido la madre Genoveva. Me aseguró que no había tenido ninguna, y entonces mi admiración subió de punto al comprobar en qué grado eminente Jesús vivía en ella y la hacía hablar y actuar.

Sí, esa santidad me parece la más auténtica, la más santa, y es la que yo deseo para mí, pues en ella no cabe ilusión...

[78vº] El día de mi profesión recibí otra gran alegría al saber de labios de la madre Genoveva que también ella había pasado por la misma prueba que yo antes de pronunciar sus votos...

¿Te acuerdas, Madre querida, del consuelo que encontramos a su lado en los momentos de nuestros grandes sufrimientos?

En una palabra, el recuerdo que la madre Genoveva dejó en mi corazón es un recuerdo impregnado de fragancia...

El día de su partida para el cielo viví una emoción muy especial. Era la primera vez que asistía a una muerte, y el espectáculo fue realmente encantador... Yo estaba colocada justamente a los pies de la cama de la santa moribunda y veía perfectamente sus más ligeros movimientos.

Durante las dos horas que pasé allí, me parecía que mi alma debería estar llena de fervor; por el contrario, se apoderó de mí una especie de insensibilidad. Pero en el momento mismo en que nuestra santa madre Genoveva nacía para el cielo, mis disposiciones interiores dieron un vuelco: en un abrir y cerrar de ojos me sentí henchida de una alegría y de un fervor inexplicables. Era como si la madre Genoveva me hubiese dado una parte de la felicidad de que ella ya gozaba, pues estoy plenamente convencida de que fue derecha al cielo...

Cuando aún vivía, le dije una vez:

-«Usted, Madre, no irá al purgatorio».

-«Así lo espero», me contestó con dulzura.

Y seguro que Dios no defraudó una esperanza tan llena de humildad. Prueba de ello son todos los favores que de ella hemos recibido...



Todas las hermanas se apresuraron a pedir alguna reliquia, y tú ya sabes, Madre querida, la que yo tengo la dicha de poseer... Durante la agonía de la madre Genoveva, vi que una lágrima brillaba en uno de sus párpados como un diamante. Esa lágrima, la última de todas las que derramó, no llegó a desprenderse, y vi que seguía brillando en el coro sin que nadie pensara en recogerla. Entonces, tomando un pañito fino, me acerqué por la noche, sin que nadie me viera, y recogí como reliquia la última lágrima de una santa... Desde entonces la he llevado siempre en la [79r<sup>o</sup>] bolsita donde guardo encerrados mis votos.

No doy importancia a mis sueños. Por otra parte, rara vez tengo sueños simbólicos, e incluso me pregunto cómo es posible que, pensando como pienso todo el día en Dios, no ocupe él un mayor lugar en mis sueños...

Normalmente sueño con bosques, con flores, con arroyos, con el mar; casi siempre veo preciosos niñitos, o cazo mariposas y pájaros que nunca he visto. Ya ves, Madre, que si mis sueños tienen un aspecto poético, están muy lejos de ser místicos...

Una noche, después de la muerte de la madre Genoveva, tuve uno más entrañable. Soñé que la Madre estaba haciendo testamento, y que a cada una de las hermanas le dejaba algo de lo que le había pertenecido. Cuando me llegó el turno a mí, pensé que no iba a recibir nada, pues ya no le quedaba nada. Pero, incorporándose, me dijo por tres veces con acento penetrante: «A ti te dejo mi corazón».

---

### **Epidemia de la gripe**

Un mes después de la partida de nuestra santa Madre, se declaró la gripe en la comunidad. Sólo otras dos hermanas y yo quedamos en pie. Nunca podré expresar todo lo que vi, y lo que me pareció la vida y todo lo que es pasajero...

El día en que cumplí 19 años, lo festejamos con una muerte, a la que pronto siguieron otras dos.

En esa época, yo estaba sola en la sacristía, por estar muy gravemente enferma mi primera de oficio. Yo tenía que preparar los entierros, abrir las rejas del coro para la misa, etc. Dios me dio muchas gracias de fortaleza en aquellos momentos. Ahora me pregunto cómo pude hacer todo lo que hice sin sentir miedo. La muerte reinaba por doquier. Las más enfermas eran cuidadas por las que apenas se tenían en pie. En cuanto una hermana exhalaba su último suspiro, había que dejarla sola.

Una mañana, al levantarme, tuve el presentimiento de que sor Magdalena se había muerto. El claustro estaba a oscuras y nadie salía de su celda. Por fin, me decidí [79v<sup>o</sup>] a entrar en la celda de la hermana Magdalena, que tenía la puerta abierta. Y la vi, vestida y acostada en su jergón. No sentí el menor miedo. Al ver que no tenía cirio, se lo fui a buscar, y también una corona de rosas.

La noche en que murió la madre subpriora, yo estaba sola con la enfermera. Es imposible imaginar el triste estado de la comunidad en aquellos días. Sólo las que quedaban de pie pueden hacerse una idea.

Pero en medio de aquel abandono, yo sentía que Dios velaba por nosotras. Las moribundas pasaban sin esfuerzo a mejor vida, y enseguida de morir se extendía sobre sus rostros una expresión de alegría y de paz, como si estuviesen durmiendo un dulce sueño. Y así era en realidad, pues, cuando haya pasado la apariencia de este mundo, se despertarán para gozar eternamente de las delicias reservadas a los elegidos...

Durante todo el tiempo que duró esta prueba de la comunidad, yo tuve el inefable consuelo de recibir todos los días la sagrada comunión... ¡Qué felicidad...! Jesús me mimó mucho tiempo, mucho más tiempo que a sus fieles esposas, pues permitió que a mí me lo dieran, cuando las demás no tenían la dicha de recibirle.

También me sentía feliz de poder tocar los vasos sagrados y de preparar los corporales destinados a recibir a Jesús. Sabía que tenía que ser muy fervorosa y recordaba con frecuencia estas palabras dirigidas a un santo diácono: «Sé santo, tú que tocas los vasos del Señor».

No puedo decir que haya recibido frecuentes consuelos durante las acciones de gracias; tal vez sean los momentos en que menos los he tenido... Y me parece muy natural, pues me he ofrecido a Jesús, no como quien desea recibir su visita para propio consuelo, sino, al contrario, para complacer al que se entrega a mí.

Me imagino a mi alma como un terreno libre, y pido a la Santísima Virgen que quite los escombros que pudieran impedirle [80rº] esa libertad. Luego le suplico que monte ella una gran tienda digna del cielo y que la adorne con sus propias galas. Después invito a todos los ángeles y santos a que vengan a dar un magnífico concierto. Y cuando Jesús baja a mi corazón, me parece que está contento de verse tan bien recibido, y yo estoy contenta también...

Pero todo esto no impide que las distracciones y el sueño vengan a visitarme. Pero al terminar la acción de gracias y ver que la he hecho tan mal, tomo la resolución de vivir todo el día en una continua acción de gracias...

Ya ves, Madre querida, que Dios está muy lejos de llevarme por el camino del temor. Sé encontrar siempre la forma de ser feliz y de aprovecharme de mis miserias... Y estoy segura de que eso no le disgusta a Jesús, pues él mismo parece animarme a seguir por ese camino...

Un día, contra mi costumbre, estaba un poco turbada al ir a comulgar; me parecía que Dios no estaba contento de mí y pensaba en mi interior: «Si hoy sólo recibo la mitad de una hostia, me llevaré un disgusto, pues creeré que Jesús viene como de mala gana a mi corazón». Me acerco... y, ¡oh, felicidad!, por primera vez en mi vida veo que el sacerdote ¡toma dos hostias bien separadas y me las da...! Comprenderás mi alegría y las dulces lágrimas que derramé ante tan gran misericordia...

### **Retiro del P. Alejo**

Al año siguiente de mi profesión, es decir, dos meses antes de la muerte de la madre Genoveva, recibí grandes gracias durante los ejercicios espirituales.

Normalmente, los ejercicios predicados me resultan más penosos todavía que los que hago sola. Pero ese año no fue así.

Había hecho con gran fervor una novena de preparación, a pesar del presentimiento íntimo que tenía, pues me parecía que el predicador no iba a poder comprenderme, ya que se dedicaba sobre todo a ayudar a los grandes pecadores y no [80vº] a las almas religiosas. Pero Dios, que quería demostrarme que sólo él era el director de mi alma, se sirvió precisamente de este Padre, al que yo fui la única que apreció en la comunidad...

Yo sufría por aquel entonces grandes pruebas interiores de todo tipo (hasta llegar a preguntarme a veces si existía un cielo ). Estaba decidida a no decirle nada acerca de mi estado interior, por no saber explicarme. Pero apenas entré en el confesonario, sentí que se dilataba mi alma. Apenas pronuncié unas pocas palabras, me sentí maravillosamente comprendida, incluso adivinada... Mi alma era como un libro abierto, en el que el Padre leía mejor incluso que yo misma... Me lanzó a velas desplegadas por los mares de la confianza y del amor, que tan fuertemente me atraían, pero por los que no me atrevía a navegar... Me dijo que mis faltas no desagradaban a Dios, y que, como representante suyo, me decía de su parte que Dios estaba muy contento de mí...

¡Qué feliz me sentí al escuchar esas consoladoras palabras...! Nunca había oído decir que hubiese faltas que no desagradaban a Dios. Esas palabras me llenaron de alegría y me ayudaron a soportar con paciencia el destierro de la vida... En el fondo del corazón yo sentía que eso era así, pues Dios es más tierno que una madre. ¿No estás tú siempre dispuesta, Madre querida, a perdonarme las pequeñas indelicadezas de que te hago objeto sin querer...? ¡Cuántas veces lo he visto por experiencia...! Ningún reproche me afectaba tanto como una sola de tus caricias. Soy de tal condición, que el miedo me hace retroceder, mientras que el amor no sólo me hace correr sino volar...

---

### **Priorato de la madre Inés**

Y desde el día bendito de tu elección, Madre querida, sí, desde ese día volé por los caminos del amor... Ese día, ¡Paulina pasó a ser mi Jesús viviente... y se convirtió por segunda vez en mi «mamá»...!

[81rº] De tres años a esta parte, vengo teniendo la dicha de contemplar las maravillas que obra Jesús por medio de mi Madre querida... Veo que sólo el sufrimiento es capaz de engendrar almas, y estas sublimes palabras de Jesús se revelan como nunca en toda su profundidad: «Os aseguro que si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto».

¡Y qué cosecha tan abundante has recogido...! Has sembrado entre lágrimas, pero pronto verás el fruto de tus trabajos y volverás llena de alegría trayendo en tus manos las gavillas...

Entre esas gavillas floridas, Madre mía, va oculta ahora la florecilla blanca; pero en el cielo tendrá voz para cantar tu dulzura y las virtudes que te ve practicar día tras día a la sombra y en el silencio de esta vida de destierro...

Sí, en estos últimos tres años he comprendido muchos misterios que hasta entonces estaban escondidos para mí. Dios me ha mostrado la misma misericordia que mostró al rey Salomón. No ha querido que yo tuviese un sólo deseo que no viese realizado. Y no sólo mis deseos de perfección, sino también aquellos cuya vanidad comprendía sin haberla experimentado.

Como siempre te he mirado, Madre querida, como mi ideal, deseaba parecerme a ti en todo. Al verte pintar primorosamente y componer poesías tan encantadoras, pensaba: «¡Cómo me gustaría poder pintar y saber expresar en versos mi pensamiento, y hacer así el bien a las almas...!»

No quería pedir estos dones naturales, y mis deseos permanecían ocultos en el fondo de mi corazón. Pero Jesús, oculto también él en mi pobre corazón, tuvo a bien demostrarle que todo es vanidad y aflicción de espíritu bajo el sol... Con gran extrañeza de las hermanas, me pusieron a pintar, y Dios permitió que supiese sacar jugo a las lecciones que mi Madre querida me dio... Y quiso también [81vº] que, a ejemplo suyo, pudiese hacer poesías y componer piezas teatrales que a las hermanas les parecieran bonitas...

Al igual que Salomón, después de examinar todas las obras de sus manos y la fatiga que le costó realizarlas, vio que todo era vanidad y caza de viento, así también yo conocí por EXPERIENCIA que la felicidad sólo se halla en esconderse y en vivir en la ignorancia de las cosas creadas. Comprendí que, sin el amor, todas las obras son nada, incluso las más brillantes, como resucitar a los muertos o convertir a los pueblos...

Los dones que Dios me ha prodigado (sin yo pedírselos), en lugar de perjudicarme y de producirme vanidad, me llevan hacia él. Veo que sólo él es inmutable y que sólo él puede llenar mis inmensos deseos...

Hay también deseos de otra índole que Jesús ha querido convertirme en realidad, deseos infantiles como el de la nieve para mi toma de hábito. Tú sabes bien, Madre querida, cómo me gustan las flores. Al hacerme prisionera a los 15 años, renuncié para siempre a la dicha de correr por los campos esmaltados con los tesoros de la primavera. Pues bien, nunca he tenido tantas flores como desde que entré en el Carmelo...

Es costumbre que los novios regalen con frecuencia ramos de flores a sus novias. Jesús no lo echó en olvido y me mandó, a montones, gavillas de acianos, margaritas gigantes, amapolas, etc., todas las flores que más me gustan. Hay incluso una florecita, llamada la neguilla de los trigos, que yo no había vuelto a encontrar desde cuando vivíamos en Lisieux; tenía muchas ganas de volver a ver esa flor de mi niñez que yo cogía en los campos de Alençon. Pues también ella vino a sonreírme en el Carmelo y a mostrarme

que, tanto en las cosas más pequeñas como en las grandes, Dios da el ciento por uno ya en esta vida a las almas que lo han dejado todo por su amor.

---

### **Entrada de Celina**

Pero mi deseo más entrañable, el mayor de todos, el que nunca pensé [82rº] que vería hecho realidad, era la entrada de mi Celina querida en el mismo Carmelo que nosotras... Vivir bajo el mismo techo, compartir las alegrías y las penas de la compañera de mi infancia me parecía un sueño inverosímil. Por eso, había hecho por completo el sacrificio. Había puesto en manos de Jesús el porvenir de mi hermana querida y estaba dispuesta a verla partir, si era necesario, para el último rincón del mundo.

Lo único que no podía aceptar era que no fuese esposa de Jesús, pues, al quererla tanto como a mí misma, se me hacía imposible verla entregar su corazón a un mortal.

Ya había sufrido mucho sabiendo que en el mundo estaba expuesta a peligros que yo no había conocido. Puedo decir que mi cariño a Celina, desde mi entrada en el Carmelo, era un amor de madre tanto como de hermana...

Un día en que tenía que ir a una fiesta nocturna, tenía yo un disgusto tan grande que supliqué a Dios que no la dejase bailar, y hasta derramé (contra mi costumbre) un torrente de lágrimas. Jesús se dignó escucharme y no permitió que su joven prometida pudiese bailar aquella noche (aunque sabía hacerlo muy bien cuando era necesario). La sacaron a bailar y no podía negarse, pero el caballero fue absolutamente incapaz de hacerle dar un solo paso de baile, y, con gran confusión de su parte, se vio condenado a caminar sencillamente a su lado para acompañarla a su sitio; luego se esfumó y no volvió a aparecer por la velada.

Aquella aventura, única en su género, me hizo crecer en confianza y en amor hacia Aquel que, al depositar su señal en mi frente, la estampó al mismo tiempo sobre la de mi Celina querida...

El 29 de julio del año pasado, cuando Dios rompió la ataduras de su incomparable servidor, llamándole a las recompensas eternas, rompió a la vez las que retenían en el mundo a su querida prometida. Ella había cumplido ya su primera misión: encargada de representarnos a todas nosotras al lado de nuestro padre, al que amábamos con tanta ternura, la cumplió como un ángel... Y los ángeles no se quedan [82vº] en la tierra: una vez que han cumplido la voluntad de Dios, vuelven enseguida hacia él, que para eso tienen alas...

También nuestro ángel batió sus blancas alas. Estaba dispuesto a volar muy lejos para encontrarse con Jesús, pero Jesús le hizo volar muy cerca... Se conformó con aceptar el gran sacrificio, que fue extremadamente doloroso para Teresita... Durante dos años su Celina le había ocultado un secreto. ¡Y cuánto había sufrido también ella...!

Por fin, desde lo alto del cielo, mi rey querido, al que en la tierra no le gustaban las demoras, se dio prisa en arreglar los embrollados asuntos de su Celina, ¡y el 14 de septiembre se reunía con nosotras...!

Un día en que las dificultades parecían insuperables, le dije a Jesús durante mi acción de gracias: «Tú sabes, Dios mío, cuánto deseo saber si papá ha ido derecho al cielo. No te pido que me hables, sólo dame una señal. Si sor A. de J. consiente en la entrada de Celina, o al menos no pone obstáculos para ello, será la respuesta de que papá ha ido derecho a estar contigo».

Como tú sabes, Madre querida, esta hermana pensaba que tres éramos ya demasiadas, y por consiguiente no quería admitir otra más. Pero Dios, que tiene en sus manos el corazón de las criaturas y lo inclina hacia donde él quiere, cambió los pensamientos de esa hermana: la primera persona que encontré después de la acción de gracias fue precisamente a ella, que me llamó con un semblante muy amable, me dijo que subiera a tu celda y me habló de Celina con lágrimas en los ojos...

¡Cuántas cosas tengo que agradecer a Jesús, que ha sabido colmar todos mis deseos...!

Ahora no tengo ya ningún deseo, a no ser el de amar a Jesús con locura... Mis deseos infantiles han desaparecido. Ciertamente que aún me gusta adornar con flores al altar del Niño Jesús. Pero desde que él me dio la flor que yo anhelaba, mi querida Celina, ya no deseo ninguna más: ella es [83r] el ramillete más precioso que le ofrezco...

Tampoco deseo ya ni el sufrimiento ni la muerte, aunque sigo amándolos a los dos. Pero es el amor lo único que me atrae... Durante mucho tiempo los deseé; poseí el sufrimiento y creí estar tocando las riberas del cielo, creí que la florecilla iba a ser cortada en la primavera de su vida... Ahora sólo me guía el abandono, ¡no tengo ya otra brújula...!

Ya no puedo pedir nada con pasión, excepto que se cumpla perfectamente en mi alma la voluntad de Dios sin que las criaturas puedan ser un obstáculo para ello. Puedo repetir aquellas palabras del Cántico Espiritual de nuestro Padre san Juan de la Cruz:

«En la interior bodega  
de mi Amado bebí, y cuando salía  
por toda aquesta vega,  
ya cosa no sabía;  
y el ganado perdí que antes seguía.

Mi alma se ha empleado,  
y todo mi caudal, en su servicio;  
ya no guardo ganado,  
ni ya tengo otro oficio,  
que ya sólo en amar es mi ejercicio».

O bien estas otras:

«Hace tal obra el AMOR,  
después que le conocí,  
que, si hay bien o mal en mí,

todo lo hace de un sabor,  
y al alma transforma en sí».

¡Qué dulce es, Madre querida, el camino del amor! Es cierto que se puede caer, que se pueden cometer infidelidades; pero el amor, haciéndolo todo de un sabor, consume con asombrosa rapidez todo lo que puede desagradar a Jesús, no dejando más que una paz humilde y profunda en el fondo del corazón...

¡Cuántas luces he sacado de las obras de nuestro Padre san Juan de la Cruz...! A la edad de 17 y 18 años, no tenía otro alimento espiritual. Pero más tarde, todos los libros me dejaban en la aridez, y aún sigo en este estado. Si abro un libro escrito por un autor espiritual (aunque sea el más hermoso y el más conmovedor), siento que se me encoge el corazón y leo, por así decirlo, sin entender; o si entiendo, mi espíritu se detiene, incapaz de meditar...

En medio de esta mi impotencia, la Sagrada Escritura y la Imi-[83v<sup>o</sup>]tación de Cristo vienen en mi ayuda. En ellas encuentro un alimento sólido y completamente puro. Pero lo que me sustenta durante la oración, por encima de todo, es el Evangelio. En él encuentro todo lo que necesita mi pobre alma. En él descubro de continuo nuevas luces y sentidos ocultos y misteriosos...

Comprendo y sé muy bien por experiencia que «el reino de los cielos está dentro de nosotros». Jesús no tiene necesidad de libros ni de doctores para instruir a las almas. El, el Doctor de los doctores, enseña sin ruido de palabras... Yo nunca le he oído hablar, pero siento que está dentro de mí, y que me guía momento a momento y me inspira lo que debo decir o hacer. Justo en el momento en que las necesito, descubro luces en las que hasta entonces no me había fijado. Y las más de las veces no es precisamente en la oración donde esas luces más abundan, sino más bien en medio de las ocupaciones del día...

Madre querida, después de tantas gracias, ¿no podré cantar yo con el salmista: «El Señor es bueno, su misericordia es eterna»?

Me parece que si todas las criaturas gozasen de las mismas gracias que yo, nadie le tendría miedo a Dios sino que todos le amarían con locura; y que ni una sola alma consentiría nunca en ofenderle, pero no por miedo sino por amor...

Comprendo, sin embargo, que no todas las almas se parezcan; tiene que haberlas de diferente alcurnias, para honrar de manera especial cada una de las perfecciones divinas.

A mí me ha dado su misericordia infinita, ¡y a través de ella contemplo y adoro las demás perfecciones divinas...! Entonces todas se me presentan radiantes de amor; incluso la justicia (y quizás más aún que todas las demás) me parece revestida de amor...

¡Qué dulce alegría pensar que Dios es justo!; es decir, que tiene en cuenta nuestras debilidades, que conoce perfectamente la debilidad de nuestra naturaleza. Siendo así, ¿de qué voy a tener miedo? El Dios infinitamente justo, que se dignó [84r<sup>o</sup>] perdonar con tanta bondad todas las culpas del hijo pródigo, ¿no va a ser justo también conmigo, que «estoy siempre con él»...?

*Fin del Manuscrito A*

Este año, el 9 de junio, fiesta de la Santísima Trinidad, recibí la gracia de entender mejor que nunca cuánto desea Jesús ser amado.

Pensaba en las almas que se ofrecen como víctimas a la justicia de Dios para desviar y atraer sobre sí mismas los castigos reservados a los culpables. Esta ofrenda me parecía grande y generosa, pero yo estaba lejos de sentirme inclinada a hacerla.

«Dios mío, exclamé desde el fondo de mi corazón, ¿sólo tu justicia aceptará almas que se inmolen como víctimas...? ¿No tendrá también necesidad de ellas tu amor misericordioso...? En todas partes es desconocido y rechazado. Los corazones a los que tú deseas prodigárselo se vuelven hacia las criaturas, mendigándoles a ellas con su miserable afecto la felicidad, en vez de arrojarse en tus brazos y aceptar tu amor infinito...

«¡Oh, Dios mío!, tu amor despreciado ¿tendrá que quedarse encerrado en tu corazón? Creo que si encontraras almas que se ofreciesen como víctimas de holocausto a tu amor, las consumirías rápidamente. Creo que te sentirías feliz si no tuvieses que reprimir las oleadas de infinita ternura que hay en ti...

«Si a tu justicia, que sólo se extiende a la tierra, le gusta descargarse, ¡cuánto más deseará abrazar a las almas tu amor misericordioso, pues tu misericordia se eleva hasta el cielo...!

«¡Jesús mío!, que sea yo esa víctima dichosa. ¡Consume tu holocausto con el fuego de tu divino amor...!»

Madre mía querida, tú que me permitiste ofrecerme a Dios de esa manera, tú conoces los ríos, o, mejor los océanos de gracias que han venido a inundar mi alma... Desde aquel día feliz, me parece que el amor me penetra y me cerca, me parece que ese amor misericordioso me renueva a cada instante, purifica mi alma y no deja en ella el menor rastro de pecado. Por eso, [84v<sup>o</sup>] no puedo temer el purgatorio...

Sé que por mí misma ni siquiera merecería entrar en ese lugar de expiación, al que sólo pueden tener acceso las almas santas. Pero sé también que el fuego del amor tiene mayor fuerza santificadora que el del purgatorio. Sé que Jesús no puede desear para nosotros sufrimientos inútiles, y que no me inspiraría estos deseos que siento si no quisiera hacerlos realidad...

¡Qué dulce es el camino del amor...! ¡Cómo deseo dedicarme con la mayor entrega a hacer siempre la voluntad de Dios...!

Esto es, Madre querida, todo lo que puedo decirte de la vida de tu Teresita. Tú conoces mucho mejor por ti misma cómo es y todo lo que Jesús ha hecho por ella. Por eso, me perdonarás que haya resumido mucho la historia de su vida religiosa...

¿Cómo acabará esta «historia de una florecita blanca»...? ¿Será tal vez cortada en plena lozanía, o quizás trasplantada a otras riberas...? No lo sé. Pero de lo que sí estoy segura es de que la misericordia de Dios



la acompañará siempre, y de que nunca la florecita dejará de bendecir a la madre querida que la entregó a Jesús. Eternamente se alegrará de ser una de las flores de su corona... Y eternamente cantará con esa madre querida el cántico siempre nuevo del amor...

---

### ESCUDO DE ARMAS Y SU EXPLICACIÓN [85Vº]

El blasón JHS es el que Jesús se dignó entregar como dote a su pobre esposa. La huérfana de la Bérésina se ha convertido en Teresa del NIÑO JESÚS de la SANTA FAZ. Estos son sus títulos de nobleza, su riqueza y su esperanza.

La vid que divide en dos el blasón es también figura de Aquel que se dignó decirnos: «Yo soy la vid, vosotros los sarmientos, quiero que deis mucho fruto»

Las dos ramas que rodean, una a la Santa Faz y la otra al Niño Jesús, son la imagen de Teresa, que no tiene otro deseo aquí en la tierra que el de ofrecerse como un racimito de uvas para refrescar a Jesús niño, para divertirlo, para dejarse estrujar por él a capricho y poder así apagar la sed ardiente que sintió durante su pasión.

El arpa representa también a Teresa, que quiere cantarle incesantemente a Jesús melodías de amor.

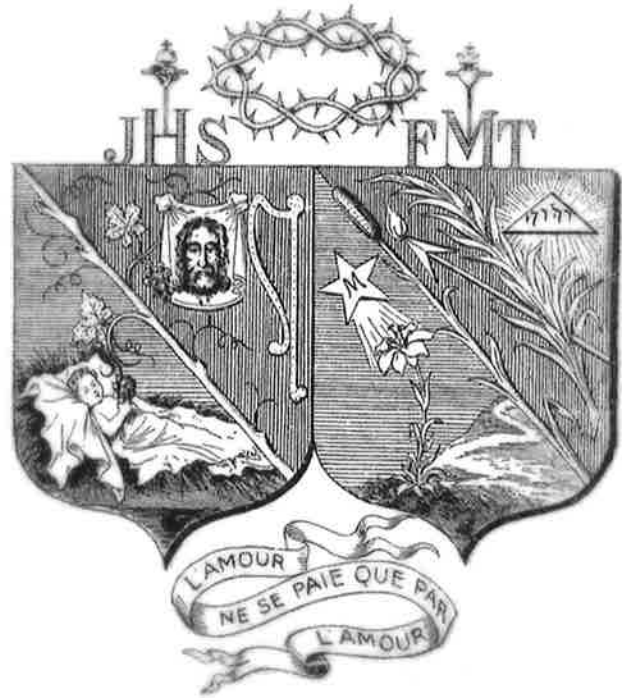
El blasón FMT es el de María Francisca Teresa, la florecita de la Santísima Virgen. Por eso, esa florecita aparece representada recibiendo los rayos bienhechores de la dulce Estrella de la mañana.

La tierra verde representa a la familia bendita en cuyo seno creció la florecita.

Más a lo lejos se ve una montaña, que representa al Carmelo. Este es el lugar bendito que Teresa ha escogido para representar en su escudo de armas el dardo inflamado del amor que ha de merecerle la palma del martirio, en espera de que un día pueda dar verdaderamente su sangre por su Amado. Pues para responder a todo el amor de Jesús, ella quisiera hacer por él lo que él hizo por ella...

Pero Teresa no olvida que ella no es más que una débil caña, y por eso la ha colocado en su blasón.

El triángulo luminoso representa a la adorable Trinidad, que no cesa de derramar sus dones inestimables sobre el alma de la pobre Teresita, que, agradecida, no olvidará jamás esta divisa: «El amor sólo con amor se paga».



*Manuscrito «B» Carta a Sor María del Sagrado Corazón*

## **CAPÍTULO IX: MI VOCACION: EL AMOR (1896) [1rª]**

J.M.J.T.

+ Jesús

Querida hermana, me pides que te deje un recuerdo de mis ejercicios espirituales, ejercicios que quizás sean los últimos...

Puesto que nuestra Madre lo permite, me alegro mucho de ponerme a conversar contigo que eres dos veces mi hermana; contigo, que me prestaste tu voz cuando yo no podía hablar, prometiendo en mi nombre que no quería servir más que a Jesús...

Querida madrinita, aquella niña que tú ofreciste a Jesús es la que te habla esta noche, la que te ama como sólo una hija sabe amar a su madre... Sólo en el cielo conocerás toda la gratitud de que rebosa mi corazón...

---

### **Los secretos de Jesús**

Hermana querida, tú querrías escuchar los secretos que Jesús confía a tu hijita. Yo sé que esos secretos te los confía también a ti, pues fuiste tú quien me enseñó a acoger las enseñanzas divinas. Sin embargo, trataré de balbucir algunas palabras, aunque siento que a la palabra humana le resulta imposible expresar ciertas cosas que el corazón del hombre apenas si puede vislumbrar...

No creas que estoy nadando entre consuelos. No, mi consuelo es no tenerlo en la tierra. Sin mostrarse, sin hacerme oír su voz, Jesús me instruye en secreto; no lo hace sirviéndose de libros, pues no entiendo lo que leo. Pero a veces viene a consolarme una frase como la que he encontrado al final de la oración (después de haber aguantado en el silencio y en la sequedad): «Este es el maestro que te doy, él te enseñará todo lo que debes hacer. Quiero hacerte leer en el libro de la vida, donde está contenida la ciencia del amor».

¡La ciencia del amor! ¡Sí, estas palabras resuenan dulcemente en los oídos de mi alma! No deseo otra ciencia. Después de haber dado por ella todas mis riquezas, me parece, como a la esposa del Cantar de los Cantares, que no he dado nada todavía... Comprendo tan bien que, fuera del amor, no hay nada que pueda hacernos gratos a Dios, que ese amor es el único bien que ambiciono.

Jesús se complace en mostrarme el único camino que conduce a esa hoguera divina. Ese camino es el abandono del niño que se duerme sin miedo en brazos de su padre... «El que sea pequeñito, que venga a mí», dijo el Espíritu Santo por boca de Salomón. Y ese mismo Espíritu de amor dijo también que «a los pequeños se les compadece y perdona». Y, en su nombre, el profeta Isaías nos revela que en el último día «el Señor apacentará como un pastor a su rebaño, reunirá a los corderitos y los estrechará contra su pecho». Y como si todas esas promesas no bastaran, el mismo profeta, cuya mirada inspirada se hundía

ya en las profundidades de la eternidad, exclama en nombre del Señor: «Como una madre acaricia a su hijo, así os consolaré yo, os llevaré en brazos y sobre las rodillas os acariciaré».

Sí, madrina querida, ante un lenguaje como éste, sólo cabe callar y llorar de agradecimiento [1v<sup>o</sup>] y de amor... Si todas las almas débiles e imperfectas sintieran lo que siente la más pequeña de todas las almas, el alma de tu Teresita, ni una sola perdería la esperanza de llegar a la cima de la montaña del amor, pues Jesús no pide grandes hazañas, sino únicamente abandono y gratitud, como dijo en el salmo XLIX: «No aceptaré un becerro de tu casa ni un cabrito de tus rebaños, pues las fieras de la selva son mías y hay miles de bestias en mis montes; conozco todos los pájaros del cielo... Si tuviera hambre, no te lo diría, pues el orbe y cuanto lo llena es mío. ¿Comeré yo carne de toros, beberé sangre de cabritos?... Ofrece a Dios sacrificios de alabanza y de acción de gracias».

He aquí, pues, todo lo que Jesús exige de nosotros. No tiene necesidad de nuestras obras, sino sólo de nuestro amor. Porque ese mismo Dios que declara que no tiene necesidad de decirnos si tiene hambre, no vacila en mendigar un poco de agua a la Samaritana. Tenía sed... Pero al decir: «Dame de beber», lo que estaba pidiendo el Creador del universo era el amor de su pobre criatura. Tenía sed de amor...

Sí, me doy cuenta, más que nunca, de que Jesús está sediento. Entre los discípulos del mundo, sólo encuentra ingratos e indiferentes, y entre sus propios discípulos ¡qué pocos corazones encuentra que se entreguen a él sin reservas, que comprendan toda la ternura de su amor infinito!

Hermana querida, ¡dichosas nosotras que comprendemos los íntimos secretos de nuestro Esposo! Si tú quisieras escribir todo lo que sabes acerca de ellos, ¡qué hermosas páginas podríamos leer! Pero ya lo sé, prefieres guardar «los secretos del Rey» en el fondo de tu corazón, mientras que a mí me dices que «es bueno publicar las obras del altísimo». Creo que tienes razón en guardar silencio, y sólo por complacerte escribo yo estas líneas, pues siento mi impotencia para expresar con palabras de la tierra los secretos del cielo; y además, aunque escribiera páginas y más páginas, tendría la impresión de no haber empezado todavía... Hay tanta variedad de horizontes, matices tan infinitamente variados, que sólo la paleta del Pintor celestial podrá proporcionarme, después de la noche de esta vida, los colores apropiados para pintar las maravillas que él descubre a los ojos de mi alma.

Hermana querida, me pedías que te escribiera mi sueño y «mi doctrinita», como tú la llamas... Lo he hecho en las páginas que siguen; pero tan mal, que me parece imposible que consigas entender nada. Tal vez mis expresiones te parezcan exageradas... Perdóname, eso se debe a mi estilo demasiado confuso. Te aseguro que en mi pobre alma no hay exageración alguna: en ella todo es sereno y reposado...

(Al escribir, me dirijo a Jesús; así me resulta más fácil expresar mis pensamientos... Lo cual, ¡ay!, no impide que vayan horriblemente expresados) [2r<sup>o</sup>].

---

J.M.J.T.

8 de septiembre de 1896

(A mi querida sor María del Sagrado Corazón.)

¡Jesús, Amado mío!, ¿quién podrá decir con qué ternura y con qué suavidad diriges tú mi pequeña alma, y cómo te gusta hacer brillar el rayo de tu gracia aun en medio de la más oscura tormenta...?

Jesús, la tormenta rugía muy fuerte en mi alma desde la hermosa fiesta de tu triunfo -la fiesta radiante de Pascua-, cuando un sábado del mes de mayo, pensando en los sueños misteriosos que a veces concedes a ciertas almas, me decía a mí misma que debía de ser un consuelo muy dulce tener uno de esos sueños; pero no lo pedía.

Por la noche, mi alma, observando las nubes que encapotaban su cielo, se repitió a sí misma que aquellos hermosos sueños no estaban hechos para ella, y se durmió bajo el vendaval...

---

### **La Venerable Ana de Jesús**

El día siguiente era el 10 de mayo, segundo domingo del mes de María, quizás aniversario de aquel día en que la Santísima Virgen se dignó sonreírle a su florecita...

A las primeras luces del alba, me encontraba (en sueños) en una especie de galería. Había en ella varias personas más, pero alejadas. Sólo nuestra Madre estaba a mi lado.

De pronto, sin saber cómo habían entrado, vi a tres carmelitas, vestidas con capas blancas y con los grandes velos echados. Me pareció que venían por nuestra Madre, pero lo que entendí claramente fue que venían del cielo.

Yo exclamé en lo hondo del corazón: ¡Cómo me gustaría ver el rostro de una de esas carmelitas! Y entonces la más alta de las santas, como si hubiese oído mi oración, avanzó hacia mí. Al instante caí de rodillas.

Y, ¡oh, felicidad!, la carmelita se quitó el velo, o, mejor dicho, lo alzó y me cubrió con él. Sin la menor vacilación, reconocí a la Venerable Ana de Jesús, la fundadora del Carmelo en Francia.

Su rostro era hermoso, de una hermosura inmaterial. No desprendía ningún resplandor; y sin embargo, a pesar del velo que nos cubría a las dos, yo veía aquel rostro celestial iluminado con una luz inefablemente suave, luz que el rostro no recibía sino que él mismo producía...

Me sería imposible decir la alegría de mi alma; estas cosas se sienten, pero no se pueden expresar... Varios meses han pasado desde este dulce sueño; pero el recuerdo que dejó en mi alma no ha perdido nada de su frescor ni de su encanto celestial... Aún me parece estar viendo la mirada y la sonrisa llenas de amor de la Venerable Madre. Aún creo sentir las caricias de que me colmó ...

... Al verme tan tiernamente amada, me atreví a pronunciar estas palabras: «Madre, te lo ruego, dime si Dios me dejará todavía mucho tiempo en la tierra... ¿Vendrá pronto a buscarme...?» Sonriendo con ternura, la santa murmuró: «Sí, pronto, pronto... Te lo prometo». «Madre, añadí, dime también si Dios no me pide tal vez algo [2vº] más que mis pobres acciones y mis deseos. ¿Está contento de mí?» El rostro de la santa asumió una expresión incomparablemente más tierna que la primera vez que me habló. Su mirada y sus caricias eran ya la más dulce de las respuestas. Sin embargo, me dijo: «Dios no te pide ninguna otra cosa. Está contento, ¡muy contento...!»

Y después de volver a acariciarme con mucho más amor con que jamás acarició a su hijo la más tierna de las madres, la vi alejarse... Mi corazón rebosaba de alegría, pero me acordé de mis hermanas y quise pedir algunas gracias para ellas. Pero, ¡ay!..., me desperté...

¡Jesús!, ya no rugía la tormenta, el cielo estaba en calma y sereno... Yo creía, sabía que hay un cielo, y que ese cielo está poblado de almas que me quieren y que me miran como a hija suya...

Esta impresión ha quedado grabada en mi corazón. Lo cual es tanto más curioso, cuanto que la Venerable Ana de Jesús me había sido hasta entonces del todo indiferente, nunca la había invocado, y su pensamiento sólo me venía a la mente cuando oía hablar de ella, lo que ocurría raras veces.

Por eso, cuando comprendí hasta qué punto me quería ella a mí, y qué lejos estaba yo de serle indiferente, mi corazón se deshizo en amor y gratitud, y no sólo hacia la santa que me había visitado, sino hacia todos los bienaventurados moradores del cielo...

¡Amado mío!, esta gracia no era más que el preludio de otras gracias mayores con que tú querías colmarme. Déjame, mi único amor, que te las recuerde hoy..., hoy, sí, sexto aniversario de nuestra unión... Y perdóname, Jesús mío, si digo desatinos al querer expresarte mis deseos, mis esperanzas que rayan el infinito, ¡¡¡perdóname y cura mi alma dándole lo que espera...!!!

---

### **Todas las vocaciones**

Ser tu esposa, Jesús, ser carmelita, ser por mi unión contigo madre de almas, debería bastarme... Pero no es así... Ciertamente, estos tres privilegios son la esencia de mi vocación: carmelita, esposa y madre.

Sin embargo, siento en mi interior otras vocaciones : siento la vocación de guerrero, de sacerdote, de apóstol, de doctor, de mártir. En una palabra, siento la necesidad, el deseo de realizar por ti, Jesús, las más heroicas hazañas... Siento en mi alma el valor de un cruzado, de un zuavo pontificio. Quisiera morir por la defensa de la Iglesia en un campo de batalla...

Siento en mí la vocación de sacerdote . ¡Con qué amor, Jesús, te llevaría en mis manos cuando, al conjuro de mi voz, bajaras del cielo...! ¡Con qué amor te entregaría a las almas...! Pero, ¡ay!, aun deseando ser sacerdote, admiro y envidio la humildad de san Francisco de Asís y siento en mí la vocación de imitarle renunciado a la sublime dignidad del sacerdocio.

¡Oh, Jesús, amor mío, mi vida...!, ¿cómo hermanar estos contrastes? [3rº] ¿Cómo convertir en realidad los deseos de mi pobrecita alma?

Sí, a pesar de mi pequeñez, quisiera iluminar a las almas como los profetas y como los doctores.

Tengo vocación de apóstol... Quisiera recorrer la tierra, predicar tu nombre y plantar tu cruz gloriosa en suelo infiel. Pero Amado mío, una sola misión no sería suficiente para mí. Quisiera anunciar el Evangelio al mismo tiempo en las cinco partes del mundo, y hasta en las islas más remotas... Quisiera ser misionero no sólo durante algunos años, sino haberlo sido desde la creación del mundo y seguirlo siendo hasta la consumación de los siglos...

Pero, sobre todo y por encima de todo, amado Salvador mío, quisiera derramar por ti hasta la última gota de mi sangre...

¡El martirio! ¡El sueño de mi juventud! Un sueño que ha ido creciendo conmigo en los claustros del Carmelo... Pero siento que también este sueño mío es una locura, pues no puedo limitarme a desear una sola clase de martirio... Para quedar satisfecha, tendría que sufrirlos todos...

Como tú, adorado Esposo mío, quisiera ser flagelada y crucificada... Quisiera morir desollada, como san Bartolomé... Quisiera ser sumergida, como san Juan, en aceite hirviendo... Quisiera sufrir todos los suplicios infligidos a los mártires... Con santa Inés y santa Cecilia, quisiera presentar mi cuello a la espada, y como Juana de Arco, mi hermana querida, quisiera susurrar tu nombre en la hoguera, Jesús... Al pensar en los tormentos que serán el lote de los cristianos en tiempos del anticristo, siento que mi corazón se estremece de alegría y quisiera que esos tormentos estuviesen reservados para mí... Jesús, Jesús, si quisiera poner por escrito todos mis deseos, necesitaría que me prestaras tu libro de la vida, donde están consignadas las hazañas de todos los santos, y todas esas hazañas quisiera realizarlas yo por ti...

Jesús mío, ¿y tú qué responderás a todas mis locuras...? ¿Existe acaso un alma pequeña y más impotente que la mía...? Sin embargo, Señor, precisamente a causa de mi debilidad, tú has querido colmar mis pequeños deseos infantiles, y hoy quieres colmar otros deseos míos más grandes que el universo...

Como estos mis deseos me hacían sufrir durante la oración un verdadero martirio, abrí las cartas de san Pablo con el fin de buscar una respuesta. Y mis ojos se encontraron con los capítulos 12 y 13 de la primera carta a los Corintios...

Leí en el primero que no todos pueden ser apóstoles, o profetas, o doctores, etc...; que la Iglesia está compuesta de diferentes miembros, y que el ojo no puede ser al mismo tiempo mano.

... La respuesta estaba clara, pero no colmaba mis deseos ni me daba la paz...

Al igual que Magdalena, inclinándose sin cesar sobre la tumba vacía, acabó por encontrar [3vº] lo que buscaba, así también yo, abajándome hasta las profundidades de mi nada, subí tan alto que logré alcanzar mi intento...

Seguí leyendo, sin desanimarme, y esta frase me reconfortó: «Ambicionad los carismas mejores. Y aún os voy a mostrar un camino inigualable». Y el apóstol va explicando cómo los mejores carismas nada son sin el amor... Y que la caridad es ese camino inigualable que conduce a Dios con total seguridad.

Podía, por fin, descansar... Al mirar el cuerpo místico de la Iglesia, yo no me había reconocido en ninguno de los miembros descritos por san Pablo; o, mejor dicho, quería reconocirme en todos ellos...

La caridad me dio la clave de mi vocación. Comprendí que si la Iglesia tenía un cuerpo, compuesto de diferentes miembros, no podía faltarle el más necesario, el más noble de todos ellos. Comprendí que la Iglesia tenía un corazón, y que ese corazón estaba ardiendo de amor.

Comprendí que sólo el amor podía hacer actuar a los miembros de la Iglesia; que si el amor llegaba a apagarse, los apóstoles ya no anunciarían el Evangelio y los mártires se negarían a derramar su sangre...

Comprendí que el amor encerraba en sí todas las vocaciones, que el amor lo era todo, que el amor abarcaba todos los tiempos y lugares... En una palabra, ¡que el amor es eterno...!

Entonces, al borde de mi alegría delirante, exclamé: ¡Jesús, amor mío..., al fin he encontrado mi vocación! ¡Mi vocación es el amor...!

Sí, he encontrado mi puesto en la Iglesia, y ese puesto, Dios mío, eres tú quien me lo ha dado... En el corazón de la Iglesia, mi Madre, yo seré el amor... Así lo seré todo... ¡¡¡Así mi sueño se verá hecho realidad...!!!

¿Por qué hablar de alegría delirante? No, no es ésta la expresión justa. Es, más bien, la paz tranquila y serena del navegante al divisar el faro que ha de conducirlo al puerto... ¡Oh, faro luminoso del amor, yo sé cómo llegar hasta ti! He encontrado el secreto para apropiarme tu llama.

No soy más que una niña, impotente y débil. Sin embargo, es precisamente mi debilidad lo que me da la audacia para ofrecirme como víctima a tu amor, ¡oh Jesús! Antiguamente, sólo las hostias puras y sin mancha eran aceptadas por el Dios fuerte y poderoso. Para satisfacer a la justicia divina, se necesitaban víctimas perfectas. Pero a la ley del temor le ha sucedido la ley del amor, y el amor me ha escogido a mí, débil e imperfecta criatura, como holocausto... ¿No es ésta una elección digna del amor...? Sí, para que el amor quede plenamente satisfecho, es preciso que se abaje hasta la nada y que transforme en fuego esa nada...

[4rº] Lo sé, Jesús, el amor sólo con amor se paga. Por eso he buscado y hallado la forma de aliviar mi corazón devolviéndote amor por amor.

«Ganaos amigos con el dinero injusto, para que os reciban en las moradas eternas». Este es, Señor, el consejo que diste a tus discípulos después de decirles que «los hijos de las tinieblas son más astutos en sus negocios que los hijos de la luz».

Y yo, como hija de la luz, comprendí que mis deseos de serlo todo, de abarcar todas las vocaciones, eran riquezas que podían muy bien hacerme injusta; por eso me he servido de ellas para ganarme amigos...

Acordándome de la oración de Eliseo a su Padre Elías, cuando se atrevió a pedirle su doble espíritu, me presenté ante los ángeles y los santos y les dije: «Yo soy la más pequeña de las criaturas. Conozco mi miseria y mi debilidad. Pero sé también cuánto les gusta a los corazones nobles y generosos hacer el bien. Os suplico, pues, bienaventurados moradores del cielo, os suplico que me adoptéis por hija. Sólo vuestra será la gloria que me hagáis adquirir, pero dignaos escuchar mi súplica. Ya sé que es temeraria, sin embargo me atrevo a pedirlos que me alcancéis: vuestro doble amor ».

Jesús, no puedo ir más allá en mi petición, temería verme aplastada bajo el peso de mis audaces deseos...

La excusa que tengo es que soy una niña, y los niños no piensan en el alcance de sus palabras. Sin embargo sus padres, cuando ocupan un trono y poseen inmensos tesoros, no dudan en satisfacer los deseos de esos pequeñajos a los que aman tanto como a sí mismos; por complacerles, hacen locuras y hasta se vuelven débiles...

Pues bien, yo soy la HIJA de la Iglesia, y la Iglesia es Reina, pues es tu Esposa, oh, divino Rey de reyes...

---

### **Arrojar flores**

No son riquezas ni gloria (ni siquiera la gloria del cielo) lo que pide el corazón del niño... El entiende muy bien que la gloria pertenece a sus hermanos, los ángeles y los santos... La suya será un reflejo de la que irradia de la frente de su madre.

Lo que él pide es el amor... No sabe más que una cosa: amarte, Jesús... Las obras deslumbrantes le están vedadas: no puede predicar el Evangelio, ni derramar su sangre... Pero ¿qué importa?, sus hermanos trabajan en su lugar, y él, como un niño pequeño, se queda muy cerquita del trono del Rey y de la Reina y ama por sus hermanos que luchan...

¿Pero cómo podrá demostrar él su amor, si es que el amor se demuestra con obras? Pues bien, el niño arrojará flores, aromará con sus perfumes el trono real, cantará con su voz argentina el cántico del amor...

Sí, Amado mío, así es como se consumirá mi vida... No tengo otra forma de demostrarte mi amor que arrojando flores, es decir, no dejando escapar ningún pequeño sacrificio, ni una sola mirada, [4vº] ni una sola palabra, aprovechando hasta las más pequeñas cosas y haciéndolas por amor...

Quiero sufrir por amor, y hasta gozar por amor. Así arrojaré flores delante de tu trono. No encontraré ni una sola en mi camino que no deshoje para ti. Y además, al arrojar mis flores, cantaré (¿puede alguien llorar mientras realiza una acción tan alegre?), cantaré aun cuando tenga que coger las flores entre las espinas, y tanto más melodioso será mi canto, cuanto más largas y punzantes sean las espinas.



¿Y de qué te servirán, Jesús, mis flores y mis cantos...? Sí, lo sé muy bien: esa lluvia perfumada, esos pétalos frágiles y sin valor alguno, esos cánticos de amor del más pequeño de los corazones te fascinarán.

Sí, esas naderías te gustarán y harán sonreír a la Iglesia triunfante, que recogerá mis flores deshojadas por amor y las pasará por tus divinas manos, Jesús. Y luego esa Iglesia del cielo, queriendo jugar con su hijito, arrojará también ella esas flores -que habrán adquirido a tu toque divino un valor infinito- arrojará esas flores sobre la Iglesia sufriente para apagar sus llamas, y las arrojará también sobre la Iglesia militante para hacerla alcanzar la victoria...

¡Jesús mío, te amo! Amo a la Iglesia, mi Madre. Recuerdo que «el más pequeño movimiento depuro amor es más útil a la Iglesia que todas las demás obras juntas».

¿Pero hay de verdad puro amor en mi corazón...? Mis inmensos deseos ¿no serán un sueño, una locura...? ¡Ay!, si así fuera, dame luz tú, Jesús. Tú sabes que busco la verdad... Si mis deseos son temerarios, hazlos tú desaparecer, pues estos deseos son para mí el mayor de los martirios...

Sin embargo, Jesús, siento en mi interior que, si después de haber ansiado con toda el alma llegar a las más elevadas regiones del amor, no llegase un día a alcanzarlas, habré saboreado una mayor dulzura en medio de mi martirio, en medio de mi locura, que la que gozaría en el seno de los gozos de la patria; a no ser que, por un milagro, me dejes conservar allí el recuerdo de las esperanzas que he tenido en la tierra.

Así pues, déjame gozar durante mi destierro las delicias del amor. Déjame saborear las dulces amarguras de mi martirio...

Jesús, Jesús, si tan delicioso es el deseo de amarte, ¿qué será poseer al Amor, gozar del Amor...?

¿Cómo puede aspirar un alma tan imperfecta como la mía a poseer la plenitud del Amor...?

---

### **El pajarillo**

¡Oh, Jesús, mi primer y único amigo, el UNICO a quien yo amo!, dime qué misterio es éste. ¿Por qué no reservas estas aspiraciones tan inmensas para las almas grandes, para las águilas que se ciernen en las alturas...? Yo me considero un débil pajarito cubierto únicamente por un ligero plumón. Yo no soy un águila, sólo tengo de águila los ojos y el corazón, pues, a pesar de mi extrema pequeñez, me atrevo a mirar fijamente al Sol divino, al Sol del Amor, y mi corazón siente en sí todas las [5r<sup>o</sup>] aspiraciones del águila...

El pajarillo quisiera volar hacia ese Sol brillante que encandila sus ojos; quisiera imitar a sus hermanas las águilas, a las que ve elevarse hacia el foco divino de la Santísima Trinidad... Pero, ¡ay,! lo más que puede hacer es alzar sus alitas, ¡pero eso de volar no está en su modesto poder!

¿Qué será de él? ¿Morirá de pena al verse tan impotente...? No, no, el pajarillo ni siquiera se desconsolará. Con audaz abandono, quiere seguir con la mirada fija en su divino Sol. Nada podrá asustarlo, ni el viento ni la lluvia. Y si oscuras nubes llegaran a ocultarle el Astro del amor, el pajarito no cambiará de lugar: sabe que más allá de las nubes su Sol sigue brillando y que su resplandor no puede eclipsarse ni un instante.

Es cierto que, a veces, el corazón del pajarito se ve embestido por la tormenta, y no le parece que pueda existir otra cosa que las nubes que lo rodean. Esa es la hora de la alegría perfecta para ese pobre y débil ser. ¡Qué dicha para él seguir allí, a pesar de todo, mirando fijamente a la luz invisible que se oculta a su fe...!

Jesús, hasta aquí puedo entender tu amor al pajarito, ya que éste no se aleja de ti... Pero yo sé, y tú también lo sabes, que muchas veces la imperfecta criaturita, aun siguiendo en su lugar (es decir, bajo los rayos del Sol), acaba distrayéndose un poco de su único quehacer: coge un granito acá y allá, corre tras un gusanito...; luego, encontrando un charquito de agua, moja en él sus plumas apenas formadas; ve una flor que le gusta, y su espíritu débil se entretiene con la flor... En una palabra, el pobre pajarito, al no poder cernerse como las águilas, se sigue entreteniendo con las bagatelas de la tierra.

Sin embargo, después de todas sus travesuras, el pajarillo, en vez de ir a esconderse en un rincón para llorar su miseria y morirse de arrepentimiento, se vuelve hacia su amado Sol, expone a sus rayos bienhechores sus alitas mojadas, gime como la golondrina; y, en su dulce canto, confía y cuenta detalladamente sus infidelidades, pensando, en su temerario abandono, adquirir así un mayor dominio, atraer con mayor plenitud el amor de Aquel que no vino a buscar a los justos sino a los pecadores...

Y si el Astro adorado sigue sordo a los gorjeos lastimeros de su criaturita, si sigue oculto..., pues bien, entonces la criaturita seguirá allí mojada, aceptará estar aterida de frío, y seguirá alegrándose de ese sufrimiento que en realidad ha merecido...

¡Qué feliz, Jesús, es tu pajarito de ser débil y pequeño! Pues ¿qué sería de él si fuera grande...? Jamás tendría la audacia de comparecer en tu presencia, de dormitar delante de ti...

Sí, ésta es también otra debilidad del pajarito cuando quiere mirar fijamente al Sol divino y las nubes no le dejan ver ni un solo rayo: a pesar suyo, sus ojitos se cierran, su cabecita se esconde bajo el ala, y el pobrecito se duerme creyendo seguir mirando fijamente a su Astro querido.

Pero al despertar, no se desconsuela, su corazoncito sigue en paz. Y vuelve a comenzar su oficio de amor. Invoca a los ángeles y a los santos, que se elevan como águilas hacia el Foco devorador, objeto de sus anhelos, [5vº] y las águilas, compadeciéndose de su hermanito, le protegen y defienden y ponen en fuga a los buitres que quisieran devorarlo.

El pajarito no teme a los buitres, imágenes de los demonios, pues no está destinado a ser su presa, sino la del Aguila que él contempla en el centro del Sol del amor.

## **El águila divina**

¡Oh, Verbo divino!, tú eres el Águila adorada que yo amo, la que atrae . Eres tú quien, precipitándote sobre la tierra del exilio, quisiste sufrir y morir a fin de atraer a las almas hasta el centro del Foco eterno de la Trinidad bienaventurada. Eres tú quien, remontándote hacia la Luz inaccesible que será ya para siempre tu morada, sigues viviendo en este valle de lágrimas, escondido bajo las apariencias de una blanca hostia...

Águila eterna, tú quieres alimentarme con tu sustancia divina, a mí, pobre e insignificante ser que volvería a la nada si tu mirada divina no me diese la vida a cada instante.

Jesús, déjame que te diga, en el exceso de mi gratitud, déjame, sí, que te diga que tu amor llega hasta la locura... ¿Cómo quieres que, ante esa locura, mi corazón no se lance hacia ti? ¿Cómo va a conocer límites mi confianza...?

Sí, ya sé que también los santos hicieron locuras por ti, que hicieron obras grandes porque ellos eran águilas...

Jesús, yo soy demasiado pequeña para hacer obras grandes..., y mi locura consiste en esperar que tu amor me acepte como víctima... Mi locura consiste en suplicar a las águilas mis hermanas que me obtengan la gracia de volar hacia el Sol del amor con las propias alas del Águila divina...

Durante todo el tiempo que tú quieras, Amado mío, tu pajarito seguirá sin fuerzas y sin alas, seguirá con los ojos fijos en ti. Quiere ser fascinado por tu mirada divina, quiere ser presa de tu amor...

Un día, así lo espero, Águila adorada, vendrás a buscar a tu pajarillo; y, remontándote con él hasta el Foco del amor, lo sumergirás por toda la eternidad en el ardiente Abismo de ese amor al que él se ofreció como víctima

---

## **Fin del Manuscrito B**

¡Que no pueda yo, Jesús, revelar a todas las almas pequeñas cuán inefable es tu condescendencia...!

Estoy convencida de que, si por un imposible, encontrases un alma más débil y más pequeña que la mía, te complacerías en colmarla de gracias todavía mayores, con tal de que ella se abandonase con entera confianza a tu misericordia infinita.

¿Pero por qué estos deseos, Jesús, de comunicar los secretos de tu amor? ¿No fuiste tú, y nadie más que tú, el que me los enseñó a mí? ¿Y no puedes, entonces, revelárselos también a otros...?

Sí, lo sé muy bien, y te conjuro a que lo hagas. Te suplico que hagas descender tu mirada divina sobre un gran número de almas pequeñas... ¡Te suplico que escojas una legión de pequeñas víctimas dignas de tu AMOR...!

La insignificante sor Teresa del Niño Jesús de la Sta. Faz, rel. carm. ind.



«Adviertan los que son muy activos, que piensan ceñir al mundo con sus predicaciones y obras exteriores, que mucho más provecho harían a la Iglesia y mucho más agradarían a Dios —dejando aparte el buen ejemplo que de sí darían— si gastasen siquiera la mitad de ese tiempo en estar con Dios en oración, aunque no hubiesen legado a tan alta como ésta. Ciertamente harían más y con menos trabajo con una obra que con mil, mereciéndolo su oración y habiendo cobrado fuerzas espirituales en ella; porque de otra manera todo es martillar y hacer poco más que nada, y a veces nada y aun a veces daño».

Santa Teresa del Niño Jesús estaba perfectamente de acuerdo con San Juan de la Cruz, del que había recibido tantas luces a los dieciséis y dieciocho años (como ella misma declaró). Verdaderamente ninguna espiritualidad había arremetido con tanta fuerza y con tal ejemplo para derribar lo accidental de la santidad. Ni mortificaciones excepcionales, ni método riguroso y pormenorizado de oración, ni carismas extraordinarios, ni obras múltiples de la vida activa: nada, nada, nada. ¿Qué queda, pues, para explicar tal santidad? El amor: «Amar, ser amada y volver otra vez a la tierra para hacer amar al Amor».

## B) RASGOS POSITIVOS

Más importancia que los negativos tienen, sin duda alguna, los rasgos positivos de la espiritualidad de Santa Teresa. De acuerdo con el cuadro esquemático que expusimos más arriba, el primero y más importante es la «*primacía del amor*», hasta el punto que puede afirmarse sin exageración que el amor lo es *todo* en el gran mensaje teresiano. Vamos, pues, a estudiarlo con la máxima amplitud que nos permite el marco general de nuestra obra.

### 1. Primacía del amor

La caridad sobrenatural (*agapè*) está mil veces por encima del simple amor natural (*eros*). De este último puede abusarse hasta convertirlo en verdadero pecado (erotismo carnal, sensualidad desenfrenada), mientras que del amor sobrenatural (*agapè*) no puede abusarse jamás, puesto que se refiere directamente al amor a Dios o al prójimo por Dios.

No hace falta advertir que cuando hablamos de la *primacía del amor* en Santa Teresa nos referimos siempre al amor sobrenatural o *agapè*.

Hay que tener en cuenta que la virtud de la caridad sobrenatural tiene un triple *objeto material*: Dios, el prójimo y nosotros mismos. Sin embargo, y a pesar de ello, no existen tres caridades diferentes: una para amar a Dios, otra para amar al prójimo y otra para amarnos a nosotros mismos. Porque las virtudes —como todos los hábitos— se especifican por sus *objetos formales*, no por los *materiales*, y el objeto *formal* de la caridad es siempre único e indivisible: Dios, aunque su objeto material sea triple. O sea, que hay que amar a Dios *por sí mismo*, y al prójimo o a nosotros *por Dios* —siempre por Dios—, o de lo contrario no se trata de amor sobrenatural, sino puramente natural, que puede o no ser legítimo y verdadero. Por eso, como dice Santo Tomás, la caridad sobrenatural es una sola virtud en *espece átoma indivisible*, no tres virtudes a pesar de su triple objeto material (II-II q.23 a.3-5).

Vamos, pues, a estudiar la *primacía del amor* teresiano en su triple aspecto, empezando, naturalmente, por el amor directo a Dios.

## 1.º LA CARIDAD PARA CON DIOS

En carta a su hermana Inés de Jesús escribía Santa Teresa estas frases encendidas:

«Qué importan las obras! El amor puede suplir una larga vida. Jesús no mira al tiempo, porque es eterno. Sólo mira el amor. ¡Jesús! ¡Quisiera amarle tanto! Amarle como jamás ha sido amado. A cualquier precio quiero alcanzar la palma de Inés: si no es por el martirio de sangre, ha de ser por el del amor».

Explicando esta primera característica positiva del *Camino de la infancia espiritual*, escribe con acierto el padre Philippon<sup>6</sup>:

«Según estas perspectivas, el amor se convierte en el centro del alma. Nada, en su vida interior o en su actividad exterior, escapa a este impulso motor y universal del amor. La vida espiritual no es una búsqueda de la propia perfección, sino el deseo de una total transformación en Dios “en alabanza de su gloria” (Ef 1,14). El alma, magníficamente fiel y excediéndose a sí misma, atiende menos a la práctica minuciosa de cada virtud que a dejarse “consumar en la unidad” con Dios por el amor».

<sup>6</sup> O.c., 83.

El amor adquiere en el *Camino de la infancia espiritual* unas características especiales, que permiten distinguirlo del ejercicio de la caridad de otros ángulos o puntos de vista. Sus rasgos más representativos y esenciales son los siguientes:

a) *Su carácter enteramente filial e infantil*

Más que a una unión transformativa comparable a un desposorio espiritual con Dios, más que al título de esposa de Cristo, el alma aspira a dormirse en los brazos de Dios como un niño pequeño en el regazo de su madre. Y ello no por un egoísmo indolente y perezoso, sino por estar firmemente persuadida de que esta actitud llena de gozo y complacencia el corazón de Dios.

b) *Complacer a Jesús*

Tal es, en efecto, su anhelo dominante y fundamental, que llega con el tiempo a ser su preocupación exclusiva: dar gusto a Jesús, complacerle en todas sus acciones.

«Los grandes santos — escribe la santa carmelita — han trabajado por la gloria de Dios; mas yo, que soy un alma “pequeñita”, trabajo únicamente por complacerle, y sería feliz en soportar los mayores sufrimientos, aunque esto fuese para hacerle sonreír una sola vez».<sup>7</sup>

Es el amor de complacencia, el *puro amor* de Dios en su forma más impresionante e infalsificable.

c) *Perfecto desinterés*

Amar es olvidarse enteramente de sí mismo, complacer al amado únicamente por darle gusto, sin poner jamás la mira en la recompensa o ventajas que con ello podamos obtener. No es que el alma prescindiera de la esperanza cristiana; al contrario, desea ardientemente ser desatada de los lazos de la carne para volar al cielo. Pero lo que la atrae hacia la patria bienaventurada no es la felicidad embriagante que en ella experimentará, sino la dicha inefable de poder amar a Dios «con todo su co-

<sup>7</sup> *Novísima Verba*, 16 de julio de 1897.

nición, con toda su alma y con todas sus fuerzas», sin interrumpir un solo instante este ejercicio del amor.

Vemos algunos textos en los que la gran santa de Lisieux expresa de mano maestra estos íntimos y sublimes sentimientos:

«Jesús no me dice nada, y yo tampoco le digo nada a Él, sino que le amo más que a mí misma; y siento que es así, porque soy más suya que mía... Tendría vergüenza de que mi amor se pareciera al de las desposadas de la tierra, que siempre miran las manos de sus prometidos para ver si les traen algún presente, o bien su rostro para sorprender en él una sonrisa de amor que las encanta».<sup>8</sup>

«Si, por un imposible, Dios no viese mis buenas acciones, no me apenaría por ello. Le amo tanto, que quisiera poderle agradecer con mi amor y pequeños sacrificios y darle contento *sin que supiera que le viene de mí*. Sabiéndolo y viéndolo, está como obligado de algún modo a corresponder..., y quisiera evitarle esa molestia».<sup>9</sup>

«Una noche, no sabiendo cómo testificar a Jesús que le amaba y cuán vivos eran mis deseos de que fuera servido y glorificado por doquier, me sobrecogió el pensamiento triste de que nunca jamás, desde el abismo del infierno, le llegaría un solo acto de amor. Entonces le dije que *con gusto consentiría verme abismada en aquel lugar de tormentos y de blasfemias para que también allí fuera amado eternamente*. No podría glorificarle así, ya que Él no desea sino nuestra bienaventuranza; pero cuando se ama, se ve uno forzado a decir mil locuras».<sup>10</sup>

d) *Sus deseos inmenso*

Pero donde Santa Teresita expresó como nunca sus deseos inmensos de santidad a base de la primacía del amor fue en la maravillosa carta que escribió a su hermana mayor, sor María del Sagrado Corazón, en septiembre de 1896 (un año antes de su muerte) y que fue incorporada después a la *Historia de un alma*, capítulo XI. He aquí algunos de sus párrafos más sublimes tal como figuran en los *Manuscritos autobiográficos*:

<sup>8</sup> Carta a su hermana sor Inés de Jesús, septiembre de 1890.

<sup>9</sup> *Novísima Verba*, 15 de mayo de 1897.

<sup>10</sup> *Historia de un alma*, c.5 n.23 (Burgos 1950).

«Perdóname, Jesús, si desvarío al exponer mis deseos, mis esperanzas que tocan en lo infinito. Perdóname, y cura mi alma concediéndole todo lo que ella espera.

Ser tu esposa, ¡oh Jesús!, ser carmelita, ser por mi unión contigo la madre de las almas, debiera bastarme. Pues no es así. Ciertamente estos tres privilegios constituyen mi vocación: Carmelita, Esposa y Madre.

Sin embargo, siento en mí otras vocaciones. Siento la vocación de guerrero, de sacerdote, de apóstol, de doctor, de mártir. Siento, en una palabra, la necesidad, el deseo de realizar por Ti, ¡oh Jesús!, las más heroicas acciones.

Siento en mí el valor de un cruzado, de un zuavo pontificio. Quisiera morir sobre un campo de batalla por la defensa de la Iglesia.

Siento en mí la vocación de sacerdote. ¡Oh Jesús! ¡Con qué amor te recibiría en mis manos cuando al conjuro de mi palabra bajaras del cielo! ¡Con qué amor te daría a las almas! Pero, ¡ay! Aun deseando ser sacerdote, yo admiro y envidio la humildad de San Francisco de Asís, y siento al mismo tiempo la vocación de imitarle rehusando la sublime dignidad del sacerdocio.

¡Oh Jesús, amor mío, vida mía! ¿Cómo hermanar estos contrastes? ¿Cómo realizar los deseos de mi pobrecita alma?...

¡Ah! A pesar de mi pequeñez, yo quisiera dar luz a las almas, como los profetas y los doctores.

Tengo la vocación de apóstol.. Quisiera recorrer la tierra predicando tu nombre y plantar sobre el suelo infiel tu Cruz gloriosa. Pero, ¡oh mi Bien Amado!, una sola misión no me bastaría. Desearía anunciar a un mismo tiempo el Evangelio en las cinco partes del mundo, y hasta en las islas más apartadas.

*Quisiera ser misionera* no sólo durante algunos años, sino haberlo sido desde la creación del mundo, y serlo hasta el fin de los siglos.

Pero sobre todo desearía, ¡oh amadísimo Salvador mío!, derramar por Ti mi sangre hasta la última gota.

¡El martirio! He aquí el sueño de mi juventud. Ha ido creciendo conmigo bajo los claustros del Carmelo. Mas veo que también este sueño mío es una locura, pues no me limitaría a desear un género determinado de martirio. Para satisfacer mis ansias necesitaría padecerlos todos.

Quisiera ser flagelada y crucificada como Tú, Esposo mío adorado. Quisiera morir despellejada como San Bartolomé, y sumergida en acetate hirviendo como San Juan. Desearía sufrir todos los suplicios in-

puestos a los mártires. Como Santa Inés y Santa Cecilia, quisiera ofrecer mi cuello a la cuchilla, y con Santa Juana de Arco, mi hermana querida, pronunciar dulcemente tu nombre en medio de la hoguera, ¡oh Jesús!

Al pensar en los tormentos que padecerán los cristianos en tiempo del Anticristo, mi corazón salta de gozo y desearía que me fueran resetados tales tormentos.

¡Jesús! ¡Jesús! Si fuese a escribir todos mis deseos, tendrías que prestarme "el Libro de la Vida"; en él están consignadas las acciones de los santos, y éstas son las acciones que yo hubiera querido realizar por Ti.

¿Qué responderás a todas mis locuras? ¿Hay, acaso, un alma más pequeña e impotente que la mía? Y, no obstante, fue precisamente esta mi debilidad la que te movió siempre, ¡oh Señor!, a colmar mis pequeños deseos, y la que te mueve hoy a colmar otros deseos míos más grandes que el universo.

Como estos deseos constituían para mí durante la oración un verdadero martirio, abrí un día las epístolas de San Pablo, a fin de hallar en ellas una respuesta. Mis ojos fueron a dar con los capítulos doce y trece de la epístola primera a los Corintios.

Leí en el primero que no todos pueden ser apóstoles, profetas, doctores, etc...; que la Iglesia está compuesta de diversos miembros, y que el ojo no puede ser al mismo tiempo mano (1 Cor 12,29-21).

La respuesta era clara, pero no colmaba mis deseos ni me devolvía la paz.

Así como María Magdalena, inclinándose hacia abajo cerca del sepulcro vacío, llegó por fin a encontrar lo que buscaba, así también, abajándome yo hasta las profundidades de mí nada, logré elevarme tan alto que conseguí mi deseo.

Sin desanimarme, proseguí mi lectura y hallé esta frase que me recomfortó: "Codiciaad los carismas más perfectos. Y todavía os voy a mostrar un camino más excelente" (1 Cor 12,31). Y el Apóstol explica cómo todos los carismas, aun los más perfectos, nada son sin el amor. Afirma que la caridad es el camino excelente que conduce con seguridad a Dios.

Por fin, había encontrado el descanso para mi alma. Considerando el Cuerpo místico de la Iglesia, no me había reconocido en ninguno de los miembros descritos por San Pablo; o, mejor dicho, creía reconocermene en todos.

La caridad me dio la clave de mi vocación. Comprendí que si la Iglesia tenía un cuerpo compuesto de diversos miembros, no le faltaría el más necesario, el más noble de todos. Comprendí que la Iglesia tenía un corazón, y que ese corazón estaba ardiendo de amor.

Comprendí que sólo el amor era quien ponía en movimiento a los miembros de la Iglesia; que si el amor se apagase, los apóstoles no anunciarían ya el Evangelio, y los mártires se negarían a derramar su sangre...

*Comprendí que el amor encierra todas las vocaciones, que el amor lo es todo, que el amor abarca todos los tiempos y todos los lugares; en una palabra, que el amor es eterno.*

*Entonces, en un transporte de alegría delirante, exclamé: —¡Oh Jesús, mi amor! Por fin he encontrado mi vocación: mi vocación es el amor. Sí, he bailado mi lugar en la Iglesia. Dios mío, Vos mismo me lo habéis señalado. En el corazón de la Iglesia, mi Madre, yo seré el amor. Así lo seré todo, así mi sueño se verá realizado.*

*¿Por qué hablar de una alegría delirante? No es ésta la expresión justa. Fue más bien la paz tranquila y serena que experimenta el navegante al divisar el faro que ha de guiarle al puerto.*

*¡Oh faro luminoso del amor! Yo sé cómo llegar hasta ti. He bailado el secreto para apasionarme tu llamar.*

La larga cita que acabamos de transcribir, tomada al pie de la letra de los *Manuscritos autobiográficos* de Santa Teresita<sup>11</sup>, constituye una de las más sublimes que brotarán de su pluma, y, desde luego, la más representativa de su espiritualidad limpia y puramente evangélica. En ella se refleja la gran carmelita de cuerpo entero. Todo el resto de sus maravillosos escritos no son, en realidad, sino una confirmación y desarrollo de esa página simplificada.

## 2.º LA CARIDAD FRATERNAL

La caridad fraterna, el amor al prójimo por Dios, es absolutamente inseparable del amor al mismo Dios, hasta el punto de que constituye el segundo aspecto de una sola y mismísima virtud teologal («única en especie á-oma», dicen los teólogos), algo así como las dos caras de una sola y mismísima moneda. Porque como dice San Juan: «Si alguno dice: yo amo a Dios, y aborrece a su hermano, es un mentiroso. Porque el que no ama a su hermano a quien ve, no puede amar a Dios a quien no

<sup>11</sup> Cf. *Obras Completas*, versión castellana (Burgos 1964) 275-279.

ve. Y nosotros tenemos este mandamiento de Él: que el que ama a Dios, ame también a su hermano» (1 Jn 4,20-21).

La misma Santa Teresa de Lisieux no llegó a comprender en toda su profundidad el gran mandamiento del amor fraternal hasta el último año de su vida. Escuchemos sus propias palabras:

«Este año el Señor me ha concedido la gracia de comprender lo que es la caridad. También antes lo comprendía, es verdad, pero sólo de una manera imperfecta. No había profundizado estas palabras de Jesús: “El segundo mandamiento es semejante al primero: Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Mt 22,39). Y amándole, he llegado a comprender que mi amor no debe limitarse solamente a las palabras, porque “No los que dicen: Señor, Señor, entrarán en el reino de los cielos, sino los que hacen la voluntad de Dios” (Mt 7,21)».

«Jesús dio a conocer esa voluntad muchas veces; casi debería decir que en cada página de su Evangelio. Pero en la última Cena, cuando sabe que el corazón de sus discípulos arde en una llamarada más viva de amor a Él, cuando acaba de darse a ellos en el misterio inefable de la Eucaristía, entonces es cuando el dulce Salvador les impone un mandamiento nuevo. Les dice con una ternura indecible: “Un mandamiento nuevo os doy: que os améis mutuamente, y que os améis los unos a los otros como yo os he amado. El sello por el que todo el mundo conocerá que sois discípulos míos será precisamente ese vuestro mutuo amor” (Jn 13,34-35)».

«¿Cómo amó Jesús a sus discípulos y por qué los amó? ¡Ah!, no eran ciertamente sus cualidades naturales las que le atraían. Entre ellos y Él la distancia era infinita. Él era la Ciencia, la Sabiduría eterna; ellos, unos pobres pescadores ignorantes y llenos de ideas terrenas. Sin embargo, Jesús les llama sus amigos, sus hermanos (Jn 15,15). Quiere verlos reinar con Él en el reino de su Padre; y precisamente para abrirles las puertas del reino muere en una cruz, pues Él mismo dijo: “No hay mayor amor que el dar la propia vida por los que se ama” (Jn 15,13)».

«Meditando las palabras de Jesús, comprendí cuán imperfecto era el amor que yo tenía a mis hermanas. Vi que no las amaba como Dios las ama. ¡Ah! Ahora es cuando comprendo que la caridad perfecta consiste en soportar los defectos de los demás, en no escandalizarse de sus debilidades, en sacar edificación de los menores actos de virtud que se les ve practicar. Comprendí, sobre todo, que la caridad no ha de quedar encerrada en el fondo del corazón. “Nadie —dice Jesús— enciende su



candela para ponerla debajo del celerín, sino que la pone sobre el candilero para que alumbré a todos los que están en la casa" (Mt 5, 15).

«¡Ah, Señor! Sé que no mandáis nunca nada imposible. Conocéis mejor que yo mismo mi debilidad. Sabéis que nunca podría amar a mis hermanas como Vos las amáis, si V. Os mismo, ¡oh Jesús!, no las amáis también en mí. Y porque queráis concederme esta gracia, por eso insistís en un mandamiento nuevo.

«¡Ah! ¡Con cuánto amor lo acepto, pues me da la certeza de que es voluntad vuestra amar en mí a todos los que me mandáis amar! Sí, lo experimento: cuantas veces soy caritativa, ¡oh Jesús! quien obra en mí. Cuanto más unida estoy a Él, tanto más amo a mis hermanas.

A continuación de estas bellísimas palabras, refiere la santa algunas anécdotas sobre la forma en que las practicaba heroicamente. Por ejemplo:

Mostró la exquisita delicadeza de su caridad ante una hermana que se quejaba continuamente de que el olor de las flores le levantaba gran dolor de cabeza. Un día vio acercarse a dicha hermana hacia la imagen del Niño Jesús a la que Teresa acababa de adornar con unas flores artificiales de papel. Para evitarle la humillación de que se quejara de que aquellas flores le levantaban dolor de cabeza, se adelantó la santa con la sonrisa en los labios diciéndole: «Venga acá, hermana querida: fíjese qué bien imitan hoy las flores naturales con flores artificiales de papel». Con lo cual la hermana quejosa se limitó a sonreír.

En otra ocasión Teresa se ofreció a conducir todos los días, desde el coro hasta el refectorio, a una hermana anciana que apenas podía andar. Era casi imposible complacerla. Decía continuamente: «¡Ay, Dios mío! Vais demasiado aprisa, me voy a estrellar»; o por el contrario: «¡Pero seguidme... no siento vuestra mano... me soltáis... me voy a caer». La santa se esforzaba en hacer lo posible y lo imposible para soportar todo ello con la sonrisa en los labios.

Su conducta hacia aquella hermana que le resultaba naturalmente antipática. Cada vez que la veía o hablaba con ella, la acompañaba con una sonrisa tan dulce y angelical que aquella religiosa le preguntó un día: «¿Me queréis decir, Sor Teresa, qué es lo que tanto la atrae hacia mí? Cada mirada me la acompañáis de una sonrisa...» —«¡Ah! —escribe Teresa—. Lo que me atraía era Jesús, escondido en el fondo de su alma. Jesús, que hace dulce lo más amargo».

No se defendió al ser acusada injustamente ante la madre Priora de una falta que había cometido precisamente la acusadora. Pero escribe la gran santa: «Me latía tan fuertemente el corazón —por el esfuerzo en

dominarse—, que me fue imposible ir muy lejos, y me senté en la escalera para gozar en paz los frutos de mi victoria».

«En el estudio de pintura —escribe la santa— no hay nada mío, lo sé muy bien. Pero si al ponerme a trabajar hallo los pinceles o las pinturas en desorden, si ha desaparecido una regla o un cortaplumas, ya me pongo a punto de perder la paciencia y he de recurrir a toda mi energía para no reclamar con enfado los objetos que me faltan».

Responde siempre con una amable sonrisa a las hermanas que vienen a importunarla continuamente cuando, tendida en su silla larga, está redactando las últimas páginas de la *Historia de un alma*, hasta el punto de que apenas le dejan escribir unas pocas palabras sin interrumpirla. «Creo que no he logrado escribir diez líneas seguidas, lo cual no me hace ni pizca de gracia. Sin embargo, por amor de Dios y de mis hermanas —tan caritativas para conmigo— procuro aparecer contenta y, sobre todo, estarlo de verdad».

«Ah, qué contrarios a los sentimientos de la naturaleza son las enseñanzas de Jesús! Sin la ayuda de la gracia sería imposible no sólo practicarlas, pero ni aun comprenderlas».

«Sin embargo, no siempre puedo practicar a la letra las palabras del Evangelio. Hay ocasiones en que me veo obligada a negar alguna cosa a mis hermanas. Mas cuando la caridad ha echado profundas raíces en el alma, se muestra al exterior. Hay maneras tan bondadosas de rehusar cuando no se puede dar, que la negativa causa tanto placer como la dádiva».

En el Proceso Apostólico para su canonización se leen multitud de testimonios de sus hermanas carmelitas que ponen de manifiesto la exquisita perfección de su heroica caridad. He aquí algunos, entre otros mil:

«Su caridad la llevaba a olvidarse de sí misma en todas las ocasiones». «Se ingeniaba para dar gusto a las que la rodeaban, portándose con todas sus hermanas con una caridad igual, pero guardando preferencia por los caracteres más ingratos. Junto a ella, las más desheredadas podían creerse las más amadas».

«Nunca la vi quejarse con ocasión de sus sufrimientos personales. Todo lo soportaba en silencio, evitando causar pena».

«A fin de animar a una hermana afigida por negros pensamientos, solicitó ser su ayudante en un empleo, en el cual nadie podía sostenerse por causa del carácter difícil de la enferma».

«Una hermana nerviosa, instruida e inteligente, pero con una imaginación atravesada de mil extravagancias, era el espanto de las enfermeras. Fue a propósito de esto que Teresa me dijo: "El empleo de enfermera es el que más me gustaría. No quiero pedirlo por temor de caer en presunción, pero si me lo dan me consideraré muy privilegiada".

«Su caridad llegaba hasta sacrificar, en apariencia, sus propios intereses espirituales. Había un libro que le hacía mucho bien. Vi que, sin terminar su lectura, lo pasaba a sus hermanas, y a pesar de sus deseos, nunca lo acabó».

«Teresa tenía un particular talento par mover a risa a las hermanas en sus tristezas. Se ocupaba en ello con su aire amable, su buena gracia y con su sonrisa llena de afecto».

«A las que la estorbaban, nunca les mostró enojo, ni fatiga, y respondía al primer llamamiento».

«Era el encanto de nuestras recreaciones. Me decía que hay que ir a la recreación no para recrearse, sino para recrear a las demás. Allí, tal vez más que en otras partes, encontramos ocasiones para renunciarnos a nosotras mismas y practicar la caridad. Haceos agradable a todas. Es verdad que no lo conseguiréis sino renunciando a vos mismas».

Algunas monjas, «al verla tan dulce y que nunca se quejaba, abusaban de su paciencia».

«Nunca hemos de negar nada a persona alguna —decía sonriente— aunque esto nos cueste mucho trabajo. Pensad que es Jesús quien os pide este pequeño servicio. Entonces lo prestaréis con diligencia y con rostro siempre amable».

«Cuando se necesitaba una hermana para un trabajo molesto o fatigoso, siempre se ofrecía para ello».

«Gustaba de hacer servicios y de complacer, aun a costa suya».

«Sus "silencios", sus domingos (tiempo libre en el Carmelo, del cual son todas muy avaras), los pasaba, con la mayor frecuencia, componiendo poesías según se las pedían y a gusto de sus hermanas. Nunca se negó a componer una sola. Su tiempo fue de tal manera presa de sus actos de caridad que no lo encontraba para ellas».

«Nosotras, las novicias, la estorbábamos oportuna e importunamente, desbaratándola y multiplicando las preguntas indiscretas. Siempre se mostraba sosegada y dulce».

En sus relaciones con las almas, una prudencia altísima y enteramente impregnada de misericordia divina animaba el corazón de la sierva

de Dios. «Oh, las almas!... Con frecuencia no se piensa en ellas y se las lastima... Algunas están enfermas... Muchas están débiles... Todas sufren... Y, muchas veces, lo que parece negligencia a nuestras miradas, es heroico a los ojos de Dios».

«Hacia el fin de su vida, cuando ya muy enferma escribía en el jardín, me di cuenta, un día, de que a cada instante la interrumpían las hermanas. En lugar de impacientarse o, simplemente, rogar que la dejaran tranquila, sor Teresa dejaba la pluma y cerraba el cuaderno con una dulce sonrisa. Le pregunté de qué manera, en tales condiciones, podía hilitanar tan sólo dos ideas. Me respondió: "Estoy escribiendo sobre la caridad fraterna y éste es el momento de practicarla. ¡Ah, Madre mía! ¡La caridad fraterna! Es el todo en la tierra. Se ama a Dios en la medida que se practica"».

St. Teresa decía la verdad cuando escribía en su *Historia de un alma*:

«Dios me ha hecho la gracia de penetrar las misteriosas profundidades de la caridad. Si pudiese expresar lo que entiendo, oíríais una melodía del cielo».

## 2. Confianza y filial abandono

El segundo rasgo positivo de la espiritualidad de Santa Teresita, tal como lo anunciamos en el esquema general, es su inquebrantable confianza en Dios y su filial abandono en los brazos de su providencia infinitamente misericordiosa.

La confianza omnímota en el amor misericordioso de Dios y el abandono tranquilo y filial en sus manos providentes como un niño en el regazo de su madre es otro de los rasgos más característicos del *Cámino de la infancia espiritual*. Esa confianza a toda prueba es el acto supremo de la virtud de la esperanza bajo el impulso de la caridad. Es, pues, eminentemente teologal.

Santa Teresita de Lisieux practicó esta confianza en grado heroico:

«Encargada de la formación de las novicias —escribe el padre Philippon—, la joven maestra tuvo el máximo interés por desenvolver en torno suyo una confianza sin límites en la misericordia divina. (Me parece que es imposible, decía una de ellas, llevar más lejos la confianza

en Dios.) Gustaba de repetirnos esta máxima de San Juan de la Cruz: "Se obtiene de Dios todo cuanto de Él se espera". Me decía sor Teresa que sentía en sí deseos infinitos de amar a Dios, de glorificarle, de hacerle amar, y que *esperaba firmemente verlos realizados y superados*; que era desconocer la bondad infinita de Dios restringir estos deseos y estas esperanzas».

En sus escritos se encuentran a cada paso expresiones admirables que reflejan este espíritu de confianza y de filial abandono:

«Dios todo lo ve. Me abandono a Él».

«Una sola cosa deseo: la voluntad de Dios...»

«Con tal que Él esté contento, me siento en el colmo de felicidad».

«Quiero todo lo que Dios me da».

«No quiero entrar en el cielo un minuto antes por propia voluntad».

«No prefiero una cosa a otra. Lo que Dios prefiere y escoge por mí, eso es lo que más me gusta».

«Me gusta tanto la noche como el día».

Uno de los rasgos más característicos de este espíritu de confianza y de filial abandono es *la santificación del momento presente*, sin pensar para nada en el pasado ni en el porvenir. El primero no está ya en nuestras manos, y el segundo está en las manos de Dios. ¿A qué preocuparse por uno y otro? «Bástale a cada día su propio afán», nos dice el Señor en el Evangelio (Mt 6,34). Toda la vida del cristiano que aspire a la perfección ha de ser un continuo identificarse con la voluntad de Dios, un sí pronto y alegre a todo cuanto Él disponga, un vivir su vida minuto por minuto en actitud de *fiat* permanente. Ahí está el secreto de la más encumbrada santidad y la norma simplificada por excelencia. Escribámos a la gran maestra de Lisieux viviendo y enseñando estos principios:

«No sufro sino de instante en instante. Es porque se piensa en el pasado y en el porvenir por lo que uno se desalienta y desespeta».

«Padezco de minuto en minuto».

«Él me da en cada momento lo que puedo soportar, y no más».

«Dios me da valor en proporción de mis sufrimientos. Siento que *de momento* no podría soportar más; pero no tengo miedo, puesto que, si los sufrimientos aumentan, Dios aumentará al mismo tiempo mi valor».

«No me apoyo en mis fuerzas, sino únicamente en Dios. Conozco muy bien cuán débil soy. Sé muy bien que jamás seré digna de lo que

espero; como una pequeña mendiga os tiendo la mano y estoy segura de que me escucharéis plenamente. ¡Sois tan buenos!»

«No tengo miedo a los últimos combates, ni a los sufrimientos, por grandes que sean, de la enfermedad. Dios me ha ayudado y llevado de la mano desde mi más tierna infancia. Cuento con Él. Estoy segura de que seguirá ayudándome hasta el fin. Podré sufrir horriblemente, pero nunca será demasiado; estoy segura de ello».

«Ahora no tengo ningún deseo sino el de amar a Jesús con locura. Sí, el abandono es lo único que me atrae. No deseo el sufrimiento ni la muerte; sólo me guía el abandono. No tengo otra brújula. No sé pedir cosa alguna con ardor, excepto el cumplimiento perfecto de la voluntad de Dios en mi alma».

«¿Qué me importa, Señor, si el porvenir es sombrío? Pedirte para mañana... ¡Ah, no puedes! Consérvame mi corazón puro, cúbreme con tu sombra, *solamente hoy*».

«Vivir de amor no es plantar el peregrino de la vida su tienda en el Tabor.

Es subir con Jesús hacia el Calvario y valorar la cruz como un tesoro».

«Vivir de amor es darse sin medida aquí en la tierra, sin pedir salario.

Yo doy sin medida, bien segura de que en amor el interés y el cálculo no entran».

«Vivir de amor es ahuyentar el miedo, y hasta el recuerdo de pasadas faltas.

De mis pecados no queda ya ni sombra, que el amor los quemó en su ardiente fragua».

«Yo espero tanto de la justicia de Dios como de su misericordia. Precisamente porque es justo es compasivo y misericordioso, está lleno de dulzura, se acuerda de nuestra fragilidad y de que somos polvo. A la manera que un padre siente ternura por sus hijos, así el Señor tiene compasión de nosotros».

«He aquí lo que pienso de la justicia de Dios. *Mi camino es todo de confianza y de amor*. No comprendo a las almas que tienen miedo a un Amigo tan amoroso».

«Cuando uno arroja sus faltas con toda filial confianza en la devoradora hoguera del amor, ¿cómo podrían no ser consumidas para siempre?»

«¡Ah!, si todas las almas débiles e imperfectas como la mía sintiesen lo que yo siento, ninguna desesperaría de llegar a la cumbre de la montaña del amor. No porque haya sido preservada del pecado mortal, busca mi alma a Dios por medio de la confianza y el amor. ¡Oh!, estoy segura de que aunque tuviera oprimida la conciencia con todos los crímenes imaginables, no disminuiría en un ápice mi confianza. Con el corazón destrozado de arrepentimiento, me echaría en brazos de mi Salvador. Sé que ama al hijo pródigo, he oído sus palabras a Santa Magdalena, a la mujer adúltera, a la Samaritana. No, nadie podría atterronizarme, pues sé a qué atencirme respecto a su amor y misericordia. Sé que esa infinidad de ofensas desaparecerían en un abrir y cerrar de ojos, como gota de agua echada a una ardiente hoguera».

«¡Oh Jesús, déjame decirte que tu amor raya en locura!... Considerando esta locura, ¿cómo quieres que mi corazón no se lance hacia Ti? ¿Cómo ha de tener límites mi confianza?»

«¡Oh Jesús!, si pudiera yo publicar tu inefable condescendencia a todas las almas pequeñitas! Creo que, si por un imposible encontraras una más débil que la mía, te complacerías en colmarla de mayores gracias aún, con tal que confiara por entero en tu infinita misericordia».

«¡Jesús se complace en mostrarme el único camino que conduce a esa hoguera divina: ese camino es el del abandono de la criaturita que se duerme sin temor en brazos de su padre».

«Oh admirable Niño Jesús, mi único tesoro; me entrego a tus divinos caprichos; no quiero otra cosa que la de hacerte sonreír».

«Soy la pelotita de Jesús; si le place agujerear a su pelotita, le doy completa libertad para ello; sólo quiero lo que más le agrada».

«Déjeme tomar y dar a su gusto; la perfección consiste en hacer su voluntad».

«A semejanza de las rosas y azucenas le plugo crear los grandes santos; mas también creó otros más pequeños, que se contentaran con ser humildes margaritas o sencillas violetas, destinadas a recrear sus divinos ojos cuando las inclina a sus pies. Cuanto más las flores se gozan en hacer la voluntad divina, tanto son ellas más perfectas».

«No tengo más preferencia por la muerte que por la vida. Si el Señor me dejara escoger, no escogería nada. No quiero sino lo que Él quiere; lo que Él hace es lo que yo amo».

«Naturalmente preferiría morir; pero mi alma ha llegado a dominar mucho la naturaleza, y ahora no puedo sino repetir al Señor:

Quiero vivir largo tiempo si así, Señor, lo deseas; o, si te place, contigo volar al cielo quisiera.

El amor, fuego sagrado, de consumirme no cesa.

Vida o muerte, ¿qué me importa?

¡Amarte! ¡Mi gloria es ésta!»

### 3. Humildad y sencillez

El tercer rasgo positivo de la espiritualidad de la gran santa de Lisieux lo constituye, sin duda alguna, su extraordinaria humildad y sencillez a todo lo largo de su vida.

Según el Doctor Angélico, Santo Tomás de Aquino, la humildad constituye el *fundamento negativo* —eliminando los obstáculos— de todo el edificio sobrenatural<sup>13</sup>. Sin ella todas las demás virtudes carecen de base y fundamento, y es imposible agradar a Dios. Juntamente con la sencillez —de la que es prima hermana— constituye uno de los rasgos más característicos del *Camino de la infancia espiritual*.

La humildad consiste en reconocer la propia nada ante Dios y ante los hombres, en regocijarse de verse pequeño e impotente, para que brille únicamente en nosotros la misericordia de Dios, en apasionarse por el silencio y el olvido, en llevar una vida escondida con Cristo en Dios, sin tener para nada en cuenta la opinión de las criaturas. Sencillez, modestia, alegría, naturalidad en el trato con los demás, pero no para hacernos simpáticos, sino únicamente para agradar a Dios.

La humildad y sencillez de Santa Teresita fue tan grande, que su heroica virtud —«la santa más grande de los tiempos modernos», en frase de San Pío X— pasó enteramente inadvertida a las mismas religiosas que convivían con ella. A todas sorprendió el «huracán de gloria» que envolvió la figura de la santa apenas vieron la luz pública sus escritos celestiales.

La única ambición del que quiere caminar con paso firme y seguro por la senda de la infancia espiritual ha de ser la de aquella humilde violeta que pedía «un poquito de hierba que me oculte».

<sup>13</sup> Cf. II-II c. 161 a. 5.

Pero recojamos algunos testimonios explícitos de su profundísima humildad, tal como figuran en sus escritos admirables.

Aún era postulante cuando escribía a una de sus hermanas:

«Ya nada deseo sino el olvido... no el desprecio ni las injurias, que serían demasiado gloriosas para el "grano de arena", porque si se despreciase a un grano de arena, señal sería de que se le conoce y se hace caso de él... Quiero ser olvidada, y no solamente por las criaturas, sino también por mí misma, para no tener ya ningún anhelo sino el de amar al Señor».

Al tiempo de pronunciar sus votos, llevaba este billete sobre su corazón:

«Haced que cumpla con toda perfección mis votos; que nadie se cuide de mí, que sea pisoteada y olvidada como un granito de arena».

Y también:

«¿Qué dicha la de estar tan perfectamente escondida que nadie se acuerde de una, de ser desconocida aun de aquellas personas con quienes se está viviendo!».

Este mismo atractivo de ser desconocida y olvidada le haría desear ser destinada al Carmelo de Indochina que solicitaba una hermana:

«Aquí soy querida de todas, y este cariño me es muy dulce; por lo mismo tengo ilusión por vivir en un monasterio donde sea desconocida y tenga que sufrir *el desierto del corazón*. Quisiera que me mandasen al Carmelo de Hanoi (Cochinchina) para poder sufrir mucho por Dios; quisiera ir allá, si acaso me curo, para estar sola, para no sentir consuelo alguno sobre la tierra».

Por más que juzgase Teresa que el desprecio era demasiado glorioso para ella, desde los catorce años las palabras de San Juan de la Cruz: «Señor, padecer y ser despreciado», la llenaban de entusiasmo.

Llegó a escribir estas asombrosas palabras:

«Si no hubiese sido admitida en el Carmelo, hubiera ingresado en un refugio de pecadoras, para vivir allí desconocida y menospreciada en medio de las pobres arrepentidas».

En una de sus admirables poesías escribe:

«Por amor mío en tu mortal carrera  
¡cuántos desprecios no sufriste Tú!  
Por tí me ocultaré mi vida entera  
y sabré ser en todo la postrera  
¡por Tí, Jesús!»

«¡Oh! ¡Cuando pienso en todo lo que me queda por adquirir!, exclamaba una novicia». A lo que su maestra, Santa Teresita, le contestó:

«Diga mejor perder. Jesús es quien se encarga de llenar su alma a medida que V. C. la vacía de sus imperfecciones. Estoy viendo que yerra el camino; por ahí jamás llegará al término de su viaje. V. C. quiere subir a una montaña y Dios quiere hacérsela bajar; allá la espera, abajo, en la fértil hondonada de la humildad».

Y a su hermana mayor escribía estas hermosísimas líneas:

«¡Ah!, quedémonos muy lejos de todo lo que brilla, amemos nuestra pequeñez, amemos el no sentir nada; entonces seremos pobres de espíritu y Jesús vendrá a buscarnos por muy lejos que nos encontremos».

#### 4. Fidelidad en las cosas pequeñas

El Señor nos dice en el Evangelio: «El que es fiel en lo poco, también lo es en lo mucho; y el que en lo poco es infiel, también es infiel en lo mucho» (Lc 16,10). La fidelidad a las cosas pequeñas *por amor* es uno de los rasgos más característicos del espíritu de infancia espiritual y, a la vez, señal distintiva de un espíritu gigante. «Lo que es pequeño es pequeño —decía San Agustín—; pero ser fiel a lo pequeño es una cosa muy grande».

En Santa Teresita llegaba este aspecto a detalles de filigrana, como en aquella ocasión en que depositó por la noche a la puerta de su celda un cortaplumas, por ser objeto que no se permite tener en la celda y no poder devolverlo a su sitio en aquella hora de silencio profundo. Al sonar la campana interrumpía instantáneamente lo que estaba haciendo, dejando sin terminar la letra ya empezada si estaba escribiendo en aquel momento. El heroísmo de la pequeñez es tan sublime ante Dios como el heroísmo de lo grande.

Pero es el amor lo único que da valor y excelencia soberana a estos actos insignificantes. «Un alfiler recogido del suelo por amor puede convertir un alma», escribió la propia santa Teresa de Lisieux. La caridad es el alma de toda la vida sobrenatural y la que convierte en oro de ley los más insignificantes actos de virtud.

Pero sigamos recogiendo algunos rasgos de esta fidelidad exquisita a lo pequeño de la gran santa de Lisieux. El martirio «a alfilerazos» a

todo lo largo de la vida es tan meritório, o acaso más, que el que se sufre de una vez bajo el cuchillo del verdugo.

La santidad consiste, ante todo, en saber divinizar nuestra vida cotidiana. Basta considerar en Santa Teresita su fidelísima observancia de sus votos religiosos de pobreza, castidad y obediencia<sup>14</sup>.

### 1.º POBREZA

Llevó la práctica de la pobreza hasta el último extremo. Buscaba para su uso personal los vestidos y los objetos más pobres. Escuchémosla:

«Después de mi toma de hábito recibí abundantes luces sobre la perfección religiosa, particularmente a propósito del voto de pobreza. Fui presa, en esta época, de un verdadero amor a los objetos más ruines y más incómodos».

«No, no es bastante para mí dar a quien me pida; he de adelantarme a sus deseos, mostrándome muy obligada y muy honrada de prestar servicios; y si me quitan alguna cosa de mi uso, he de parecer feliz por quedar desembarazada de ellas».

«No hay alegría comparable con la que goza el verdadero pobre de espíritu. Si pide con desasimiento una cosa necesaria, y no sólo se la niegan, sino que, además, intentan quitarle lo que tiene, entonces sigue el consejo de Nuestro Señor: "A quien quiere litigar contra ti para poseer tu vestido, dale también el manto". Dar el manto es, según me parece, renunciar a los últimos derechos, considerarse como la sirvienta, la esclava de los demás».

Refiere su novicia Sor Marta: «Me refirió la hermana encargada de la ropería que le había pedido la Sierva de Dios, como gran favor, que le diera la ropa más vieja, la más remendada, la que las demás hermanas no quisieran llevar. La hermana ropera accedió a su demanda, lo que llenó de gozo a Sor Teresa del Niño Jesús».

Para sus poesías se valía de «sobres viejos de cartas o de trozos de papel inservible, de cualquier color o tamaño, que nadie hubiera querido». Así que los borradores están casi ilegibles.

Durante toda su vida tuvo para su uso una vieja lamparita cuya mecha no subía si no era sacándola con un alfiler. Jamás pidió otra menos incómoda.

<sup>14</sup> Cf. P. PHILIPON, *Santa Teresa de Lisieux*, o.c., c.V.

Son famosas sus viejas alpargatas que usó durante sus ocho años y medio que vivió en el Carmelo, sin renovarlas nunca. El uso diario desgastaba hasta las mismas suelas hechas de esparto. Teresa se ingeniaba para coser y remendar la tela, pero sin añadir o cambiar nada a las primitivas suelas. Aquellas alpargatas de tuberculosa hubieran constituido una reliquia de primer orden para admirar su pobreza heroica; pero por desgracia su hermana María declara:

«Después de su muerte, quise recoger sus pobres alpargatas para conservarlas como reliquias. Pero la hermana conversa —Sor Marta—, que se encontraba por allí, me dijo: "No conservaréis esa porquería", y, arrancándomelas de las manos, las arrojó al fuego. Después me ha dicho muchas veces cuánto lamentaba haberlas quemado, y que sería dichosa de tenerlas hoy para mostrar hasta dónde llegó su pobreza».

Sobre su escritorio, «formado por cuatro tablas en rampa, que estaba ya fuera de uso», redactó cuartillas con una pluma que ningún niño de escuela hubiera aceptado. Hacía durar sus plumas hasta el último extremo.

La incomparable *Historia de un alma* la escribió Santa Teresita en unos cuadernos deleznable, con rasgos rápidos y, con frecuencia, escritos a lápiz.

### 2.º CASTIDAD

En el Proceso Apostólico a su canonización declaró su hermana Inés de Jesús (Paulina) que «se la veía pasar por los claustros, con los ojos modestamente bajos, con paso igual, dejando tras sí una irradiación de castidad transfusiva. Admiraba en Santa Catalina el don de *virginitzer* a los seres de carne que se le acercaban. Nunca rozó con ella la menor tentación impura. Supo guardar para Cristo todo el poder de amar propio de un corazón virginal».

La santa de Lisieux fue un ángel de pureza. Había resuelto permanecer virgen para Cristo, ser tan sólo para Él; aunque envidiaba la pureza de los serafines y la de los bienaventurados, que son todos «como ángeles» como nos dice Jesús en el Evangelio (Mt 22,30).

### 3.º OBEDIENCIA

En el Proceso Apostólico para su canonización constan abundantes testimonios de la heroica obediencia de la gran santa de Lisieux. «Fue un verdadero modelo de regularidad y de piedad».

«Cuando quería recordar el texto de nuestras reglas —confesaba una novicia— no tenía que hacer otra cosa que verla actuar».

«Había venido para obedecer, no sólo a los mandatos formales, sino también a los *deseos adivinados* de sus superiores».

«A la primera señal de la campana dejaba inmediatamente todo trabajo, sin acabar la cosa más pequeña, aunque sólo fuese dar un punto, o una palabra comenzada».

«Era menester poner gran atención en lo que se decía, porque una sola indicación era para ella una orden, con la que se conformaba no sólo durante uno o quince días, sino hasta el fin de su vida».

«Obedecía a la letra, y en la autoridad no veía sino a Dios».

«¿De qué inquietudes, Dios mío —escribía—, se libra una por el voto de obediencia! ¡Qué felices son las simples religiosas! Siendo su única brújula la voluntad de los superiores, siempre están seguras de que andan por el recto camino. No han de temer equivocarse, aunque les parezca cierto que los superiores se equivocan».

De esta manera Santa Teresa del Niño Jesús había adquirido el hábito de obedecer a cada una de sus hermanas. Un día, durante su enfermedad, habiendo acompañado penosamente a la comunidad hasta la ermita del Sagrado Corazón, Teresa, agotada, se había sentado durante el canto de un himno. Una hermana le hizo señas de que se uniese al coro. En seguida se levantó, y como yo la reprendiese por ello, me respondió simplemente: «He adquirido el hábito de obedecer a cada una como si fuese Dios que me manifestase su voluntad». El espíritu de obediencia considera a todas las criaturas como mensajeras de Dios.

### III. OTROS ASPECTOS FUNDAMENTALES

Examinados ya los principales rasgos característicos —negativos y positivos— del *Caminito de la infancia espiritual* de Santa Teresita de Lisieux, vamos a exponer ahora otros rasgos o aspectos fundamentales, que nos darán a conocer, más amplia y detalladamente, la espiritualidad de la gran santa.

### 1. Vida eucarística

Entre los rasgos fundamentales de la espiritualidad de Santa Teresa de Lisieux, no cabe la menor duda que ocupa lugar destacadísimo su entrañable *vida eucarística*. Desde su más tierna infancia, todo giraba en ella en torno a Jesús Sacramentado.

«Cuando pienso que si hubiera nacido dos días antes hubiera adelantado un año mi primera comunión» (porque, según la costumbre de la época, la primera comunión se retrasaba hasta cumplir los nueve años). Pero, por fin, llegó el gran día tan ardientemente deseado: «Finalmente, el día más hermoso entre todos los días amaneció para mí. ¡Qué inefables recuerdos dejaron en mi alma los más pequeños portadores de aquellas horas de cielo! Desde hacía mucho tiempo Jesús y Teresita se habían ya mirado y comprendido... Aquel día, nuestro encuentro no podía llamarse una simple mirada, sino una verdadera *fraternidad*. Ya no éramos dos: Teresa había desaparecido como una gota de agua que se pierde en el océano. Sólo quedaba Jesús...».

Al comulgar, por segunda vez, el día de la Asunción, experimentó la misma embriaguez de presencia divina: «Mis lágrimas se deslizaron de nuevo con inefable dulzura. Recordaba y repetía sin cesar las palabras de San Pablo: «No soy yo quien vivo, sino que es Cristo quien vive en mí». Causa maravilla que una niña entendiese, desde el primer momento y hasta tal grado, el sentido divino de la comunión eucarística: una transformación en Cristo por el amor.

Cuando, al paso de la procesión del *Corpus*, echaba flores delante del Santísimo Sacramento, su mirada se fijaba en la Sagrada Hostia. Teresita arrojaba muy alto los pétalos de las rosas, para que tocasen, como ella decía, la sagrada custodia y acariciasen a Jesús».

Ya en el Carmelo, Santa Teresa de Lisieux tenía tan gran hambre y sed de la Eucaristía, que lamentaba profundamente que la comunión frecuente y aun diaria fuese casi por completo desconocida, incluso en las órdenes religiosas más contemplativas. Solían comulgar únicamente en las fiestas más solemnes, alguna vez a la semana y en algunas circunstancias verdaderamente excepcionales. Su priora, la Madre María de Gonzaga, era inflexible en mantener esta costumbre restrictiva. La santa llegó a decirle cariñosamente: «Madre mía, después de mi muerte os haré cambiar de opinión». Como así ocurrió efectivamente, aun antes de que, pocos años después, San Pío X abriera el sagrario diario-

mente para todos los fieles cristianos hambrientos de la Eucaristía. El mismo San Pío X quedó entusiasmado y calificó de «oportunistísimas» las siguientes palabras de la *Historia de un alma*: «Jesús no baja cada día del cielo para quedarse en el áureo copón, sino para encontrar otro cielo: el cielo de vuestra alma, en donde tiene sus delicias».

Su presentimiento profético del próximo retorno de la Iglesia a la práctica de la comunión frecuente y diaria es sorprendente para aquella época. Sus intuiciones eucarísticas llegaron hasta el punto de experimentar plenamente en sí misma la doctrina teológica de Santo Tomás de Aquino según la cual el efecto propio a la Eucaristía es «la transformación del hombre en Cristo por el amor».

Santa Teresita daba el más heroico ejemplo de fidelidad a la Eucaristía. A veces, estando ya muy enferma, se arrastraba como podía hasta el coro para no perder la dicha de recibir la comunión el día en que la comunión podía recibirla. Una mañana, después de la misa y de la comunión, su hermana Inés de Jesús subió a verla en su celda. «La encontré —escribe— extenuada, sentada en su pobre banquillo con la espalda apoyada al tabique de madera que separa su celda del oratorio de la Santísima Virgen. A mis observaciones respondió: “Considero que no es demasiado sufrir para ganar una comunión”».

Esta fidelidad heroica a la comunión es mucho más notable, puesto que la santa pasaba casi siempre por la más absoluta sequedad durante sus acciones de gracias. En esto, se nos presenta como un verdadero modelo para las almas pequeñas que comulgan con amor, pero sin experimentar casi nunca consolaciones especiales. Descaba ella la Eucaristía por amor a Jesús, por contentarle a Él, y como alimento necesario para fortalecer el alma en el cumplimiento perfecto del deber cotidiano. Escribía a su madre priora:

«¿Qué le diré, Madre mía, de mis acciones de gracias en aquel tiempo y siempre? Es éste el momento en que menos consuelo recibo. ¿Y no es esto muy natural, puesto que no deseo la visita de Nuestro Señor para satisfacción mía, sino únicamente para que Él goce? Me represento mi alma con un terreno libre, y pido a la Virgen Santísima que quite de ella los escombros, que son las imperfecciones, y prepare ella misma un vasto pabellón digno del cielo, engalanándolo con sus propios adornos. Invito luego a todos los ángeles y santos a que vengan a entonar cánticos de amor. Con este magnífico recibimiento me parece que Jesús queda contento y yo comparto también su gozo. No quita todo eso

que las distracciones y el sueño vengan a importunarme; por eso no pocas veces tomo la resolución de continuar mi acción de gracias durante todo el día, puesto que tan mal lo hice en el coro».

Esta resolución de continuar la acción de gracias durante todo el día constituye una de las características más importantes de la vida espiritual de Santa Teresa de Lisieux. Su corazón era como un sagrario viviente que la impulsaba a una continua comunión con el alma y la divinidad de Jesucristo. Ella misma lo afirma terminantemente:

«*Comprendo y sé por experiencia* que “el reino de Dios está dentro de nosotros mismos” (Lc 17,21). Jesús no necesita de libros ni doctores para instruir a las almas. Él, el Doctor de los doctores, enseña sin ruido de palabras. Nunca le oí hablar, pero sé que está en mí. En todos los instantes me guía y me inspira; y, precisamente en cuanto las necesito, es cuando descubro claridades desconocidas hasta entonces. Regularmente no brillan a mis ojos en las horas de oración, sino en medio de las ocupaciones del día».

#### ¿Una gracia eucarística extraordinaria?

Santa Teresa de Lisieux comulgó por última vez el jueves 19 de agosto de 1897. Dada la extrema debilidad de su estado, sus continuos vómitos de sangre y otros inconvenientes le impidieron recibir la sagrada comunión los cuarenta últimos días de su vida: Su muerte ocurrió el 29 de septiembre. Esta privación debió de llenarla de tristeza dado su ardiente deseo de la Eucaristía. Pero cabe todavía preguntar si esta dolorosa privación fue o no compensada plenamente por una *gracia extraordinaria*, la única que, como extraordinaria y tan ajena a la sencillez de su «caminito espiritual», tuvo la audacia de pedirle a Jesús nada menos que en su maravilloso «Ofrecimiento como víctima de Holocausto a su Amor misericordioso» el domingo 9 de junio de 1895. Escuchemos sus mismas palabras:

«Siento en mi corazón deseos inmensos y os pido con confianza que vengáis a tomar posesión de mi alma. ¡Ah! No puedo recibir la sagrada comunión con la frecuencia que yo desearía. Pero, Señor, ¿no sois vos todopoderoso? *Permaneced en mí como en el Tabernáculo*, no os alejéis jamás de vuestra pequeña hostia».

Tal es la increíble petición que hizo Santa Teresita dos años antes de su muerte. La madre Inés de Jesús (su hermana Paulina) testificó en el



Proceso de canonización. «Estoy cierta que en esta oración aspiraba ella a la *milagrosa permanencia de las Sagradas Especies*, no a la permanencia de la divina influencia, que se produce sin milagro en las almas fieles. Además, en su "Acto de ofrecimiento" invoca ella, para este fin, a la Omnipotencia de Jesucristo».

¿Obtuvo, efectivamente, esta gracia extraordinaria, al menos durante los cuarenta últimos días de su vida en los que no le fue posible recibir la sagrada comunión? No tenemos ningún dato concreto para afirmarlo o negarlo. Pero teniendo en cuenta que Santa Teresita afirmaba con frecuencia que obtenía siempre de Dios «todo cuanto le pedía con confianza», bien podemos pensar que quizá obtuviera esa gracia tan extraordinaria, al menos en los últimos días de su vida mortal sobre la tierra.

No se trata, por otra parte, de una gracia eucarística concedida únicamente a Santa Teresita en toda la historia de la hagiografía católica. Se citan varios casos de haberse concedido esa misma gracia a otras almas santas, entre las que figura San Antonio María Claret, fundador de la Congregación de los Hijos del Corazón Inmaculado de María.

## 2. Vida mariana

Otra de las características más importantes y fundamentales de la vida de la gran impulsora de la doctrina del *Caminito de la infancia espiritual*, como medio infalible para llegar a la más alta santidad, es su filial y entrañable amor a la Virgen María. Tanto en la *Historia de un alma* como en los abundantes testimonios de los que convivieron con ella se encuentra la más completa y plena confirmación de que su vida fue una auténtica *vida mariana* en toda la extensión de la palabra.

Huérfana de madre a los cuatro años, expansionó durante toda su vida su más entrañable ternura filial a su única Madre del cielo. Los más insignificantes pormenores de su vida cotidiana nos revelan esta intimidad en María, que fue creciendo más y más en el transcurso de su vida.

En su tierna infancia, rezaba a la Virgen ante un pequeño altar arreglado por ella misma. «Gustaba de adornar con guirnaldas y coronas de flores las imágenes de Nuestra Señora», nos dice su hermana María. Durante el mes de mayo de 1878, siendo demasiado pequeña para asistir en la iglesia a los ejercicios del mes de María, «me quedaba en casa

con la niñaera y hacía con ella mis devociones delante de mi altar que arreglaba a mi manera. Todo era tan pequeño, los candeleros, los flores, etc., que dos pequeñas candelas bastaban para iluminarlo perfectamente».

«Poco tiempo después fui a confesarme y recuerdo la exhortación que se me hizo: se me invitaba ante todo a la devoción a la Santísima Virgen, y prometí redoblar mi ternura para con Ella, que ya ocupaba un lugar muy grande en mi corazón».

Pero el acontecimiento que señalará un progreso decisivo en su filial devoción a María y le comunicará una confianza sin límites en su Madre del cielo fue su curación milagrosa de la extraña, larga y grave enfermedad que sufrió a los diez años de edad. He aquí cómo la describe ella misma en la *Historia de un alma*:

«La enfermedad de que fui atacada procedía ciertamente de la envía del demonio... No sé cómo describir un mal tan extraño. Decía cosas que no pensaba, y hacía otras como forzada y a pesar mío; casi siempre parecía que estaba delirando y, sin embargo, estoy segura de no haber perdido un solo instante el uso de la razón. Con frecuencia permanecía desvanecida durante varias horas, y el desvanecimiento era tal que me hubiera sido imposible hacer el más ligero movimiento. Sin embargo, en medio de esta extraordinaria modorra, oía distintamente lo que se decía en torno a mí, aun en voz baja, y todavía lo recuerdo. ¡Qué espanto me inspiraba el demonio! Tenía miedo absolutamente de todo...»

Pero si Dios permitía al demonio obrar exteriormente, su omnipotencia estaba perfectamente en vela. Preparaba para el mundo una gran santa, y curó a su pequeña «Florencia» por la intervención visible y milagrosa de la Virgen María. Sigamos escuchando a Teresita:

«Un día, vi entrar a mi padre en mi habitación. Parecía muy conmovido. Dirigióse a mi hermana María y le dio varias monedas de oro, rogándole que escribiese a París para pedir una novena de misas al santuario de Nuestra Señora de las Victorias, a fin de obtener la curación de su pequeña reina. ¡Ah! ¡Qué emocionada me sentía al ver su fe y su amor! ¡Cómo hubiera deseado levantarme y decirle que ya estaba curada! Desgraciadamente, mis deseos no podían hacer un milagro, y era menester uno muy grande para devolverme la vida. Sí, era necesario un gran milagro y lo hizo cumplidamente Nuestra Señora de las Victorias».

